

FOLLETOS ANARQUISTAS EN BUENOS AIRES

Publicaciones de los grupos
La Questione Sociale y La Expropiación

Edición facsimilar



Folletos anarquistas en Buenos Aires

**Publicaciones de los grupos
La Question Sociale y La Expropiación
1895-1896**

Edición facsimilar

Folletos anarquistas en Buenos Aires

Publicaciones de los grupos
La Questione Sociale y La Expropiación
1895-1896

Edición facsimilar

Selección y prólogos de
Christian Ferrer y Martín Albornoz



Folletos anarquistas en Buenos Aires : publicaciones de los grupos La Question Sociale y La Expropiación. 1895-1896 / Compilado por Christian Ferrer ; prólogo de Christian Ferrer ; Martín Albornoz. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Biblioteca Nacional, 2015.

412 p. ; 19 x 14 cm. - (Reediciones & Antologías ; 42)

ISBN 978-987-728-046-3

1. Anarquismo. 2. Literatura Política. I. Ferrer, Christian, comp. II. Ferrer, Christian, prolog. III. Albornoz, Martín, prolog. IV. Título.
CDD 320

COLECCIÓN REEDICIONES Y ANTOLOGÍAS Biblioteca Nacional

Dirección: Horacio González

Subdirección: Elsa Barber

Dirección de Administración: Roberto Arno

Dirección de Cultura: Ezequiel Grimson

Dirección Técnica Bibliotecológica: Elsa Rapetti

Dirección Museo del libro y de la lengua: María Pia López

Coordinación Área de Publicaciones: Sebastián Scolnik

Área de Publicaciones: Yasmín Fardjoume, María Rita Fernández, Pablo Fernández,
Ignacio Gago, Griselda Ibarra, Gabriela Mocca, Horacio Nieva,
Juana Orquin, Alejandro Truant

Contacto: ediciones.bn@gmail.com

© 2015, Biblioteca Nacional

Agüero 2502 (C1425EID)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

www.bn.gov.ar

ISBN: 978-987-728-046-3

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Índice

Folletos anarquistas en papel veneciano	7
Por Christian Ferrer	
Mil ochocientos noventa y cinco	47
Por Martín Albornoz	
Folletos anarquistas en Buenos Aires	
A las hijas del pueblo	69
A las muchachas que estudian	85
La religión y la cuestión social	101
A las proletarias	133
Un episodio de amor en la colonia socialista Cecilia	149
Perchè siamo anarchici?	181
Declaraciones de J. Etievant	213
Cómo nos diezman	245
Ravachol	347
La anarquía en la evolución socialista	381
Índice de los folletos	405

Folletos anarquistas en papel veneciano

Por Christian Ferrer

Pueyrredón, casi San Luis

Los folletos que integran este libro fueron encontrados en una librería de viejos y usados que en otro tiempo existió en Pueyrredón, casi en esquina con San Luis. Si doy precisión de calles es porque, a pesar de su cercanía con varias casas de estudio, nadie que yo conociera parece haberla visitado. No estaba ubicada en un lugar del todo propicio, pues la extensa avenida Pueyrredón es casi toda ella zona “comercial” y desde siempre allí se alinean, uno tras otro, locales de venta de vituallas, vestimentas, enseres, y otros objetos de los que se sobreentiende su utilidad. De modo que la librería pasaba desapercibida, se diría disimulada por el flujo continuo de gente apremiada vaya a saber uno porqué. Así son las ciudades: carruseles sin contento ni reposo. Lo cierto es que esa librería, algo escorada y ya vetusta, no invitaba a ingresar, al igual que sucede con esas casas de barrio que no han sido apuntaladas ni redecoradas en mucho tiempo. El pasillo de entrada era largo y los volúmenes de papel arracimados en las dos vidrieras que lo escoltaban no solían ser renovados, conviviendo al unísono algún título sugerente con decenas imposibles de vender. Adentro era igual. Dado que en esa calle el costo de una llave de comercio siempre fue cuantioso, por no decir prohibitivo, mucho más para este tipo de negocios, quizás el sitio le perteneciera al librero, un hombre mayor e imparable. No era muy comunicativo. Sólo estaba allí. En mi recuerdo se llamaba “señor Binderman”. Un día cualquiera, inevitablemente, la librería desapareció de la vista. Así también ciertos barcos, que hinchaban sus velas sólo en vida de su capitán.

“Con amor”

En el año 1981, todavía en tiempos de la última dictadura, la prestigiosa casa editora Losada publicó un libro en Buenos Aires. Se llamaba *Anarquistas, gracias a Dios*, y la autora –Zelia Gattai–, brasileña, era una desconocida en este país. También en el suyo, pues *Anarquistas, graças a Deus* fue su estreno literario y ella tenía por entonces 63 años de edad. El libro está dedicado, en primer lugar, “a Jorge, con amor”. También está dedicado a doña Angelina Da Col y a don Ernesto Gattai, sus padres.

“Yo”

En mi tercera o cuarta visita a esa librería de viejos y usados, una vez que se me hizo muy cuesta arriba seguir escarbando laderas de anaqueles en busca de gemas elusivas entre tanta ganga acumulada sin orden ni concierto, y ya convencido de que ese yacimiento había sido saqueado de lo que alguna vez pudo haber tenido algo de valor, pregunté al dueño por ciertos temas de mi interés. Mencioné, entre otros, al anarquismo, palabra deslizada con cierta cautela, una más entre otras. ¿Podría haber libros de esa “temática” en su librería? Por primera vez noté en el hombre una mirada atenta, escrutadora. Se alzó de su silla de madera y se dirigió, siempre en silencio, hacia un “atrás”, no a otro cuarto sino a la vuelta de un panel de libros que oficiaba de separador entre la nave principal de su dominio y una zona retirada, no permitida al cliente. Pronto regresó con un tomo encuadernado y me lo tendió, dejándome en suspenso. También su ánimo se había transformado. Parecía complacido, predispuesto a observar. No era un libro, sino una encuadernación –forrada en papel veneciano– que contenía publicaciones de los años 1895 y 1896. Era material antiguo y supe de inmediato que me lo iba a llevar, costara lo que costara, aunque por un instante temí que no estuviera en venta. De los catorce folletos cosidos en lomo, cuatro tenían sello de imprentas españolas, pero el resto había sido editado

en Buenos Aires en un tiempo en que los anarquistas convencidos no debían ser más de cien o doscientos, la mayoría llegados desde el otro lado del mar. La mitad de las publicaciones pertenecía a un grupo de afinidad llamado “La Expropiación”, y la otra mitad se correspondía con el sello “Biblioteca de La Questione Sociale”. Alguno estaba en idioma extranjero. Tres integraban la colección “Propaganda emancipadora entre las mujeres”, y un folleto en particular, cuya existencia no me era desconocida pero al que nunca había visto, se llamaba “Un episodio de amor en la Colonia Socialista Cecilia”. Tanto al inicio como al final de la encuadernación había varias páginas en blanco. En la primera estaba escrito un nombre, seguramente el de quien decidió congregarlos a todos juntos: F. Denambride. Y tras el último folleto esta misma persona había enlistado, en tinta china y numerándolos con caracteres romanos, los títulos de cada uno de los folletos. Le fue necesario añadir al orden uno que se le había traspapelado, justamente el del episodio de amor. Un lapsus quizás, secuela postrera de un suceso violento sucedido en 1896 y del cual fue protagonista. Sólo había otra inscripción, hacia la mitad de la encuadernación, en la contrapapa de uno de los folletos, que rezaba: “Viva la Anarquía y Mueran los Usureros”. La firmaba “Yo”.

Lo malo en sí mismo

Piotr Kropotkin y Soledad Gustavo y Juan Montseny y Ana Mozzoni y Giovanni Rossi no cuentan en la historia de las ideas. Fichas de prontuario entonces, fantasmas de biblioteca hoy. Una vez abismados en su orco junto a esos réprobos anteriores a los que tanto les gustaba conmemorar, su caso quedó a cargo de eruditos y memoriosos, sin que su enigma político haya sido revelado ni cancelado del todo. De tanto en tanto, gente venidera presta atención, pues bajo tierra, los huesos, siguen haciendo ruido. Su declive fue menos consecuencia de la inviabilidad o el infortunio que de una pertinaz voluntad

de no adaptarse a lo inaceptable. Dado que no eran seres diestros en gradientes ni estaban interesados en evolucionar “con la época” o en recurrir a medios bastardos que deslegitimaran el fin procurado, su eventual supresión era aceptada como gaje de oficio. Tampoco podía ser de otra manera. Las voces antípodas ponen el mundo del revés y no hay institución, agrupamiento, matrimonio o individuo que no tienda a tachar, cuanto menos neutralizar, los indicios que pudieran certificar que los motivos ordinarios de cohesión son, en esencia, fastidiosos, adversos o siniestros. En cuanto a la impericia anarquista para aclimatarse al medio ambiente, era el desenlace inapelable de su disgusto por la comedia, “la representación”. Muchas veces, antes que condescender, prefirieron desertar de la Historia. Siempre habría otra posibilidad de fracasar mejor.

Unos pocos más: Georges Étiévant y José Prat y Émile Henry y Ravachol. Una fauna variada y dispar, por no decir multiforme, que pastaba en torno a temas recurrentes y álgidos, se diría explosivos. La repulsa de las instituciones (“la fuerza del egoísmo convertida en derecho”), los burgueses (“alimañas que poseen muy desarrollado el instinto de conservación”), la religión (“una nube cargada de electricidad diferente de la nuestra”), la ley (“toda obligación impuesta es un crimen que llama a la revolución”), la explotación (“cangrejo social”), el matrimonio (“un círculo odioso”), las ergástulas (“cárceles y tribunales no disminuyen los crímenes, los siembran con profusión”), la sociedad actual (“sentina de todos los vicios, origen de todas las desgracias, monstruo devorador que jamás se sacia”), el progreso (“la máquina ha dado fruto solamente al especulador de tu trabajo”), el salario en sí mismo (“quítad esa piedra y el edificio burgués se derrumbará”), la resignación (“la torpe creencia de que hemos nacido unos para sufrir y ellos para gozar, y que la vida y los goces son legados forzosos de unos pocos y perpetua herencia reservada a los más”), y al fin, el misterio de la dominación de unos sobre otros (“la Gran Esfinge”). Y así sucesivamente.

No se sabe si eran invocaciones a lo imposible, consignas asignadas al anacronismo prematuro o juramentos contra el cielo y la

tierra, pero todo dictamen venía espolvoreado con mecha centelleante. Y sin embargo no todo era reprobación y mandoble, también podían ser afirmativos y hasta líricos. Abundaba la toma de partido: por el proletariado (“crucificado colectivo”), por el gran libro de la naturaleza (“la naturaleza nos dice, toma, y no, compra”), por el amor libre (“el hombre y la mujer son libres de entregarse o rechazarse cuando les plazca”), y por la Anarquía, usualmente escrita con mayúscula (“la supresión de todas las causas que dividen a los hombres”). Quizás la hipótesis que los orientaba, a saber, que el medio ambiente manda y que dadas vueltas las cosas todo cambia, era demasiado confiada. No por caer las cadenas a tierra desaparecen los fantasmas y tampoco las almas se purgan en un santiamén. Pero en lo esencial tenían razón, porque algo que es malo en sí mismo sólo puede engendrar más maldad aún. El lucro, la usura, la creación de más y más puestos de trabajo, la política entendida como lucha ascendente, la inteligencia humana puesta al servicio de la astucia y el engaño, la comprensión de la vida en sociedad como parada de gladiadores.

Dado que los anarquistas profetizaron que la “gerencia” del patriomonio común, de ser encomendada a vanguardias, expertos o representantes de alguna pléyade de víctimas acabaría transformando la vida social entera en un “convento autoritario” que ni siquiera exceptuaría a los afectados de ser alisados por el rodillo industrial, no quedaba otro camino que aniquilar la pirámide, porque su ápice —“la insolente orgía de unos pocos”— alucina a los más. No todos esos propósitos eran alcanzables entonces, y hoy ya resultan impensables, pero eran grandiosos y necesarios. Serles desatendidos sólo logró reforzar los fundamentos políticos del engranaje universal, lo que es decir el ciclo de la destrucción de cada vida que pasa por esta tierra. Y sin embargo, allí está todavía, la maldición, inscripta en uno de esos rayos que alguna vez terminan por descargarse desde un cielo sereno: “La lucha está abierta, la guerra de clases está declarada, habéis sembrado el viento, entonces cosecharán la tempestad”.

Un lugar en el mundo

De todos los folletos, el más impactante se titulaba “Un episodio de amor en la Colonia Socialista Cecilia”. Se inicia –el epígrafe– con una prevención: “Si la verdad te espanta, no leas; porque este librito está, para ti, lleno de espantos”. Curiosa advertencia, pues de lo único que se discurría allí era sobre el amor. Amalgama de testimonio personal, detalladísima encuesta, crónica de un romance y también manifiesto de ideas, el escrito sostiene que no es bueno que los sentimientos amorosos sean legislados o cohibidos, y que más malo aún es supliciarlos e inmolarlos en nombre de la hipocresía, la impotencia o la resignación. El autor del folleto creía que estábamos ingresando en una era de palingenesia –de resurrección de los seres– en la cual serían posibles vínculos y placeres sinceros, espontáneos e irrestrictos: “Amar a más de una persona contemporáneamente es una necesidad de la índole humana”. Esta aseveración no concierne al adulterio ni a la poligamia, sino al horizonte forastero de las “libertades corpóreas”. La tirada de la publicación amontó a tres mil ejemplares, cifra nada desdeñable para un tema tabú, entonces y ahora, aunque no entre anarquistas, que no vacilaban en poner en locución pública designios improbables, y, en este caso, más bien encendidos, sino férvidos, como los que atizan la lumbre de los braseros. Piénsese que su órgano de difusión más importante en Argentina, el diario *La Protesta*, incluyó en primera plana, a comienzos del siglo XX, un llamamiento a los compañeros para que se desentendieran de los prejuicios con respecto a la virginidad de sus hijas. Lo cierto es que el “episodio de amor” a que hace referencia el título del folleto aconteció verdaderamente, hace más de cien años, en un lugar remoto del sur del Brasil donde unas cuantas decenas de inmigrantes llegados de Italia habían establecido una experiencia de vida en común. Las motivaciones que los trajeron desde tan lejos son comprensibles y desovillables, y hay historiadores que se ocuparon de ello. Más misterioso pudo haber sido el origen del viaje y la opción por el Brasil. Quizás episodio insólito o limítrofe en la historia de las corrientes migratorias del viejo mundo hacia este continente, o estampida maravillada hacia

el espejismo por parte de creyentes que anhelaban vivir según leyes propias, o auge y caída del fogonero de empresas ensoñadas que acarreó a muchos en agrídulce cruzada, o bien resultado del entendimiento, casi inverosímil y sin embargo plausible, entre un utopista y un rey, mediados por un artista. Ninguna de estas hipótesis se contradice entre sí, y a fin de cuentas, cuando mucho tiempo haya pasado, triunfará la que alcance rango de leyenda.

Los compañeros

Los folletos se subvencionan con la venta pero también mediante suscripciones y con el auxilio de quienes aportaban algo de dinero, aunque hayan sido centavos de peso. En el folleto siguiente, escrupulosamente, se incluía la lista de aportantes. Dado que la policía no les prodigaba mucha empatía, los contribuyentes adoptaban seudónimos o nombres de guerra, tales como “Marat” y “Frititis” y “Zapatero loco” y “Maratito” y “Poca plata” y “Uno que toca la guitarra” y “Dr. en papas” y “Un demonio” y “Un tiro que me den” y “El más atorrante del mundo” y “Uno que era patriota y se hizo anarquista”, o bien el “Grupo de doctores en tierra romana”. También dejaban asentadas truculencias y baladronadas algo torvas aunque donosas: “Échame en la olla”, “Mata vigilantes”, “Curto cuero de fraile”, “Bomba y bomba”, “Voy a ver si puedo quemar algún taller”, “Una joven que quiere el amor libre”, “Una señora anciana vuelta anarquista por ser este mundo lleno de farsas”, “Maldito sea el nombre de Dios que por ese vil misterio ha reducido a millares de infelices a la miseria y al trabajo perpetuo”, “Courage camarade, á la dinamite”, “Puñal y veneno, Oh”, y así muchos más. Por su propia naturaleza, el argot de las sectas efímeras o de bandadas fugaces suele desvanecerse sin que nadie alcance a ser su Herodoto, pero aquí toda una región del gracejo popular resurge del omitido subsuelo. Cabe enviar un saludo retrospectivo a los muchachos de “Sobrante de copas”, que sacrificaron un trago de más por el bien de la causa, y también a aquel otro que firmó “Nada”. Por cierto,

y dado que los editores eran antagónicos a todo sistema de venta, el precio que se abonaba por cada ejemplar no era unívoco: “De cada uno según sus fuerzas”. “Un indio”: este fue el santo y seña escogido por un aportante. Otro optó por “un gaucho”. Y otros se identificaron como “Refractario”, “Desterrado”, “Hijo del mundo” y “Cosmopolita”. Y hubo, al fin, alguien más que se hizo llamar “Uno que ya no sueña con Europa”. En efecto, del viejo continente habían llegado muchos, no solamente a este país sino a casi toda nación de Sudamérica. Dos de tantos se llamaron Francesco Gattai y Argia Fagnoni, oriundos de la Toscana, y en el barco que los llevó hasta el Brasil, en 1891, también iban cinco hijos suyos, cuyos nombres eran Ernesto, Aurelio, Rina, Guerrando, e Hiena. Ésta última, nacida pocos meses antes, morirá afectada por la desnutrición a poco de desembarcar en el puerto de Santos. El grupo familiar entero había partido de Génova para llegarse hasta una “comuna anárquica experimental” establecida el año anterior en un lugar llamado Palmeira.

Ruedas kármicas

Un tema que preocupaba a los autores de estos folletos era la condición de la mujer, acuciada por atavismos y sumisiones, o bien por su propia conformidad en protagonizar una farsa. Enfrenta —la mujer— dos tipos de enemigos. El primero asume rostros de sacerdote, magistrado, legislador, libertino, proxeneta y moralista, a los que se suma el marido. Si además es asalariada, y amén de padecer el yugo del capital, ha de contrarrestar —si puede— los caprichos del patrón o del mayor-domo. Cuando no es cosa explotable, igual que todos, o bien mueble indispensable del hogar, es entonces carne de placer, también en horarios laborales, pues el secreto a voces, en esa época, de los abusos cometidos en contra de los aprendices de oficios, de ambos sexos, pierde en estas páginas su estado usual de sordina. El otro enemigo es ella misma. Cuando no languidecen —las damas burguesas— en “doradas prisiones”, la mujer lleva una conducta “apocada en unas, denigrante en otras,

necia en las más”. La posición estructural de víctima sempiterna no explica toda la indignidad y tampoco se ahorran denuestos para con las congéneres inclinadas hacia “la soberanía de la frivolidad”. Tales señoras, “disgustosa mezcla de artificio y coquetería”, y tales señoritas, “pintarrajeadas muñecas cuya mente es una vacía caja ósea”, son sus contrafiguras. No es que se rehuyera de afeites o galanteos, pero se repelían bobada y vanidad. En todo caso, se proponían desencorsetar la jaula de los afectos y derruir un par de instituciones: “Queremos sea abolido el mercado de la carne, desmonarquizada la familia, equilibradas las razones económicas del trabajo y de las recompensas, y que sean dados a la juventud los placeres del amor”. ¿Y cómo se logra ese querer? Aprontándolo catárticamente, sin diluirlo en incotejables promesas de muda gradual, puesto que el mañana no existe, sólo el día de hoy, y la libertad no es un proyecto sino elíxir que se bebe en vida, o nunca. De allí las exhortaciones a eludir la tentación de exigirle derechos, puestos y salvaguardias a un sistema social que es, en sí, productor de dominación, no importa quienes sean sus eventuales o duraderos objetos de martirio. El patriarcado era inherente a toda forma de gobierno. De eso tenían certeza: “El enigma moderno –Libertad, Igualdad, Fraternidad–, empujado por la Esfinge de la Revolución, una vez resuelto, este será la Anarquía”.

Predomina –es el otro tema– un martirologio, el de los trabajadores, a los que la sociedad industrial, cíclica horca caudina, constriñe al tamaño del “limón estrujado”. Su cuadro es tétrico. De la vista panorámica ofrecida resaltan los focos de infección donde cunden “efluvios mefíticos”. Es el insondable precipicio de las barriadas obreras. Se nos relata una historia del estrago de la carne que anticipa en diez años las conclusiones del informe llamado “Estado de las Clases Obreras Argentinas” que en 1904 fuera preparado por el médico Juan Bialek Massé a pedido del gobierno nacional. En suma, para los autores de estos folletos, la fábrica es el castillo feudal de la edad moderna. Allí dentro, según lo consigna Georges Étiévant, condenado a cadena perpetua, sólo hay “máquinas humanas donde la vida se reduce siempre a un mismo acto, indefinidamente repetido, reempezar cada día la vieja

tarea, hasta que un día se rompa un rodaje de vuestro cuerpo o que usados y viejos, os releguen al olvido como no reportando suficiente utilidad”. En ese contexto –“cruentos suplicios”, “atrofia del proletariado”, “hiel burguesa”–, las mejorías parciales redundan en perfeccionamiento de la máquina total en tanto el dolor hace presión sobre otras zonas de la realidad. En cuanto a las intenciones de socialistas y ulteriores progresistas, que preconizaban subas de jornal (“nada más despreciativo que el salario”), más puestos de trabajo (“la vituperable empleomanía”), e igualación de las condiciones de vida con las de sus explotadores (“burguesía de conciencia metalizada”), el encono de los anarquistas no podía ser más acentuado. La síntesis de la cuestión, apocopada por Pierre-Joseph Proudhon –“La propiedad es un robo”–, era para ellos artículo de fe. Más lacónicamente: “No es justo”.

Historia real

Si se conjugan datos fehacientes, alguna presunción de lazos, y un mito de origen a ser desenmarañado de las tretas de la memoria pero no desactivado, porque es indecible, esta historia, admisiblemente, podría comenzar así: a fines del siglo XIX, por lo general, si un monarca y un anarquista cruzaban sus pasos, la situación se resolvía malamente para alguno de los dos. Pero no fue ese el caso de Pedro II, de la Casa de Braganza, emperador del Brasil, y el del italiano Giovanni Rossi, alias “Cardias”, o sea “corazón”, un agrónomo, botánico, veterinario y músico que desde joven venía predicando la necesidad de vivir, aquí y ahora, de la forma más libertaria posible, y que además daba conferencias en favor del amor libre. Ya en 1873, a los dieciocho años, había presentado a la Asociación Internacional de Trabajadores un proyecto para llevar a cabo una comuna socialista en la Polinesia, moción que fue denegada. Pero Rossi no cejaría. Un tiempo antes de cruzar su destino con el del Emperador del Brasil promovió una experiencia comunitaria de campesinos en Cremona, fracasada. También editó, por un año, *Lo Sperimentale*, apenas cinco números. Pero aunque Giovanni Rossi

hubiera deambulado por muchas ciudades promocionando su ideal y hasta publicado avisos en la prensa a fin de reclutar contingentes de hombres y mujeres dispuestos a implantar una comunidad sin leyes injustas ni puritanas, carecía de suelo firme donde asentarla. Le era preciso encontrar un lugar en el mundo.

Ocurrió que Giovanni Rossi tenía un pariente en Milán, “il Maestro Compositore Lauro Rossi”, músico de renombre que alguna vez vivió en México y en Cuba, y por intermedio suyo trabó amistad, hacia 1887, con Carlos Gomes, el autor de *O Guarani*, la primera ópera brasileña. Gomes vivía en Milán, habiendo sido becado por Pedro II para que afinara su conocimiento del pentagrama, y para la fecha de su encuentro con Rossi estaba preparando el estreno de *Lo Schiavo*, ópera basada en la novela homónima de José de Alencar que celebraba la lucha de los siervos por su emancipación. También aguardaba la llegada a Italia, para abril de 1888, de su benefactor, don Pedro II, llamado “El Magnánimo”, un rey que se negaba a tener esclavos, caso distinto de los terratenientes que lo derrocarían al año siguiente para instaurar la República, que sí los poseían en abundancia. Fue Carlos Gomes quien sugirió a Giovanni Rossi escribirle una carta al rey explicándole su proyecto “experimental” y tal parece que sendos amigos se encaminaron hacia el hotel donde se hospedaba el monarca para llevarle la propuesta, que les fue recibida por el barón, conde y vizconde Claudio Velho da Mota Maia, profesor de anatomía y fisiología en la Academia de Bellas Artes y médico de la Casa Imperial.

Una vez regresado a sus dominios Pedro II leyó la carta, o alguno de los folletos firmados por Rossi, *Il Commune in Riva al Mare*, o bien *La Comunne Socialiste*, y algo impresionado por el atrevimiento y por la solicitud en sí misma, habría concedido a Giovanni Rossi y los colonos que éste pudiera alistar el usufructo de 300 alqueires de tierra en el sureño Estado de Paraná, lindante con la provincia argentina de Misiones, cuyo costo debía ser reembolsado en forma diferida. Extraño como pueda parecer, la adjudicación no suponía una paradoja. Pedro II era hombre culto, conocedor de ideas, y durante su largo reinado, entre

1831 y 1889, comenzado a los cinco años de edad, pasó buena parte de su tiempo estudiando y reuniendo una biblioteca de sesenta mil libros, así como examinando el cielo desde el observatorio astronómico que hizo instalar en su palacio. En verdad, este rey que se carteaba con sabios de todo el mundo y que incluso conoció a Friedrich Nietzsche, soportaba mal su elevado cargo y quizás hubiera preferido –según confió a su diario personal– consagrarse a las letras y la ciencia. En lo que concernía a los anarquistas extranjeros a quienes autorizó a ocupar esas tierras, Pedro II estaba menos preocupado por sus propósitos subversivos que preocupado por el aporte que su laboriosidad e instrucción podían hacer a su país. En cuanto a Carlos Gomes, el músico más importante que tuvo el Brasil en el siglo XIX, le siguió siendo fiel al rey una vez que éste fue destronado, negándose al encargo de la nueva república de componer el himno nacional de los ahora denominados “Estados Unidos del Brasil”.

La historia de lo que sucedió en el sur del Brasil es lo que Giovanni Rossi contaría en el folleto *Un episodio d'amore nella Colonia Cecilia*, publicado en 1893, antes del final mismo de la experiencia, en la ciudad de Livorno por la editorial Sempre Avanti. Un año después fue vertido al francés y al alemán, y hacia 1896 al portugués, en el Brasil, y al castellano, en Buenos Aires, y por un tiempo el folleto fue muy comentado por la prensa anarquista de varios países. Su traductor al castellano fue José Prat, alias “Urania”, un anarquista gallego de origen catalán –y por un tiempo “catalán” fue, en Argentina, eufemismo por ácrata– llegado en 1897 desde Inglaterra, una vez sorteada la persecución de las autoridades españolas. Aunque en Argentina sólo permaneció por un año, se mantuvo activo, integrándose al grupo redactor del diario *La Protesta* (que reeditaría el folleto sobre la Colonia Cecilia en 1920) y colaborando con Fortunato Serantoni en *La Questione Sociale* y en su sucesora, la revista *Ciencia Social*. También enviaría colaboraciones a *El Corsario*, y a *El Rayo*, y a *Anticristo*. Más adelante editaría la revista *Natura* –era naturista– y publicaría el opúsculo *A las mujeres*, una conferencia suya sobre el amor libre y la emancipación femenina.

Los editores

Un lugar donde podían ser conseguidos era la Librería Sociológica, localizada en la avenida Corrientes, entre Ayacucho y Junín. Justamente su dueño, Fortunato Serantoni, editó los folletos que portan el sello *La Questione Sociale*, además nombre de la revista que, desde 1894, y en italiano y en castellano, estaba a cargo suyo. Había llegado desde España hacia 1892, y en Buenos Aires estuvo próximo a “Los Desheredados”, grupo activo en el barrio de Almagro –editaban el periódico *El Perseguido*– y muy hostil a toda forma de organización que trascendiera el clan de afines. Ni siquiera disculpaban a los sindicatos. Digamos que la “organizomanía” no era lo suyo. Los remanentes de este grupo y de ese periódico se congregarán en “La Expropiación”, y editarían la otra mitad de los folletos, la más incandescente. Pero Serantoni –de oficio marmolista– tomó distancia y se puso del lado de los partidarios de organizar las cosas. Entre otras, y sin casi hacerse notar, se ocupó de lubricar varias vías de llegada de material impreso prohibido.

Ya desde antes de ser expulsado de Italia, joven aún, tenía currículum. Con dieciocho años de edad Serantoni fue promotor del periódico *Il Sataná*, y más adelante de *Il Vero Sataná*. También sobrellevó varias estadías en cárcel, un año entero una de ellas, combinadas con colaboraciones enviadas a *Il Ladro e Il Petrolío*, título que hace referencia a las bombas manufacturas con ese material. Ya en Argentina eligió para su revista el nombre *La Questione Sociale* probablemente porque el anarquista Errico Malatesta, cuya reputación era mundial, había optado por el mismo para sendas publicaciones cuyas salidas en Buenos Aires y en Florencia, ciudad natal del propio Serantoni. Su revista perduró hasta 1896, y luego, por tres años, editaría una nueva, *Ciencia Social*. Cuando a fines de 1902 el Estado Argentino promulgó la Ley de Residencia, que posibilitaba la expulsión urgentísima de extranjeros “indeseables”, más de cien en apenas una semana, Serantoni escapó a Montevideo –su librería había sido allanada– y luego anduvo zigzagueando entre España y Francia hasta culminar su jornada en suelo italiano, donde murió en 1908 a poco

de salir de su último encarcelamiento por apología del delito. Años antes había fallecido Comunardo, aún pequeño, el hijo que Fortunato había tenido con su compañera Isabella.

Existían varios grupos de afinidad, entre otros Los Atorrantes, Los Descamisados, Los Hambrientos y Los Desautorizados, como así también las cofradías El Errante, Amor Libre y Los Desheredados, agrupación esta última que devendría en La Expropiación. El arpón de este grupo, entre 1890 y 1896, fue *El Perseguido*, periódico furiosamente individualista y rabiosamente anti-organizativo, y tendiente a justificar la “propaganda por el hecho”, es decir los atentados. A pesar de que en su primer número, con respecto a ellos mismos, se delinearon como “vagabundos, malhechores, la canalla, la escoria de la sociedad”, y de que en la portada, acerca de su periodicidad, alertaban que “Aparece cuando puede”, llegaron a sacar cien números, con tiradas que fluctuaron entre los mil y los cuatro mil ejemplares, alcanzando alguna vez los siete mil, que era mucho para la Argentina de entonces. *El Perseguido* fue punto nodal de una constelación de publicaciones anarco-individualistas, entre otras *Gli Incendiari*, *Il Pugnale*, *I Malfattori*, *El Ciclón* y *Demoliamo*. Ésta última promocionaba justamente eso: las demoliciones. Además de Serantoni, que estuvo en un inicio, tanto Orsini Bertani como Francisco Denambride fueron miembros del periódico, y ambos acabarían enfrentados por un asunto “de faldas”. Cabe consignar que Denambride, el hombre que hizo encuadernar los folletos encontrados en Pueyrredón y San Luis, decidió aunar ambas corrientes, la que repelía la organización y la que la fomentaba, en un solo y mismo tomo.

Por cierto, editar publicaciones, demasiadas veces en condiciones de penuria e ilegalidad, no sólo suponía integrarse a la riada de letras de molde que fue propia de esa época de alfabetización y periodismo. Era, por derecho propio, obsesión de los anarquistas, persuadidos de que las palabras, de serles extirpada la espoleta, podían cuartear el mundo, y por eso muchas veces arraigaban en el oficio de tipógrafo o se esforzaron en montar imprentas que les eran una y otra vez confiscadas o destruidas. ¿Y qué es lo que pretendían? En sus propias palabras,

“un mundo sin ejércitos, sin cañones, sin fronteras, sin barreras, sin cárceles, sin magistratura, sin policía, sin leyes y sin dioses, con hombres y mujeres reconciliados con la naturaleza y con ellos mismos”. Dicho así, parece un mensaje del espacio exterior, pero eso, la execración del mundo burgués, era su programa de mínima, al que añadían la promoción de una moral sin sanción ni obligación y la convicción de que todo es de todos, pues se es copropietario de la Tierra. Eran plegarias que les susurraban aún todas las vidas marchitadas desde el comienzo de los tiempos, pero también consignas que se hacían cargo de las frustraciones del hombre moderno. Con respecto a la relación que pretendían tener con el mundo tal cual era, tenían muy en claro su principio de higiene mental, resumido en esta frase: “No queremos más respetar nada de todo lo que existe, porque todo es falso, ficticio y mentiroso”. De allí que su jurisprudencia entera cupiera en esta piedra: “De aquí en más, haz lo que quieras”. Es un lema para el fin del mundo.

Infancia en Paraíso

No es habitual comenzar una carrera literaria con más de sesenta años de edad. De modo que, cuando en 1979 Zelia Gattai mandó a imprenta *Anarquistas, graças a Deus*, no pretendía hacerse de un nombre sino contar una historia, la suya, la de su infancia y adolescencia transcurridas en el barrio Paraíso de San Pablo. Es una obra memorialista, o evocativa, hilvanada con suave, sonriente y entrañable nostalgia. Tanto cariño. Quisiera uno, luego de leer sus recuerdos, haber nacido y vivido en ese tiempo, en esa ciudad, en esas calles, entre vecinos sin fortuna que arribaban de todas partes para enraizarse a los esfuerzos, supersticiones y prodigios de todos los días. Todavía se escuchaba música en gramófono de corneta y manivela, y un día a la semana los cines ofrecían “soirée de damas”. No hormigueaban automóviles por las calles, no aún, y los vuelos en avión eran recientes, cosa de ricos. El ritmo de la vida era lento, el tiempo duraba más. Aquel mundo era sacrificado, engañoso y trágico, como el de todas las épocas, pero algo menos cínico

y polucionado que el nuestro. Y a pesar del tardío brote de su vocación literaria, y de que en el Brasil regía una dictadura, no le fue nada mal al libro de Zelia Gattai, que llegó a vender doscientos mil ejemplares, y a devenir, eventualmente, en miniserie televisiva, o telenovela, como se les dice en Argentina. Y ella seguiría escribiendo, quince libros más, casi todos de recuerdos, y, ya octogenaria, fue admitida como miembro de número de la Academia Brasileira de Letras.

Más que autobiográfico, el suyo era un libro “intimista”. Cada breve capítulo –son muchos– parece una lenta toma fotográfica, resultando el conjunto un montaje de reminiscencias urbanas de un San Pablo todavía amable y del que están ausentes la pujanza y celeridad del impetuoso dínamo que es hoy. Mayormente se cuentan sucesos familiares, anécdotas de la vida barrial, y se rememoran algunas transformaciones urbanas significativas. Y aunque sobresale algún que otro acontecimiento extraordinario, mucho más lo hacen los cotidianos, que a fin de cuentas son los que determinan el temple y los estados de ánimo de la persona que alguna vez será adulta. Un centro de gravedad de *Anarquistas, graças a Deus* son los padres de Zelia, Angelina da Col y Ernesto Gattai, anarquistas ambos y enlazados en matrimonio a la edad de quince años, ella, y dieciocho, él. También es continua la presencia de sus hermanos y la de la casa misma, situada en la encrucijada de Santos con Consolação. Angelina era hija de inmigrantes y se ocupaba de las labores de la casa, en tanto Ernesto, que de niño había vivido en la Colonia Cecilia, primero fue chofer de un potentado que residía en Higienópolis, y más luego trabajó toda su vida en taller mecánico propio.

El relato de Zelia ondula entre hechos que concernieron a su educación sentimental y sensorial y aquellos otros que puntuaron la apertura al gran mundo allende el barrio de infancia, hayan sido la lectura de las novelas sociales de Émile Zola y Víctor Hugo como la concurrencia familiar a conferencias de disertantes libertarios o la participación en la intensa y frustrada campaña para evitar la injusta ejecución de los anarquistas Sacco y Vanzetti en los Estados Unidos. Sucintos y notables son los camafeos de olvidados hombres de ideas y acción, como el sanguíneo y brioso Conde Francesco Frola, ex diputado

italiano forzado a exiliarse en San Pablo que diseminó el antifascismo por varios países sudamericanos, incluso en la Argentina, donde por un año dirigió el periódico *La Giustizia* hasta que la sección “Orden Social” de la policía local lo conminó a volverse al Brasil. O bien el caso de Gino Meneghetti, llamado “O maior gatuno de América Latina”, un ladrón solitario que vivía en la Rua da Abolição y sólo robaba en palacetes de gente pudiente (también en Buenos Aires, a donde viajó para hacer de las suyas). Un día la policía logró acorralarlo arriba de un tejado, ya sin municiones, salvo por las imprecaciones que siguió lanzándoles: “¡Eu sou Meneghetti! ¡O César! ¡O Nerón de São Paulo!”. Preso incorregible, lo tuvieron treinta años en prisión, pero se fugó cuantas veces pudo. Morirá en San Pablo, cercano a los cien años de edad, en compañía de sus hijos Lenin y Espartaco. Nunca se arrepintió de sus fechorías y alguna vez, entrevistado en la cárcel, declaró a un periodista: “El comerciante es un ladrón que tiene paciencia”.

Pero no siempre resultó congruente crecer en casa de padres “librepensadores”, sobre todo en épocas de carnaval. Ernesto Gattai no permitía que sus vástagos concurrieran a las carnestolendas del barrio, no ya porque el pobrerío terminara haciendo de comparsa para la burguesía –también ese era el criterio del anarcosindicalismo argentino–, sino, sobre todo, porque don Ernesto temía, un poco infundadamente, que las tentaciones de la carne en esos días de todo vale encontraran escasa resistencia espiritual por parte de sus hijas. Cierta vez, ya adolescentes y hartas de la rígida veda anual, las hijas confrontaron al padre: “¿Por qué nos prohíbe ir al carnaval, acaso usted no es anarquista, no cree en la libertad?”. “¡Io sono anarchico”, les retrucó Ernesto Gattai, “*ma non troppo*”. Nárrase en el libro, además, la creciente curiosidad de los niños por la historia familiar previa a sus nacimientos y el modo en que sus padres van revelándoles arcanos y antecedentes. También cuenta Zelia las búsquedas de intimidades acometidas sin permiso ni conocimiento de los mayores, tal como el asalto a un supuesto tesoro oculto en un ropero cerrado con llave que sólo reportó la existencia de fotografías antiguas y algunos libros que, más que apartados, estaban resguardados del paso del tiempo, entre ellos títulos de Bakunin y Kropotkin, más

un viejo folleto, *Il Commune in Riva al Mare*, firmado por Giovanni Rossi, a quien, cuando Angelina da Col y Ernesto Gattai mencionaban, lo hacían con vibrante emoción, pues de los sueños de aquel hombre había dependido el destino posterior de la familia entera.

A pesar del sugestivo título de su libro, no dedica Zelia Gattai tanta atención a las ideas anarquistas de sus padres. Allí están, y de tanto en tanto reaparecen como rumores de fondo, o latidos de sueños en otro tiempo recurrentes pero ya amustiados por la dolorida asunción de que hay cosas en la vida que se van volviendo inviables, aunque no para la policía, que encarceló a don Ernesto cuando Getúlio Vargas llegó al poder. No obstante, cada tantas páginas, reaparece el recuerdo de una pintura al óleo enmarcada en la sala principal de la casa, una alegoría poblada de escenas tremendas, por no decir tremebundas. En un lado del cuadro hay un sacerdote, erguido y babeante, cabeza encasquetada con sombrero de ala ancha, en la mano aferra un puñal ensangrentado mientras a su lado lloran varias personas enlutadas. Uno y otros representan a la Inquisición y a las familias de los martirizados. En otra zona se ven ruinas y escombros y muertos y heridos que remiten al sinsentido y horror de todas las guerras. Ya idos, siguen clamando contra el militarismo, que es campo de destrucción más que del honor. En el centro, una mujer desnuda de larguísima cabellera sostiene una antorcha encendida, las muñecas aún engrilladas pero ya rotas las cadenas. Es el Ideal Anarquista iluminando el mundo. Y al fin, en una esquina, el retrato de Francisco Ferrer y Guardia, el pedagogo libertario fusilado en 1909 en el foso del castillo de Montjuich, en Barcelona.

Ese cuadro, ya desde el tiempo de la Colonia Cecilia, pertenecía a Francesco Scipione Gattai, el abuelo de Zelia, que antes de morir lo transfirió a su hijo Ernesto. Poco se nos dice sobre Francesco Gattai, pues falleció cuando Zelia tenía apenas dos años de edad, pero sabemos que llegó al Brasil en 1891 desde Génova junto a esposa y cinco hijos. También sabemos que poco antes de embarcar se apersonó en una oficina pública a fin de dejar constancia del nacimiento de su beba más reciente. Para ella había elegido el nombre Hiena. Un empleado intentó disuadirlo: “Señor, ¿cómo puede ponerle a una niña inocente el

nombre de un animal repugnante como ese?”. Francesco le respondió: “Si el Papa puede llamarse León, ¿por qué mi hija no puede llamarse Hiena?”. Se refería a León XIII, el Papa número 256, cuyo predecesor, el 255, había sido Pío IX, y el sucesor, el 257, Pío X. Una vez fracasada la experiencia de la Colonia Cecilia Francesco Gattai afincaría a su familia en San Pablo, viviendo del oficio de electricista. Su esposa, Argia Fagnoni, abuela de Zelia, murió en 1898, y pasados veinte años, en 1918, se fue él, según lo informó por entonces el periódico *Crônica Subversiva*, dirigido por Astrojildo Pereira, un anarquista intransigente que tres años después fundaría el Partido Comunista do Brasil.

Compendio

Mozzoni, Ana María. Italiana, feminista, otrora fourierista, mitad librepensadora y mitad socialista, fue la fundadora de la Lega Promotrice degli Interessi Femminili. Merlino, Salvatore, también italiano, alguna vez forzado al exilio. A su regreso, y al momento de la publicación de su folleto en Buenos Aires, estaba en prisión. Mañé Miravet, Teresa, cuyo seudónimo era “Soledad Gustavo”. Maestra española que pocos años antes había escrito un cuadernillo en favor del amor libre, editado en Montevideo. Al publicarse su folleto “A las proletarias” estaba a punto de ser desterrada, a Londres, Inglaterra, y si bien regresaría a su patria, donde dirigió *La Revista Blanca* y el periódico *El Luchador*, morirá del otro lado de la frontera, tras los Pirineos, apenas terminada la Guerra Civil. Kropotkin, Piotr Alekséyevich, nacido príncipe. Geógrafo, naturalista de vocación y anarquista por convicción, uno de sus padres fundadores. Ligó siete años de cárcel en Rusia –logró fugarse– y en Francia. En algún tiempo, de joven, fue ayudante personal del Zar de Todas las Rusias, pero luego pasaría casi toda su vida en el exilio y siempre editando su periódico *Freedom*. En 1917, transcurridas cuatro décadas, volvió a casa, y allí murió, en 1921, cerca de Moscú. A su funeral concurrieron cien mil personas y fue el último acto anarquista permitido en la naciente Unión Soviética. Montseny, Juan, también

conocido por sus alias “Federico Urales”, “Siemens” y “Ricos de Andes”. Tonelero, sindicalista, maestro de escuela y director de las publicaciones *Tierra y Libertad*, *El Escándalo* y *La Revista Libre*. Cabe mencionar algunas obras suyas: *El hombre adúltero*, *La mal casada*, *La reina de la belleza y el dolor*, *Las que tienen y las que no tienen marido*, *La repudiada*, *Las novias con y sin hijos*, *La mujer caída*, *Los hijos del amor*, *Lluvia de flores*. Para 1895, fecha de publicación de su folleto, y luego de un año encarcelado, vivía desterrado en Londres, al igual que Kropotkin. Regresó a España, participó de la Guerra Civil, y cruzó la frontera en 1939 sólo para ser encerrado en el campo de concentración de Saint Laurens, acabando sus días en confinamiento obligado por orden del gobierno colaboracionista del Mariscal Petain, que gobernaba la república títere de Vichy.

Y además, Georges Étiévant, tipógrafo anarco-individualista muerto en la isla de la Salvación, una de las tres islas del Diablo. O el franco-español Émile Henry, guillotinado a los veintidós años por haber intentado vengar, en 1894 y par de bombas mediante, el paso previo por la cuchilla de Auguste Vaillant, compañero de ideas que había arrojado un explosivo en la Cámara de Diputados. Por cierto, Fortune Henry, el padre de Émile, un *communard*, en su momento también había recibido condena a muerte, “in absentia”. Al momento de ser juzgado, cuando el magistrado le espetó a Émile Henry, “Todos pudimos ver tus manos cubiertas de sangre”, no lo ayudó mucho haberle respondido “Mi mano está tan cubierta de sangre como enrojecidas están sus ropas”. Y al fin Ravachol, apodo de François Claudius Koëningstein, cartonero, acordeonista y tintorero cuya cabeza también terminó seccionada por la guillotina. De joven había quedado convertido a “las ideas” tras escuchar una conferencia anticlerical dada por la feminista y revolucionaria Paule Mink, una mujer formidable a cuyos dos hijos bautizó con los nombres Lucifer Vercingetorix y Espartaco Revolución. Muy afectado por los catorce muertos que dejó la carga policial contra la marcha de trabajadores del 1º de mayo de 1891, Ravachol preparó varias marmitas explosivas y las hizo estallar, dejando un tendal de muertos. Al preguntarle el juez de instrucción de su caso,

“¿Qué llevaba usted en su maleta?”, se le respondió: “Dinamita, sebastina, pólvora y pistones para cebar”. Fue castigado con la pena máxima. Al llegar su día último, Ravachol se encaminó hacia la máquina de ejecución cantando.

Puede tenerse una idea del genio y el temple de estas personas a través de este breve diálogo que en 1892 mantuvo Georges Étiévant en el Tribunal de Versailles con el juez que se disponía a juzgarlo:

Juez: Levántese.

Étiévant: ¿Por qué he de levantarme cuando usted sigue sentado?

Juez: Porque yo soy magistrado y usted un acusado. ¿Su nombre?

Étiévant: ¡Y a usted qué le importa!

Juez: Frecuentaba usted grupos anarquistas.

Étiévant: ¡Siempre es mejor que ir a misa!

Juez: Sea serio.

Étiévant: ¿Por qué? No reconozco a nadie el derecho a interrogarme.

Estoy decidido a no responderle nada de nada.

Juez: Estoy aquí para interrogarle.

Étiévant: Y yo, para no dejarme interrogar.

Juez: Yo aplico la ley.

Étiévant: ¡La ley es variable y no puede ser la expresión de la justicia!

Juez: Estamos aquí para hacerla ejecutar.

Étiévant: Y yo, para violarla.

En aquella ocasión Étiévant fue condenado a cinco años de cárcel por complicidad con robos de dinamita. Una vez salido de la prisión, y en apariencia exiliado, recibiría nueva pena de tres años entre rejas por causa de declaraciones suyas. Atrapado al fin en 1898, luego de batirse con dos policías, fue penado con la muerte, conmutada por la de reclusión a perpetuidad en una isla frente a la costa de la Guayana, por entonces posesión francesa. Allí sucumbió. Mucho antes, durante su juicio, había dicho: “Por el hecho mismo de su nacimiento tiene cada uno de nosotros el derecho a vivir y ser feliz”. Siendo una premisa benéfica y promisoría, y aunque en vastas

zonas retóricas de estos panfletos tintineen las campanillas de la armonía y la benignidad, no por ello se equilibra el apasionado tono de indignación y cólera que retumba en cada una de sus páginas. Aunque el anarquismo abogaba por una vida de “amor, libertad y sabiduría” opuesta a otra de “odio, tiranía e ignorancia”, la opinión pública y las autoridades de su época no fueron indulgentes con “la Idea”, nada de eso, más bien primó la incomprensión y la represalia desmedida y sanguinaria. Era inevitable que lágrimas de fuego afloraran en el alma de muchos anarquistas, motivándolos a desquitarse con actos irreflexivos y a fin de cuentas perjudiciales para su causa. Y si en estos panfletos porteños se reivindica a varios “atentadores”, y hay reconcentración de ira en esa tinta, no es por mera conformidad con los hechos sino por aborrecimiento hacia la guillotina, el garrote vil y el pelotón de fusilamiento. Pacíficos los más, capaces de acciones enloquecidas otros, batalladores todos, los ácratas se reconocían en este lema impreso en la portada de uno de estos folletos: “NI DIOS NI AMO. NUESTRO ENEMIGO ES NUESTRO AMO”.

La colonia

El primer grupo de colonos partió de Genova un 20 de febrero de 1890 en el barco *Città di Roma*. Eran cinco hombres –Giovanni Rossi entre ellos– y una mujer. Si bien el primer destino idealizado habría sido el Uruguay, las noticias sobre luchas fratricidas entre blancos y colorados lo hicieron desestimar. Optaron por el Brasil. Dos semanas después los seis anarquistas pudieron avistar la bahía de Guanabara, en Río de Janeiro, y una vez atracado el navío recibieron albergue en el hotel de los inmigrantes, la Hospedaria da Ilha das Flores, frente a la ciudad. De allí rumbo hacia el sur en el vapor *Desterro*, hasta llegar a Paranaguá, en el Estado de Paraná, aunque el desenlace final del itinerario se cumpliría tierra adentro, en un lugar llamado Palmeira. Curioso: tres meses antes el emperador Pedro II había sido forzado a subir al buque *Parnahyba*, al mando del capitán de fragata Palmeira,

para ser transportado hasta esa misma Ilha das Flores, donde se lo trasbordó a otro que lo condujo al destierro europeo. Había sido destronado por oligarcas que establecerían una forma de gobierno republicana.

A comienzos de abril los colonos arribaron a una región distante unos cien kilómetros de Curitiba, la capital de Paraná, donde improvisaron un campamento, y ya el primer día hicieron flamear la bandera negra. El sitio quedaba entre los poblados de Palmeira y Santa Bárbara, lo que es decir entre el idilio y el polvorín. Era tierra prometida, aunque algo yerma. Seguramente no economizaron entusiasmo ni esfuerzos, pero los primeros tiempos han de haber sido difíciles. No tenían un cobre, no hablaban el portugués, desconocían la cultura del lugar, sobre todo no eran campesinos, sino, la mayoría, artesanos u obreros. Nada sabían de labores agrícolas, ni habían previsto demasiado, y por meses y meses las condiciones de vida no fueron nada confortables. Y además, al principio, eran pocos, no más de diez. Ya llegarían otros pioneros, bastantes más, y mientras tanto, en el centro del asentamiento de casas de chapa establecieron un lugar para reunirse en común al que llamaron “Casa d’Amore e Fratellanza”. En septiembre nació el primer niño, Giuseppe.

Al finalizar ese año 1890 Giovanni Rossi regresó a Italia por seis meses en busca de nuevos voluntarios para la colonia. Reclutó hombres y mujeres en Pisa –su ciudad natal–, en Milán, en Brescia, en Livorno, en Cremona, y también en Turín, Parma, Génova y La Spezia. A comienzos de 1891 ya había unos treinta moradores en la Colonia Cecilia; un año después eran cuarenta; y al iniciarse 1893 se contaban sesenta y cuatro habitantes, incluyendo niños. Es difícil saber cuánta gente pasó por la colonia en esos años, pero es probable que hayan sido unas doscientas personas, quizás algunas decenas más, aunque los constantes fueron menos y no todos eran anarquistas. Sin duda el ensueño que los sostenía era robusto y frondoso, podía ascender incluso hasta la Luna, pero la verdad es que los cimientos eran de cristal. De a poco la subsistencia se les fue volviendo trabajosa; los víveres, insuficientes; y el ánimo debió haberles fallado muy a menudo. Inevitablemente, hubo divergencias,

en parte por las presiones contextuales, en parte por pugnas de personalidad. Muchos bajaron los brazos y se integraron a la marea de inmigrantes europeos ya asidua en el Brasil. Otros regresaron a Italia. El propio Giovanni Rossi, un poco desanimado, dejó la colonia pocos meses antes de su disolución. No obstante, mal que mal, la experiencia anarquista en Palmeira logró sobrevivir a varias crisis, y eso que nunca hubo allí organización directiva ni tampoco reglas de cumplimiento permanentes. Las decisiones se tomaban por consenso, respetando únicamente el lema que podrá leerse en uno de estos folletos: “Lo que la libre voluntad ha formado, la libre voluntad puede deshacerlo”.

Muchas fueron las causas que confluyeron en el final de la colonia: la pobreza, el desconocimiento de las labores de la tierra, la dificultad de arraigo, el exceso de integrantes en condiciones aún desfavorables para contenerlos a todos, la guerra civil que irrumpió en la región, las suspicacias del nuevo régimen republicano, y el mal de la desilusión. En fin, el entusiasmo menguó, aunque algunos de los más jóvenes persistieron por un tiempo más. En abril de 1894, cuatro años después de su fundación, los últimos colonos dejaron el lugar. Pasado mucho tiempo Giovanni Rossi dirá que ese experimento comunitario no había desaparecido por causa de la escasez de recursos, sino porque se encontraba solo en el mundo: “Si el mundo entero se hubiese vuelto Ceciliano, sostengo que la Colonia Cecilia aún subsistiría”. Lo cierto es que el mundo no era “ceciliano” y menos que menos las cercanías. Considérese que los anarquistas que fallecieron por entonces debieron ser sepultados en terreno improvisado, pues la iglesia católica más adyacente no los aceptó en camposanto. Hasta el día de hoy, a ese solar se le llama “Cemitério dos Renegados”.

Los comuneros se dispersaron, y algunos dejaron huella en la zona, sobre todo en Curitiba, donde florecerían dieciséis periódicos anarquistas en los siguientes veinte años, sin contar los sindicatos. Otros se unieron a las filas de los “maragatos”, puesto que el último año de existencia de la colonia coincidió con el inicio de la “Revolución Federalista”, un intento de independizar a los Estados de Paraná y Río

Grande do Sul. La sedición contó con la participación en lucha de un batallón de inmigrantes italianos y de otro de polacos, a los que se sumaron connacionales de la provincia de Corrientes y seguidores del caudillo uruguayo Aparicio Saravia. De un lado, el bando de los maragatos, que eran monárquicos y descentralizadores; del otro, los pica-paus, o sea “chimangos”, republicanos y centralistas. Cuando al fin acabó el enfrentamiento, en 1895, con el triunfo del gobierno central, diez mil hombres habían expirado en los campos de batalla. En esa contienda Giovanni Rossi ofició de médico, con rango de capitán, aunque se negó a usar uniforme y dejó en claro que no se sometía a ninguna autoridad del bando en conflicto, el suyo, el “maragato”, también el perdedor, de modo que tuvo que esconderse por un tiempo. Por cierto, los restos de la Colonia Cecilia aún existen, pero el actual propietario de las tierras no permite visitas.

“Cacao”

En sus memorias cuenta Zelia Gattai que la casa paterna era visitada por amigos y conocidos de la colectividad italiana de San Pablo, muchos de ellos de ideas “avanzadas”. Un huésped asiduo era Oreste Ristori, que devino en su mentor literario. Fue él quien le pasó a una Zelia todavía adolescente la novela reciente de un conocido suyo, un muchacho “flaquito, vivo e inteligente” oriundo del norte, de la ciudad de Bahía, aunque por esa época estudiaba leyes en Río de Janeiro. *Cacao*, así se titulaba, y era el segundo libro que publicaba en su vida. Pero escribiría más, muchos libros más, en total cincuenta, que fueron publicados en cincuenta países distintos y traducidos a cincuenta idiomas del mundo. Nadie, en la historia de la literatura brasileña, tuvo más éxito que él. Su nombre de pila era Jorge y es el hombre mencionado por Zelia, “con amor”, en la dedicatoria de su *Anarquistas, graças a Deus*.

El incendio y la plaza

Oreste Ristori, el hombre que prestaba libros a Zelia, era corajudo y determinado, y llevó una vida insurrecta. De joven estuvo entre rejas y también dos veces confinado, en Diómedes, islote del mar Adriático, y en la isla Pandataria, en el Tirreno. En 1902, ante nueva persecución, se vino clandestino –polizonte– a Buenos Aires, aunque al poco tiempo le sería aplicada la “Ley de Residencia”, o sea que fue eyectado hacia Italia, si bien se escabulló del barco en la escala montevideana. Allí se reencontraría con Orsini Bertani, también expulsado, y con Fortunato Serantoni, el editor de los folletos. Buenos Aires debía gustarle a Ristori, pues por dos veces regresó y cada vez fue nuevamente echado hacia la República Oriental. En 1904 ya está en San Pablo y editando *La Battaglia*, con páginas en italiano y portugués, aunque hubo de languidecer en prisión un año entero por denunciar el hábito de la depravación sexual en los colegios eclesiásticos. En 1916 otra vez se instala en Buenos Aires, guareciéndose bajo el subrepticio nombre de Cesare Montemaggiore, y aquí publicó *El Burro*, periódico satírico y enfáticamente anticlerical. Atrapado por la policía durante los sucesos sangrientos de la Semana Trágica de 1919 y previo encierro en la isla Martín García, Ristori fue declarado “persona non grata” y despachado a la península itálica, pero otra vez saltó por la borda en la rada de Montevideo, esta vez con mala suerte, cayendo a plomo sobre un bote salvavidas. Aunque puesto a salvo por una canoa de rescate aprestada por compañeros, de allí en más hubo de recurrir a un bastón.

De nuevo en San Pablo –1922– Ristori edita un nuevo periódico y funda una escuela libre y promueve el Comitê Antifascista y también hace de pregón en contra de la guerra desatada por el Duce Benito Mussolini contra los abisinios. Según su ficha policial, se lo tenía por entonces como “exaltado, prepotente y temible”, lo cual quería decir que era obstinado e ininterrumpible. No iba a escarmentar. Pero a pesar de tanta andanza y zigzaguo, la vida de Oreste Ristori no fue excepcional, sino lealmente normal dentro de los parámetros de la gran aventura anarquista, lo que es decir la odisea de las ideas que procuran

llegar hasta la isla de las sirenas. Cuando en 1936 Getúlio Vargas se hizo con el poder, Ristori fue expulsado hacia su país natal, si bien partiría de inmediato para combatir en la Guerra Civil Española. Vencido su bando, pudo cruzar la frontera francesa, pero el gobierno pro-nazi de Vichy lo entregó a Italia. Quedó confinado en su pueblo y por unos años no fue molestado, hasta el 2 de diciembre de 1943. Ese día, llevado ante un comandante fascista, le dijo “gelataio”, o sea frígido, y entonces fue arrastrado hasta un polígono de tiro y rematado contra un muro junto a otros cuatro compañeros. En San Pablo, hoy, una calle y una plaza llevan su nombre. También en Empoli, la ciudad en la cual Oreste Ristori pasó su infancia, hay una plaza bautizada con su nombre, y eso que, cuando él era adolescente, había puesto incendio al edificio de la municipalidad.

Elédda y Aníbal y Giovanni y Jean

Los hechos están acreditados y la historia es sencilla de contar. Todo comienza en el año 1892, cuando Elédda y Aníbal, unidos en las ideas y el amor, se incorporan a la Colonia Cecilia. Giovanni Rossi los había conocido meses antes y la chica le había dejado viva impresión. Al tiempo, Giovanni, que andaba por los 35 años de edad, y hablándole a ella “sin artificios”, le solicita tenga a bien aceptarlo como compañero amoroso en igualdad de condiciones que Aníbal, o Annibale, tal como está escrito su nombre –sin apellido– en los registros de la Colonia. Ella, Elédda, en verdad anagrama de Adele –Adele Serventi–, se toma un tiempo para sopesar emociones y meditar respuesta, y también para saber cuál era el parecer y los sentimientos de Aníbal. Luego de saberlo, y habiendo contemplado como único obstáculo el temor de hacerlo sufrir, Elédda, de 33 años, aprueba la invitación y los tres se aclimatan a esta metamorfosis de la pareja clásica. Mucho tiempo había pasado desde 1876, cuando Giovanni Rossi había incluido en su folleto *La Commune Socialista* este dictamen: “El adulterio es la forma menos digna del amor libre”. Consecuentemente, era preciso hacer lugar a

otras formas de “camaradería amorosa”. Pues bien, se necesitaba buena suerte y una catarsis del tamaño de mil soles superpuestos. Lo intentaron. Los vericuetos y dificultades del suceso contado en *Un episodio de amor en la Colonia Cecilia* pueden haber sido menos idílicos o más lacerantes de lo que se desprende de su lectura, mucho más si se tiene en cuenta que, aunque el hecho no es mencionado, Elédida, o Adele, añadió otro hombre más como pareja suya, un tal Jean Géléac, de origen bretón. Que se sepa, en la Colonia Cecilia, solamente otra mujer hizo lugar a tríos, una chica oriunda de Parma cuyo nombre se perdió en el tiempo y que parece haber apasionado a varios, conformando círculos poliándricos. Lo cierto es que en la colonia había muchos más hombres que mujeres. Cabe consignar que el nombre Adele significa “Ecuánime”; Aníbal, “Señor generoso”; en tanto Jean y Giovanni, que son traslación uno del otro, “Dios se ha apiadado”.

“¡Qué vergüenza!”

El 11 de mayo de 1896 ocurrió un hecho violento, y según lo informado días después por *La Voz de la Mujer*, periódico redactado por mujeres anarquistas, así fue cómo sucedió:

Estando nuestro periódico en máquina, tuvimos conocimiento que la compañera Anita Lagouardette presentose, acompañada de otros compañeros, en casa de F. Denambride (su esposo) para pedirle que le entregase sus ropas, pues habiendo terminado su afinidad con él, se retiraba. Pues bien, el pretendido anárquico Denambride solicitó de los acompañantes se retirasen pues tenía que hablar particularmente con ella. Dichos compañeros se retiraron a la puerta de calle, enseguida cinco detonaciones de revólver venían a demostrarnos cómo respeta dicho señor la libertad individual. Por fortuna, de los cinco disparos sólo dos pudieron hacer algo aunque poca cosa, pues las heridas son leves. (...) El proceder de ese individuo no es de anarquista, es de un verdadero burgués disfrazado, pero burgués despótico y tirano. Si hombres de

esta especie pueden llamarse anarquistas y considerarse como tales, ¿por qué no consideran como tales a los burgueses y a los inconscientes que obran de idéntico modo? ¡Qué vergüenza! La Voz de la Mujer, como defensora de los ideales del Comunismo-Anárquico y, por lo tanto, de la libertad de la mujer, no tiene por menos de estigmatizar el cobarde atentado contra la libertad y la vida de una compañera. Éstas, pues, no son cuestiones personales sino causas que perjudican la idea.

O Denambride tenía mala puntería o bien la suerte estuvo del lado de Anita. No mucho más sabemos de este “incidente”, salvo que en esos meses hubo un intercambio público de acusaciones anónimas y no tan anónimas, más bien deplorables, que evidenciaban incubados enconos entre distintas personas, incluyendo Anita Lagouardette, integrante activa de *La Voz de la Mujer*, cuyo lema era “Ni Dios, ni Patrón, ni Marido”, y Francisco Denambride, por entonces de 27 años de edad, siendo ambos, además, miembros del grupo de afinidad “Amor Libre”. No hubo denuncia policial –algo impensable entre anarquistas–, ni tampoco se convocó un “tribunal de honor” para tratar el caso –factible en su propia jurisprudencia–, pues nadie lo pidió. No había forma de justificar el acto bárbaro de Denambride y es probable que, al menos por un tiempo, sus compañeros lo sumieran en un cono de sombra. La cuestión es que todo había terminado mal entre ellos y Anita formó pareja con el tercero en discordia, el exuberante e infatigable Orsini Bertani, también de 27 años, un italiano que había arribado a Buenos Aires en 1894 luego de eludir en Francia una condena a medio año de prisión por “ilegalista”, y también por habersele detenido portando un arma “prohibida”.

Acerca de la anarquista francesa Anita Lagouardette, cuyo nombre de bautismo era Elisa, o bien Eliza, poco se sabe, salvo que siguió a Bertani al Uruguay una vez que éste fuera expulsado del país. Aparece mencionada en las memorias de Julio Camba, arribado clandestinamente a Buenos Aires en 1900. Allí se dice, escueta y quizás apocadamente, que ella era “muy guapa”. En cambio, de Orsini Bertani hay mucha más noticia, tanto acerca de sus actividades porteñas como

sobre las mucho más importantes que emprendería en el Uruguay. Por lo pronto, Bertani fue miembro destacado de *El Perseguido*, al igual que Denambride, y quizás por el incidente mencionado dejó el grupo en ese año de 1896, llevándose consigo a otros cismáticos hacia el periódico *La Revolución Social*. Según el español Julio Camba, cuyos escritos de la época son apasionados pero también risueños y algo escépticos, Bertani era “un anarquista gordo, barbudo y jovial”. Y no la pasaba mal, pues su padre disponía de medios que el hijo se encargaba de dilapidar en beneficio de sus compañeros de ideas: “La Anarquía es también uno de los paraísos artificiales, y bien vale la pena visitar este paraíso cuando no se dispone de uno natural: la casa de Orsini estaba en él”.

En efecto, Bertani había transformado su vivienda en falansterio, o aguantadero, y Julio Camba allí se hospedó: “Era una madriguera de anarquistas, un foco revolucionario capaz de estremecer al mundo”. Aunque más adelante Camba seguiría su propio camino, acomodándose a la España de Francisco Franco, por entonces escribía con estilete turbulento y burlón. Considérese que a los quince años había publicado una apología del amor libre en un periódico de Marín, un minúsculo pueblo gallego, que ipso facto encajó un anatema lanzado por José María de Herrera y de la Iglesia, Cardenal Arzobispo de Santiago de Compostela y antes de Santiago de Cuba, que portaba estas palabras taxativas: “Se prohíbe a los fieles, bajo pecado grave, suscribirse al semanario referido, como también leerlo u oírlo leer”. En 1902, por aplicación de la Ley de Residencia, tanto Camba como Bertani y unos cien anarquistas más —entre ellos, Oreste Ristori—, fueron expelidos de la Argentina sin más trámite que el de ser previamente medidos y fotografiados en la oficina antropométrica de la Policía de la Capital.

Hoy, Orsini Bertani es el nombre de una calle montevideana, merecidamente, pues en esa ciudad tuvo librería y editorial propia, y en ella publicó a casi todos los autores uruguayos significativos de la época, y además, en algún momento, se hizo seguidor del líder colorado José Batlle y Ordóñez, por dos veces presidente oriental, una tentación que no fue ajena a otros compañeros suyos. Además de la casa editora que llevaba su propio nombre y de su Librería Moderna y de la subsiguiente

Librería Florencio Sánchez y de su revista *La Pluma*, Bertani también fue propietario de una sala de cine, el “Biógrafo Excelsior”. Cuando murió, Anita Lagouardette aún estaba a su lado. Fue enterrado en el panteón de la Augusta Logia Masónica “Les Amis de la Patrie”, de la cual alguna vez Giuseppe Garibaldi fue Venerable Maestro.

Más adelante en el tiempo, un nieto suyo dirá: “A los sueños de mi abuelo los cristalizó Perón”. Era Piero Bruno Hugo Fontana Bertani –así lo bautizó su madre Orsolina–, más conocido como Hugo del Carril, apodo artístico de cantante, actor y cineasta. Quizás alguna vez sus actuaciones y filmes terminen retrotraídos en el olvido, pero no así su voz, pues fue el primer hombre en grabar en disco la Marcha Peronista, la versión más frecuentemente soltada al aire hasta el día de hoy, si se exceptúan a los millones que todavía la cantan a capella y porque sí. En 1976, ante nuevo golpe de estado y a medio siglo de haberla registrado en pasta para la gran masa del pueblo, de nuevo le fue prohibido cantarla en público. Su nombre había quedado estampado en una “lista negra” y conste que el primer periódico anarquista que se editó en la Argentina, en 1879, se llamó “El Descamisado”, y que la tinta con la que se imprimía era roja.

En lo que concierne al carpintero Francisco Denambride, poco rastro quedó de él. Se sabe que estuvo activo en la zona de Santa Fe hacia 1887, que en 1890 era miembro del periódico *El Perseguido*, que en 1893 lo expulsaron de la Argentina y que regresó poco después, que se integró al grupo La Expropiación y por lo tanto fue uno de los editores de estos folletos, y que tuvo una hija con María, su compañera, a la que bautizaron Anarquía, y que esta niña se fue de este mundo pequeña aún, casi sin haber entrado en él.

Cupido total

Al igual que otros redentores de los sentimientos que aparecieron por la época, Giovanni Rossi descreía que matrimonio y amor pudieran ser sinónimos. Eso, bien podía ser una superstición. La oquedad de

sustancia en la vida del hogar era, en el siglo XIX, un tema callado que tendría un largo porvenir. Lo existente podía mostrar una fachada de credibilidad, pero en los interiores el “mal de la insatisfacción” hacía su trabajo de zapa, y tanto la hipocresía y la insinceridad, en lo que concernía a la sociedad conyugal, como el “tedio vital” espesado en estuches domésticos, perturbaban a los personajes de muchísimas novelas y folletines de entonces. Con clarividencia, Rossi vislumbró el devenir de la cuestión: “Así como las relaciones económicas fueron la cuestión del siglo XIX, del mismo modo las relaciones afectivas serán tal vez la cuestión palpitante del siglo XX”. Le preocupaba, en especial, el suplicio del amor en las uniones convencionales, y comprendió que para hacer menguar la tasa de desdicha en el mundo era preciso suspender el ansia de posesión y habilitar otras figuras y combinaciones, y para eso la monogamia no era de gran ayuda.

A la fuente del problema la encuentra Rossi en el engarce matrimonial mantenido en el tiempo una vez que su móvil original ha quedado definitivamente estático. Secuela probable es el infortunio emocional, reforzado además por la mutua anulación de la libertad. Al cohibirse el ansia de riesgo vital y concederse plenos poderes a la gestión impecable de la firma familiar el buen querer acaba por marchitarse o se vuelve formalidad, y eso en el caso de que el vínculo, por prevalencia de intereses, no devenga inmoral en sí mismo. Para estos entusiastas del amor libre una eventual distensión de las correas –separaciones, divorcios, reinenciones de identidad– no aboliría el armazón. Sólo dejaría vía libre a la sustitución rotativa de candidatos o cónyuges hasta dar con el mejor modelo posible en plaza, o bien sus saldos. Pero si el cálculo prevalece sobre gustos y caprichos del carcaj de Cupido siempre sale una y la misma flecha que al llegar al blanco declina. Era la convención en sí misma, y no su mayor o menor rigidez, el problema: “La hipócrita moral logrará alguna vez condenaros a un ridículo martirio, pero las más de las veces destruirá la substancia de la monogamia y conservará de ella solo la forma”. También la sexual, de la cual la alegría de índole erótica es la primera en huir.

Restaría el recurso al adulterio, pero Giovanni Rossi desconfía de este fuero subrepticio de la cultura burguesa, un menoscabo en el encuentro de libertades. Si efecto del disgusto por aquello en que se ha convertido la persona, o bien boqueadas por “oxígeno”, la infidelidad puede devenir en “consumo humano”, unilateral o mutuo. Por el contrario, Rossi encuentra que el amor libre es “protesta de la naturaleza”, sino una de sus leyes, pero nunca “vulgar comedia”. Si consignas de esta suerte ya habían valido a los anarquistas la atribución de ser “enemigos de la familia”, Rossi las lleva un paso más allá, hacia círculos amativos superpuestos de distinta intensidad. Al encadenamiento de pareja, eventualmente sucesivas, Rossi opone los amores múltiples. Esa es su disyuntiva. En un mundo donde la monogamia ocuparía solo el lugar de excepción, regiría entonces “un múltiplo y contemporáneo enlace de afectos, por todos deseado, de nadie temido”. La Colonia Cecilia era, idealmente, el lugar que podía amparar esa experimentación amorosa, pero el proyecto de un claustro propio donde foguearse en epifanías del alma y la carne no era una rareza en el siglo XIX. Había habido, y habría más, comunidades de “camaradería amorosa” implantadas aquí o allá, a veces por sectas políticas o religiosas, y otras por afines que pretendían vivir queriendo bien: “Esa mezcla apetitosa de voluptuosidad, sentimiento e inteligencia”. Bueno, como suele decirse, lo que vale es la intención.

Rossi recurre al término “amor libre” y lo prefiere a otros que le resultan aún insuficientes, como “amor complejo”, “maridaje comunal”, “poliandria poligámica” o “abrazo anarquista”, incluso por sobre su acuñación favorita, un tanto esotérica: “beso amorfista”. ¿Cuánto de esta prédica era atendida en la Colonia Cecilia? Algo debían escucharlo —era el impulsor de la iniciativa—, pero la fuerza de la convención y el temor al sufrimiento serían más poderosos y ya bastante tenían con intentar sobrevivir en lugar tan remoto. Más adelante, reflexionando sobre lo sucedido, Giovanni Rossi dirá que la posibilidad del amor libre dependerá de una rebelión femenina contra el casamiento, conjetura que sigue siendo incierta. Alguna otra vez pensó en rehacer la comuna en la selva del Matto Grosso, en la suposición de que las indígenas,

incontaminadas aún por la civilización europea, aceptarían el amor libre sin tanto prejuicio. Por el momento, año 1894, la Colonia Cecilia que tanto había esperanzado a Giovanni Rossi ya no existía más.

No podía saber él que, pasado el tiempo, la nieta de un colono contaría los hechos sucedidos; que alguien publicaría un estudio histórico y otro, una novela; que se filmaría una película en Francia y otra en Italia y que la historia llegaría a formato de serial televisivo en el Brasil, en 1989, y para entonces un siglo entero había hecho su paso de danza. En verdad, la colonia Cecilia daría frutos en abundancia, incluyendo obras de teatro, documentales, canciones, programas televisivos, tesis universitarias y hasta un simposio entero, sin contar las sucesivas y actuales reimpresiones de aquel folleto de 1893. Al menos este detalle de la Historia no pudo ser engullido por el monstruo del olvido. Acerca del propio Giovanni Rossi, se sabe que permaneció un tiempo en el Brasil, que trabajó como profesor de agronomía en Taquari, Blumenau y Florianópolis, que en 1907 regresó a Italia, que siguió manteniendo vínculos con círculos anarquistas aunque un poco de lejos, y que al fin se instaló en Pisa, donde moriría casi nonagenario. No se sabe si Adele Serventi murió antes o después, en todo caso fue allí también, pues había regresado a Italia junto con él y una hija, Ebe Cecilia. Otra, Pierina, falleció en el Brasil, todavía bebé. Un 9 de enero de 1943 Giovanni Rossi se fue de este mundo, y casi medio siglo después, el 17 de mayo de 2008, Zelia Gattai también. Al mes siguiente la Municipalidad de Palmeira, por decreto número 2737, instituyó el día 1º de abril como “Día de la Colonia Cecilia” a ser festejado en toda la comarca.

La silla 23

La Academia Brasileira de Letras, fundada en 1897, consta de cuarenta sillas, y en cada una de ellas se han ido alojando sucesivos escritores escogidos por pares ya apoltronados. De modo que el ocupante actual siempre sustituye en la silla al cadáver del antecesor, quien a su vez lo hizo con el anterior, y así hasta llegar al primero de

todos, uno de los fundadores. Además, cada asiento asume el nombre de un “patrono”, un escritor previo al establecimiento de la Academia, o sea un precursor. Quienes toman asiento son llamados “Inmortales”. Zelia Gattai ocupó, en el año 2002, la silla número 23. Su predecesor inmediato en el puesto había sido su difunto esposo, Jorge Amado, el hombre con quien compartió cincuenta y seis años de vida en común.

Zelia fue la sexta mujer en ser admitida. La primera, en 1977, se llamó Rachel de Queiroz y era descendiente de la familia de José de Alencar, el hombre que al principio de todo había sido designado patrono de esa silla 23, y que, amén de escritor célebre, fue diputado por el Estado de Ceará y asimismo ministro de Justicia, de cuando Brasil todavía era Imperio y no República. Y por cierto que el libro que hizo conocido a José de Alencar ante el gran público fue la novela *O Guarani*, publicada en 1857 y transformada en ópera en 1870 por Carlos Gomes, aquel compositor que fungió de puente entre el anarquista Rossi y el emperador Pedro II. Alencar había nacido en 1829, fruto de una relación más bien ilegal entre un senador vitalicio y gobernador del Estado de Ceará con una prima suya de sólo trece años de edad. También novelista, y poeta, y asimismo miembro de la Academia de Letras, en silla 21, fue el único hijo de José de Alencar, bautizado Mário Cochrane de Alencar, alias “John Alone”, aunque, según se dice, su verdadero padre habría sido Machado de Assis, por cierto buen amigo de Alencar.

Joaquim Maria Machado de Assis, nieto de esclavos libertos y auténtico patriarca de las letras brasileñas, fue el primer ocupante efectivo de la silla 23, y también, por unánime aclamación, primigenio presidente de la institución. Diez años antes de asumir tal alto cargo, bajo gobierno republicano, Machado de Assis había sido condecorado con la “Orden de la Rosa”, cuya divisa era “Amor y Fidelidad”, y que premiaba los actos de lealtad al emperador Pedro II. También fue su Director de Comercio Interior y subdirector del periódico oficial del reino. Lo sucedió en la silla, en 1908, Lafayette Rodrigues Pereira, de padre barón y madre baronesa, autor de obras de derecho y más recordado por haber sido Primer Ministro y ministro de Justicia y asimismo

de Hacienda y antes aún gobernador de los estados de Ceará y de Maranhão, y al fin senador. A su muerte, en 1917, le tocó el turno al crítico literario Alfredo Pujol, asimismo diputado federal y secretario de gobierno y autor de un libro de homenaje a la memoria de Marie François Sadi Carnot, el presidente de Francia a quien el anarquista Santo Caserio, en 1894, el año final de la Colonia Cecilia, le embutió un puñal en el pecho. El mango del arma blanca estaba forrado en rojo y negro y el acto en sí mismo procuraba vengar la ejecución anterior de Ravachol. Y Sadi Carnot murió, y también murió Santo Caserio, pero en la guillotina. Pudo haberse salvado, si hubiera aceptado “dar nombres”, pero no: “Caserio es un panadero, nunca un delator”.

Luego, en 1930, y por los siguientes treinta años, quien se aposentó en la silla 23 fue Octavio Mangabeira, nacido en San Salvador de Bahía, capital del Estado del cual llegaría a ser gobernador electo. También fue diputado y senador y ministro de Relaciones Exteriores. En verdad, Mangabeira, apenas nombrado académico, se vio forzado al exilio, de modo que recién tomaría asiento en 1934, y nuevamente tuvo que dejar la silla vacía durante cinco años, ante nuevo destierro infligido por el presidente Vargas. Si bien arrellanarse tres décadas en una silla era todo un récord, eso fue superado por el siguiente ocupante, Jorge Amado, alguna vez diputado federal por el Partido Comunista, que se quedó en ella por largos cuarenta años, desde 1961 hasta el 2001. Al año siguiente, y después de tanto escritor metido en alta política, la silla le fue otorgada a Zelia Gattai, mujer que jamás ocupó un cargo público. Habiendo nacido en 1916, se fue de este mundo en el 2008, y ellos dos, Zelia y Jorge, son los únicos “Inmortales” que están enterrados juntos, en un cementerio de San Salvador de Bahía de Todos los Santos.

“Extraordinaria batalla librada entre el espíritu y la materia”

Cuando en 1978 se estrenó *Doña Flor y sus dos maridos* en Buenos Aires, la película brasileña pasó a ostentar el récord argentino nunca superado en cantidad de cortes de censura, no menos de cuarenta.

Por momentos no se entendía nada de lo exhibido en la pantalla. Si bien el espectador local siempre estuvo habituado a los “tijeretazos”, el ensañamiento no parecía tener justificación en este caso. La película no era especialmente pródiga en libidinosidades ni traía adosado mensaje político específico, y la novela en que estaba basada podía ser comprada en las librerías porteñas desde dos años antes. Pero lo cierto es que existía el delito de bigamia y la película era poco menos que su apología. Todavía en 1983 –en el último año de la dictadura–, a pocas semanas de su estreno en el Metropolitan, la versión teatral de Doña Flor fue prohibida, y tanto el director de puesta en escena como los actores y el cuerpo de baile completo terminaron en la justicia, procesados bajo carátula de “Espectáculo Obsceno”. Dado que el actor principal, en determinado momento de la obra, se daba un paseo desnudo por la platea cubriéndose apenas con un sombrero, el juez ordenó a la división Moralidad de la Policía Federal el secuestro del sombrero. Era la “prueba del delito”. Bien, estas cosas ocurrieron.

La novela preexistía en veinte años a la película, y su autor, Jorge Amado, tenía ya varias otras obras adaptadas al cine, pero el éxito descomunal y mundial de la película –tan solo en Brasil la vieron 10 millones de espectadores, y es la más taquillera hasta ahora– ha de haber dejado alelados al director, Bruno Barreto, de tan sólo veinte años de edad, como al novelista, ya sesentón. Si bien la película hizo multiplicar las ventas del libro, y también las reediciones, que ya pasan de cincuenta, también obtuvo su lectura. De allí en más casi cualquiera sabría cual era el argumento sin necesidad alguna de leer la novela. Un poco más y la película hace desaparecer al autor. Pero no sucedió así, Jorge Amado ya tenía renombre y ocupaba silla en la Academia, de modo que el film sólo le potenció la fama, puesto que se hicieron numerosas versiones para teatro así como un serial para televisión de veinte capítulos y también una “remake” estadounidense –*Kiss Me Goodbye*– estrenada en España con el simpático título *Bésame y Esfúmate* y en el continente sudamericano con el no menos desafortunado *Mi Adorable Fantasma*. Tampoco la encantadora y pizpireta película era capaz de condensar los muchos aspectos de la vida popular de Bahía tratados en la novela,

que así comienza: “Esotérica y conmovedora aventura vivida por Doña Flor, profesora de arte culinario, y sus dos maridos. Uno, el primero, apodado Vadinho; otro, el segundo, el farmacéutico Dr. Teodoro Madureira. Extraordinaria batalla librada entre el espíritu y la materia”.

La trasposición del suceso acaecido sesenta años antes en la Colonia Cecilia, que Zelia Gattai ha de haber contado a su esposo, a una versión un poquito más sublimada, puede presumírsela, una resolución socialmente aceptable del improbable equilibrio en la vida real. Café cargado, sin duda, pero bebible. En todo caso, el libro *Doña Flor y sus dos maridos* le está dedicado a Zelia Gattai y la trama de la novela sucede en los años 40, época en que Jorge Amado conoció a Zelia. Para entonces ya había pasado una década desde la vez que Oreste Ristori, el anarquista, le prestara a ella un libro del aún poco conocido escritor de Bahía, y ahora éste mismo acababa de ser electo parlamentario por el Partido Comunista. En 1947, al año de haberse encontrado Jorge y Zelia, las actividades comunistas fueron proscritas y el diputado Amado despojado de su mandato. De modo que la pareja hubo de partir, por cinco años, al exilio francés y checoslovaco. Él, antes, ya había conocido el destierro en Argentina y el Uruguay.

En cuanto a la trama de la novela, cuenta la historia de Florípedes Paiva, que ha quedado viuda tras el súbito deceso de su marido en pleno carnaval y vestido de bahiana. El difunto –Vadinho– era juerquista, mujeriego, haragán, timbero, sableador, embustero y desde ya irresponsable y hasta golpeador, pero ella lo quería, porque también era gracioso, entrador, engatusador, pícaro y audaz, y además “machazo”. En virtudes, era imbatible. Ave nocturna, no marido, o más bien esposo ideal –para las otras–. Pasado un tiempo de tristeza y de no pensar en rehacer su vida, Doña Flor acepta las atenciones de un pretendiente y se casa con él. Es el Dr. Madureira, consorte atento, respetuoso, trabajador, servicial y previsible, de los de todos los días. En cuanto a ella, Doña Flor es propensa a la autocontención y el recato, pero no siempre. La cuestión es que hete aquí que el caradura de su ex marido se le aparece bajo forma de fantasma y en calidad de tal pretende retomar el vínculo matrimonial, en particular su faz ardorosa. Luego de intentar

ahuyentarlo –un par de veces– a ella se le vuelve cuesta arriba resistir, y entre tanto va y viene y ya que estamos al final decide convivir con los dos. Bueno, como se dice en el Brasil: “Óptimo”. La frase final del libro es la siguiente: “Y aquí se da por terminada la historia de Doña Flor y sus dos maridos, narrada en todos sus pormenores y con todos sus misterios, clara y oscura como la vida. Todo esto sucedió realmente, créalo quien quisiere”.

Osario común

¿Cómo habrá llegado ese tomo encuadernado hasta esa librería de viejos y usados? Ya no es posible saberlo. A los osarios comunes son arrojados los muertos que nadie reclama, los soldados sólo conocidos por Dios, los apestados mantenidos a distancia, y los hombres y mujeres demasiado abatidos o abandonados. Lo cierto es que los folletos encuadernados en papel veneciano habían pertenecido a Francisco Denambride, quien, además, los editó, allá por 1895. A la muerte del propietario el tomo ha de haber pasado a manos de la familia, o quizás de algún compañero, o quedó subsumido en algún baúl clausurado durante tiempo indefinido junto a otros libros y papeles cuyo motivo de congregación muy pocos, acaso sólo él, podrían haber reconstruido. Por eso se publican tal como fueron encontrados y según el orden elegido por su dueño y editor.

Libros

Jorge Amado, *Doña Flor y sus dos maridos*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1976.

Émile Armand (seudónimo de Ernest-Lucien Juin), *Amor libre y sexualismo subversivo. Variaciones sobre la voluptuosidad*, Valencia, Biblioteca Editorial Generación Conciente, sin fecha de edición (edición original en francés: 1925).

Émile Armand (seudónimo de Ernest-Lucien Juin), *La camaradería amorosa*, Buenos Aires, Casa Editora Biblioteca Sarmiento, sin fecha de edición (edición original en francés: 1934).

Julio Camba, “¡Oh, justo, sutil y poderoso veneno!”. *Los escritos de la Anarquía* (edición al cuidado de Julián Lacalle), Logroño, Editorial Pepitas de Calabaza, 2014.

Zelia Gattai, *Anarquistas, gracias a Dios*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1981.

Miguel Iñiguez, *Esbozo de una enciclopedia histórica del anarquismo español*, Madrid, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, 2001.

Cândido Mello Neto, *O anarquismo experimental de Giovanni Rossi. De Poggio al Mare à Colônia Cecília*, Paraná, Universidade Estadual de Ponta Grossa, 1998.

Iaákov Oved, *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*, México, Editorial Siglo XXI, 1978.

Edgar Rodrigues, *Os companheiros*, Volúmenes I y II, Río de Janeiro, VJR Editores Associados, 1994 y 1995.

Newton Stadler de Souza, *O anarquismo da Colônia Cecília*, Río de Janeiro, Editora Civilização Brasileira, 1970.

La Voz de la Mujer. Periódico Comunista-Anárquico, Edición facsimilar, Quilmes, Universidad Nacional de Quilmes, 1997.

Gonzalo Zaragoza, *Anarquismo argentino. 1876-1902*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1996.

Mil ochocientos noventa y cinco

Por Martín Albornoz

Mil ochocientos noventa y cinco fue un año clave para el anarquismo de Buenos Aires. Durante doce meses había sobrevivido, y no sólo eso, en cierto modo se había expandido. Ni más ni menos. Quienes supongan que la trascendencia histórica del anarquismo se cifra solamente en huelgas, atentados, figuras estelares, aventuras y barricadas pueden considerarlo un año más. Incluso anodino. Sin embargo, para los anarquistas de ese tiempo, lo que a la distancia aparecen como hechos menores, fueron el resultado de un esfuerzo mayúsculo que insumió mucha energía e imaginación.

En agosto de ese año, una carta enviada desde Buenos Aires reproducida en el primer número del periódico ácrata rosarino *La Libre Iniciativa*, resumía lo que hasta esa fecha se consideraban siete meses llenos de hechos relevantes: se había combatido contra “los mistificadores socialistas”, irrumpiendo en prácticamente todas sus reuniones y tratando de forzarlos a la controversia pública; era posible observar en todos los propagandistas de la ciudad una creciente habilidad oratoria y una mayor clarividencia doctrinaria; estaba por aparecer otro periódico comunista anárquico llamado *El Revolucionario*, que se sumaría a los ya existentes *El Perseguido* y *La Questione Sociale*, y los disensos internos dentro del universo libertario estaban en carne viva, lo cual era considerado algo bueno y deseable. Dentro de ese panorama múltiple, la misiva destacaba la importancia que adquiría la publicación de folletos. Al respecto puntualizaba: “Aquí en Buenos Aires la propaganda avanza grandemente. Conoceréis ya los trabajos del grupo *La Expropiación* el cual ha publicado ya en poco tiempo cinco folletos”.¹ Efectivamente, la aparición consecutiva de los folletos editados por el grupo La Expropiación constituyó un acontecimiento de enorme importancia para la difusión del anarquismo y sobre todo para las voluntades implicadas en su publicación.

1. “Desde Buenos Aires”, en *La Libre Iniciativa*, del 18 de agosto de 1895.

En el Buenos Aires de los últimos años del siglo XIX no era imposible conseguir folletos libertarios. En primer lugar, porque la prensa anarquista los reproducía. Por ejemplo, el periódico *El Perseguido*, cuya aparición más o menos regular databa de mayo de 1890, en sus últimas páginas. Así, aunque no de forma independiente, en septiembre de 1891 podía leerse la historia de los llamados “Mártires de Chicago” en el folletín titulado “Los primeros mártires”, o, en noviembre de 1894, los avances del psicólogo social Agustín Hamon en su estudio sobre la psiquis libertaria en “Los hombres y las teorías de la anarquía”.

Por su parte, la Librería Sociológica, ubicada en la avenida Corrientes, tenía a la venta, según informaba un anuncio: “Libros, revistas y periódicos que tratan la Cuestión Social, redactados en distintos idiomas”. Estos últimos provenían mayoritariamente del exterior, por lo que la decisión de un grupo libertario de Buenos Aires de poner a disposición de los lectores interesados textos traducidos y editados sistemáticamente en la ciudad era de por sí una iniciativa novedosa.

Hay que decir además que junto con la prensa, la edición de folletos y libros era indisociable de la existencia misma del anarquismo. Dentro de esa vasta cultura impresa, que llega hasta nuestros días, quizás fuera el folleto el formato de entrada que mejor se avenía con la naturaleza de su proyecto. Frente al carácter bíblico de la doctrina marxista, los ácratas advirtieron tempranamente, no sólo en Argentina, que la tarea de sostener una sensibilidad anti-jerárquica sólo podía hacerse de manera coral y múltiple. Al respecto, en 1871, un miembro de la sección del Jura, seguidor de Bakunin en su disputa con Marx por la orientación de la I Internacional, observó:

Mi opinión no es que se tenga que escribir la contrapartida del Kapital de Marx: sería lanzarnos a la ciencia abstracta y no hacer propaganda popular. Nuestros folletos serán ciertamente lo mejor que podría hacerse, tanto como exposición de nuestras teorías que como polémica contra el socialismo autoritario.²

2. Citado en Maximilien Rubel y Louis Janover: *Marx anarquista*. Buenos Aires, Editorial Madre-selva, 2011, página 44.

La conformación de una biblioteca obrera, iniciativa que no fue exclusiva de los anarquistas, fue una de las prioridades que se dio el movimiento mucho antes de volverse visible en su forma sindical o vindicatoria más característica del siglo XIX. Dicha prioridad entrañó esfuerzos que por momentos es difícil imaginar. Quizás la declaración de intenciones del periódico platense *La Anarquía*, también en 1895, sirva para hacerse una idea:

*Queremos destruir, repetimos, esta sociedad infame para implantar sobre sus escombros el reino de la justicia y la libertad. Por eso nos hemos hecho anarquistas, y es por eso también que robando las pocas horas que los ricos nos dejan para descansar, empezamos la publicación de la presente hoja, esperando tener ayuda moral y material de todos los obreros infamemente explotados por los capitalistas. En este periódico no se encontrarán escritos primorosamente redactados donde la pureza del idioma sea una elegancia; al contrario, serán sueltos rudos y llenos de errores, sí, pero cada uno de ellos llevará el sello del sufrimiento del trabajador.*³

Esos sueltos rudos y llenos de errores, sobre los cuales los propios anarquistas fueron los primeros en llamar la atención, con el tiempo llegaron a implicar una verdadera invasión de temas y autores que en torno a 1910 llevó al escritor nacionalista Manuel Gálvez a tomarlos como un síntoma problemático. Así, en su *Diario de Gabriel Quiroga*, apuntaba, “todo el mundo puede ahora leer gastando apenas treinta centavos a Voltaire, a Marx, a Kropotkin y Bakunin. Como se ve, estamos completamente civilizados...”⁴

3. “Quiénes somos y lo que haremos”, en *La Anarquía*, del 27 de enero de 1895.

4. Manuel Gálvez. *El diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina*. Buenos Aires, Editorial Taurus, 2001, página 117.

Verano

El 1° de enero de 1895, el periódico *El Perseguido* aventuraba una mirada prospectiva llena de optimismo para el año que comenzaba: “Con el entusiasmo de convencidos anarquistas revolucionarios te saludamos año nuevo que llevas dentro de ti el virus de la Revolución Social –la más grande, la más portentosa, la que nos dará el pan y el bienestar para todos”.⁵ Páginas más adelante, un pequeño suelto informaba que un nuevo grupo llamado La Expropiación tenía en imprenta un folleto titulado *Declaraciones de G. Étievant*.

Ese mismo primero de enero en que se anunciaba la pronta salida del folleto, a las diez de la mañana, en el Salón de la Sociedad *Operai Italiani*, una concurrida asamblea de obreros panaderos declaró una huelga general contra el trabajo nocturno. El manifiesto de la Sociedad Cosmopolita de Obreros Panaderos, dirigido a todos los habitantes de la ciudad, sostenía: “Lo que pedimos, lo que reclamamos es la supresión del trabajo nocturno, porque nos mata, nos priva de todos los goces de la vida, de la familia, de la sociabilidad; porque el trabajo nocturno nos pone en condición más inferior que los animales”.⁶

A partir de ese momento, y durante los días subsiguientes, los panaderos de Buenos Aires, a los que se sumaron los trabajadores de las panaderías de La Plata y Buenos Aires, mantuvieron la medida con inaudita beligerancia. A pesar de la efervescencia del movimiento la huelga finalmente no logró su cometido. Los redactores del periódico socialista *La Vanguardia*, aun reconociendo que como pocas la huelga de los panaderos había logrado concitar el temor de la burguesía y de diarios como *La Nación* o *La Prensa*, se vanagloriaban de haber previsto el fatal desenlace del movimiento. Entre otras confirmaciones que recibieron estuvo el hecho de que los huelguistas se negaron a aceptar el ofrecimiento de 150 panaderías de abolir el trabajo por la noche. La lógica era o todas o ninguna. En resumen, para *La Vanguardia*, se trató de “una huelga al paladar de los anarquistas fomentada por ellos que

5. “Año nuevo”, en *El Perseguido*, del 1° de enero de 1905.

6. “Huelga de Panaderos”, en *La Vanguardia*, del 5 de enero de 1895.

fracasa por falta de organización y disciplina o lo que es igual por sobra de anarquismo”.⁷

Días más tarde, el semanario dirigido por Juan B. Justo, seguía despotricando contra los anarquistas y su influencia negativa en el mundo de los panaderos:

*La sociedad de panaderos, trabajada, dividida por elementos anarquistas que en ella predominan, llegó a un completo estado de disolución con motivo de la citada huelga. Cada cual quería hacer prevalecer su opinión, por disparatada que fuese. Y los enemigos de la organización, de las sociedades de resistencia y de las huelgas –los anarquistas– eran quienes peroraban en todas las reuniones de los huelguistas, gritando en todos los tonos que nada alcanzarían aquellos si no empleaban la violencia y mataban a los patrones, saqueando después sus casas.*⁸

Las disputas, controversias y enfrentamientos entre anarquistas y socialistas sobre los medios y las formas en que debía conducirse la lucha contra el capitalismo, fueron consustanciales a la vida de cada movimiento. El socialismo parlamentario –que encarnaban *La Vanguardia* y los diversos grupos socialistas de la ciudad– era uno de los tantos adversarios que los libertarios se enorgullecían de tener. Tanto fue así que por momentos se convirtieron en el principal blanco de los libertarios, que habían declarado un duelo a muerte contra lo existente, sin albergar ninguna expectativa en formas de solución negociada.

En ese sentido, puede que los socialistas tuvieran algo de razón, aunque no por los motivos que pensaban. No se trató de que los anarquistas hubieran querido conducir el conflicto en función de una determinada línea de lucha que consideraban y que ésta hubiera fracasado. Por el contrario, lo que los libertarios pretendían era anular cualquier línea de negociación de forma primordial en el campo laboral. Se habían manifestado totalmente contrarios a la medida desde el primer momento.

7. “Panaderos”, en *La Vanguardia*, del 16 de enero de 1895.

8. “La huelga de panaderos. ¿Por qué se perdió?”, en *La Vanguardia*, del 23 de febrero de 1895.

Sobre la propia huelga de los panaderos de los primeros días del año, sostuvieron taxativamente:

La cuestión no es nueva: Ella hace parte a un sinnúmero de reformas, reformetas y reformones, las cuales desde mucho tiempo a esta parte, sirven para cegar y entorpecer la clase trabajadora. Es, en sustancia, un viejo cataplasma en el cual los obreros panaderos se divierten en emplastar sus manos y cerebro. No lo tomen a mal, entonces, los interesados si nosotros hablamos claro (...). Desde la impúdica reforma de las 8 horas, hasta la macana de la abolición del trabajo nocturno; desde la jesuítica reforma del sufragio universal hasta la pamplina del minimum de salario y desde ésta hasta la abolición de los impuestos etc., son todos paliativos.

La solución tenía que ser otra, mucho más drástica y definitiva, y también contra aquellos anarquistas que pudieran albergar alguna duda era “a incendiar donde trabajamos, a perder la mayor cantidad posible de productos que nos confían en el trabajo, a expropiar con astucia y energía, al puñal y la dinamita”.⁹

La certeza de que los medios violentos garantizaban la radicalidad del enfrentamiento explica la preferencia de los miembros del grupo La Expropiación por editar folletos que subrayaran ese gesto. Así entonces, puede entenderse que hayan elegido dar comienzo a su labor editorial con la declaración de Georges Étiévant, un tipógrafo francés de 27 años acusado de participar en un robo de dinamita de una cantera Soisy-sous-Étoilles, Francia, a principios de 1892. Durante el juicio que se le siguió a él y tres cómplices, quiso leer una encendida y personalísima interpretación del derecho natural, en la cual se proclamaba la superioridad absoluta de las leyes de la vida en contra de las leyes sociales. Las autoridades judiciales no le permitieron leer el documento, el cual fue publicado en agosto en *La Révolte*, el periódico anarquista dirigido por Jean Grave.

9. “Sobre la huelga de panaderos”, en *El Perseguido*, del 18 de enero de 1895.

Del folleto se imprimieron tres mil ejemplares. Sobre su precio, los editores sostenían: “Siendo nosotros anarquistas-comunistas y por consiguiente contrarios a todo sistema de venta, aunque este sea para la propaganda, ponemos nuestras publicaciones a disposición de todos los trabajadores; sin embargo contamos con la cooperación de cada uno según sus fuerzas”. A su vez, los miembros de *La Expropiación* recomendaban el estudio de *Declaraciones de Étievant* “a todos los descontentos de la sociedad actual, a los verdaderos pensadores, en una palabra, a los amantes de la libertad”.

Cada uno de los folletos que se editaron venía acompañado de un escrupuloso detalle de los aportes que cada simpatizante hacía. En cada reunión, en cada acto o situación donde fuera posible, los editores de folletos buscaban el aporte solidario de los compañeros. Así, nos enteramos que en una reunión de yeseros, donde se proclamaron vencedores frente a la cloaca socialista, se recolectaron 13.20 pesos cuyo destino sería la edición de un segundo folleto, *A mi hermano el campesino*, del geógrafo Eliseo Reclus, que efectivamente apareció en febrero y que hoy es irrecuperable.¹⁰

La inclusión de Reclus en el catálogo de publicaciones del grupo, obligaba a ciertos acomodamientos, ya que como pocas, la figura del geógrafo libertario concitó el entusiasmo de un público mucho más amplio que el anarquista. De hecho, un año antes, *La Nación* había publicado una nota dedicada a Reclus llena de elogio y curiosidad. De este modo, nos enteramos de que en un curso dictado en Bruselas, Reclus planteaba la teoría geográfica de la “habitación y de la población”, según la cual toda una serie de obstáculos climáticos, topográficos y meteorológicos hacían retroceder a los hombres, confinándolos a las regiones templadas del globo. Frente a esas situaciones, Reclus proponía soluciones “fantásticas”. Entre ellas, por ejemplo, frente a la altura, que hacía descender a las poblaciones al nivel del mar, el geógrafo libertario contraponía el uso de aeronaves, lo que llevaba al

10. “Noticias varias”, en *El Perseguido*, del 18 de enero de 1895.

redactor a apuntar: “Eliseo Reclus no olvida nunca su globo dirigible. Es el Nadar de la geografía comparada”.¹¹

Frente a este tipo opiniones, los libertarios se veían impelidos a denunciar:

*Aduláis a los anarquistas de posición y hacéis escarnio de los anarquistas de manos callosas; pero tened presente, entre nosotros no hay distinciones, cada uno hace lo que puede por librar a la humanidad del vampirismo y del monopolio (...) Reclus ha sido y es propagandista de la anarquía; Vaillant, Henry y Caserio y tantos otros han sido héroes. Unos con la ciencia, otros con el puñal y otros con la dinamita, abren el abismo donde irán a estrellarse todos los privilegios, todas las injusticias e infamias de esta emponzoñada sociedad y tú también prensa prostituta y embustera.*¹²

El crucificado colectivo

La propaganda anarquista refleja una infinita voluntad memorial. Las páginas de su prensa señalan el deseo de que no se pierda un solo nombre de todos aquellos que murieron víctimas del estado y el capitalismo. En marzo de 1895, *El Perseguido* anunciaba con dolor:

*Tenemos el sentimiento de anunciar el fallecimiento de nuestro querido compañero Pedro Varela; otra víctima de la infame sociedad burguesa. Su prematura muerte ha sido debida al haber (después de un penoso trabajo asalariado malísimamente remunerado en los talleres Sola) tomado para beber agua malsana, la única que se da a los trabajadores, después de enriquecer a los burgueses. Propaguemos nuestras ideas con todas nuestras fuerzas morales y materiales, y de esa manera vengaremos las víctimas que la ambición burguesa tiene inmoladas en aras de su ambición.*¹³

11. “Eliseo Reclus en la Cátedra”, en *La Nación*, del 5 de julio de 1895.

12. “A La Nación”, en *El Perseguido*, del 13 de marzo de 1895.

13. “Noticias varias”, en *El Perseguido*, del 13 de marzo de 1895.

Unos meses más tarde:

El 13 de junio, en el hospital Rawson dejó de existir de una pulmonía el compañero L. Gervasini, de 24 años, nacido en Milán, compositor tipógrafo de oficio. Fue uno de los fundadores de nuestro estimado compañero Lavoriamo; ha colaborado en El Perseguido y en La libre Iniciativa. Fue orador fogoso y activo propagandista de nuestras ideas desde 1890 que empezó a declararse anarquista, pues antes había sido tan entusiasta por el partido republicano en Italia y por el partido obrero aquí. Se hallaba algo enfermo y a consecuencia del trato que recibió en la comisaría 22 donde fue encerrado con otros dos compañeros, pasando una noche de frío a la intemperie, se le declaró la enfermedad que lo llevó a la tumba. En la conciencia de todos cuantos están enterados es una víctima más que se agrega a los millones que causa la actual organización social. En nombre de tantas víctimas invitamos a los trabajadores todos para que cada uno de por sí haga cuanto pueda para destruir cuanto antes este régimen criminal y sustituirlo por el comunismo anárquico que será la sociedad solidaria de la familia humana. Este es el mejor medio de honrar a los que caen en la lucha que sostenemos.¹⁴

Pequeños escritos como estos diseminados en la prensa anarquista, permiten, en primer lugar, recuperar los nombres de todos aquellos que conformaron el panteón de los libertarios. En él conviven, obligando a la lucha, aquellos que dieron su vida por la anarquía como también infinidad de víctimas del trabajo, crucificados del sistema en general, los que morían en hospitales y asilos, los que languidecían hasta la extinción en las prisiones. Componían la ristra de los mártires “de todos los instantes”, como los denominaba gráficamente el folleto *Cómo nos diezman*, el tercero de la serie de *La Expropiación*.

Ese folleto, el más extenso de los que se incluyen en la presente antología, es una densa letanía en la cual se narran los horrores que niegan la vida del obrero en el capitalismo, desde antes de nacer, al

14. “Luiggi Gervasini”, en *El Perseguido*, del 16 de julio de 1895.

nacer, después de nacer, en la infancia, en la puericia, en el hospicio, en el aprendizaje, en la juventud, en el campo, en la guerra, en las minas, en los túneles, en las fábricas, en las obras, en el taller, en las edades intermedias y durante la vejez. Cada uno de esos espacios y cada uno de esos segmentos de la vida, en ese orden, componen cada uno de los capítulos de *Cómo nos diezman*.

Esa mirada crepuscular y mortuoria está dispersa en todos los folletos. Las listas de suscripción incluidas en cada uno de ellos, por la vía de los seudónimos, son un verdadero catastro de tópicos y temas anarquistas, como si el fervor por la propaganda obligara a utilizar cada centímetro del papel en la urgencia por denunciar un orden de cosas intolerables. Esas páginas esconden grados enormes de beligerancia, humor, pero también retazos de vivencias del desastre: “un pobre zapatero”, “un explotado de la Chacarita”, “dos desheredados” o “un mártir”. Esas pequeñas autopercepciones, que se encuentran también en los periódicos, podían narrar también acontecimientos trágicos de la vida popular. Un ejemplo. En *El Perseguido*, cuatro años antes, aparecía la suscripción de “uno sin pantalones”. Nunca se sabrá su nombre, pero los redactores del periódico creyeron oportuno publicar una carta que llevaba por título “Un viaje a Brasil” en donde se narraba la tristeza infinita de un panadero que por problemas con su patrón en Buenos Aires había tenido que emigrar a Brasil, y que efectivamente decía haberse quedado sin pantalones. La carta finaliza del siguiente modo:

*Viéndome allí sin trabajo me embarqué para esta (Buenos Aires) en un buque de vela trabajando por no tener para el pasaje ni más ropa que la puesta, y así llegué aquí y estoy trabajando con mis compañeros, desnudo y descamisado en una panadería en donde se me quemó el único pantalón que tenía porque después de lavarlo lo puse a secar en el horno porque tenía que salir pronto y en un descuido se me quemó; pero así y todo os remito un peso para El Perseguido.*¹⁵

15. “Un viaje a Brasil”, en *El Perseguido*, del 18 de enero de 1891.

Pero las formas de recordar no se resolvían solamente en la mera denuncia o en la simple enumeración de las víctimas. En última instancia todos los muertos obligaban a la lucha y a que sus historias no fueran atenuadas en su dramatismo. Más aún cuando los que ya no estaban habían caído combatiendo. Es por esta razón, que los libertarios irrumpieron a fines de marzo en el acto socialista en conmemoración de la Comuna de París. El 23 de ese mes el periódico *La Vanguardia* anunciaba que ese día a las ocho de la noche se celebrará un homenaje a la Comuna de París en el Centro Socialista Obrero. En realidad la conmemoración había sido anunciada para el lunes 18, pero no pudo llevarse a cabo por la interrupción de los anarquistas. Según el diario socialista, en el Centro Socialista, el lunes 18, “la reunión prometía ser muy entusiasta y ordenada”, sin embargo quienes esto creían no tenían en cuenta a los anárquicos que en buen número tomaron también parte entre el auditorio y comenzaron a repartir el periódico platense *La Anarquía*. Inmediatamente, al empezar la conferencia principiaron los incidentes entre algunos socialistas y los libertarios, estos últimos lanzando insultos al socialismo. La cosa se puso peor cuando el pintor y dirigente socialista Adrián Patroni dispuso que solamente harían uso de la palabra los oradores designados por los socialistas que, a fin de cuentas, eran quienes habían organizado la reunión. Frente a esto, los anarquistas comenzaron a gritar “¡Palabra libre!, ¡Palabra libre!”. Siempre según la perspectiva socialista, a fin de evitar un desorden mayúsculo, se decidió que un anarquista formaría parte del grupo de oradores. Una vez más, se desataron los gritos y acusaciones de los ácratas, para quienes un solo orador no podía representar las ideas libertarias frente un número mucho mayor de socialistas. Un instante después intentaron tomar por asalto la mesa del Centro Socialista buscando desplazar a los socialistas. Durante la refriega un anarquista hizo fuego y por casualidad nadie resultó herido. A causa de los disparos acudieron los vigilantes, momento en que se dio por concluida la conmemoración. Como moraleja, el relato socialista concluía: “Aquellos trabajadores que no saben aún quiénes son los anarquistas y cuáles sus procederes, les recomendamos como enseñanza el escándalo promovido en el Centro

Socialista”.¹⁶ Finalmente la reunión tuvo lugar el día 23 sin mayores inconvenientes.

Sin embargo, los anarquistas no dejaron que la cuestión se dirimiera de ese modo. De acuerdo con el arsenal de injurias y su lectura sobre lo funcional que eran los socialistas para el proyecto burgués, acusaron agriamente a los miembros del Centro Socialista de estar coaligados con la policía de la ciudad de Buenos Aires. El grupo Ciencia y Libertad hizo circular un comunicado en el cual denunciaban que ante la superioridad anarquista, los socialistas disolvieron la reunión:

*La rabia feroz que se apoderó de ellos, causa de no poder vomitar las mentiras que ya tenían acumuladas en las gargantas, llevó al extremo y, antes que ponerse del lado de la libertad y de la lógica, prefirieron disolver la asamblea con insulsas amenazas y vergonzosas tentativas, entre las cuales no les perdonaremos jamás la de haber llamado a la policía, sirviéndoles de espías, indicándole los anarquistas y logrando hacer llevar presos a varios compañeros (...). Adelante pues compañeros: que se repitan con frecuencia estos hechos. No importa que suframos persecuciones y encarcelamientos, tened presente que semejantes acontecimientos aceleran la caída de la policía burguesa y la socialista.*¹⁷

El acto por los muertos de la Comuna resultó memorable. En su memoria de los primeros veinte años de vida anarquista en la ciudad, Eduardo Gilimón incluyó un apartado especialmente dedicado al evento. Según Gilimón, ese incidente fue una de las primeras noticias que se tuvo sobre la existencia de anarquistas y socialistas en la ciudad: “Al día siguiente la prensa se ocupó en la sección policial del incidente y millares de personas, los asiduos lectores de la crónica sensacional, pudieron enterarse de que en Buenos Aires había socialistas y anarquistas, y de que se querían unos a otros como los gatos y los perros”.¹⁸

16. “Los anarquistas en acción”, en *La Vanguardia*, del 23 de marzo de 1895.

17. “La policía burguesa y la socialista”, en *El Perseguido*, del 13 de abril de 1895.

18. Eduardo Gilimón. *Hechos y comentarios y otros escritos. El anarquismo en Buenos Aires (1890-1910)*. Buenos Aires, Editorial Terramar, 2011, página 39.

Nuestro amigo Ravachol

Los anarquistas porteños no conmemoraron el Primero de Mayo. Los socialistas, por su parte, realizaron un acto en el salón del Club Vorwärts, en la calle Rincón al 1100. Con entusiasmo los organizadores calcularon –contrariando la menos pasional aritmética del cronista de *La Prensa*– en unos dos mil los congregados para escuchar a los más destacados militantes socialistas del momento. Entre otros José Ingegneri, que todavía no había castellanizado su apellido, habló en nombre del Centro Socialista Universitario, Adrián Patroni en representación del Comité Central del Partido Socialista aún en ciernes, y Francisco Dagnino por el grupo Fascio dei Laboratori. A propósito de la conmemoración, desde *La Vanguardia* resumieron: “Esta fiesta tan entusiasta como pacífica ha venido a demostrar una vez más que las ideas socialistas van echando raíces en la Argentina”.¹⁹

La que con el tiempo habría de convertirse en una fecha clave de su calendario litúrgico apenas concitaba algún interés entre los grupos libertarios. De hecho, la consideraban por aquel entonces una fecha cuyo significado parecía definitivamente perdido. El problema habría sido concentrar todas las energías en una demanda “estéril” y dejar de lado el hecho de que el 1° de Mayo debía ser un día de guerra social. En pocas palabras, “radicales, socialistas y republicanos, asustados de que el pueblo empezara a regirse por sí mismo, se apoderaron del movimiento. La agitación por las 8 horas llegó a ser una tontería y la fecha del 1° de Mayo una ridícula procesión embanderada”.²⁰

Unas semanas más tarde *El Perseguido* publicaba una invocación, un llamamiento infernal:

Levántate pueblo tiranizado y abatido; levántate y rompe las cadenas que te oprimen. Afianza bien el puñal, y el cuchillo, y fierro, y jadeante, clávalo en el pecho de tus tiranos, y degüella sin piedad tus verdugos. Baña sus palacios y lujosos edificios con petróleo y arrímales un fósforo.

19. “El primero de mayo en Argentina”, en *La Vanguardia*, del 4 de mayo de 1895.

20. “¡1° de mayo!”, en *La Anarquía*, del 1° de mayo de 1895.

*Fabrica bombas por millares, e impetuoso como el huracán desencadenado, arrójalas en los teatros, cafés, tribunales y demás sitios donde se reúnen tus explotadores, y que los gritos y lamentos, el humo, las llamas del incendio, devorándolo todo, el estallido de las bombas que revienten asoladoras, y tu algazara de júbilo triunfante, formen un cuadro, vasto, aterrador, pero sublime; porque dentro de él está el germen que dará vida y desarrollo a la felicidad humana.*²¹

El escrito no buscaba ser programático. De hecho, por aquellos años no hubo choques de relevancia con la policía, así como tampoco atentados como los que venían sacudiendo a Europa desde principios de la década. Lo que se pretendía era dotar de un tono y una expresividad particular en la manera de convocar a los oprimidos a la lucha. Una forma de que la brecha abierta entre explotados y explotadores no tuviera puentes por los cuales cruzasen reformadores y representantes de toda laya. En ese sentido se puede entender la devoción que los anarquistas del mundo tuvieron por la figura de François Claudius Koënistein, más conocido por el apellido de su madre Ravachol.

Ravachol condensaba la parábola vital del mártir que devenía rebelde. Nacido el 14 de octubre de 1859 y guillotinado el 8 de julio de 1892, pasó su infancia en un hogar miserable, y a lo largo de su vida había sido, entre otras cosas, mendigo, carne de religión, pastor, minero, tintorero, contrabandista, falsificador de dinero, profanador de tumbas, asesino, anarquista y dinamitero. Todos esos “oficios”, por llamarlos así, fueron confesados durante los juicios que se le siguieron.

Es difícil en pocas líneas hacerse una idea del tipo de celebridad que acompañó mundialmente a su figura. Telegramas, noticias, crónicas internacionales lo tomaron por objeto y sobre su figura, que anticipaba a la figura del apache parisino, concentró la unión entre los bajo fondos y el universo de las ideas revolucionarias. No es que sólo los anarquistas lo reivindicaran o se sintiesen atraídos por su figura. Durante su detención en París, Ravachol recibía centenares de notas y envíos de alimentos, ropas y cigarrillos de admiradores y admiradoras

21. “Levántate”, en *El Perseguido*, del 21 de mayo de 1895.

anónimas. Una de las pocas donaciones con nombre y apellido que recibió provino de la Duquesa de Uzés, quién le envió unos francos. Al respecto, el refinado periodista Flor O'Squar, uno de los más irónicos y sensibles indagadores del anarquismo francés de la época se interrogaba, a la vez que se respondía:

¿A qué impulso obedecía la antigua tesorera del movimiento monárquico? Era muy difícil darse cuenta. Como todas las mujeres que han estado en contacto con la política, esta gran dama sufría de una enfermedad incurable: la política (...) Sin duda habrá querido conocer y ver de cerca a ese tipo nuevo, ese ser misterioso, ese coco con quien todo el mundo se entretenía en esos momentos. Curiosidad femenina. O docilidad de la mujer mundana frente a los gestos de su tiempo. Era el tiempo en que la vizcondesa de Trédern, con ocasión de ofrecer un baile de debutantes, cerraba sus invitaciones con esta tentadora mención: "Habrá un anarquista".²²

También la cultura popular lo inmortalizó. *El Perseguido* reprodujo una versión de La Carmagnole, una canción republicana anónima de Francia, a la que rebautizaron La Ravachole, cuyo estribillo rezaba: "¡Dancemos La Ravachole / Viva el son, viva el son / Dancemos La Ravachole / Viva el son de la explosión!".²³ A su vez, un cronista del diario *La Prensa*, que se encontraba en París cuando fue guillotinado, vaticinaba en 1892: "Ravachol es quizás siglo XX. Hace sesenta años que la propiedad se ve atacada por la pluma y la palabra. Ravachol es un literato que reemplaza al diario y el folleto por la dinamita". Luego le reconocía sentimientos de venganza contra el orden social antes que de codicia personal, y como rasgo de personalidad apuntaba, "era hábil ese Ravachol", para burlar a las autoridades "se disfrazaba como un cómico, se afeitaba o se ponía barba postiza".²⁴

22. Flor O Squar. *Los entresijos del anarquismo*. Madrid, Editorial Melusina, 2008, página 41.

23. "La Ravachole. Nouvelle Carmagnole", en *El Perseguido*, del 18 de enero de 1895.

24. "Carta de J. Simon", en *La Prensa*, del 12 diciembre de 1892.

El cuarto folleto del grupo La Expropiación, aparecido en mayo y del que se imprimieron cinco mil ejemplares, contenía, junto a una semblanza de Ravachol, un pequeño extracto de su defensa en sede judicial, género predilecto de los anarquistas. El pequeño volumen, que incluía una hermosa reproducción del rostro de Ravachol el día de su detención, se abría con una carta a los lectores, en la que además se explicitaba la necesidad de recuperar su figura:

Nuestro amigo Ravachol ha pagado con su cabeza su abnegación para la emancipación social del proletariado. En vista de que la prensa burguesa ha tenido y aún tiene todo interés en desnaturalizar el carácter así como los actos de nuestro amigo y ha vomitado sobre el hombre de acción y sobre la anarquía en general todo lo que la hiel burguesa encierra de más crapuloso, no podemos estar mudos; queremos mostrarlo a nuestros compañeros bajo su verdadero aspecto y a más mostrar a los timoratos, así como a los interesados que lo han menospreciado, que Ravachol ha muerto para la causa de los desheredados.

Ravachol condesaba una parábola vital a la cual los anarquistas del mundo reverenciaban. En 1895 en la ciudad de Buenos Aires apareció un periódico cuyo nombre era *La Voz de Ravachol*. No era un fenómeno local. En Sabadell, Barcelona, apareció en octubre de 1892 un periódico con su nombre que fue continuado por otro llamado *El Eco de Ravachol*. De la versión de Buenos Aires salieron unos pocos números.

Al finalizar el mes de mayo, la situación económica del grupo La expropiación era desesperante. En la última página, en la que se rendían las cuentas, llamaban la atención al respecto del déficit acumulado folleto tras folletos y suplicaban: “voluntad compañeros”.

Todos Científicos

Figuras como Ravachol, a la que se sumarían, por citar algunos ejemplos venerados por los ácratas, Émile Henry, Auguste Vaillant,

Santiago Salvador Franch, Paulino Pallas, todos conocidos “dinamiteros”, y Santo Caserio, quien en 1894 asesinó al presidente de Francia Sadi Carnot, desataron una ola de curiosidad y temor sobre qué cosa era un anarquista. Como correlato de esos sentimientos, además de las noticias cada vez más frecuentes y extensas en la prensa, tuvo lugar una verdadera fiebre literaria y monográfica destinada a responder el interrogante. En la segunda mitad de 1895, un año después de su edición italiana, se publicó en Buenos Aires el escrito de mayor fama internacional de esa serie: *Los anarquistas*, obra del criminalista Cesare Lombroso. Tan famosa y eventualmente respetable fue su figura que la primera edición de su opúsculo correspondió a una editorial muy cercana al anarquismo, la imprenta Elzeveriana, en la cual se imprimían los folletos de *La Questione Sociale*.

En su pequeño volumen, Lombroso, según su conocida teoría del hombre delincuente, establecía nexos de continuidad entre el mundo del delito y el heterogéneo universo libertario, todos de tipo patológico o atávico. La jerga, el tatuaje, el histerismo, la hipersensibilidad, la epilepsia, el suicidio indirecto, el altruismo negador de sí, entre otros aspectos, marcaban una suerte de grilla de identificación biológica y emocional del libertario. Sin embargo, al interior del anarquismo trazó una diferenciación muy difundida en su tiempo. Frente a esa generalidad patológica y dañina, se alzaba un segundo tipo de anarquismo, excepcional, pero respetable. Retomando su propio razonamiento argumentaba: “De aquí que sean los autores más activos de la idea anárquica (salvo poquísimas excepciones como Ibsen, Reclus o Kropotkin) locos o criminales, y muchas veces ambas a la vez”.²⁵

Contra esa distinción, que no era otra que el seccionamiento entre los sabios venerables y el pueblo ignorante, trabajaron los anarquistas incansablemente a lo largo de su historia. De hecho, como pocos movimientos, hicieron de la hibridación uno de sus puntos fuertes. Al menos en la teoría, idéntico valor tenían la palabra de Ravachol al pie de la guillotina, las miles de cartas de obreros anónimos que publicaba su

25. Cesare Lombroso. *Los anarquistas*. Buenos Aires, Imprenta Elzeveriana, 1895, página 22.

prensa, las largas divagaciones de un orador en una asamblea como las teorías geográfico-ambientales de Elisée Reclus y el optimismo antropológico de Piotr Kropotkin.

En ese sentido, al menos los libertarios de *El Perseguido*, opinaban que “si es repugnante la aristocracia de pergaminos y la aristocracia del capital porque ellas establecen una línea divisoria de plebe y nobleza, de miserables y acaudalados, no es menos repugnante la aristocracia científica, porque ella crea también otra línea divisoria de sabios e ignorantes”. En conclusión: “Aquellos que ostentan títulos de superioridad, a falta de hechos que los hagan merecedores a la consideración de todos, son la canalla, la escoria de la sociedad. ¡Abajo los privilegios de la ciencia! ¡Abajo los títulos! ¡Todos somos científicos!”.²⁶

Atendiendo a esta peculiar visión del trabajo intelectual, y por lo tanto de la división del trabajo, es que cobra un sentido particular que el último folleto que se conserva del grupo La Expropiación sea justamente una conferencia de Kropotkin, *La anarquía en la evolución socialista*, escrito de tono mucho menos crispado y muchísimo más pedagógico y evolucionista sobre cuáles eran las bases teóricas fundamentales del anarquismo y sus diferencias con el llamado “socialismo autoritario”, que era a los ojos libertarios como se presentaba el marxismo. Las palabras finales de Kropotkin permiten recuperar el horizonte de certezas que resumió los anhelos y expectativas de quienes publicaron el folleto: “El comunismo anárquico resume lo que la humanidad ha elaborado de bello y duradero: el sentimiento de justicia, el de la libertad, la solidaridad hecha una necesidad para el hombre. Él, garante de la libertad de evolución del individuo en la sociedad. Él triunfará”.

26. “Todos científicos”, en *El Perseguido*, del 25 de mayo de 1893.

**Folletos anarquistas
en Buenos Aires**

Publicaciones de los grupos
La Questione Sociale y La Expropiación
1895-1896

F. De Cambridge

Propaganda Anarquista

ENTRE LAS MUJERES

ANA MARÍA MOZZONI

A las Hijas del Pueblo

Publicacion Num. 1

BIBLIOTECA

de LA QUESTIONE SOCIALE

BUENOS AIRES

Propaganda Anarquista

ENTRE LAS MUJERES

Con el objeto de propagar las ideas emancipadoras entre nuestras compañeras de trabajo y de miseria, la Redacción de LA QUESTIONE SOCIALE se propone publicar una série de folletos especiales para la propaganda entre las mujeres, en los que se tratarán todas aquellas cuestiones que tienen relacion directa con la emancipacion económica, política y religiosa de la mujer.

Dichos folletos se repartirán gratis y serán costeados por suscripcion voluntaria, cuyas listas se insertarán en LA QUESTIONE SOCIALE, dando esclarecimiento de los gastos de imprenta y de correo.

Los que simpatizen con nuestra iniciativa pueden desde ahora abrir una suscripcion voluntaria remitiendo las cantidades á nuestra Administración ó á cualquier periódico anarquista.

Mano á la obra, compañeros!

Buenos Aires, Abril de 1895

LA REDACCION
de *La Questione Sociale*



A las Mujeres

Y vosotras, oh mujeres, no quereis contribuir al adelanto de nuestra obra? Tambien de vosotras aceptaremos gustosos cuanto hagais en pro de nuestro ideal.

La Anarquía defiende la causa de todos los oprimidos, y por esto, y de un modo especial, defiende vuestra causa, oh mujeres, doblemente oprimidas por la sociedad presente.

En realidad vosotras sois esclavas tanto en la vida social como en la vida privada.

Si sois proletarias, teneis dos tiranos: el hombre y el patrón.

Si burguesas, se os deja únicamente la soberanía de la frivolidad y de la coquetería.

El hombre — ya sea padre, ya hermano, ya esposo no es, por ley y por costumbre, vuestro amigo y compañero: es, dentro y fuera de la familia, el dueño de la mujer, aunque él, á su vez, sea esclavo de otro hombre.

Para vosotras, oh mujeres, la rebelión al régimen actual de cosas, á las preocupaciones presentes que os hacen esclavas del hombre, no es solo cuestión de derecho; es más, es cuestión de dignidad.

Nosotros los anarquistas, queremos que vosotras seais nuestras compañeras y amigas; no el juguete y ludibrio de nuestros caprichos, vilezas y liviandades: queremos reivindicar para vosotras la razonable igualdad delante del sexo masculino.

Queremos emanciparos de cuanto os humilla y degrada ante la colectividad del género humano.

Queremos libertaros de la codicia del patrón que os explota, de las asechanzas del cura que os llena el cerebro de supersticiones, de la autoridad del marido que os maltrata, de las nefandas preocupaciones que os oprimen.

Si vosotras, mujeres del pueblo, amais á vuestros esposos, á vuestros hijos y á vuestros hermanos á quiense hoy el capital desangra en los talleres y en los campos, enbrutecióndoles por medio de la miseria y de la ignorancia, si teneis un sentimiento de amor y compasión para vuestras compañeras que mueren de cansancio en mil trabajos penosos y para las desdichadas que se vén en la obligación de vivir en las profundidades de las minas ó en medio de la podredumbre de los arrozales mortíferos, si vosotras anhelais por la completa extirpación de todas estas injusticias de las cuales vosotras, oh mujeres, sois las primeras víctimas y mártires, venid con nosotros, combatid en nuestras filas sed nestras compañeras de lucha y de amor.

Venceremos.

LA QUESTIONE SOCIALE



A las Hijas del Pueblo



QUIERO decir dos palabras á vosotras hijas del pueblo, colocadas en el más ínfimo grado de la escala social. Vosotras que sostenéis el peso de la jornada, del frío y del calor; vosotras que lleváis la doble maldición bíblica que ha herido á la humana raza, porqué parís en el dolor, servís en cuerpo y alma y sudais fatigosamente un pan que no basta á vuestra hambre; solo vosotras podreis comprenderme.

A diez y seis años, joven operaria, tu eres sana, fuerte, ardiente, y tu mente no está aún domada por el tonto miedo del confesionario y por la experiencia del dolor.

Aunque nacida en pobres pañales, alimentas en tu cerebro un ideal de felicidad, contenido en tres palabras: salud, trabajo, amor.

Un bello é inteligente joven mantiene en su corazón idénticos ideales. — Los dos asociareis vuestras ganancias, unireis vuestra diestra, fabricareis con las sudadas economías vuestro nido. ¿Quién ó qué cosa podrá turbar vuestra felicidad?

¿Acaso no sois laboriosos, económicos, sanos, amantes? ¿No habeis oído decir miles de veces por boca de los viejos, que un hombre honrado encuentra siempre quien le ayude? No habeis leído en todos los libros y oído predicar en las iglesias que Dios ayuda á la honesta gente, que la virtud es siempre recompensada, que el pan no falta nunca al que trabaja, que querer es poder, y tantas otras semejantes cosas que os han consolado y redoblado en vosotras la potencia de la voluntad y la fé en la felicidad?

Tu has oído todos estos, ¡oh hija del trabajo! pero pocos años han trascurrido que reparas que la vida no es tan bella como tu la imaginabas al principio; que á veces falta la fuerza para trabajar, y otras, el pan al que trabaja. Ves que el dueño del campo donde trabajas ó de la casa donde moras, se enriquece sin hacer nada y se embolsa aquel alquiler que tantos sudores y privaciones te cuesta. Observas también que la dama que te regatea el centavo al presentarle tu trabajo, arroja á manos llenas el dinero que nada le cuesta, en sederías y baratijas que págalas mucho más de lo que valen; y que el mercáder que paga con poquíssimos centavos el encaje que desgasta tu vista y te

- 7 -

tiene inmóvil sobre tu silla desde el alba á la noche, lo vende, sin haberlo fabricado, por valor de muchos pesos y engorda con el mismo trabajo que á ti te hace enflaquecer.

Observas que tu marido, si bien voluntarioso y sagaz, cae pronto enfermo de fatigas y de *pelagra*, ó que se encuentra á veces sin trabajo que debe sujetarse á una disminucion del salario si quiere continuar trabajando, porque la competencia crece y el pequeño industrial es absorbido por el grande, por la estación, por una calamidad pública, por una noticia alarmante que paraliza el comercio y desanima al especulador.

Reparas que la contribución de sangre, carne y brazos que prestas á la familia agrávase y crece cada día más y que el padre de tus hijos, que un día te mirava como á la confidente y la depositaria de sus congojas, te considera hoy como el punto natural donde desahogar sus iras y malhumores. Irritada al par de él, como él necesitada, menos fuerte que él, día y noche angustiada por las necesidades y por el llanto de los pequeñuelos, debes aún, á pesar de esto soportar regaños y maldiciones, llevar tu cruz y la suya, y si él busca en el vino y en la compañía de sus amigos una tregua á su tristeza, al reentrar en casa pagarás con creces aquella tregua, con acrecentados desprecios, con más ceñuda faz, con hambre más intensa.

Si tu marido te maltrata, si te pega y te quejas al juez, éste te responderá: «Id en paz,

no existen los extremos legales». Si lo cuentas quejándote, al cura, te objetará: «Es tu castigo; tu esclavitud es la ley de Dios ». Si lo confías á persona prudente y de consejo, te persuadirá que hay necesidad de inclinar la cabeza ante la fuerza mayor y que la soberanía del hombre en la familia, es una necesidad del orden aunque crea el desorden. Si lloras tus cuitas en el seno de tu madre, te responderá llorando: «También yo he sufrido así.»

Desanimada, vuelves tus miradas á la última esperanza, á tu hijo, que vestiste con tu carne, nutriste con tu sangre, hécholo crecer á costa de ayunos, de trabajos mil, de tu reposo y que será tu orgullo y tu sostén.

No, infeliz, también te engañas. Cuando lo habrás hecho y crecido, el rey te lo quitará para que sea puntal de su trono y lo sujetará á fiera disciplina á fin de asegurarse de su rebelión. Quién nada ha hecho por tu hijo puédelo todo sobre él; tu que lo has hecho todo, nada puedes.

Si tu hijo muere en la guerra y ha salido de ella victorioso el rey, no se te permite llorar tu desgracia: serías una mala patriota y una vil débil hembra. Si al contrario, el rey ha sido derrotado y tu hijo vuelve á tus brazos sano y salvo, tampoco puedes alegrarte por ello, porque en el mundo hay una cosa que se llama patria cuyo bienestar es inseparable al del rey, á la cual lo debes todo, hasta la sangre de tus hijos.....

¡La patria! como explicarte, con palabras que puedas comprender y afecten á tí y á tus intereses, lo que es esta terrible patria, que corona, arrebatándote los hijos, el cruel edificio de tus dolores?

Para el rey, la patria es el trono, es el poder, es el fausto, es la lista civil, es el derecho de hacer doblegar todo aquello que en el reino resiste á sus intereses. Para el rico, la patria es la cuna de oro en la cual nació, el palacio que habita sin trabajar, las riquezas que posee, las leyes que le garantizan sus propiedades, el derecho de ocupar los más elevados cargos. Para el hombre de cualquier clase, la patria es el país en el cual puede dar su voto para elegir á aquellos que administran y gobiernan, es la ley que le garantizan la autoridad de su propia persona y de su casa; que lo hace dueño de tus hijos, le garantizan tu propia servitud y asegura en sus manos tu cadena.

Y para tí, mujer del pueblo, que cosa es la patria? Es el gendarme que viene á quitarte el hijo para hacer de él un soldado; es el impuesto que apaga el hornillo de tu hogar... casi siempre apagado; es el guarda consumos que registra tus bolsillos para cerciorarse de que no has ahorrado algun centavo del pan sudado para tus hijos; es la alcahueta que, protegida por el gobierno, persigue á tus hijas para atraerlas en sus redes; es la policía que las conduce á la sección especial de higiene; es la casa de leno-

cinio que las engulle; es la prisión, la sífilis, el patíbulo; es la ley que da tus hijos en propiedad al marido y te declara esclava y sierva de él. De las glorias de esta patria, de sus alegrías, de sus bienes, de sus favores, ni siquiera uno llega hasta tí.

*E patria non conosce
altra che il cielo.....*

Es la eterna canción que entonces entona el cura para enjugar tus lágrimas, mientras que mantiene, con el miedo del infierno, tu resignación en esta tierra.

Si da el caso, frecuente á pesar de todo, que la familia no se separe de tus brazos, no te valdrá salir al despuntar del día y acostarte tarde, ni tener el recurso de la máquina de coser, ni el ir á los lejanos arrozales ó en los campos á buscar una ganancia. El especulador sabe de sobras, que todas las mujeres están condenadas á hacerse la competencia en pocos trabajos y que las operarias deben, además, sostener la competencia con las no operarias.

La máquina no ha hecho más que añadir fatigas á tus fatigas, sin añadir nada á tu salario. En lugar de coser una camisa en tres días por tres pesos, te toca coser tres camisas en un día por un solo peso, sin añadir, que tu pecho enferma, se entonetece tu cabeza y habrás disminuído la demanda de tu mano de obra, habiendo efectuado una mayor producción.

Las trilladoras, las segadoras habrán venido

á robarte la fatigosa ganancia de las siegas, la máquina ha dado fruto solamente al especulador de tu trabajo.

Si desesperando de aplacar el hambre recurras á las congregaciones ó asociaciones de Caridad, nuevas disilusiones te esperan. ¡Cuántas calles, cuántas escaleras, cuanto tiempo y cuántas lágrimas para obtener la derisoria suma de tres pesos al mes! ¡Qué de regaños en las antecámaras de los espléndidos salones! Y sin embargo, aquel dinero es propiedad del pobre, es cosa tuya, y tu necesidad es verdadera; lloran tus hijos, y tus hundidas mejillas acusan los largos ayunos! Y todos aquellos caballeros bién nutridos, repantigados en cómodas poltronas, dentro una tibia atmósfera, que te hace recordar el frío doloroso que en tu tugurio se siente, pisan en blandas alfombras, comen opíparamente, y pasan entre los aplausos de la turba, iluminados con la aureola de filántropos y bienhechores de los pobres...

Tu contemplas aquel mezquino socorro, y al compararlo con la grandeza de tu necesidad y con el hambre de tus hijos, un asalto de desesperación ahoga, estrechándolo, tu corazón. Tu paciencia ha llegado al colmo y la rebeldía de tu mente contra el mundo, contra sus leyes y contra su dureza, arranca de tus ojos lágrimas de fuego. A cada paso que das por las calles detiénente coches suntuosísimos, deslumbrada tu vista por el fulgor de mil joyas, de las cuales

el valor de una sola bastaría para hacerte rica, pasas por el lado de los almacenes de comestibles repletos de todo el refinamiento de la glotonería... y tus hijos tienen hambre!

¡Miserable! que has hecho á Dios; á la naturaleza, á la humanidad, para que el hambre, la fatiga, el dolor la esclavitud te tocan con helada mano? ¿que bien han efectuado todos aquellos opulentos que pasean por la tierra como si les perteneciera, hartos y orgullosos?

Si sigues el instinto apasionado del ánimo, un ódio salvaje se apoderará de tí y odiarás la vida y la humanidad con toda la fuerza de tu alma. Toda dulzura, toda virtud, desaparecerá con la última esperanza y solo pensarás en vengarte, odiar á los felices, buscar, encontrar cualquier brizna del bien que te niega, por cualquier medio. Venderás tu carne, intentarás sorprender la buena fé, especularás sobre la piedad de los buenos, mentirás, engañarás, enseñarás á tus hijos á hacer lo mismo y reputarás arma de buena lid, cualquier artificio con el cual tu puedas arrancar de los bolsillos de los demás algún dinero y vengar tus sufrimientos disminuyendo las alegrías de los demás.

Pero si eres buena y generosa, si en tí ha quedado una chispa de aquel fuego sagrado que te hace amar á los infelices, cuanto más tu lo será; en las largas noches de insomnio motivado por el forzoso ayuno, pensarás en la causa de tus males que asemejanse á aquellos de tantas

— 13 —

otras mujeres de tu clase. Comprenderás que esta causa, no es un destino ciego y fatal; que no es ningún Dios que quiera castigarte ó hallar placer en tus dolores; que no es ninguna potencia maléfica y misteriosa, pero sí que es el egoísmo humano compenetrado de siglos y siglos en todas las instituciones, que es la fuerza convertida en derecho, es la inteligencia convertida en astucia, en engaño; son todos los intereses de los fuertes, que se han hermanado contra los de los débiles, que se han apoderado de todas las fuerzas de la sociedad y las emplean todos á su favor.

Pero cuando, mujer del pueblo, habrás comprendido esto, querrás que todo este desorden, esta injusticia concluya y entonces serás anarquista. ¿Pero como puede tener fin, si el cura te predica que has de obedecer al marido, rogar por el rey, creer á la iglesia, y tu ves que la ley, el rey y la iglesia procuran por todos los medios mantener todas estas injusticias, por las cuales ellos se hacen grandes, ricos y potentes?

Entonces comprenderás que, para acabar de una vez con todo esto, hay un solo medio de efectuarlo y es la revolución, la revolución social que abata y extirpe todas las fuerzas malélicas que crean y apoyan la injusticia.

Te recordarás que también tu eres una inteligencia, una voluntad, una actividad. Pensarás que los cañones y los fuciles son hechos y descargados por tus hijos; pensarás que el soldado

que sirve de puntal al trono, el cura que adula al fuerte y maldice al débil, el carcelero que custodia el anarquista, el polizonte, el espía, el verdugo, la prostituta, la alcahueta toda este triste progenie culpables unos, otros infelices; toda ella ha salido del pueblo, ha tomado vida en tus entrañas, fué parida entre dolores tuyos, mamó tu sangre, bamboleose en tus rodillas cuando pequeña, aprendió de tus labios las primeras nociones de la vida y de los errores, de los cuales hoy son los instrumentos y la fuerza...

¿Que hacer entonces?

¡Ven con nosotros, ven por el camino de la Revolución Social!!

Víctima de todas las injusticias de los hombres, ínfima y última entre las esclavas, cabeza expiatoria de todos los pecados del mundo, hija del pueblo, el día aquel en que la justicia llegará hasta tí, el egoísmo humano estará domado y la humanidad se habrá emancipado.

ANA MARÍA MOZZONI.

“La Questione Sociale”

REVISTA DE LITERATURA ANÁRQUICA

Se publica en B. Aires en los idiomas italiano y español

Contiene artículos de literatura y sociología y publica en cada número la reseña del movimiento social internacional.

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

ARGENTINA: *Trimestre* \$ 1.20 *m/n*
EXTERIOR: *Semestre* » 1.20 *oro*

Redacción y Administración

2039 — Calle Corrientes — 2039
BUENOS AIRES

El Perseguido — Dirección: *B. Salbans* — Casilla Correo N. 1128, Buenos Aires.

El Oprimido — Dirección: *J. Creaghe* — Calle Progreso N. 71, Lujan (Prov. B. A.).

La Verdad — Dirección: *T. Carlos* — Casilla del Correo M. 228, Rosario de Santa Fé.

El Derecho a la vida — Dirección: Casilla del Correo N. 305 — Montevideo.

La Anarquía — Dirección: — Calle 7 número 576 La Plata.

La Casa Editora "LA ELZEVIKIANA" de Buenos Aires, acaba de publicar, traducida al castellano, la importante obra de sociología anárquica escrita por JUAN GRAVE; obra que fué secuestrada en Francia y que lleva por título:

La Sociedad moribunda y la Anarquía

Con prefacio del renombrado escritor y crítico OCTAVIO MIRBEAU.

Elegante edición de más de 200 páginas con tapa marroquín.

Precio de cada ejemplar en la República Argentina \$ 1,50 m/n curso legal.

Para el Exterior:

50 centavos de pesos oro (franco de porte).

Dirigirse á la

IMPRENTA ELZEVIKIANA

CANGALLO, 1191

BUENOS AIRES

NOTAS

A los pedidos, superiores á 5 ejemplares, hechos por conducto de *La Questione Sociale*, agrupaciones y centros obreros se les hará un descuento del 20 %

No se atenderá ningún pedido que no venga acompañado del relativo importe.

Por los pedidos del exterior el modo más fácil para remitir el importe es mediante el *giro postal*, que en cualquier oficina de correo se puede conseguir.

PROPAGANDA ANARQUISTA

ENTRE
LAS MUJERES



A las Muchachas que estudian



Publicacion Num. 2

BIBLIOTECA
de LA QUESTIONE SOCIALE

BUENOS AIRES

Propaganda Anarquista

ENTRE LAS MUJERES

Con el objeto de propagar las ideas emancipadoras entre nuestras compañeras de trabajo y de miseria, LA QUESTIONE SOCIALE se propone publicar una série de folletos especiales para la propaganda entre las mujeres, en los que se tratarán todas aquellas cuestiones que tienen relacion directa con la emancipacion económica, política y religiosa de la mujer.

Dichos folletos se repartirán gratis y serán costeados por suscripcion voluntaria, cuyas listas se insertarán en LA QUESTIONE SOCIALE, dando esclarecimiento de los gastos de imprenta y de correo.

Los que simpatizen con nuestra iniciativa pueden abrir una suscripcion voluntaria remitiendo las cantidades á nuestra Administración ó á cualquier periódico anarquista.

Buenos Aires, Agosto de 1895.

LA REDACCIÓN
de *La Questione Sociale*





Á las muchachas que estudian



¡Á vosotras, muchachas, me dirijo!—Vuestras madres, divididas entre el confesor, los cacharros, las modas y el *marido que Dios les ha dado*, reliquias de una edad que va á su ocaso, no podrían comprenderme.

Con vosotras hablo, muchachas de diez y ocho abri-les, y supongo á vuestra mente esclarecida ya con el estudio; á vuestro espíritu curioso de los misterios del mundo y de la vida y á vuestra fantasía rebosante de nobles ideales. Supongo que la belleza, la virtud y el saber, forman el tripode de vuestros ensueños y compendian é informan todos aquellos ideales y con ellos la felicidad, como una luz que los circunde y glorifica.

Vuestro corazón bate al unísono con el corazón de la humanidad,—vosotras amais todo y á todos—vuestro ser, joven aún, abierto á la vida, palpitante de aspiraciones grandes é indefinidas y devorado de la necesidad de afectos, se complace en personificar todos aquellos ideales en un joven. Tú, muchacha, te lo imaginas bello, ardiente y generoso y enlazado con él, tu mano en la suya, tu corazón en el suyo, quieres marchar hacia el porvenir, á la conquista de todas las cosas nobles y elevadas.

Sientes tu juvenil sangre correr impetuosamente por las venas. amas el aire, la luz, la lujuriente vegetación, la vida rumorosa de las ciudades; quisieras pensar, comprender, trabajar, gozar, correr, volar, vivir un año en un día y tal vez, casi deliciosamente oprimida por el sentimiento de la vida, sorprendes una palabra rápida, vaga, indefinida, partir del cerebro, bajarse hacia el corazón, propagarse á los sentidos y te escapa entonces de los labios una exclamación: «Oh! qué bello es vivir!»

Pero bien pronto, muchacha, observas que todo el estudio que has hecho no es apreciado en tí ni siquiera por los mismos que te lo inculcaron. Tú reparas en que todas las virtudes que tanto te ensalzaron, las lecciones solemnes de grandeza que aprendiste en la historia, el amor intenso de la libertad que absorviste en las páginas de los clásicos, el sentimiento estético que venía elaborándose en tu mente y en tus ojos, tomaba, en el pensamiento de tus genitores y de tus maestros, otra mira, otro fin muy diferente de aquel que te figurabas.

Todo aquel aparato de virtud, de belleza y de saber, no tenía por objeto otra cosa que adornar tus palabras, imprimir una cierta elegancia en tus maneras y en todas las manifestaciones de tu ser, del mismo modo que se adorna á un caballo con rica gualdrapa. Al igual que éste, que adornan para enaltecer á su dueño, del mismo modo te adornaban para satisfacer la vanidad de tu futuro marido.

Tú observas que toda la vida que la naturaleza te ha puesto en el corazón y en el cerebro y que se traduce en pensamientos y afectos; el deseo de saber que te infiltraron los nobles sentimientos de los cuales recojiste enseñanzas, no han servido para otra cosa que hacerte conocer tu propio valor, que han aumentado tu sensibilidad, tus gustos, tus deseos y la necesidad invencible la independenciam; y encuentras que á todo este estado de ánimo tuyo no responde ni la sanción actual de la sociedad ni la de la familia y que esta suma de bienes se vuelve en contra tuya, porque no puedes adelantar en el estudio sin luchar contra dificultades económicas ó exclusiones legales ó prejuicios invencibles; no puedes trabajar porque todo el trabajo noble y lucrativo es acaparado por la juventud del otro sexo; no eres libre porque la ley te sujeta al marido y debes obedecer á cualquiera que te mantenga, por necesidad, y de esta necesidad no puedes salir sino á costa de doblegarte á trabajos serviles, fatigosos y que no llegarán siquiera á aplacarte el hambre.

Y entonces reparas que, si quieres hacer trascorrir tranquila tu vida, te ves obligada á sofocar todos los sueños de gloria, de virtud, de libertad y de amor y que la misión que inexorablemente te ha sido trazada, es una vida llena de fastidiosas, pequeñas y cotidianas prácticas de la vida doméstica, puesto que el trabajo material, automático, continuo, sin derechos, sin favores, sin independencias, sin reposo y sin dignidad, es la única misión que te toca.

- 5 -

Te fijarás entonces, en que el ardiente y generoso guapo joven que tu mente ambicionaba, trabaja día y noche para crearse una posición en un largo y enervador aprendizaje, combinado con miserables ganancias, y que si logra creársela, las más de las veces, será porque habrá capitulado con su conciencia, porque habrá inclinado su fiera cerviz, habrá callado ó disimulado sus convicciones, habrá lisonjeado ó adulado los intereses y las pasiones de los felices, habrá, en una palabra, manchado aquella aureola con que lo adornaba tu pensamiento.

Un día, muchacha, pasarás revista tristísima á tus amigas de la adolescencia para ver si todos aquellos sueños de aquella edad háñse realizado; y verás, á una, que ha ido á parar en marido brutal que la ley protege; viuda aquélla rodeada de hijos, ofreciendo en vano la mente y los brazos á trabajos que el uso y los prejuicios no le conceden y que sufre el martirio del hambre; la de más allá, que seducida y pobre ha debido arrancarse del pecho al hijo del amor ilegal para confiarlo á la pública caridad y cuyo destino ignora; otra aún que debatiéndose está entre el círculo odioso de un matrimonio indisoluble; joven y bella aún, con un marido cadavérico de alma y cuerpo; una última, en fin, que ha sido dada para pasto de las tardes libidinosas de algún decrepito Nabab, por un precio que aquellós mercaderes han embolsado y que ella paga con su cuerpo...

De tus amigas, alargarás tus miradas sobre todas las mujeres en general y verás á las señoritas desfilan en los públicos paseos y prestarse á las destas, del mismo modo que los traficantes trasportan solícitos en todos los mercados y ferias sus mercancías, y buscándoles en plazas y lugares más frecuentados un comprador. Nada se ha olvidado para que la mercancía sea apetitosa ó agradable. Aquellas jovencitas van bien vestidas, sus palabras adornadas, inclinan graciosamente sus rubias ó negras cabecitas, y si se quiere algo más de su intrínseco valor, encontraremos que tocan el piano regularmente, que bailan maravillosamente, que sus afilados y rosáceos dedos elaboran obras de hadas, que no tienen opiniones modernas, que conocen el útil cuidado del gallinero y de la cocina y finalmente que su cuerpo es *integro* é ignoran la historia natural, por todo lo cual, el comprador, que por regla general es estacionario y sacio de fáciles placeres que á su encuentro corren, en esta nuestra civilización á vapor, tendrá el placer de vivir por unos momentos la vida primitiva y probará el goce brutal de la conquista y el espectáculo interesante

de la sorpresa femenil, del temblor, de los suspiros, y se encontrará salvaje entre los vírgenes bosques con la humana presa entre sus manos.

Verás, muchacha, á las damas languidecer de fastidio en áureos palacios, vinculados por la vanidad de la mente, por los usos del mundo, por los caprichos de maridos y por la enfermedad de caracter, educado para todas las servitudes, y aniquilarse en aquellas doradas prisiones, supérfluas para sí mismas é inútiles para las demás; tal vez resultando fastidiosas, á causa de sus nervios irritados por el tedio continuo, perenne.

Verás, muchacha, á tus compañeras en cuyas frentes brilla el divino rayo de la belleza, poblar los gineceos, (1) soportar ellas solas las pasiones de los hombres, sus egoísmos sensuales y económicos, castigadas en sus carnes y con el sello de la infamia en sus frentes, soportar todas las miserias é infamias sociales. Verás muchachas de corazón puro y cándida frente languidecer, ignoradas, por el deseo de amor y verás también miles y millones de jóvenes consumirse en el vicio, combatiendo por el trono y por el altar, devorados del deseo de una sonrisa femenina que se les niega. Verás á madres sin hijos é hijos sin madres, sacrificados por la ley á la familia, divinidad convencional á la cual se inmola la humanidad real.

Verás á pobres mujeres, sofocadas por el calor, heladas por el frío, en los húmedos arrozales, por los campos que el sol abrasa ó en los negros tugurios de las ciudades, trabajar indefensas, amamantar los propios hijos y aún á los hijos de los ricos por algunas miserables monedas; emplear la mente, la mano, el corazón, la sangre, la leche, la carne, todos los años, todos los días, todas las horas, todos los minutos, todo cuanto dura una vida y constituye la persona, en *servicio del hombre*.

Y verás á este hombre que, si sacerdote, la maldice y declara culpable, impura y condenada por precepto divino á eterna esclavitud; si magistrado, la declara imbécil, incapaz, y condénala aún por culpas que no son suyas; si legislador, hace de ella un paria, un ilota de la sociedad; marido, la trata como sierva y propiedad; hijo, la indulta por instinto filial, pero por sentimiento educado considérala como una criatura inferior; libertino, la agosta; especulador, trafica con ella; moralista, la infama.

(1) Nombre que daban los griegos á las habitaciones que ocupaban las mujeres. (N. D. T.)

— 7 —

¡ Muchacha! ante la ruína de todos tus ideales, rodeada de esta marea de dolores, te sentirás invadida de inencomible tristeza y al encontrarte condenada por un hado inexorable ó impío, sin pecado, por el solo hecho de tu nacimiento, condenada, hollada, excluída, despreciada, no pudiendo hacer nada para redimirte, antes al contrario, encontrando por todas partes la burla si osas lamentarte de tu suerte, tu corazón, anegado en desconsoladora agonía, estallará en tí una protesta contra la naturaleza. Pero, pasada la fuerza de la reacción apasionada, tu pensamiento irá en busca de los medios con los cuales poder huir del naufragio que sumerge á todas tus semejantes.

Si posees una mente débil, un corazón pequeño y un temperamento delicado, inclinarás la cabeza ante el destino. Arrancarás de tu corazón aquel pudor, que no es el simulado rosar de la faz, sino la intransigente dignidad del alma, y no tendrás ya sino una mira en tu vida, gustar; gustar á todos á fin de encontrar sonrisas, gustar para cubrir con flores las espinas de tu corona, para rodear de alegrías tu vanidad, ya que deshojados están los soñados laureles de las nobles virtudes y de las verdaderas grandezas.

Despreciarás á los hombres por su injusticia y no pudiendo contar con su razón, en la cual el egoísmo ha impreso en prejuicio, contarás con sus pasiones, de las cuales estás cierta y que podrás manejar á voluntad tuya. Volveráste una disgustosa mezcla de artificio y de coquetería, tu cerebro se vaciará de todo noble pensamiento y tu corazón de todo generoso afecto.

Pero si tu razón es sólida, si la observación y la meditación te han educado en la confianza en la razón, si tu caracter es fiero, si tu corazón es ardiente y entusiasta, el espectáculo de la injusticia y de la opresión te hará más reflexiva y meditabunda para buscar las causas de tal infortunio.

Encontrarás que el cura que te maldice es un hombre; que el legislador que te oprime es un hombre; que el marido que te reduce á *cosa* es un hombre; que el libertino que te agosta es un hombre; que el capitalista que con tu trabajo mal retribuído se enriquece, que el especulador que se embolsa tranquilamente el precio de tu carne, son hombres y que como hombres están sujetos á equivocarse por ignorancia ó por interés.

Pensarás que la ignorancia puede ser iluminada y que, contra los intereses que oprimen, hay los intereses que son oprimidos y que podríase muy bien oponer éstos á

- 8 -

aquéllos y suscitar una lucha, cual último acto podría también ser el triunfo de la justicia.

Pensarás que todos estos hombres que te oprimen, cada uno bajo su punto de vista y la especial iniciación recibida, son á su vez oprimidos por otros hombres más fuertes y más astutos que ellos mediante el apoyo de prejuicios análogos y de instituciones equivalentes.

Además, también encontrarás que toda aquella categoría de hombres que de la esclavitud y de la opresión han podido escaparse, lo han hecho apelando al derecho natural, única ley que todos recibimos al nacer y que á todos nos une en la necesidad y por ende en el derecho, — derecho de vivir, de pensar, de amar, — en la soberanía de la propia persona, en la elección del propio trabajo, en la libertad de todos y para todos.

Pensarás que el trabajo no es santidad ni deber, como te enseñaron con el estúpido dogma de la escuela, pero sí que es sencillamente necesidad y debe contenerse en los límites de la necesidad, y que la mujer condenada á agitarse como un mecanismo toda su vida, en un trabajo manual para sustraer al hombre de pensar en las pequeñas preocupaciones de la vida práctica, es defraudada en cuatro quintas partes de su existencia, es el eunuco de la mente convertido en tal para el mejor esplendor de los goces de su sultán.

Comprenderás que la familia no es trono, ni altar, y que por consiguiente no tiene necesidad ni de un rey ni de un sacerdote. Ninguna biblia la ha inventado ni tampoco ningún código; la crea el amor y allí donde éste no existe, ningún código ni biblia pueden sustituirlo. El amor, es la ley de la naturaleza, es la simultaneidad y la espontaneidad de un acuerdo, es el equilibrio de las diferencias, es la distribución armónica de funciones diversas y equivalentes, es la solución del problema de la familia que todos los seres resuelven cada día y en cada hora, fuera y dentro de nosotros, y que los hombres fatíganse para complicarlo con dogmas, cuanto más violentos más tontos.

Y entonces, oh muchacha, cuando tu razón te habrá conducido de una cosa á otra y de idea á idea hasta llegar á este punto, ¿qué es lo que decidirás en tu elevada mente y en tu corazón enamorado de la justicia?

Al igual que Galileo armado de la evidencia, revelándote al dogma, dirás: No, cura, no es verdad que yo haya nacido para ser esclava. La necesidad de la libertad agítase en mi almá; no es verdad que yo haya pecado, soy inocente y la reclusión del cuerpo y del

— 9 —

pensamiento no puede imponérsese. No es verdad, legislador, que sea menos que tú y que los demás individuos de tu sexo. Mi razón está al nivel de la tuya, sorprende tu complicidad con los bribones, con los potentados y con los egoístas. Leo en tus escritos el desprecio que haces de la persona humana, la adoración del oro y del poder. Tu sentido jurídico del cual me privas, es la unión, el acopiamiento adúltero de la justicia moderna con dogmas prepotentes de otras edades. No es verdad, moralista, que mi misión sea la de agitarme indefensa para el servicio material de un individuo, no; mis facultades sobrepujan esta tarea, formo parte de la humanidad, soy medio y fin á mi misma. Yo siento que mi pensamiento generaliza las ideas y mi corazón las sigue dilatando las tinieblas, y abrazando con abrazo fraternal á toda la humanidad. La injusticia me rebela, el dogma suscita en mí la rebelión, el arte con que se desmoraliza á la mujer y se la educa para servir voluntariamente, me irrita y subleva, aquel pudor de especulación que se educa en su faz á fuerza de ensalzarlo me entristece, aquella esclava de cuerpo y alma en cuya mente se ha borrado todo pensar y aquella carne que ya no es persona me da náuseas!

Pues bien, muchacha, entonces tú repudiarás el vínculo autoritario del matrimonio, tú negarás tu mano al hombre que te compra é irás libre con el hombre amado que te ama.

Tú educarás á los hijos de ambos sexos, en la idea que el trabajo no es ni santo, ni de deber y que éste sólo es necesario; los educarás en el principio de una digna independencia, tanto como te será posible, respecto de los demás.

Tú querrás que, jóvenes ó muchachas, sean libres entranbos en el modo de pensar, en el trabajo y en sus acciones, con la sola égida de la justicia y del sentimiento del respeto á sí mismos y á los demás.

Tú querrás la independencia económica de todos y de todas, porque de ésta surge la libertad, la dignidad, el amor del saber y toda la posible felicidad.

Educarás unos y otros á considerar en las leyes y los catecismos las armas asociadas de los bribones y de los potentes; á no respetar sino la justicia aunque ésta se encontrara en lugares despreciables y á rebelarse contra la injusticia, aunque se encontrara al amparo de la ley y del altar.

Peró, si felizmente para tí y para tus hijos encontraras necesaria esta dirección, entonces serás anarquista. Ven

pues, deseada compañera, á engrosar nuestras filas. Combatamos juntos y allí donde encontremos á la mujer que se vende, no la llamemos infame, pero sí víctima de la exclusión del trabajo y del organismo económico que hasta del amor hace un privilegio de la riqueza. De la mujer que languidece, de la muchacha engañada, de la dama que consúmese en el tedio de la vida, de la juventud femenina que se entontece junto las tónicas claudales ó se consume en el deseo no satisfecho del amor, pediremos cuenta á la sociedad, á sus leyes, á sus usos, á sus prejuicios, á sus tiranías.

Si erés anarquista, oh muchacha, traspasen tus miradas las paredes de tu casa y ensancha tu corazón. Vé en tus hijos é hijas á todos los hijos é hijas de los hombres. Nosotros los anarquistas queremos que á todos lleguen estas mismas ideas para que todos saquen las mismas ventajas y para que todos sean redimidos.

Nosotros queremos que todos tengan la libertad de pensar, el tiempo de pensar y los medios que ayudan á pensar.

No más catecismos, ni biblias, pero sí espontaneidad, observación y crítica. Nosotros queremos que cada uno escoja su trabajo y sea dueño de él en todo el ámbito de la actividad social; queremos sea abolido el mercado de la carne, desmonarquizada la familia, equilibradas las razones económicas del trabajo y de las recompensas; que sean dados á la juventud los placeres del amor.

Pero para llegar á esto es inevitable una revolución que no deje piedra sobre piedra del actual organismo social, cuyas partes se compenetran y combinan en un todo homogéneo y se resuelven en la insolente orgía de unos pocos, á costa de las angustias y de los martirios de los muchos.

¡Héte ahí, pues, revolucionaria, oh muchacha!

¡La Revolución!

No es la primera vez que el fiero sentimiento de la libertad arroja á la femenina juventud, idealizada por el noble entusiasmo, en las filas de la Revolución Social. Contra las intemperancias de las leyes antiguas, que daban á los padres el derecho de vender ó regalar sus hijas, una interminable compañía de jóvenes se rebeló y echándose en brazos del cristianismo nuevo, oscuro y despreciado, defendieron su integridad virginal resistiendo á padres y tiranos y sufriendo con valor imperterritos tormentos indecibles y muertes atrozísimas.

Y es que ellas sentían que en aquella nueva doctrina de la virginidad, se encerraba el despecho de la servitud, era la conquistada soberanía de la propia persona.

— 11 —

Pero la escoria mística que envolvía el principio, lo enmascaró progresivamente, hizo degenerarlo en nuevo y más intenso martirio y en novísima esclavitud; hasta volverlo instrumento de nuevos egoísmos y nuevas tiranías y más tarde, envolvió la primitiva libertad y la sucesiva esclavitud en una única decrepitud.

Hoy aquel principio surge rejuvenecido y puro al amparo del derecho natural y fortalecido con la razón y con la ciencia; aquel principio es hoy la Anarquía.

Ven, muchacha, y trabaja con nosotros para desarrollar y difundir este germen generoso y fecundo.

Deja para la pintarrajeada muñeca, cuya mente es una vacía caja ósea, las coqueterías de la odalisca y las serviles preocupaciones de la sierva y aparta de ellas, con disgusto, tus miradas; ¡algo más provechoso para la humanidad hay que efectuar!

Ven con nosotros, muchacha, á sembrar la justicia y la libertad. Ven con nosotros y sé la madre de las generaciones del porvenir.

LA UNION LIBRE

Los anarquistas rechazan la organización del matrimonio. Ellos aseveran que dos seres que se aman no necesitan permiso de un tercero para acostarse juntos; desde el momento en que su voluntad los conduce al lecho, la sociedad no tiene nada que ver en ello, careciendo del derecho de intervenir.

Los anarquistas dicen aun más: Por el acto de que se han consagrado el uno al otro, la unión del hombre y de la mujer no es indisoluble: ellos no están condenados á finalizar sus días viviendo unidos, si se vuelven antipáticos el uno al otro. Lo que la libre voluntad ha formado, la libre voluntad puede deshacerlo.

Bajo el imperio de la pasión, bajo la presión del deseo, ellos no han visto más que las buenas cualidades; ellos han cerrado los ojos á los defectos; ellos se han unido. He ahí que la vida común enturbia las cualidades, hace resaltar los defectos, excibe ángulos que no saben redondear. ¿Será necesario que esos dos seres, porque se ilusionaron en un instante de efervescencia, paguen con toda una vida de sufrimientos el error de un momento, que les ha hecho juzgar como una pasión profunda y eterna lo que no era más que el resultado de una sobre excitación nerviosa?

Entonces, pues, es preciso volver á nociones más sanas. ¿Acaso el amor del hombre y de la mujer no ha sido siempre más poderoso que todas las leyes, que todas las gazmoñerías, que todas las reprobaciones con que se ha pretendido atacar el cumplimiento del acto sexual?

¿Acaso, á pesar de la reprobación que se ha arrojado sobre la mujer que ha engañado á su marido — nosotros no hablamos del hombre que ha sabido siempre hacer la manga ancha en sus costumbres; — á pesar del rol de paria reservado por nuestras sociedades pudibundas á la soltera-madre, se ha impedido una sola vez á las esposas hacer á sus maridos cornudos, y á las hijas

entregarse á los que les place ó han aprovechado el momento en que los sentidos hablaban más poderosamente que la reflexión?

La historia, la literatura, no hablan más que de hombres y de mujeres escornudados, de hijas seducidas. La necesidad genésica es el primer motor del hombre; se oculta, pero se cede á su presión.

Por algunos espíritus apasionados, débiles y timoratos que se suicidan, en unión del ser amado, por no atreverse á romper con las preocupaciones, por carecer de fuerza moral para luchar contra los obstáculos que los oprimen, las costumbres y el idiotismo de parientes imbéciles, son innumerables los que se burlan de tales supersticiones. . . . en secreto. Eso sólo ha servido para convertirnos en trapaceros é hipócritas; nada más.

¿Por qué encapricharse en reglamentar lo que ha escapado á tantos siglos de opresión? Reconozcamos, pues, una buena vez por todas, que los sentimientos del hombre escapan á toda reglamentación y que se precisa la libertad más completa para que pueda expandirse normal y completamente. Sed menos puritanos, y nosotros seremos más francos, más morales.

Queriendo el hombre propietario transmitir á sus descendientes el fruto de sus rapinas y habiendo sido la mujer hasta hoy juzgada como inferior, y tan pronto como una propiedad que como un asociado, es evidente que el hombre ha sugestionado su familia para asegurar la supremacía sobre la mujer; y para poder, á su muerte, transmitir sus bienes á sus descendientes, ha sido necesario declarar la familia indisoluble.

Basada sobre el interés, y no sobre el amor, es evidente que necesitaba una fuerza y una sanción para impedir se desgregara bajo los choques ocasionados por el antagonismo de intereses.

Luego, los anarquista, acusados de pretender la destrucción de la familia, quieren justamente destruir ese antagonismo, basándola sobre el amor para hacerla más durable. Ellos no han erigido jamás en principio que el hombre y la mujer á quienes plazca finalizar sus días juntos no podrán hacerlo bajo el pretexto de que habrían hecho las uniones libres. Ellos no han dicho jamás que el padre y la madre no puedan educar sus hijos, porque ellos piden que se respete la voluntad de estos últimos, que no sean considerados como una cosa, como una propiedad por sus ascendentes.

En verdad, ellos quieren abolir la familia jurídica; ellos quieren que el hombre y la mujer sean libres para

entregarse ó rechazarse cuando les plazca. Ellos refutan toda ley estúpida é uniforme que reglamente los transportes de sentimientos tan complejos y tan variados como los que preceden al amor.

Si los sentimientos del ser humano están inclinados hacia la inconstancia; si su amor no puede fijarse sobre el mismo objeto, como pretenden aquellos que quieren reglamentar las relaciones sexuales, ¿qué nos importa! ¿qué podemos nosotros hacerle? Puesto que, hasta el presente, la opresión no ha podido impedir nada, pues sólo nos ha dado nuevos vicios, dejemos libre la naturaleza humana, dejémosla evolucionar hacia donde la conducen sus tendencias, sus aspiraciones. Ella es, en la actualidad, bastante inteligente para saber reconocer lo que le es útil ó perjudicial; para reconocer, con su experiencia, en qué sentido debe evolucionar. Funcionando libremente la ley de la evolución, estamos seguros de que serán los más aptos, los mejor dotados, los que tendrán probabilidades de sobrevivir y reproducirse.

La tendencia humana, por el contrario: ¿está, como nosotros pensamos, inclinada á la monogamia, hacia la unión durable de dos seres que, habiendo aprendido á conocerse y á amarse, terminan por fundirse en uno sólo? Cuánto más su unión se vuelva íntima y completa, cuánto más se identifiquen sus voluntades, sus deseos, sus pensamientos, tanto menos necesidad tendrán de leyes, para contenerlos de vivir unidos: ¿Acaso su propia voluntad no será la más segura garantía de la indisolubilidad de su unión?

Cuando el hombre y la mujer se amen verdaderamente, ese amor tendrá por resultado inducirlos, recíprocamente, á tratar de merecer las caricias del ser que han elegido. Suponiendo que el compañero ó la compañera que se ama puede volar del nido el día en que no encontrara más la satisfacción que apetecía, cada individuo hará cuanto le sea dable para atraérselo completamente. Como en esa especie de pájaros en que, en la estación del amor, el macho se reviste de un plumaje nuevo y brillante para seducir la hembra cuyas simpatías quiere captarse, los humanos cultivarán las cualidades morales que deben hacer agradables su cariño y su compañía. Basadas sobre esos sentimientos, las uniones serán mucho más indisolubles que no podrán hacerlas las leyes más feroces, la opresión más violenta.

Nosotros no hemos hecho la crítica del matrimonio actual, que equivale á la prostitución mas vergonzosa. Matrimonios de negocios, en que los sentimientos efecti-

vos no desempeñan ningún rol; matrimonios de conveniencias de rango — en las familias burguesas, sobre todo — convenidos por los padres, sin consultar á aquellos que se unen; matrimonios desproporcionados, en que se ve á ancianos paralíticos, gracias á su dinero, unir su vieja estantigua, amenazando ruina, á la fresca y belleza de la juventud; viejas picaronas comprando, á fuerza de dinero, la complacencia de jóvenes ambiciosos, que pagan con su piel y un poco de su vergüenza, la sed de enriquecerse. Esta crítica ha sido hecha y rehecha. Á nosotros nos basta demostrar que la unión social no ha revestido siempre las mismas formalidades, que únicamente desprendiéndose de toda traba puede propender á conquistar su mayor grado de dignidad. ¡A qué bueno, pues, buscar otra cosa!



En la Imprenta Elzeviriana, Cangallo 1191, y en la librería de *La Questione Sociale*, Corrientes 2039, se hallan las siguientes publicaciones:

La Sociedad Moribunda y la Anarquía por JUAN GRAVE,
\$ 1.50.

La Conquista del pan, por P. KROPOTKINE.

La Política parlamentaria en el Movimiento Socialista,
por E. MALATESTA.

El Estado, por ANSELMO LORENZO.

Evolucion y Revolucion de R. MELLA y *El Gobierno revolucionario* por P. KROPOTKINE.

El Crimen de Chicago.

En tiempo de Elecciones, por E. MALATESTA.

Evolucion y Revolucion por E. RECLUS y la *Commune de Paris*, por P. KROPOTKINE.

Segundo certamen socialista en Barcelona, \$ 3.

Biblioteca de "LA QUESTIONE SOCIALE"

Folletos publicados:

1. **A las Hijas del pueblo.**
2. **A las Muchachas que estudian.**

De próxima publicación:

3. **A las Proletarias**, por SOLEDAD GUSTAVO.
4. **Un episodio de amor en la Colonia Cecilia.**
por JUAN ROSSI.
5. **Conversaciones Anárquicas**, *Sobre la familia y el amor libre.*

La Questione Sociale — Dirección: Calle Corrientes N. 2039 — Buenos Aires.

El Perseguido — Dirección: *B. Sabans* — Casilla Correo N. 1128, Buenos Aires.

El Oprimido — Dirección: *J. Creaghe* — Calle Progreso N. 71, Lujan (Prov. B. A.).

La Verdad — Dirección: *T. Cávos* — Casilla del Correo M. 228, Rosario de Santa Fé.

El Derecho a la vida — Dirección: Casilla del Correo N. 305 — Montevideo.

La Anarquía — Dirección: — Calle 7 número 576 La Plata.

El Revolucionario — Dirección: *R. Ponte* — California N. 1279, pieza 34 — Barracas al Norte Buenos Aires.

La Libre Iniciativa — Dirección: *C. Gino*, Casilla Correo N. 253 — Rosario.

Biblioteca de "La Questione Sociale" * * * * *

* * * * * *Publicación número 3*

FOLLETO
de propaganda anárquica

original de

La Religión J. MONTSENV

y la **Cuestión Social** *

PRECIO

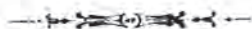
De cada uno según sus fuerzas

Los pedidos á La Questione Sociale

Corrientes, 2039, Buenos Aires



A los compañeros



Al fundar la Biblioteca de la «Questione Sociale» nos propusimos publicar una serie de folletos de propaganda anárquica entre las mujeres. Mas, teniendo en cuenta que hay algunos que son inéditos y que tratan de otros asuntos que son asimismo de interés importante para la gran causa que defendemos, hemos resuelto publicarlos alternando con los dedicados á las mujeres, á fin de que los lectores los estudien y juzguen de su importancia.

Así pues, advertimos á los que han contribuido hasta el presente para la publicación de folletos de propaganda anárquica entre las mujeres, que destinamos los fondos para la publicación de estos distintos folletos, de suma necesidad para difundir nuestras emancipadoras ideas.

Los compañeros de la Biblioteca de «La Questione Sociale» están decididos á continuar adelante en su empresa, pero como sea que precisen del esfuerzo de todos los amantes de la activa propaganda, esperan de éstos que no harán oídos de mercader y contribuirán con su buena voluntad al loable objetivo de los compañeros arriba mencionados.



PARA MIS AMIGOS



s menos adversario mío quien es menos autoritario. Mi idea es la de la libertad absoluta y aquel que más reduce las funciones de la autoridad, más libre deja al hombre y por consiguiente más á mis creencias se acerca.

En el reino intelectual existe también aquella evolución que reina en el mundo orgánico y que hace de la animalidad una continuación de la evolución vegetal.

Así como no puede decirse de un modo absoluto donde cesa el reino vegetal y donde empieza el animal, así tampoco puede apreciarse donde acaban y donde empiezan éste ó aquel orden de ideas.

La intelectualidad humana, como la evolución orgánica, es un tejido en donde enlazan las teorías pasadas con las presentes y las presentes con las futuras, de suerte que no pueden desligarse, por ser unas consecuencia y continuación de otras y que todas precisan para formar ese gran mundo de la idea.

Si del reino animal hiciéramos desaparecer una ó dos especies, no habría continuidad en la evolución orgánica, como no habría en el ser intelectual si rasgáramos del libro de la filosofía humana una ó dos de sus páginas.

No hay saber bastante en el saber humano, el único saber que existe, para apreciar los grados de intelectualidad que media del absolutista más liberal al conservador más reaccionario; del conservador más avanzado al liberal más conservador; del liberal más demócrata al republicano más reaccionario; del republicano más radical al socialista más moderado y del socialista más furibundo al anarquista. Y sin embargo, de la idea anarquista á la absolutista el pensamiento ha de recorrer enorme distancia, que sólo recorre merced á la abstracción del pensamiento individual, imposible por el pensamiento de la masa, de la humanidad, porque ésta no puede sustraerse á la evolución, á la continuidad que existe desde la esponja al hombre, desde la idea más rudimentaria, desde aquella idea metida en la nebulosa de la intelectualidad y que ante ella la de nuestros absolutistas es una enorme mole formada por la interposición de mil y mil pensamientos, hasta la magnitud de las ideas concebidas por los partidarios de la libertad absoluta.



Siempre he creído que la mejor manera de abonar á un ideal consiste en sustentarlo con dignidad, y consiste también en algo más: en no hacer de la idea una bandera de discordias y de malquerencias. Yo no hallo razón ni para odiar á nadie ni para hacer que nadie me odie, porque entiendo que ni mi idea ni mi persona ganan en ello, ni me lo promulga la doctrina que yo sustentó, que nada promulga ni nada impone y que de imponer ó promulgar algo no sería ciertamente ni el maquiavelismo, ni la inmoralidad.

Ahora bien: ¿traduciría fielmente el espíritu de la idea ácrata si en nombre de ella odiara á los hombres é hiciera que los hombres se odiaran? De ninguna manera. Cada hombre es una célula que desempeña funciones propias en este gran organismo social y no sólo todos somos una necesidad en el funcionamiento de

esta enorme maquinaria que hoy funciona con patente injusticia, sino que desempeñamos nuestra misión de una manera fatalista, sin que hayamos hecho esfuerzo propio para ser lo que somos, antes al contrario, estamos donde nos ha dejado este inmenso engranaje social que recorre ambos hemisferios con asombrosa rapidez y donde ha permitido que estemos en nuestra constitución orgánica.



Luchemos con valor y abnegación para el triunfo de nuestras ideas, de nuestra hermosa y justa Anarquía, pero al hacerlo, hemos de tener en cuenta que el hombre es lo que han querido fuera las condiciones que lo han rodeado y en cierto modo lo que hemos querido nosotros, porque todos y cada uno tenemos nuestro grano de arena en el modo de ser de los que formamos la humanidad, desde este sabio tan enamorado de su inteligencia y de su saber por creerlas obra suya y de Dios, hasta el idiota que vaga por las calles sin tener conciencia de su personalidad intelectual.

En nuestra lucha, en esta lucha monstrua que hemos de sostener contra tanta preocupación, malquerencia é injusticia, hemos de procurar ponernos por encima de nuestros adversarios así moral como intelectualmente, y en el fragor del combate procuremos nos ilumine la alta misión regeneradora que nos hemos impuesto para que ella nos mantenga fuera del radio inmundo donde opera nuestra enemiga, aunque en algo nos haya filtrado parte de su virus malsano y nos envíe bocanadas de su impuro aliento. ¡Ay de nosotros, ay de la Anarquía el día que la actual sociedad lograra envolvernos con su fétida atmósfera! Aquel día nos habríamos igualado y confundido con nuestra adversaria y no habría modo de distinguir el por qué de una protesta nuestra que ha de ser permanente y motivada por la injusticia social que queremos destruir y por nuestra grandeza moral é intelectual.

- 7 -

En medio de todas nuestras desgracias, de todas nuestras miserias, de todo el odio y persecuciones de que somos objeto, hemos de saber mantenernos por encima de nuestros enemigos si queremos alcanzar la simpatía de los caracteres sanos, sin cuyo concurso no seremos nosotros los destinados á plantar la bandera de la revolución social.

Hemos de observar una táctica en extremo difícil, pero abundante en resultados buenos para nuestro querido ideal.

No hemos de abandonar la pureza de nuestros ideales al objeto de hacerlos más comprensibles. Si tal hiciéramos, sería lo mismo que ser cómplices de las injusticias que reinan y de la ignorancia del pobre, que las legaliza con su conformidad. Pero en nuestros actos del rebelde que jamás se humilla ni se aturde, hemos de tener en cuenta que vivimos en completa explotación y que la Anarquía no se halla aun establecida.

No descender de la pureza de la idea, esto jamás; pero no nos coloquemos donde sea imposible que el pueblo nos distinga que nuestra influencia en las luchas intelectuales sería inútil desde el momento que no se nos comprendería, ó, lo que es peor, que se nos comprendería mal.

No hagamos una secta de lo que ha de ser lo que transforme todo, lo que en el mundo es materia necesaria: la personalidad humana.

Si no paramos á tiempo nuestro discurrir y nuestro modo de ser, haremos de la Anarquía una metafísica social y entonces nos habremos alejado tanto, tanto de la realidad humana, que no habrá correlación posible entre nuestro pensar y el pensar de la masa, entre nuestro sentir y el sentir del pueblo.

En este caso perderíamos la propiedad de poder ser el gufa de esta humanidad tan trabajada y maltrecha, por que la luz que nosotros esparciéramos radicaría tan lejos que sus rayos no llegarían á alumbrar el terreno que el hombre pisa.

— 8 —

La abstracción nuestra ha de tener su medida en la inteligencia del pueblo.

No pensar, no sentir, no obrar tal como piensa, siente y obra la masa, pero hacerlo tal como ella sea susceptible de verificarlo.



No habríamos con el manto de la Anarquía los actos que son pura consecuencia de esta sociedad, jamás lo suficiente despreciada, que en este caso ocultamos con el nombre querido de la Acracia deficiencias de la actual sociedad y hasta nuestra deficiencia y debilidad de carácter.

Si queremos vencer, que queremos, hemos de saber imponernos á todas las situaciones difíciles de la vida, y cuando ésta se haga tan pesada que subsistir con dignidad se haga imposible, entonces y para justificar acciones que á veces redundan en perjuicio de la propaganda y de los anarquistas siempre no hemos de exclamar: ¡la Anarquía me lo promulga! que la Anarquía no demanda hagamos de los compañeros materia explotable y del esfuerzo dedicado á la propaganda, objeto de particular recreo.

Obrando como alguien obra, se hace cómplice á la Acracia de lo que sólo es cobardía propia, se desgastan energías y voluntades altamente estimables y, lo que es peor, se filtra en la masa el virus de la desconfianza y el concepto de que entre los anarquistas hay sólo seres vividores é inmorales, cosas que debe evitar el que de amar á la Anarquía se aprecie.

Están ya dichas las palabras que quería decir á mis amigos.

J. MONTSENV.



LA RELIGIÓN ❖

Y LA

❖ CUESTIÓN SOCIAL

I



LA cuestión social es un problema planteado de una manera decisiva y cuya solución la impone la perfección de las sociedades y la aspiración del proletariado.

Siempre ha habido miseria y no siempre ha habido cuestión social. ¿Qué prueba esto? Que no es la miseria su causa, sino un asunto más elevado: la perfección intelectual del humilde.

Que es cuestión planteada en todos los terrenos, lo concibe el cerebro de concepción más tardía.

El poeta, el científico, el literato, el industrial, el obrero, todos, al sentirse heridos por la escasez, reconocen que el mundo no funciona con la debida justicia, y que á sus aspiraciones, á sus deseos, á sus necesidades, se antepone el obstáculo económico.

Antiguamente, cuando el pensamiento humano carecía de las ideas de igualdad y de emancipación, la falta de lo más indispensable para la vida se hallaba como cosa natural é inevitable. Y se comprende, considerando que á la inteligencia humana se le escapara que fuera enorme injusticia el hecho de faltar á uno lo que otro tenia de supérfluo.

Pero antiguamente no existía la cuestión llamada

económica, porque las aspiraciones de los antiguos esclavos se reducían á no querer ser menos que las bestias, ya que ni las consideraciones ni las solicitudes prestadas á éstas por sus dueños podían obtener los esclavos.

¡Cuán débil la luz primera de la libertad! ¡Cuán inmensa la luz de la libertad que hoy concebimos! ¡Con qué inmutabilidad camina el mundo hacia lo grande y lo bello!

Las ideas se suceden unas á otras.

En el mundo del tiempo nada representa el cambio de creencias; en el mundo humano ríos de sangre representan.

Débil movimiento, débil ondulación de las olas del progreso significa la Anarquía en la eternidad intelectual; en la vida de la generación presente días de luto, de combate, mares de pasiones significa.

Cuando hayan pasado siglos, cuando las humanidades futuras sólo por la historia conozcan nuestras luchas de hoy, tarea fácil les parecerá la resolución del problema social; hoy dique invencible nos parecen las preocupaciones, la ignorancia y el egoísmo del hombre.

Es verdad: todo lo pasado es pequeño; todo lo presente es grande.

Cuestión de espacio toda cuestión de volúmen. Este disminuye á medida que la humanidad se aleja; los problemas se agrandan al acercarse la hora de resolverlos. Resueltos, nada: otro problema. Lo invencible se ha tornado un pigmeo; la mole háse vuelto una molécula.

Las luchas de momento á que toda generación asiste, eclipsan las luchas pasadas, y en la vida del ser humano siempre luchas, siempre problemas que resolver, siempre montañas que salvar; el hombre adelante, siempre adelante.

¡Qué grande es la inteligencia humana!

Aquel sudra, al que le estaba vedado aprendiera á leer y escribir; que le era prohibido habiara á sus señores de otro modo que no fuera vuelto de espaldas; que tenía privado poseer ninguna vasija que no fuera rota, alcanzó la gracia de aprender escribir y leer, hablar de frente á su señor y de poseer vasijas sin quebraduras.

La ley que hacía de un hombre un mueble, fué abolida, no por los sentimientos religiosos del amo, sino por la elevación intelectual del esclavo que le incitó á

— 11 —

alcanzar por la fuerza la categoría reclamada por su mayor inteligencia.

Por aquella evolución de que nos hablan los grandes maestros de la teoría y del experimento, se perfeccionó el pensamiento de la bestia, y ésta quiso ser hombre y lo fué; pero no un hombre tal como lo entiende nuestra actual perfección, sino tal como podía concebirlo un ser que creía ser libre con sólo poseer la libertad de ser padre.

¡Ah! horroriza pensar la humillación, el escarnio y la bruticia moral de los pasados tiempos.

A la rebelión, ¡bendita palabra! débese la altura moral é intelectual de este obrero sucesor de los sudras, de los ilotas, de los parias, de los esclavos, de los siervos, de los villanos, de... del producto de todo un pasado de animalidad y de ignorancia.

Benditos aquellos ilotas que resistieron en el monte Hotomeo, por diez años, las fuerzas de los hombres *libres* que Esparta les mandaba; bendito Etnio, que á la cabeza de un rebaño de esclavos mata al tirano Damófilo y sucumbe prefiriendo la muerte á la esclavitud; bendito mil veces aquel héroe, aquel sublime gladiador, Espartaco, terror de la opulenta y soberbia Roma y cabeza de una humanidad escarnecida, despreciada, que al pagar con sangre y fuego tal escarnio y desprecio, pagaba con la única cosa que podía y debía.

¿Qué ha de hacerse cuando el esclavo no tiene ni la suficiente instrucción, ni la suficiente libertad para combatir en el terreno de las teorías y cuando el amo reúne demasiado egoísmo para dejarse convencer? En este caso la fuerza es la suprema lógica.

Y pasaron años y el esclavo volvióse siervo, de nuevo se revela y fué villano, se revela el villano después y el villano tornóse obrero; volverá á revelarse y... y dicen que la religión mejoró las condiciones del hombre. Veremos, veremos.

II

La religión ha sido y es muy pretenciosa. Siempre ha querido para sí glorias que pertenecen exclusivamente á la filosofía.

Pretende ser el vehículo que conduce al hombre hacia la felicidad, y es la que con sus anacronismos más ha retardado el día de su llegada.

No vamos á discutir si la felicidad se halla al lado

de la razón ó si se halla del lado de la fé. Discutido está y segurísimo que los lectores de este folleto han dado ya su parecer en asunto tan primordial y que lo han dado á favor de que el raciocinio y la investigación son los mayores amigos que tiene la dicha humana.

Conformes en que los tiempos presentes, tiempos de positivismo y de duda, no son tiempos felices, pero mayor infelicidad hallaremos cuanto mayor sea la distancia que nos separe de hoy y cuanto más sean los grados de fe de los pueblos pasados y de sus señores.

Días crueles para la humanidad y para la ciencia, aquellos días en que la fe armaba el brazo de las muchedumbres ó de los tribunales para descargarlos sobre las cabezas lo suficiente dignas y perfectas para poder pensar.

Ser feliz pensando en las futuras eternidades de bienandanza, es ser feliz á costa de la más hermosa cualidad humana; es sacrificarse y vivir haciendo creer y creyendo que se goza en el sacrificio en aras de una dicha que no existe; es ahogar la inteligencia con una ilusión; es, en fin, atrofiar el pensamiento para que no piense en la infelicidad del que es feliz por fuerza, sin ninguna satisfacción ni siquiera moral; porque las satisfacciones morales son las que nos llegan de ser útiles á la humanidad, y poco útil es á ella el que nada hace para dignificar la personalidad humana y para rodearla de todas las comodidades que la ciencia brinda de consuno.

Para nosotros y para casi todo el que esté medianamente instruido, no admite duda que la razón ha hecho al hombre sumo bien enseñándole la falsedad en que vivía cuando estimaba que se ha de padecer aquí para mayor gozar allá, es decir, para padecer siempre, porque nada hay después de la vida material.

La razón hálo sacado de esta felicidad aparente que consistía en ser feliz, no por serlo, sino por creer que lo sería. La razón hálo dignificado inculcándole la tolerancia, el deseo de ensanchar sus satisfacciones materiales, la idea de que la dicha consiste en aspirar á ser digno é instruido, en tener derechos, en ser grande, potente, en poner bajo su voluntad las fuerzas naturales.

He aquí los frutos de esta razón tan despreciada por todas las religiones, porque todas, al admitir existencia sobrenatural, han de basarse en la fe.

— 13 —

Y si la razón es la que conduce al hombre hacia la felicidad, las instituciones y las doctrinas que á la razón se oponen son las que retardan la fecha en la cual la humanidad sólo por la razón obrará y sólo á las demostraciones científicas dará valor.

Llegarán estos tiempos y llegarán tanto por la virtualidad de la fuerza como por la de la evolución; tanto por la revolución material como por la revolución intelectual. Vendrán días felices, pero vendrán arrollando todas las ideas y todas las instituciones que buscan la felicidad por la abdicación del pensamiento.

Es el progreso quien lleva al hombre dosis de felicidad, y el progreso es un producto de las víctimas de la religión y de todos los poderes autocráticos que ya pasaron para no volver jamás.

Que hable Sócrates, acusado de irreligioso y condenado á beber la cicuta; que hable Jesucristo, por religiosos calumniado; que hable Savonarola, condenado á la hoguera por antirreligioso; que hable Huss, condenado al fuego por hereje; que hable Galileo, aplicado al tormento por afirmar la movilidad de la tierra; que hable Campanella, encerrado veintiséis años en un calabozo y martirizado cruelmente por sus heréticas doctrinas respecto á la multiplicidad de los mundos; que hable... ¿á qué continuar si lo más sano del mundo ha sido víctima de los poderes religiosos? ¡Y la religión nos hará felices!

III

Parécenos haber demostrado que las circunstancias del hombre se mejoran: primero, por la ley de perfección que en sí lleva la materia organizada, y segundo, por los actos de fuerza á que da lugar la concepción de doctrinas siempre más perfectas cuanto más modernas, y siempre más liberales cuanto más últimamente las concibió el cerebro del ser hasta hoy el más perfecto.

De manera que si aquella ley de la materia organizada es causa de la evolución intelectual, ésta lo es de la revolución material y ambas forman la gran obra del progreso en todas sus manifestaciones. Y digo en todas sus manifestaciones, porque las ideas políticas de un siglo están siempre en relación con los adelantos científicos de la misma época y hasta con los sentimientos de la propia generación, á no ser que en la hu-

manidad se hayan roto las leyes de armonía que lo presiden todo y que por un momento pueden alterarse, como por un momento se alteran las leyes de gravedad en los cuerpos cuando actúa en ellos una fuerza extraña. Pasa la influencia de esta fuerza allá en la materia y pasa la causa de aquel desequilibrio aquí en el hombre, y el mundo continúa inmutable su obra de perfección infinita.

Ahora bien: ¿qué ha hecho la religión ante la evolución intelectual? Vejarla, oprimirla, escarnecerla en la persona de los más grandes genios.

La evolución intelectual ha sido la causa de todos los adelantos que la humanidad ha realizado; nadie puede dudar de que estos adelantos han venido á mejorar las condiciones del hombre, así físicas como intelectuales y morales, y si la religión ha ejecutado enormes injusticias para impedir que aquella evolución de la filosofía y de la ciencia se realizara, la religión nada ha hecho en bien del mejoramiento humano; antes al contrario, hálo retardado tanto como sus fuerzas se lo han permitido.

Los intereses creados á nombre de un ser humano, sea este quien fuera, hacen al hombre egoísta. Esta cualidad de nuestro organismo ha hecho necesario los actos de fuerza para toda reforma que venga á alterar el modo de ser de la sociedad, puesto que los beneficios particulares que reportan á un hombre el establecimiento de esta ó aquella ley, hacen de aquel hombre un tenaz defensor de la misma. Será la revolución una necesidad brutal, pero es una necesidad al fin y hay que sujetarse á las necesidades de nuestra naturaleza.

La economía animal da al ser humano un producto de energías que necesariamente han de ser consumidas hoy, ya en las luchas del cuerpo, en el trabajo muscular; ya en las luchas del cerebro, en el trabajo intelectual. Pero este consumo es más ó menos importante según esté de asistida la naturaleza humana y según estén de repuestas estas mismas fuerzas gastadas en las necesidades de la vida.

Así, un hombre que gaste seis de sus energías y las condiciones que le rodean sólo le dejen reponer cinco, este hombre decaerá y no podrá dar ni en el trabajo del cuerpo ni en el del cerebro todo lo que su naturaleza podría.

Las revoluciones son siempre un gasto de energías, tanto del cerebro como del cuerpo, y si la naturaleza

— 10 —

humana no está bien asistida, las revoluciones, necesarias por nuestro egoísmo, no podrán realizarse y así el progreso carecerá de su más indispensable factor. Pues bien; las religiones, que siempre han tendido al empobrecimiento del pueblo y que aun hoy trabajan para que este pueblo yazga en la anemia, en la impotencia y que desgraciadamente en parte lo logran con sus inmensos recursos, son las que dificultan el bienestar humano.

Vese, pues, que la religión es un obstáculo tanto para la evolución intelectual como para la revolución material; lo es, pues, para el progreso, para la felicidad humana.

Apesar de todo, el mundo ha marchado, llegando hasta el problema de la igualdad, hasta la cuestión social que hoy se debate.

IV

Ya hemos dicho que la cuestión social no es cuestión de hambre, es una cuestión de derechos, mejor dicho, de libertad. El problema social sólo existe desde que existe el socialismo, esto es, un partido que aspira á la transformamción social.

Si sólo los hambrientos fueran socialistas la cuestión social quedaría resuelta con acallar los ayes del estómago y estos se acallan con pan y palo. Pero la mayoría de los soldados que forman el ejército socialista, y digo socialista porque dentro del socialismo se comprende á todos los adversarios de la actual sociedad, tienen una aspiración más generosa y menos material: aspiran á la emancipación humana, á la igualdad de medios para vivir.

El Papa, que desconoce todo esto, ó que si lo conoce no lo demuestra, da reglas en forma de encíclicas para la buena solución de un asunto que no la tendrá mientras el papado exista. Como desconoce la hondura del mal que quiere sanar, no da ó quiere no dar con el remedio y así se agita en el vacío sin que sus consejos ni sus mandatos alcancen influencia dentro del asunto que cree intervenir con buen pie y fructíferos resultados.

En síntesis, todas las recetas que el jefe visible de la iglesia católica extiende para la curación de una

enfermedad que, lejos de extinguirse, cada día alcanza más proporciones, se reducen á la caridad de los de arriba y á la resignación de los de abajo.

Como los consejos del Papa tienen fuerza ejecutiva entre los católicos, ya ninguno de los que comulgan dentro del catolicismo tiene nada de superfluo, ni lo tiene el mismo vicario de Cristo lo que es más hermoso y admirable.

¡Caridad, caridad! exclama el Papa desde su prisión de oro, no, desde la mezquina choza do yace en lecho durísimo para alcanzarlo más blando allá en el otro mundo, y efectivamente, con una caridad evangélica, va llevando los millones al Banco de Londres. Y los cardenales y los arzobispos, dando ejemplo de una humildad que encanta y de una abnegación que admira, ni tienen trenes, ni palacios, ni un hormigueo de criados, y es porque habiendo comprendido todos, como el papa lo ha comprendido, que con la caridad se resuelve este pavoroso problema social, á fin de evitar días de lágrimas y de sangre, restituyen á la humanidad desgraciada, por ser hereje, lo que una humanidad feliz, por ser creyente, les había condonado. ¡Bendito el heroísmo de la religión! ¡Bendita la grandeza de la humildad religiosa!

Y la labor santa que ejecutan los ministros de la religión católica, la realizan los ministros de las otras religiones; pero no como un consejo del Papa, que no reconocen la autoridad papal, sino como un grito de su conciencia, grito despertado por los lamentos de aquella plebe anémica, febril y harapienta de Londres, de San Petersburgo, de Atenas, de Constantinopla y de Pekin. En efecto, ni llevan sandalias de seda y oro, ni en sus vestidos piedras preciosas, ni en sus útiles tienen empleado el oro y la plata. Todo, todo lo han fundido y hecho moneda, que han distribuido entre los míseros para que acallaran los gritos de hambre de sus pequeñuelos. ¿Qué hacía allí tanto tesoro? Nada: aquí enjuga lágrimas, arrebatada besos, extiende la alegría. ¡Alabados sean los ministros de todas las religiones!

Y lo que puede el sentimiento religioso. Los grandes de aquí y de allá, que todos son muy católicos y muy protestantes y muy cismáticos y muy mahometanos y muy confucios, tomando el ejemplo de los representantes de aquel dios que tanto adoran, han repartido entre los necesitados todos sus tesoros y sus haciendas y sus créditos.

Lo que puede la creencia en dios y lo que puede la religión dentro de la cuestión social. Esto por lo que

- 17 -

se refiere á la caridad aconsejada en unos; veremos como anda la resignación de los otros.

V

Desde el día que el hombre se preocupó de su existencia material, peligraron los intereses creados á nombre de la espiritualidad, y peligraron también las instituciones que del espiritualismo viven. Aquella sumisión á los mandatos y exhortaciones del sacerdocio como venidos de los representantes que en la tierra tiene aquel dios que nos espera en el cielo para recompensarnos con creces los sufrimientos materiales padecidos en vida, sufrió menoscabo, y ya en la pendiente de la desobediencia, el hombre ha recorrido todo el trayecto hasta llegar á la negación de lo absoluto.

Vino la filosofía á quebrantar aquella regla que seguían los cerebros de obedecer y creer ciegamente las cosas que le enseñaban como á causas y misterios de un ser sobrenatural, y la obra de la fe religiosa se desmoronó como un débil castillo de naipes. El análisis, la investigación y la duda lo inundó todo, hasta la misma Iglesia, por interés propio obligada á mantener la fe y el misterio.

Por eso hoy el hombre se ocupa directamente de la suerte que cabe á su materia y hasta aquellas personas que más se preocupan de lo que creen su alma, gastan algo de su actividad mejorando sus condiciones materiales muchas veces en menoscabo de sus creencias inmatrimales.

Los pueblos huyen de la contemplación divina, confabulándose para mejorar su personalidad humana, y así desobedecen los mandatos de unos hombres á quienes no han de obedecer, entre mil razones, porque aconsejan la pobreza en medio de la opulencia, labor sumamente fácil y cómoda.

Filtrado ya en el cerebro humano el virus de la desobediencia y de la reveldía, las religiones han perdido toda su influencia para resolver, en méritos de su representación divina, los problemas que afectan á la naturaleza humana.

Nadie hace caso de sus exhortaciones y cuando el Papa aconseja la caridad, los ricos calculan su fortuna y la fortuna del Papa y cuando el vicario de Cristo grita: ¡pobres, resignaos! los pobres contestan con el hermoso grito de ¡viva la igualdad!

Influencia nula la del partido obrero católico y la de los centros católicos dentro de la cuestión social. Podrán pertenecer á estas entidades considerable número de obreros honorarios, auténticos muy pocos, y aun será por medio de la tiranía económica, no porque el obrero se haya convencido de la ineficacia de la doctrina; es decir, no por medios que afectan á su espiritualidad, sino por medios que afectan á su existencia material.

Sólo de una manera puede alcanzar la religión la influencia que perdió, y es volviendo las inteligencias en aquellos tiempos que no discurrían, para no ofender á Dios y para no perturbar su tranquilidad de espíritu, y esto es perfectamente imposible.

Que así no lo comprende la religión, que aspira aun al dominio de las inteligencias y á la dirección de las sociedades, lo dan á entender todos sus actos.

Convencida de que es indispensable para el logro de sus fines modificar las ideas sustentadas en los cerebros del hombre moderno y creyendo que aquéllas nos llegan de la educación, ya que son los religiosos lo suficiente expertos por haber perdido la fe en las ideas innatas y no lo suficiente científicos para comprender la influencia del medio ambiente, á la educación se han dirigido y de ella esperan grandes resultados.

Tienen astucia, mucha astucia, y tienen poder aunque no tanto como comunmente se cree, y con sus grandes recursos logran hacerse con la voluntad del rico, por medio del lujo y de la comodidad, medio puramente humano y materialista en grado sumo y que demuestra como marcha la fe en unos y en otros. Pero bueno, así anda el mundo y lo que quiere la religión es apropiarse de la enseñanza aunque sea con armas tan mundanas. Es la defensa de sus intereses y la defensa es legítima.

Queda el pobre, el ser tan trabajado por las ideas destructoras y disolventes.

No se puede alucinar al pobre con palacios suntuosos, porque no tiene con que sufragar los gastos que supone la concurrencia en tales sitios, pero la religión ha hallado medios también para hacer llegar hasta sus garras los hijos de aquellos que los expulsaron y combatieron, y estos medios consisten en explotar y empobrecer las naciones para que reine por doquier la miseria y tengan que sucumbir por ella los que no quieren hacerlo por la persuasión y el artificio. Cuando el hambre reina, reina para el pobre, y cuando no hay para alimentar al cuerpo tampoco hay para alimentar el cerebro y nosotros lo alimentaremos gratis. Esto han dicho las religio-

— 19 —

nes y esto practican. Pero seamos sinceros; el efecto apetecido no surte del todo.

Sea como fuere, los medios de que se vale la religión para apoderarse de las inteligencias son medios santos: el lujo en unos, la miseria en otros. No confían en la virtualidad de la religión; confían en la fuerza de la necesidad y en la satisfacción de los sentidos. Dad al hombre vida independiente y libre, y veréis desaparecer esta fantasma que tanto asusta á las naturalezas débiles y á las personas no penetradas de la verdadera estabilidad de las instituciones.

Á falta de otras, nuestras armas han de ser la actividad y el valor.

El fuerte y el mejor bien dispuesto vence siempre en las luchas humanas y nosotros venceremos. Hay una ley que nos dará la victoria.

VI

Los mismos medios que para mantenerse emplea la religión demuestra que la religión se va, y se comprende perfectamente. Las religiones positivas no están á la altura moral que alcanza el hombre actualmente.

El humano ser necesita sentimientos que estén en relación con sus ideas y consume teorías y más teorías en su marcha hacia la perfección. De manera que siendo el progreso una ley inmutable, por más que no reconozcan esta inmutabilidad las clases que dentro del progreso no hallan condiciones asimilables, las doctrinas que sirvieron al hombre de otros tiempos no sirven al hombre de hoy.

Las modernas teorías evolucionistas demuestran la incesante modificación que se opera en la escultura humana, tanto, que ni el cuerpo ni el cerebro del hombre actual es lo que era el cerebro y el cuerpo del hombre pasado.

El cuerpo de hoy es á propósito para funciones que son propias de nuestros días y la estructura actual del cerebro permite la concepción de ideas exclusivas de nuestro modo de ser.

Las ideas, así políticas como religiosas, concebidas dos ó tres siglos atrás, no hallan inteligencias apropiadas para sustentarlas ni elemento intelectual para man-

tenerse dos ó tres siglos después, y así á cada siglo pertenecen nuevas ideas y hasta nueva moral.

Con tener en Cristo su origen la religión cristiana, dado como cierta la existencia de tal reformador y dado por cierto, también, que el cristianismo fuera en sus primeros tiempos lo que creemos todos, la religión cristiana, como toda idea, ha rendido tributo á lo que en historia natural se llama selección, agregando y separando de sí, por la fuerza del progreso ó por la evolución intelectual de sus filósofos, máximas, preceptos y costumbres.

No quiere esto decir que la religión haya seguido al hombre hasta nuestros días. Fué progreso el cristianismo en sus principios, cuando fué mártir. Dejó de serlo el día que Constantino abrazó la cruz y se convirtió en verdugo cuando se inició su decadencia, precisamente en los reformadores, después de su dominio universal. Desde entonces es un cuerpo asido al carro del progreso, pero con menos influencia cada día en la marcha del vehículo que nos conduce á la perfección por la ley misma de que hemos hablado.

Y el sentimiento religioso no es necesario para el embellecimiento del hombre.

Poco á poco la ciencia y la filosofía hanse apoderado de la inteligencia humana y todo lo que ellas han ganado lo ha perdido la religión, y no por eso el hombre es peor.

Tiempo hubo en que el ser humano habíase creído bueno única y exclusivamente por los efectos que en él causaban las ideas religiosas y hasta supuso que no podía haber moral donde no hubiera religión y en esta creencia la consideraban como creadora de todas las virtudes. Pero nacieron hombres pensadores que pusieron bajo el dominio de su poderosa inteligencia á las ideas fundamentales de toda moral religiosa y hallaron en ella, á más de que la sangre que causaba á la humanidad era excesivamente superior á los beneficios, los grandísimos defectos para ser la impulsadora del hombre hacia la práctica de las bellezas morales. El hombre actual comprende que la bondad religiosa surge del temor al castigo que inculca el ministro de toda religión, y al comprender esto comprende también que moral surgida por el espanto no puede ser la moral propia del hombre. Y tanto es cierto este origen de la moral religiosa, que para hacer duradera aquella bondad precisa más recordar con frecuencia las penas que esperan al ser malo, que la misma belleza de la bondad. Así,

ésta, no resulta buena, no resulta bella, ya que sólo es una consecuencia del egoísmo que se apodera de nosotros ante la idea de un gozo eterno que nos proporcionará la divinidad, caso de que lo merezcamos.

Si fuéramos religiosos sentiríamos pena al pensar la pequeñez de nuestra moral.

Una bondad que no surja de la belleza propia, de la belleza de hacer bien, del gozo moral que nos proporciona ser buenos, no ha de ser la moral propia del sér más perfecto de los seres.

Por otra parte, el hombre ha podido convencerse de que es bueno independientemente de toda idea religiosa. Jamás la humanidad ha sido menos creyente que ahora y sin embargo jamás ha sido mejor. En el organismo humano persiste la bondad aun no persistiendo la idea religiosa. Lo demuestra el haberse visto á herejes practicar una moral sublime y á religiosos ser malos en grado superlativo: luego la bondad es un fenómeno independiente de todo conocimiento divino.

Y si la bondad no es propia de la religión, que no lo es, y si de circunstancias nativas y sociales, todas sujetas al medio ambiente, es decir, sino es un don del cielo y si un fenómeno social y orgánico, cae por falta de base toda moral religiosa.

El hombre que siendo ateo sea bueno no puede haber adquirido el hábito de la bondad de sus ideas sobre las cosas divinas. Es indudable, pues, que existe una bondad, y la bondad más perfecta, extra de la religión; y si tal existe, precisa convenir que ha de haber una causa que caracterice más bellamente á la moral humana.

VII

No hay instituciones buenas si no lo son los hombres que las defienden. Estos dan carácter á las ideas que formulan y si los hombres están llenos de defectos, defectuosas serán todas las ideas que conciban. Así, al perfeccionarse la humanidad, ha perfeccionado su modo de vivir.

Este asunto se asemeja al de la evolución,

Se forjan las revoluciones en el seno de las tiranías, se purifican y viene después la evolución, que no ha permitido la tiranía enderrocada, á ser una consecuencia de la fuerza.

Pasan dos, tres generaciones, y aquella misma evolución hase convertido en tiranía, parte por el estacionamiento de los que han logrado alcanzar puestos buenos, parte por el alcance de los que sufren, y llega otra vez la revolución á ser causa de nuevas evoluciones y así hasta siempre.

Al perfeccionarse el hombre, perfecciona sus relaciones, y estas nuevas relaciones vuelven á perfeccionar al hombre. De suerte que los hombres de ayer formaron la sociedad de hoy, ésta nos forma á nosotros, que formaremos nueva sociedad y ella á su vez formará nuevos hombres.

Nosotros somos mejores que los hombres pasados, los hombres venideros serán mejores que los presentes; nuestra sociedad es mejor que la sociedad que fué, la sociedad futura será mejor que la actual, ella formará nuevos hombres más perfectos aún y aquellos hombres..... lo infinito, lo infinito.

En el mundo todo es relativo y todo es bueno ó malo comparándolo con otra cosa mejor ó peor. El hombre es malo si se le compara con una doctrina buena y es bueno comparándolo con una idea mala.

Todas las doctrinas al recibirse han sido buenas, porque se conciben para una humanidad que llega, y la doctrina es buena, no por serlo, sino por la maldad ó imperfección de la humanidad que se va.

Pero las doctrinas, como todo, tienen sus épocas y lo que ayer era magnífico comparado con otro hombre, hoy lo hallaremos defectuoso en grado superlativo si lo comparamos con el hombre moderno.

Querer que una doctrina sea buena siempre, es querer el estacionamiento de la intelectualidad humana, es querer renegar de nuestra propia perfección, ú otra cosa, que la doctrina sea obra de un ser sobrenatural, de un ser perfecto, lo que no cree ningún hombre de mediana cultura científica.

¿Qué es la doctrina más perfecta de todas las doctrinas pasadas comparándola con las concepciones del más perfecto de los hombres de hoy?

¡Ay! que solo es un pedazo de metal cualquiera puesto al lado de un limpio diamante. Y la doctrina pasada fué obra del hombre más perfecto de su época. ¡Y no hemos de creer en la evolución intelectual; en la imperfección moral de todas las religiones; en la injusticia social de todas ellas!

La religión y el capitalismo como complemento.

VIII

Los que ven peligrar sus capitales por esos avances del socialismo, y los religiosos, que no son los menos potentados también los ven peligrar, consuélanse y procuran engañarse á sí propios diciendo que la cuestión social es tan eterna, como eterna es la desigualdad económica. Sus medidas ante la tempestad que se avecina consisten en decir que si tantos siglos tiene de existencia este problema bien puede estar otros tantos sin resolver mientras ellos gozan de los beneficios que les proporciona una ley á su favor elaborada.

Son tan obtusos estos capitalistas con sus sabios al frente, que no saben distinguir lo que distingue el más ignorante de los obreros. No comprenden que siempre han ido unidos dios y capital y que el primero ha servido de encubridor al segundo.

Dios no fué creado al objeto de servir los intereses de una clase; lo creó la ignorancia de una humanidad que no supo ni pudo explicarse los fenómenos de la materia; pero creado ya, ha servido, sí, para que con la fe en dios creyera el pueblo en la superioridad de sus ministros y luego después en la infabilidad y justicia de unas leyes á él atribuidas.

Se ha tenido buena cuenta de poner en labios de todos los dioses palabras que hayan hecho creer al mísero lo que convenía á sus explotadores. Antiguamente los dioses querían la esclavitud y la querían de entre los míseros, porque las almas de los poderosos eran superiores al de los miserables. Más adelante dios no quiso esclavos, pero quería pobres y el hombre era pobre, satisfecho de su suerte porque dios lo quería.

Mientras se ha creído en el origen divino de leyes hechas por humanos astutos, todo ha ido bien, nadie ha intentado revelarse contra ellas, pero ha venido la duda y luego la negación de la divinidad y por consecuencia todas las leyes que se creían obra suya han caído en descrédito.

El origen de la cuestión social viene de no creer en la obra divina. Mientras se ha creído en dios no ha habido cuestión social, esto es, un partido que aspire á la igualdad económica. ¿La quiso Espartaco? ¿La quisieron los siervos? No: la quieren los obreros. Luego sólo desde que existe el obrero existe la cuestión social.

Repárase en la evolución intelectual de la humanidad y en la evolución que ha ejecutado la doctrina de la divinidad y se verá la conexión que existe entre ambas y del modo como en último extremo se ha hecho aceptar á dios, por medio de sus propios ministros, teorías reclamadas por el hombre.

Mientras no se puede lograr detener la emancipación humana por medio de máximas de dios derivadas, se ha hecho admitir á la religión doctrinas formuladas por el hombre, y hasta en nuestros días la religión intenta hacerse socialista por ser el socialismo lo que priva y lo que privará en adelante. Persígase con ello el objeto único de desviar una vez más á la humanidad de su objetivo, y si esto no puede lograrse del todo, transigir y sacar la parte que sea posible en beneficio del privilegio.

Por eso el socialismo de la religión no es ni puede ser el socialismo verdadero, porque ello implicaría la negación de todos sus privilegios y por consiguiente su propia negación.

Mientras la religión ha tenido influencia en las inteligencias, no como ahora, que sólo la tiene en los cuerpos, ha sido posible la desvirtuación de la igualdad á que aspirará siempre el hombre con más ó menos claridad de concepto, pero hoy, perdida aquélla entre las ideas que se debaten en la vanguardia del pensamiento, ha quedado relegada á una institución histórica.

He aquí explicada la distinción que ha de hacerse entre las luchas que el mísero antiguo provocó y las luchas promovidas por el miserable moderno.

Quiere hoy lo que jamás quiso: la igualdad económica; por eso se llama cuestión social. No cree hoy en lo que siempre creyó: en la divinidad. No puede creer en las doctrinas que hacen derivar la desigualdad económica de designios sobrenaturales.

IX

La religión intenta moralizar al mundo por medio del temor: por el infierno y el purgatorio; el socialismo busca el mismo fin, por la satisfacción de las necesidades inherentes á todo sér que quiere, siente y piensa. La primera quiere, sí, mejorar las ideas morales del individuo por la influencia de existencias imaginarias; el socialismo quiere llevar á cabo la misma labor, pero hacién-

dola extensiva al cuerpo y á la inteligencia, á la materia toda, por la satisfacción de necesidades sentidas. Vese la enorme diferencia que va de la religión al socialismo y que ambos andan por caminos que son divergentes. Querer armonizar dos cosas que se repelean como lo hacen el calor y el frío, el fuego y el agua, es desconocer completamente á la naturaleza humana.

La cuestión social es una cuestión promovida por la aspiración del socialismo, pero del socialismo verdad; no del socialismo católico, inventado á última hora al objeto de desvirtuar los efectos del verdadero; y el socialismo en todos sus matices, trabaja para el planteamiento de la igualdad económica. Aplicar la palabra socialismo á una composición de ideas medio místicas, medio políticas, pero siempre reaccionarias y tontas, es dar á las cosas el carácter conveniente á fines particulares.

No es socialismo las ideas que no aspiran á la transformación social, así las propague el católico como el librepensador. Lo más será seguir la evolución que en política hace el pueblo para explotarlo y hacerlo servir de pedestal todo el tiempo que lo permita la ignorancia del pobre.

No es, no puede ser socialismo el socialismo católico, por cuanto no quiere la igualdad económica, y que no la quiere, demuéstrole la enorme desigualdad que fomenta y practica, y el modo de ser de las asociaciones religiosas, que más que eso parecen asociaciones financieras según como anteponen los intereses comerciales y carnales á los intereses de la religión y del espíritu. Comunidades religiosas hay, que parecen constituidas para explotar á la humanidad en provecho propio y no para educarla y dirigirla. Esto nos dará la medida de su moralidad y de su socialismo. Es patente, pues, que una cosa es la religión y otra cosa el socialismo y que á nuestros días es cosa igual religión y comercio.

Veamos ahora en que consiste la moral del socialismo.

Conocedor de la naturaleza humana el socialismo y enterado de la importantísima influencia que el medio ambiente tiene en el modo de ser del hombre, moral, intelectual y físicamente considerado, intenta valerse de dicha fuerza para embellecer al humano ser, embelleciendo las cosas que están en contacto con él.

Si á un hombre, por perfecto que sea y por bien dispuesto que haya venido para el bien, le rodeais de desgracias, de injusticias y de miserias, haréis de aquel

hombre un sér inferior incapaz de sentir las grandezas humanas.

Por el contrario, envolved su inteligencia de una atmósfera científica y se apropiará de la ciencia sin darse cuenta de ello; ponédlo en relación con gente que tenga todas sus necesidades satisfechas, feliz con aquella felicidad que inculca la seguridad á la vida en todas sus manifestaciones, y al derecho, en todas sus manifestaciones también, y tendréis un hombre á propósito para las grandezas morales; rodeadlo de gente inculta y desvergonzada, y haréis del mismo sér un sér grosero y mísero. De manera que un mismo hombre será sabio ó ignorante, bueno ó malo, feliz ó desgraciado, según sea el medio que lo envuelve.

Y esta es una ley rigurosa, tanto, que ni la misma naturaleza puede alterar; antes al contrario, las predisposiciones nativas, si es que nacemos con predisposición á algo, quedan vencidas por el medio del ambiente.

Nosotros invitamos á Lombroso y á todos sus satélites á que elijan de entre la humanidad al tipo que les parezca más perfecto colocándolo en medio de una tribu de gitanos.

Seguro que de nada le valdrán todas sus buenas cualidades y que ellas quedarán vencidas por lo que vea, por lo que toque y por lo que oiga entre aquella gente.

Pues, bien, transformemos la sociedad, hagamos desaparecer este ambiente que obliga al hombre á ser un verdugo del hombre; que le exige como condición de vida deje todo escrúpulo y toda mira elevada; que rodea á unos de desgracias, de injusticias y de ignorancia, produciendo odios, venganzas y maldiciones, haciendo de los otros unos seres astutos, hipócritas y soberbios, y tendréis un hombre capaz de sentir y de pensar tal como nosotros ni podemos concebirlo. Todas aquellas grandezas morales é intelectuales que nos explican los filósofos anunciadores de la sociedad futura, serán posibles y prácticas, cuando las condiciones que rodean al hombre sean tales, que lo supediten á una vida de amor, de libertad y de sabiduría como reina hoy el odio, la tiranía y la ignorancia, porque las condiciones de la sociedad, el medio ambiente en conjunto, nos supedita á una vida de exterminios, de robos y de brutalidades.

He aquí en que se funda el socialismo para mejorar las condiciones morales é intelectuales del hombre.

La religión es mala, comparada con la moralidad y ciencia del socialismo.

La caridad, esta grandeza moral tan afabada por el catolicismo, cuando se practica, que no se practica jamás con el carácter que pudo tener en labios de Cristo, es nada ó casi nada al lado de la grandeza moral del socialismo que se conoce con el nombre de solidaridad. La caridad justifica y hasta legaliza la miseria; la solidaridad recaba para todo hombre el derecho á la vida en partes iguales.

¡Qué bien caracterizan estas dos palabras la evolución del sentimiento y qué bien dividen lo que puede tener de buena la sociedad presente de la grandeza moral de la sociedad futura!

Religión y socialismo son dos nubes cargadas de electricidades diferentes.





PRENSA ANARQUISTA INTERNACIONAL

- La Questione Sociale*, calle Corrientes, 2039, Buenos Aires.
- El Perseguido*, B. Salbans, casilla correo 1120, Buenos Aires.
- El Oprimido*, J. Creaghe, calle Progreso, 71, Luján (provincia de Buenos Aires).
- La voz de Ravachol*, J. Moreno, casilla correo número 739, Buenos Aires.
- L'Avvenire*, casilla correo 739, Buenos Aires.
- Le Cyclone*, casilla de correo núm. 1626, Buenos Aires.
- La voz de la mujer*, casilla de correo 1277, Buenos Aires.
- La Revolución Social*, M. Reguera, casilla de correo núm. 15, Buenos Aires.
- Caserio*, H. W. Haufman, casilla correo 1120, Buenos Aires.
- La Verdad*, T. Carlos, casilla correo 228, Rosario de Santa Fe.
- La libre iniciativa*, C. Gino, casilla correo 253, Rosario de Santa Fe.
- La Anarquía*, casilla correo núm. 22, La Plata.

- El Derecho á la vida*, casilla correo 305, Montevideo.
- La Luz*, P. Fernández, Maldonado, 52 A, Montevideo.
- Ciencia Social*, Asalto, 45, entresuelo, Barcelona (España).
- La unión obrera*, José Llovet, lista de correos, San Martín de Provencals (Barcelona - España)
- El Comunista*, Bureta, 6, Zaragoza (España).
- El Corsario*, Toreiro, 22, letra C, La Coruña (España).
- La idea libre*, Feijóo, 1, 3.º, Madrid (España).
- El Despertar*, 196, Fulton St. Brooklyn (N. Y.)
- El Esclavo*, 183, P. O. Box, Tampa (Florida).
- Le libertaire*, 5, rue Eugène Süe, París.
- Le temps nouveaux*, 140, rue Mouffetard, París.
- La Sociale*, 15, rue Lavieuville, París.
- Sur le Trimard*, 13, rue de L'Ancienne Comédie, París.
- L'Enclos*, 7, rue de L'Annunciation, París.
- La plume*, 31, rue Bonaparte, París.
- La nouvelle humanité*, Librairie Rofé, angle de la rue Flocon, París.
- La Débauche Sociale*, 2, rue Beau Jardin, Ensisval (Bélgica).
- The Torch*, 127, Ossulston Street, London, N. W.
- Die Zukunft*, V. Siebenbrunnngasse, 69, III tock Thür 30 — Viena (Austria).
- The Rebel*, 70 Hanover, Street, Boston (E. U.)
- L'Ami des ouvriers*, box 329, Charleroy, Washington Cº, Pa. U. S.

Der Socialist, Johan Snudot, Frank furter,
Allée, 105, Berlin.

Libertij, Benj. R. Fucker, 24, Gold Streck, New-
York, U. S.

Freedom, Turner, 7, Lamb's Conduit St. London.

Firebrand, Firebrand Publishing C^o, 182, 1-2
Third Street, Portland Oregon, U. S. A.

Liberty, J. Tochatti, 7, Beadon Rd., Hammer-
smith London, W.

Truthseeker, 26, Hanmerton Street, Bradfort.

The anarchist, D. J. Nicoll, 7, Broomhall Street,
Sheffield.

La Questionne Sociale, 325, Straight Street, Pat-
terson, New Jersey, U. S. A.

Die Freiheit, Weekly, P. O. Box 345, New
York City. U. S. A.

Der anarchist, Nueva York.



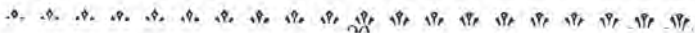


LIBRERÍA SOCIOLOGICA

2039 - CALLE CORRIENTES - 2039

BUENOS AIRES

EVOLUCIÓN y REVOLUCIÓN por RICARDO MELLA, y El Gobierno Revolucionario , por PEDRO KROPOTKINE	\$ 0.10
La Sociedad Moribunda y la Anarquía con prefa- cio de OCTAVIO MIRBEAU. Elegante edición de más de 200 págs.	• 1.50
El Estado por ANSELMO LORENZO.	• 0.25
Evolución y Revolución por E. RECLUS. — La Com- mune de Paris , por P. KROPOTKINE.	• 0.25
Les Temps Nouveaux y Le Libertaire	• 0.10
Anarquistas literarios , por J. MARTÍNEZ RUIZ.	• 0.50
Notas Sociales , por J. MARTÍNEZ RUIZ.	• 0.30
Primo passo all'Anarchia , por E. MILANO.	• 0.25
La política parlamentaria en el movimiento so- cialista , por E. MALATESTA.	• 0.10
El Crimen de Chicago	• 0.10
En tiempo de elecciones , por E. MALATESTA.	• 0.10
Segundo certamen socialista . Volumen de 440 pá- ginas en 4.º español, ilustrado con una artística lámina fototípica de los <i>Mártires de Chicago</i> , que	



Corrientes, 2039 * LIBRERÍA SOCIOLOGICA * Corrientes, 2039

- contiene todos los trabajos premiados en dicho
Certamen \$ 3 00
- Del derecho a la vida — Del cambio** (*Apuntes sociológicos*) por D. LENCE. * 0.25
- Almanaque popular de "La Questione Sociale"**
para 1896 * 0.25
- Los sucesos de Jerez** — Precio: cada uno según sus fuerzas.
- A las muchachas que estudian** — Precio: idem idem.
- Entre campesinos** — Precio: idem idem.
- La Anarquia en la evolución socialista** — Precio: idem idem.

De próxima publicación:

A LAS PROLETARIAS

por SOLEDAD GUSTAVO

LA SOCIEDAD FUTURA

por JUAN GRAVE

El mes de Marzo próximo saldrá á luz esta importante obra de sociología anárquica y será puesta en venta á tres pesos cada ejemplar, en lugar de 8, que es lo que vale la edición de la « Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia » de Madrid.

Suscribiéndose con anticipación á la casa editora, se podrá obtener por sólo **DOS PESOS**, abonándose uno adelantado contra recibo correspondiente.

Dirigirse únicamente á la **Imprenta Elzeviriana, calle Piedad, 1200.**

PROPAGANDA EMANCIPADORA

entre las mujeres

Soledad Gustavo

A las proletarias

Publicación número 4

BIBLIOTECA

de LA QUESTIONE SOCIALE

BUENOS AIRES



A las proletarias

¿Para quién mejor que para tí, mujer, compañera mía, podré escribir y elaborar esos pensamientos que cual notas armoniosas salen de mi pluma y van á parar en el papel que me sirve de pentágrama para enviarte en espirales indefinidas las aspiraciones de mi sér pensante?

¡Ah!... yo quisiera hacer vibrar mi pluma como vibra mi pensamiento allá en las cavidades de mi celda cerebral y quisiera poseer una potenciación sublime para poder, con frases sencillas, expresar lo que siento, lo que creo justo y hasta lo que creo conveniente para que las mujeres salgamos de esa atonía en que yacemos aun hoy que el hombre se levanta, se agita, se rebela contra todas las tiranías.

Condenadas desde que nacemos hasta que morimos á vil servilismo y explotación, pues somos esclavas cuando solteras, cuando casadas y cuando viudas, del padre, del marido ó del burgués, no pensamos nunca en sacudir nuestro pesado yugo por temor á las preocupaciones que nos inculcaron los que quisieran tenernos siempre bajo su planta para poder así con más

- 4 -

seguridad ir tirando de las riendas autoritarias que en todas formas amarran al hombre que aspira al progreso y á la libertad.

Y nosotras, que somos la causa fehaciente de que el hombre se desenvuelva en el estrecho círculo en que le tienen cercado nuestras preocupaciones, producto total de la ignorancia que cubre nuestros ojos, no sabemos ver que con nuestra conducta apocada en unas, denigrante en otras, necia en las más, condenamos á nuestra propia suerte al hombre, que al ayudarle nosotras, al empujarle hacia la conquista de sus derechos, al sostenerle en las luchas, al consolarle en las caídas, haríamos que se elevara y que nos elevara á nosotras al nivel que la justicia y la libertad proclaman de consuno.

¡Ah! . . . estimadas compañeras mías, ¿podemos hacer creer que nosotras no sentimos, no concebimos ideales grandes y sublimes y no estamos cansadas de nuestro envilecimiento moral, de nuestra inferioridad intelectual y de nuestra servil condición? De ninguna manera. La sociedad que nos ha condenado á ser carne de placer, á ser mueble indispensable, á ser necesidad higiénica, á ser cosa explotable, es nuestra enemiga y como á tal debemos combatirla y procurar su ruina total y pronta.

¿Cómo hacerlo? Procurando emanciparnos de las tutelas siempre ominosas, pues reconocen por base el atropello de la dignidad, la abdicación de nuestro individuo en otro, el convenci-

- 5 -

miento de nuestra pequeñez y la completa convicción de nuestra inferioridad.

Están tan avezados los hombres á mirarnos como esclavas que no pueden acostumbrarse á la idea de que algún día podamos ser consideradas como sus iguales y en todas las relaciones de la vida estar á su mismo nivel, y así, toda idea que tienda á reconocernos á nosotras también derechos, necesariamente tiene que ser una utopía.

Hasta aquí la mujer ha seguido la corriente preocupada que solapadamente han dirigido nuestros tiranos, y sólo una que otra y en distintas épocas han descollado mujeres, como descuellan estelas luminosas en el firmamento, que por sí solas nos han dado carácter y han dado un mentís á los que nos han denigrado en todos conceptos. La energía y la virilidad de carácter no está desterrada de nuestro sexo, no, aunque crean lo contrario nuestros detractores.

¿A qué, pues, se debe el que permanezcamos cruzadas de brazos mirando como nuestros hermanos, nuestros maridos y nuestros propios hijos, libran batallas sangrientas para obtener átomos de libertad? ¿Somos acaso indiferentes á esta lucha? ¿No sentimos la pérdida de los que llamamos nuestros? ¿No hallan eco en nuestros pechos los ¡ayes! agonizantes de los que mueren en las agitaciones populares?

Vemos continuamente desbarajustes en el hogar y en la sociedad, cuya principal causa es

- 6 -

la ignorancia de la mujer; oímos por doquier exclamaciones del hombre condoliéndose de la falta de instrucción que se nota, falta que obstruye el paso á las resoluciones más trascendentales de la vida; tenemos que ella, la diosa y señora de la humanidad, la que dirige en su primera esencia la conciencia de los seres que componen la sociedad, la que inculca las inclinaciones, la que presta sus esfuerzos todos, morales é intelectuales, y muchas veces materiales, á cualquier causa noble, se ve sin un apoyo firme y poderoso, sin una voluntad férrea que la ayude á sacudir el yugo que durante tantos siglos pesa sobre ella, salvándola de esos inicuos desprecios de que es objeto, ó de esa incalificable indiferencia con que se la mira aún en las naciones que se tildan de muy civilizadas.

Si ven que la mujer se revoluciona ante tanta iniquidad y ante tan pobre concepto que de ella se tiene formado, con esfuerzos procuran ahogar las quejas, soterrar nuestros derechos y hacer ver que la mujer es un gallo, una cotorra, una charlatana que quiere inmiscuirse en lo que no le importa y en lo que no entiende. . . ¡Ah! Cuando el hombre debiera enaltecerla y ayudarla, la moteja y la desprecia.

Ahí está la causa de la indiferencia aparente de la mujer, pues tiene más fuerza en ella el temor al QUE DIRÁN que la conciencia de su propio sér.

Sin embargo, que lo tenga presente el hom-

- 7 -

bre, la mujer temprano ó tarde llegará á dignificarse, aunque no pueda contar con su apoyo, y esto será cuando, haciéndose superior á sus preocupaciones, deje de ser la paria, la esclava de la sociedad para convertirse en lo que realmente es: el *factotum* de todas las acciones del hombre.

Y esa falta de apoyo del hombre es tanto más de deplorar, cuanto que él mismo toca sus consecuencias. No es precisamente en la familia donde los lazos de amor y cariño se enfrían, con los contratiempos muchas veces, sino en el trabajo mismo. Por el mismo trabajo que él, y lo que es más sensible, quitándole á él ese trabajo, la mujer gana un mísero sueldo incapaz de bastar á sus necesidades solas, y el hombre tiene que rebajarse y degradarse, por su culpa misma, pues si fuese más equitativo, si hiciese que su compañera, su hija y su hermana, alcanzasen sus derechos y con ellos la instrucción que les corresponde y cooperaren en un todo á los asuntos societarios relacionándose con el hombre y no vivir separada, olvidada de él, el hombre lograría más pronto su redención y la mujer también, puesto que debemos considerar que no hay más que una cuenta sola que saldar.

Los lloriqueos de la mujer han sido causa más que suficiente de que el hombre despreciara á la debilidad en vez de ampararla, y la dejara olvidada; las quejas justas ó no justas que la mujer ha sabido tener en todos los casos, han

-- 8 --

hecho que también se lo tomara como quien oye llover; lejos pues los llantos y las recriminaciones. Pensemos, compañeras, que la naturaleza en facultades no hizo iguales; tenemos por lo tanto en la vida, los derechos iguales.

Si así lo hacemos, y revistiéndonos de valor despreciamos las preocupaciones y el temor al *qué dirán*, puesto que á pesar de la poca consideración con que se nos ha tratado, nosotras sentimos, nosotras nos entusiasmos por todo ideal noble y grande, ¿qué importa que el hombre no nos ayude á conquistar nuestros derechos? Nosotras sabremos, con sola nuestra voluntad, si es firme, abrirnos ancha brecha, y entonces... ¡ah! compañeras mías, por fuerte que esté el baluarte de la tiranía, tendrá que venir á bajo al empuje colosal que nosotras podremos darle, porque nosotras minaremos sus cimientos desde su primera piedra, enseñando á los pequeñuelos á amar ya en su más tierna infancia, á la libertad, al progreso, á la Anarquía y á odiar á la esclavitud, al estacionamiento y á la tiranía.

* * *

Recapacitemos, proletarias, compañeras mías. Nuestro estado actual debe cambiarse irremisiblemente, como se cambió el estado de la mujer asiática, de la mujer pagana, que iba comprada para rebaños, de la mujer esclava, que hoy se siente en frente del tirano doméstico á quien

— 9 —

antes servía de rodillas. El ser humano tiende á un progreso indefinido, nada hay inmóvil; sino que todo obedeciendo á las leyes inalterables de la naturaleza, marcha en constante movimiento hacia la más justa de las causas, la causa del progreso y dignificación humana. Por consiguiente, nuestra suerte no puede sustraerse á esa ley inalterable. Aunque hoy parezca á la vista que nuestro estado esté estacionado, no hay tal.

De nuestro estado envilecido hemos pasado á otro que no lo es tanto, aunque lo sea mucho. De verdaderos monigotes que éramos se nos conceden muchas facultades, es decir, á las denigrantes denominaciones que nos dieron San Agustín y otros santos, los hombres de sano criterio quieren dignificarnos en la vindicta pública y colocarnos en más alto puesto que no ocupamos.

Hay muchos patrocinadores de la emancipación de la mujer, pretendiendo que ella en derechos y deberes ha de ser exactamente igual que el hombre, atendiendo cada cual los cargos especiales que nos ha dado la naturaleza; pero debemos confesar que hay pocos que se cuiden de llevar á efecto lo mismo que quieren, esto es, hacer que realmente sea un hecho esa emancipación tan cacareada por tirios y troyanos, y sin embargo, muy lejos de obtenerse.

Se nos reconoce útil para el trabajo manual; después de muchas luchas se nos acepta en el intelectual, es decir, se empieza por tener sen-

tido común y coger el bisturí y el escalpelo del anatómico y se regiran y registran nuestros órganos viéndose por fin que tenemos cerebro, en contraposición de la tésis de muchos santos y padres de la iglesia romana, que quiere ser una rama del cristianismo, llamada aurora de la civilización y patrocinadora de la emancipación moral de la mujer, y sin embargo, la niegan facultades morales é intelectuales, pero ponen entre sus santos á la doctora Teresa de Avila, demostrando que no es cierto lo mismo que dicen. Ya hemos adelantado mucho en nuestro camino.

Empero las preocupaciones aun siguen su curso majestuoso. Créese que la mujer cumple con sus deberes siempre y cuando cumple con los principios de la moral y de la religión y la imponen como primer precepto el amar y servir á Dios. Cumplido este principal deber, base de los demás accesorios, siguen el cultivo de la *inteligencia*, el buen *orden* en todas las cosas, la *economía* y el *aseo* en su persona y en la familia, etc., etc., sin contar con la huéspedada, sin querer ver que estos DEBERES de rigor para la buena MORALIDAD de una mujer, no todas pueden aprenderlos, puesto que no a todas ha favorecido la diosa fortuna para poder cumplir con sus SANTAS obligaciones.

Es tan poca cosa esta sociedad, que después de aceptarnos como un mueble de lujo, ó como un objeto de placer, también nos concede por

- 11 -

igual trabajo que el hombre, sea en la fábrica, sea en el taller, donde quiera que sea, la mitad de jornal del mismo y además nos señala esos precisos deberes, contrarios al mismo actual modo de ser de la sociedad, esto es, esa *moral*, esa *religión*, esa *inteligencia*, ese *orden*, esa *economía*, ese *aseo*; y la mujer obrera que ha de ganar su sustento con el sudor de su frente y con ese mismo sudor enriquecer á un hombre; la mujer obrera que ha de abandonar á la inclemencia y al acaso á sus tiernos hijuelos para ganarles un pedazo de negro pan y unos burdos vestidos; la mujer obrera que no conoce otra educación que la de saber trabajar; la mujer obrera que nació en miserable tugurio y en más aún miserable lecho, que se vió abandonada á sus buenos ó malos instintos, no puede nadie de ninguna manera imponerle *deberes* cuando hasta el *derecho* á la vida digna se le ha quitado.

Habladle de religión y no os comprenderá; habladle de ciencia y verá visiones; decidle qué ha de ser económica y se reirá de estas palabras, y con razón, pues nadie es más económico que el que no tiene dinero ni crédito; tratad de hacerle comprender el orden de una casa y os dirá que la miseria ordena muy bien los gastos y los ingresos, puesto que los ahorros mezquinos no entran para nada en la buhardilla del mísero; enaltecedle el aseo, y con amarga certeza os dirá que si cumple un deber ha de faltar á otro.

— 12 —

Como que toda la semana ha de acudir *necesariamente* al taller ó á la fábrica, el único día que tiene disponible para asearlo y arreglarlo todo es el domingo, que es el día de fiesta y... el Señor nos manda santificar las fiestas.

Abí tenemos, queridas compañeras, que esos extremos inconciliables y que sin embargo quieren conciliar, nos demuestran que cuando la mujer se levante digna y severa á pedir cuentas á sus inicuos detractores, á los explotadores de sus facultades, esos deberes tan preconizados por la moral y las buenas costumbres, ó serán reformados en un todo, ó se verán barridos por la mano providencial de la justicia humana, que no puede aceptar deberes sin obtener también derechos.

Ahora, amigas queridas, analicemos rápidamente y con criterio imparcial, todas las ideas y las doctrinas que se ocupan del mejoramiento de las sociedades. Inútil discutir los tiempos antiguos. En ellos éramos, á más de esclavas, discutidas en nuestras propiedades internas. Era mujer más apreciada y más mujer aquella que era más fecunda, y aun de entre éstas, las que daban más varones. Vino después la religión cristiana, y con más pretensión que méritos, nos elevó hasta el altar y nos ató á él tan fuertemente que el menor acto que en nosotras califica de desliz, y que en el hombre respeta, nos señala con el dedo y nos quita todo carácter de persona digna. El cristianismo elevó á sacra-

— 13 —

mento nuestra unión con el otro sexo, pero lo hizo arrojándonos á los piés del hombre queriendo que á él nos sujetemos y que sus caprichos sufrimos. No es buena mujer aquella que no ahoga en el hogar los disgustos que al hogar nos causa la tiranía del hombre, siempre altanero y siempre tirano, y aquella que no paga con besos y con amor la merced que el hombre realiza amparándonos y protegiéndonos, palabras que por sí solas denotan que nuestro estado es en extremo difícil por cuanto habiéndonos al hombre igualado, del hombre necesitamos amparo y protección.

Huyendo de las religiones porque todas esclavas nos quieren ¿ iremos á la política á reclamar dignidad de persona humana? De ninguna manera. Ni las repúblicas ni las monarquías nos dan el valor y la importancia que apetecemos y merecemos por las pruebas que de nuestra capacidad tenemos dadas, que si mayores no han sido, débese á la mísera educación que se nos da y á la vida que nos supedita. Además, aspiramos á la posición de mayores derecho's, y si dignas de ellas no fuéramos habríamos de carecer de la inteligencia precisa para aspirarlos, y desde el momento que los anhelamos, es que nos hallamos bien dispuestas para recibirlos.

Todas las formas de gobierno, todas, nos relegan á una categoría inferior á la del hombre. De nada sirve nuestra palabra, y nuestra firma de nada sirve. En las constituciones modernas

— 14 —

no hay ni un artículo que se ocupe de nuestras vindicaciones. En todo caso los habrá en sentido prohibitivo. Sólo una doctrina de todas las doctrinas conocidas nos iguala al hombre, y esta es la Anarquía. No quiere moldar nuestro cerebro en el molde del cerebro del hombre, no quiere desarrollar nuestro cuerpo á semejanza del cuerpo que posee el sexo fuerte; quiere que ni la mayor fuerza muscular ni el mayor desarrollo cerebral, sean sinónimos de mayores derechos ni de mayores consideraciones aunque científicamente resultara la mujer menos capaz y menos fuerte, cosa discutible y sólo cierta cuando la mujer reciba igual educación que el hombre y goce de igual libertad.

Pues bien, compañeras; yo os suplico, yo os impelo á que abracéis la causa que pregoná nuestra dignificación y que os penetréis de ella para que de ella inoculeis las tiernas inteligencias de nuestros hijos queridos, y así, al mismo tiempo que os dignificaréis, daréis á la humanidad seres capaces de amarla y defenderla de tanto tirano y explotación tanta.



Biblioteca de "La Questione Sociale"

Folletos publicados :

1. **Á las hijas del pueblo** (agotado).
2. **Á las muchachas que estudian.**
3. **La Religion y la Cuestion Social.**
4. **Á las proletarias.**

De próxima publicacion :

5. **Un episodio de amor en la Colonia Cecilia.**
6. **Perché siamo anarchici.**
7. **Á los juvenes.**
8. **Conversaciones anárquicas, sobre la familia y el amor libre.**

La publicacion de dichos folletos depende de la ayuda pecuniaria y de la actividad de los compañeros. Así, pues, rogamos á todos los que tienen recolectadas algunas cantidades á favor de nuestra *Biblioteca*, se sirvan remitirlas á la mayor brevedad posible á la Administracion de *La Questione Sociale*, Corrientes 2039, Buenos Aires.

En la **LIBRERÍA SOCIOLÓGICA, Corrientes 2039**, se hallan en venta libros, folletos, revistas y periódicos que tratan de la Cuestión Social, redactados en distintos idiomas.

LA QUESTIONE SOCIALE

Revista Sociológica
SE PUBLICA
por suscripción voluntaria

Corrientes 2039

Librería Sociológica • Corrientes 2039
BUENOS AIRES

De la Commune

á l'Anarchie

por CARLOS MALATO

Pesos 3

La Conquête

du pain

por P. KROPOTKIN

Pesos 3.50

La Sociedad Futura

por JUAN GRAVE

Pesos 2,50

La sociedad moribunda

y la Anarquía

por JUAN GRAVE

Pesos 1.50

Psychologie

de l'anarchiste

por A. HAMON

Pesos 3.50

A. Hamon **De la patria** 20 centavo

PROPAGANDA EMANCIPADORA
ENTRE LAS MUJERES

— **Publicación número 5** —

Un episodio de amor

EN LA

Colonia Socialista CECILIA

POR

JUAN ROSSI (Cardias)

Traducción de J. PRAT

Biblioteca de LA QUESTIONE SOCIALE

— **BUENOS AIRES** —



UN EPISODIO DE AMOR

EN LA

Colonia Socialista CECILIA (1)

POR

JUAN ROSSI (Cardias)

Traducción de J. Prat

Si la verdad te espanta, no leas;
porque este librito está, para tí,
lleno de espantos.

Fué en una tarde de Noviembre de 1892, que Eléda y Anibal llegaron á la colonia, y fué una llegada poco alegre. Los nuevos compañeros estaban fatigados del viaje, y mal prevenidos contra la colonia, que los disidentes, — llamémosles así — establecidos á Curityba, habíanles descrito como una de las más pobres y menos socialista de lo que en realidad era. También por parte mía contribuí á la poco alegre llegada, recibiendoles algo friamente, por haber creído habían titubeado en venir, lo que no era verdad. Así es que, aquella tarde Eléda no me hizo otra impresión que la de una personita fatigada y un poco triste.

Y sin embargo, aquellos nuevos compañeros merecedores eran de todas mis simpatías.

Conocí á Eléda un año antes en *** durante una conferencia pública en la cual explané algunas ideas sobre el amor libre. Me acuerdo que, habiéndola inte-

(1) La Colonia estaba situada en Palmeira, Paraná (Brasil) y se fundó en 1890, bajo los principios del comunismo anárquico.—(N. DEL T.)

- 2 -

rrogado privadamente, respondiome con mucha ingenuidad, que las admitía. La ví, pocos días después, en un hospital de aquella ciudad, enfermera valerosa, llena de abnegación, incansable, cerca del lecho de muerte de aquel valiente joven socialista que, durante cinco años, fué su compañero amantísimo. Los amigos me dijeron que la vida de Eléda fué siempre una continua y modesta abnegación; una lucha penosa, pero fuerte é inteligente, para su amigo y para nuestras comunes ideas.

De ella, de su sencillez, de su tristeza, de su fuerza de ánimo, me había llevado un cierto sentimiento de simpatía y de admiración; pero no el pequeño deseo de la mujer. Era para mí una figura noble y delicada, que se imponía por su carácter, que me embarazaba por su bondad, que me gustaba como nos gusta un compañero galante. Los momentos en que conocí Eléda á *** fueron raros, breves y dolorosos; pero estas impresiones quedaron claramente grabadas, precisas, y así lo comuniqué á la buena amiga Giannotta.

Anibal es un buen compañero, de aquellos que en la agitación socialista háñse habituado á perder mucho y ganar nada. Es de mente nada vulgar, pero tiene el corazón más grande que la mente. Bajo una apariencia tosca, esconde un sentimiento fino y delicado. Fué de los primeros y de los pocos que apoyaron con decisión la iniciativa de esta colonia socialista, y la ayudó grandemente, viniendo después á formar parte de ella. Anibal es hombre á quien estimo y trato con particular esmero. En los primeros días de su llegada tuve ocasión sobrada de conocer mejor á Eléda.

Es una mujercita de treinta y tres años; pero cuando está tranquila y se siente en salud, demuestra tener á penas veinticinco. Tiene en sus ojos y en su carita de líneas finas algo que la asemeja á una niña. La expresión de su faz es siempre seria, de una seriedad triste. Principió á interesarme y á menudo me complacía en preguntarle si se habituaba á esta soledad de la pradera y de los bosques, á esta monotonía y escasez de vida. Me respondía que hacía todos los esfuerzos para ello y que lo lograría. Entonces veía en ella á la socialista inteligente, valerosa, buena, que encontré en ***. Y de ahí una simpatía, un afecto delicado y atento creció en mí, que no era otro que el alba del amor.

Una noche dióme á leer una carta que le había escrito Giannotta, augurándole un buen viaje para la co-

— 3 —

lonia. *Si vas sola — decíale — acompañate (1) una vez allí, con mi *Cardias* amigo; haréis una buena pareja; de cualquier modo que sea, dale en mi nombre un beso y un abrazo. *

— Y pues, Eléda, ¿cuándo piensa cumplimentar el encargo de Giannotta? ¿cuándo paga aquella deuda? — le pregunté, bromeando, al día siguiente.

— Pronto ó tarde — respondió en el mismo tono.

Pasaron algunos días.

— Escuche, Eléda, — le dije una noche en su casa. — Vd. es una mujercita seria, y se le debe hablar sin artificios.

Miróme y comprendió enseguida.

— ¿Por qué no podría amarme también un poquito?

— Porque temo hacer demasiado daño á Aníbal.

— Háblele Vd. de ello.

Nos separamos sin un beso.

Eléda habló á Aníbal, como una compañera afectuosa, pero libre y sincera, debe hablar al compañero que ama y estima. Aníbal respondió como un hombre, que, por encima de sus pasiones, pone el escrupuloso respeto á la libertad de la mujer.

* * *

— Sufre — me dijo Eléda.

— Era de prever — respondí. Pero ¿cree Vd. que sufrir en él el lado bueno ó el malo del corazón? Este dolor, ¿es humano, es socialístico, es indestructible? ¿Es el dolor del puñal que mata, ó es el del bisturí que cura?

— Esto es lo que conviene saber — respondiome Eléda. Y nos separamos sin cambiar aún ni un beso.

El mismo Aníbal nos lo dijo:

— Es el prejuicio, es el hábito, es un poco de egoísmo, es lo que queráis; pero la libertad debe de preceder en todo y antes que todo. Amo á Eléda, y no hay motivo para que deje de amarla. Sufriré, pero me hará un bien. Tú vives triste, sin amor. Eléda hará perfectamente en confortar tu vida.

— ¿Guardas resentimientos para con Eléda ó conmigo?

— De ningún modo.

(1) Traduzco fielmente esta palabra, por mucho que en español choque, porque ella significa mejor, á los anarquistas, y con mayor precisión, el verdadero sentido que el autor quiere imprimir á ella. — (N. DEL T.)

- 4 -

Aquel día Eléda y yo cambiamos el primer beso. Aquella noche Eléda vino á mi casa, y Aníbal lloró en la tristeza del aislamiento.

Así, desgraciadamente, es aún la vida. La felicidad de uno ménguala el dolor del otro.

Pocos días después, los compañeros supieron nuestra iniciativa de amor libre; ¡con cuánta delicadeza, con cuánta lealtad, con cuánta abnegación se había triunfado de uno de los más sentidos y feroces prejuicios sociales!

En la colonia Cecilia, desde sus comienzos, se había hecho la propaganda teórica del amor libre, entendido no como unión ilegal — ó divorciabile marriage sin cura ó sin juez — sino como posibilidad de afecciones diversas y contemporáneas, como á verdadera, evidente, práctica y posible libertad de amor, tanto para el hombre como para la mujer; se habían discutido las razones y las oportunidades de esta reforma en las costumbres, tales como, poco más ó menos, reasumiré al final de este escrito. En general, se admitía teóricamente esta reforma: pero, en la práctica, se la aplazaba para las Kalendas grecas, por el dolor que experimentaban los maridos, por los prejuicios de las mujeres, por las relaciones domésticas desde larga fecha establecidas y que parecía duro romperlas, por el temor de que, disolviéndose la colonia, mujeres y niños quedaran abandonados á sí propios, y puede que, un poco, por deficiente emprendimiento del elemento célibe; por más que todo, me parece, por aquella fuerza obstinada, brutal, irreflexiva del hábito, que dificulta y dificultará siempre el progreso humano.

Así predispuestos los ánimos en la colonia, la noticia del hecho acaecido fué acogida con sentimiento de grata sorpresa, turbado solamente por el temor de que Aníbal, á pesar de su inteligencia y de su bondad, sufriese con ello. Las mujeres, en general, no cambiaron su comportamiento para con Eléda, y hasta puedo asegurar que ningún sentimiento de poca estima, interior ú oculto, guardaban con ella.

Cuando después vióse el modo respetuoso con que traté á Eléda, el continente, de ésta que no cesó un momento de ser afectuosa con Aníbal y reservada conmigo; el afecto fraternal que nos une á Aníbal y á mí en el objetivo común de hacer agradable la vida de Eléda; cuando, en suma, se vió que el libre amor no es vulgaridad animalesca, pero sí la más alta y bellísima expresión de la vida afectiva, desaparecieron

— 5 —

hasta las últimas vacilaciones, y nuestro caso — sin que hasta el presente haya sido imitado — fué considerado como un hecho normal de la vida.

Más aún; me parece que el viejo edificio del amor, único y exclusivo de la pretendida ó real paternidad, ha quedado aquí maltrecho en sus paredes maestras, desde el cúpulo á los cimientos, próximo á derrumbarse si otro empuje viene á sacudirlo de nuevo. De la entidad familia, me parece que, aquí, ha muerto el espíritu, y sólo queda el cuerpo, valiéndome de las frases que los viejos metafóricos usan.

* * *

El hecho que he narrado, suscintamente es demasiado complejo, demasiado íntimo, demasiado finamente tejido de sentimientos diversos, para que pueda ser demasiado fácilmente comprendido no sólo por los extraños, sino hasta de los mismos actores. Para mayor comprensión me ha parecido necesario una especie de análisis psicológico, al cual Aníbal y Eléda hanse prestado con absoluta sinceridad, respondiendo á los dos cuestionarios que reproduzco á continuación:

Cardias ruega al querido compañero Aníbal le responda sinceramente á las preguntas siguientes, al objeto de precisar algunos datos psicológicos referentes al tema de amor libre. Un beso afectuoso de tu

Cardias.

Respondo voluntariamente á tus preguntas, haciéndote, pero, observar, que si el libre amor estuviese generalizado, muchos *si* dolorosos convertiríanse en *no*. Cordialmente te devuelvo el beso que me mandaste.

Tu afectísimo, *Aníbal.*

— ¿Admitías en la mujer la posibilidad de amar noblemente á más de un hombre? — *Sí*, pero no en todas las mujeres. — ¿Le reconocías este derecho? — *Sí*. — ¿Considerabas al amor libre útil al progreso de la moral socialista y de la paz social? — *Sí*, lo creía y creólo aún, porque, sin esto, ¿dónde está la libertad y la igualdad? — ¿Creías que la práctica del amor libre pudiese causar dolor á algunos de los dos participantes? — *Sí*. — ¿Cuál, especialmente? — Tal vez á los dos. — ¿Considerabas que el compañero de la mujer hubiese sufrido

do adolorido el nuevo afecto de su compañera para con otro? — *Si*, si la ama verdaderamente. — ¿Qué lo hubiese aceptado con indiferencia? — *Si*, si no la amase, ó fuese un canalla. — ¿Con placer? Casi nunca; pero podía sentir satisfacción si conoce que efectúa una obra consoladora y digna de nuestros principios. — ¿Que lo hubiese deseado, sugerido, favorecido? — *Idem*.

— Cuando Eléda te contó mi petición, ¿sentiste dolor. — *No*. — ¿Sorpresa? — *No*, porque lo había ya manifestado en Italia y á ello estaba preparado. — ¿Desprecio? — *No*, nunca. — ¿Humillación? — *No*. — ¿Resentimiento para conmigo? — *Resentimiento no*, pero sí compasión. — ¿Fué vanidad ofendida? — *No*. — Instinto de propiedad herido? Nunca pensé ser propietario de Eléda; esto hubiera sido una afrenta para ella. — ¿Egoísmo ó deseo de bien exclusivo? — *Egoísmo no*, pero más bien miedo de que disminuya su afecto para conmigo. — ¿Temor del ridículo? — *Un poquitin*. — ¿Idea de lesa castidad conyugal? — *¿Acaso fui casto yo?* — ¿Fué espontáneo tu consentimiento? — Absolutamente *si*. — ¿Fué por coherencia á los principios de libertad? — Un poco por compasión de verte sufrir, y un poco por coherencia. — ¿Fué por piedad de mí, que tanto tiempo vivía sin amor? — A esto respondí ya. — ¿Si se hubiese tratado de otro compañero, supones que habrías experimentado idénticas sensaciones? — No podría precisarlo; pero si así hubiese acaecido; hubiera sufrido mayormente. — ¿Si se hubiese tratado de un proletario, no compañero nuestro? — *Idem*. — ¿De un burgués? — Hubiera compadecido á Eléda y sufrido mucho, sin poder afirmar que la hubiese dejado.

— ¿Has sufrido mayormente antes de verme con Eléda? — *No*. — ¿La primera vez? — *Si*. — ¿Ó á cuál de las siguientes? — *Siempre*, más ó menos. (1) — ¿Has llorado? — *Si*. — ¿En tu dolor había resentimiento contra Eléda? — *No*. — ¿Contra mí? — *No*. — ¿Temor del ridículo? — Respondí ya. — ¿Tristeza de aislamiento? — *Un poco*. — ¿Temor de que sufrieran una desviación los afectos de la compañera? — Conozco lo suficiente á Eléda para decir *no*. — ¿Temor de que yo la tratase vulgarmente? — *No*. — ¿Que la tratase con dulzura? — *Si*.

(1) Han transcurrido algunos días desde que Aníbal respondía á estas preguntas, y ahora me parece mas tranquilo, tanto, que las dos últimas veces encargó á Eléda me diera «la buena noche.»

- 7 -

— ¿Deseo que ella gozace de otro afecto fisiológico é intelectual? — *No sé.* — ¿Disgusto de esto? — *Si fuese, no sentiría disgusto.* — ¿Temor de que volviese menos pura? — *Conozco á Eléda lo suficiente para responder no.* — ¿Menos afectuosa? — *Si.* — ¿Instinto irrazonable é involuntario de egoísmo? — *Por más que todos, actualmente, somos egoístas, no creo que mi disgusto fuese producido por el egoísmo.* — *Combatiendo tu dolor, ¿has experimentado la satisfacción del que hace un bien?* — *Ciertamente.* — ¿Te cruzó por la mente la idea de la fuga? — *Sí, pero no fundado en este solo motivo.* — ¿La apreciación de los demás influye sobre tus sentimientos? — *Desprecié siempre las apreciaciones de los demás; sin embargo, me hubiera causado pena verme el ludibrio de los imbéciles.* — ¿La estima para tu compañera es igual de antes? — *Si.* — ¿El afecto para ella es igual, mayor ó menor? — *Es igual, pero tal vez mayormente sentido.* — ¿La repetición de las ausencias de tu compañera alterna tu dolor? — *Si.* — ¿Lo vuelve irascible? — *No.* — ¿Te son más dolorosas las ausencias breves? — *No.* — ¿Las largas? — *Si.* — ¿Serían más dolorosas las ausencias de algunos días? — *Aquí entra el egoísmo, puesto que estas ausencias largas harían de mí un paria del amor, como tú eras antes.* — ¿Sufres mayormente viendo á la compañera quedarse conmigo? — *Al principio sí.* — ¿Ó viéndola marchar de tu casa para la mía? — *Ahora me es indiferente.* — ¿Te parecería más aceptable que la compañera viviese sola y nos invitase voluntariamente? — *Si, para la tranquilidad y libertad de todos.*

— ¿Te disgustas que yo la ame? — *No.* — ¿Crees que el amor libre se generalizará por la rebelión de las mujeres? — *Si.* — ¿Por el consentimiento de los hombres? — *Aunque los hombres no lo quieran, cuando las mujeres se rebelarán seriamente, se efectuará, y todos, después, estarán contentos de ello.* — ¿Por desinteresada iniciativa de éstos últimos? — *No, salvo algunas excepciones, que podrán dar el buen ejemplo.*

He ahí este otro documento humano :

Eléda :

Para el estudio exacto del episodio afectivo al cual tan noblemente has participado, necesito algunos datos sobre tus íntimas sensaciones. Te los pido con la certeza de que me los confiarás sinceramente, porque tú conoces la importancia que puede tener este estudio

psicológico, y porque la franqueza está en tu carácter. Perdóname si algunas preguntas son indiscretas; perdóname y procura responder, porque tienen una mira científica.

El amigo *Cardias*.

— ¿Fuiste educada según la moral ortodoxa? — *Sí*, hasta los veinte años. — ¿En el primer amor juvenil te sentiste absorbida exclusivamente en un solo afecto? — *Sí*. — ¿En tu segundo amor, que fué el más duradero y el más intenso, amaste á otro contemporáneo á tu adorado y llorado compañero? — *No*. — ¿Sentiste alguna naciente simpatía? — *Sí*. — ¿La cultivaste? — *No*. — Cultivarla, ¿te hubiera parecido culpable? — *No*. — ¿Te faltó la ocasión? — *Sí*. — ¿La buscaste? — *No*. — ¿Tu afición por L.... que fué la más breve y la menos profundamente sentida, fué exclusiva? — Sentí en aquel tiempo otra simpatía; pero, como se suele decir, inocente. — ¿Y tu afición por Aníbal fué exclusiva? — *Sí*, hasta que te conocí. — ¿Hace mucho tiempo que admites la posibilidad de amar contemporáneamente á más de una persona? — *Sí*. — ¿Fuiste alguna vez celosa? — *Alguna vez*; pero mis celos fueron de brevísima duración. — ¿Te entregaste alguna vez sin amor? — *Nunca* sin simpatía. — ¿Y por sensualidad? — *Nunca*. — ¿Toleraste violencias morales? — *No*. — ¿Te sorprendió mi petición amorosa? — *Un poco*. — ¿Te disgustó la forma breve y directa que empleé? — Al contrario, me gustó mucho. — ¿Prometiste por piedad? — *Un poco*. — ¿Por simpatía? — *Sí*. — ¿El temor de causar dolor á tu compañero era verdaderamente el único obstáculo? — *El único*. — ¿Te tentó la idea de amarme, sin que lo supiese tu compañero? — *No*. — ¿Cuando le referiste mi petición, manifestaste el desco de satisfacerla? — *No*. — ¿Sufriste al adivinar el disgusto del compañero? — *Sí*. — ¿Sufriste por él? — *Sí*. — ¿Por tí? — *También* por mí. — ¿Por mí? — Por tí especialmente. — ¿Consideraste tu dolor como una prueba de amor para contigo? — Sobre esto *no sé* dar mi opinión. — ¿Cuando te entregaste á mí, el sentimiento de tu compañero era completo? — *Sí*. — ¿Precipitaste un poco los acontecimientos? — *No*. — ¿El dolor de tu compañero lo consideraste razonable? — Lo consideré como el resultado de los prejuicios que, queramos ó no, pesan sobre nosotros. — ¿Destinado á desaparecer? — *Sí*. — ¿Nuestra conducta vis á vis de tu compañero te pareció correcta? — *Sí*.

— 9 —

— ¿Veniste á mí con conciencia segura? — *Sí.* —
 ¿Aumenté yo un poco la felicidad de tu vida? — *Sí.* —
 ¿Me amas sensualmente, intelectualmente, de corazón?
 ¿un poco de todas tres maneras? — *Sí,* un poco de
 todos tres modos — ¿Desde el primer día, me amas un
 poco más? — Mucho más. — ¿Amas más á Aníbal? —
Sí. — ¿Estos dos contemporáneos afectos te han vuelto
 más buena? — *Sí.* — ¿Más sensual? — *No.* — ¿Te per-
 judican la salud? — *No.* — ¿La contemporánea multi-
 plicidad de los afectos, esto que nosotros llamamos
 amor libre, te parece natural? — *Sí.* — ¿Socialmente
 útil? — Con preferencia á todo, socialmente útil. —
 ¿Te disgustaría no conocer la paternidad de un hijo
 que ahora generases? — *No.*

* * *

No se crea que Eléda es una mujer de fáciles amores, y mucho menos uno de aquellos fenómenos patológicos, á los cuales es inútil buscar las leyes fisiológicas de la vida. Ella representa más bien el tipo medio de las obreras inteligentes de las grandes ciudades, perfeccionadas por el ideal socialista, clara é íntimamente comprendido. Y que es un tipo normal de mujer, lo prueba el que no es ni vulgar ni romántica, es delicada, es gentil, pero es positiva.

Su juventud afectiva fué triste, casi dramática, y ha dejado impresa en ella un tinte de verdadera tristeza, que raramente la abandona.

Joven inexperta, amó á su cuñado, que la obtuvo por sorpresa. Fué aquel un amor infeliz, como todos los amores clandestinos, agitado por un afecto inmenso, irresistible para el amigo, y por una ternura indecible para la hermana. Catástrofe terrible: la muerte de la hermana, seguida de la muerte del amigo.

Cuatro años después, cuando el corazón de Eléda pudo abrirse otra vez á las sonrisas del amor, fué su compañero un joven inteligente y esforzado, el más activo, el más eficaz socialista que haya jamás agitado las masas obreras de.... Pero las contrariedades de la familia, las persecuciones de la policía, que varias veces encarceló al amado compañero, las estrecheces de la miseria contristaron un amor que duró cinco años, y tuvo un epílogo bajo la bóveda de un hospital en el cual se extinguió la vida del valiente joven.

Un año después, Eléda encontró un doliente solitario de la vida, y, un poco por piedad, un poco por el fasti-

dio de la viudez, un poco por simpatía, se entregó a él. Fue el período menos bello de su vida afectiva, y los acontecimientos truncáronlo á los tres meses.

Vino al fin la libre unión con Anibal, contraída para ir juntos á la colonia Cecilia.

Que las mujeres *honestas* estudien esta biografía de Eléda, en la cual ni un secreto hay oculto, y díganse luego á sí mismas si esta mujer es vituperable, si seguir su ejemplo sería vergonzoso.

* * *

Y ahora intentaré mi propio análisis psicológico, advirtiendo que yo tampoco soy una excepción de inteligencia y de bondad; no soy más que un hombre, crecido, como tantísimos millares de hermanos míos, en aquella escuela educatriz del dolor, que, en conclusión, es la vida; un poco escéptico, un poco pesimista, pero también un poco optimista cuando pienso en el porvenir; — optimista de la escuela positiva — hombre de contradicciones, como por otra parte me parece lo somos todos en este período de palingenesia social.

Amo Eléda, ó mejor dicho, le quiero bien, como prefiriere llamar, con agudeza de raciocinio, nuestra compañera. Para nosotros, el amor, según que es verdadero ó es simulado, es la forma ó patológica ó quijotesca del afecto; es aquella forma congestional que levanta al adolescente hacia las nubes luminosas de la adoración platónica, donde Dante vé pasar á Beatriz

benignamente d' un illtá vestuta

ó es el terrible martirio del Leopardi, es el suicidio, es el delito de los miles ignorados; cuando no es la simulación de altos sentimientos, la profanación de una noble locura en una vulgar comedia, que tiende á conquistar un cuerpo, una dote, una posición social.

Querer bien, es la forma fisiológica, normal, común, del afecto. Querer bien, oscila entre los 20° y los 80° del centígrado del amor; más bajo, está el capricho, la simpatía de un día, de una hora, que — gentil y ligera — llega, besa y pasa; más alto está la locura sublime ó la ridícula estupidez. Querer bien, es una mezcla apetitosa de voluptuosidad, de sentimiento y de inteligencia, en proporciones que varían, según los individuos que se quieren bien. En conclusión, « querer bien », me parece que es lo que debería bastar á la felicidad afectiva de la pobre especie humana.

Así es, que, quiero bien á Eléda; le quiero bien de

— 11 —

modo subjetivo y objetivo, ó sea: le quiero bien por ella y por mí.

Si la quisiera bien sólo por mí, por los goces que me da, por el calor que ha aportado á mis pensamientos, debería decir, con más exactitud, que « me quiero bien ». Sería un afecto, nobilísimo cuanto queráis, pero suístico, como el afecto que tenemos á nuestros pulmones, á nuestro estómago, á nuestra piel por los servicios que nos prestan, por la necesidad que de ellos tenemos; como el afecto que se siente para las flores recién cortadas y puestas en agua sobre nuestra mesa; como el afecto que decimos sentir para con los canarios cuando cantan bien en su jaula. Son amores subjetivos; no queremos bien, pero « nos queremos bien », queremos bien á nosotros mismos.

Quiero bien, además de á mí, también á Eléda, y por eso deseo que encuentre en este mundo — ya que al otro hemos renunciado — todos aquellos fugaces momentos de felicidad, y todos aquellos días serenos que le sea posible encontrar. Y como no soy tan presuntuoso, lo que valdría decir tan imbécil, de creer que soy, ni toda, ni una gran parte de felicidad para Eléda, me complazco en sus afectos pasados, con los presentes y en los futuros. Lejos de atormentarme con celos retrospectivos, hablo con ella voluntariamente de los dos amores que han ocupado tanta parte de su vida; procuro conservarlos en su memoria, resucitar sus emociones. Amo á aquellos dos seres extintos que tanto amaron á mi amiga, y tanto fueron por ella amados. Con quien censervo un poco de antipatía, es con aquel tercero, que rápidamente pasó en la vida afectiva de Eléda. Y la conservo, porque no era digno de ella, porque no la quiso lo suficiente, porque no fué lo suficiente amado. Porque, en suma, aportó pocos momentos de felicidad á la vida de la amiga.

Amo Anibal, porque sé que Eléda lo ama profundamente y está orgullosa de su amor. Hé ahí porque — antes de comenzar nuestra relación — cuando se temía que el dolor de Anibal pudiese ser incurable, le dije con firmeza y sinceridad:

— Oye; si mi afecto debiese hacer trozos el tuyo, preferiría dejar las cosas tal como hoy están.

He ahí porque, por la noche, acompaño á menudo á su casa, desde nuestro punto de reunión, á Anibal y á su compañera, y les augaro afectuosamente las buenas noches.

He ahí porque estoy contento que, cuando Eléda dice

— 12 —

á Aníbal: « Voy con *Cardias* » le dé y reciba de él un beso.

He ahí porque me torturaban las explosiones de desesperación que, en los comienzos, vencían á Aníbal, cuando abrazaba y besaba á nuestra Eléda, susurrándole entre lágrimas:

— ¡Cuánto sufro, qué loco soy! Lo sé que continúas queriéndome, que me quieres más que antes. Pero tengo miedo; miedo de que amarás á *Cardias* más que á mí, porque es más inteligente que yo. Te quiero demasiado, y soy injusto contra el compañero. Hago mal; lo veo; lo siento; me vuelvo tonto, me volveré loco, quisiera morir. Quiéreme mucho, porque yo te quiero tanto!....

He ahí porque estoy contento ahora, que, entre Aníbal, Eléda y yo, hay un perfecta ecuación de afectos, y los cuidados de uno, ó por uno, no turban la serenidad del otro.

¿ Pensará alguien que este anulamiento de los celos sea carácter ó signo de una psiquis débil, linfática ó adiposa? ¿ Que esta quietud del ánimo sea el sueño del lirón? ¿ Que este episodio de amor se desenvuelva entre tres amigos de vida tranquila? Si alguien lo pensare está en un error; porque en nosotros se agita hoy la sangre de la humanidad moderna, hormiguea en nuestro cerebro el pensamiento de nuestros tiempos, corren por nuestros nervios las sensaciones equilibradas y fuertes de la virilidad.

Si de algún centímetro somos *déplacés*, no lo somos seguramente al inferior de la humanidad, sino por encima: á aquel cercano encima que pronto la sociedad humana debe alcanzar, porque su ley eterna no es el descender sino el ascender.

Así como del pensamiento de los demás tomo los elementos que, junto con mis propias observaciones, concluyen por constituir mis ideas, del mismo modo de la consciencia de los demás tomo buena parte de eso que constituye mis sentimientos. Pero para mis sentimientos como para mis ideas, ni temo el escarnio, ni deseo el elogio de los demás. Cuando puedo hacer constar en mí mismo, que los sentimientos é ideas se corresponden perfectamente, mi consciencia vive modestamente segura, aun cuando ella estuviese en pugna con la consciencia de toda la humanidad. Con esta seguridad, llamada si queréis ingenua seguridad, confío al público hipócrita y beatocho mis confesiones.

— 13 —

Narrado el episodio, quisiera señalar la teoría en el pensamiento y en la moral socialista.

Corre entre la gente, y es aceptado é indiscutido, el dogma de que no puede amarse á varias personas al mismo tiempo.

Si no fuese dogma, y no fuese también opinión generalmente aceptada, ¿cuanto trabajo se necesitaría para demostrar la verdad? Entonces, la verdad — natural, espontáneamente aceptada — sería que, excepcionalmente, se puede amar una persona sola.

Pero cuando todos, ó la mayoría creen una bestialidad, no tienen necesidad de demostrarla; todo lo más que hacen es apoyarla con algún proverbio vulgar, ya que de proverbios, la ignorancia popular no ha sufrido escasez. Toca á los herejes la confutación del dogma, la demostración de que, lo contrario, es la verdad.

Amar más de una persona contemporáneamente, es una necesidad de la índole humana.

He ahí la tesis que una legión de doctos podría desarrollar en una colección de volúmenes. Yo no soy docto, no solamente para desarrollarla; soy apenas capaz de comprenderlas intuitivamente. Pero también el pueblo es más apto para comprender intuitivamente que para analizar, y tal vez le bastarán estas pocas páginas que puedo dedicar á esta tesis.

Fisiológicamente, el amor es el perseguiimiento de la voluptuosidad, cuya consecuencia involuntaria es la perpetuación de la especie. Fisiológicamente, el macho goza, dentro el límite de sus fuerzas, de cuantas hembras encuentra dispuestas al acoplamiento; y cada hembra, en la época de la evolución, goza cuantos machos halla. Entre las plantas fanerógamas — donde los sexos están mejor caracterizados — la promiscuidad es la ley. la monogamia es la excepción. El casto lirio encierra en su nivea corola cinco estambres al rededor de un solo pistilo, y la misma reina de las flores acoje al rededor del único *genulario* un regimiento de machos, que representan muchas veces el múltiplo de cinco. Pero si queréis considerar los estambres de una flor, como los muchos órganos sexuales de un solo macho, pensad en tantas especies de plantas que llean flores machos sobre algunos individuos y flores hembras sobre otros. Son nubes de pólen provenientes de millares de machos, que el viento lleva lejos en sus torbellinos á besar las flores hembras que esperan. Los gránulos de pólen de una misma antera, ¿quién sabe sobre cuantos pistilos se posan? ¿Quién puede decir por cuantas anteras queda

fecundado un genulario? Si muchas variedades de plantas pertenecientes á una misma especie se siembran muy cercanas, se suceden innumerables bastardeos.

Las flores negaron la fábula de la monogamia y de la fidelidad conyugal. Asimismo entre los animales la monogamia es una excepción, casi toda encerrada en el orden de los pájaros, donde la obra de la incubación y los cuidados de los pequeñuelos la hacen necesaria.

En la historia primitiva de la humanidad encontramos el matriarcado; mucho más tarde, y bajo la influencia de razones económicas y políticas, vino el patriarcado poligámico, y después el marriage monogámico.

Pero escuelas filosóficas, sectas religiosas y rebeliones personales afirmaron en todos tiempos, hasta nosotros, el amor libre, como protesta de la naturaleza y de la razón.

Pero lo que más debe tenerse en cuenta, es que la mujer ha amado siempre á alguno además de su marido; y que el hombre siempre amó á alguna además de su mujer. Raramente, excepcionalmente el nuevo afecto ha muerto al antiguo; si fuese diversamente, ningún marido sería amado por su mujer y ninguna mujer por su marido. Las más de las veces, los dos afectos viven en paz en el mismo corazón, contribuyendo esto, á que uno vuelve el otro más tierno y más expansivo. Es el amor libre menos la lealtad, ó más la mentira, la grata mentira; es la sofisticación del amor libre; es el adulterio.

¿Y cómo podría dejar de imponerse el amor libre?

Se ama una persona por ciertas cualidades suyas; la belleza, el espíritu, la bondad, la inteligencia, la fuerza, la bravura. ¡Y cuántas gradaciones, cuántos esfumes, cuántos modos de ser hay por cada una de estas cualidades! Amaréis la persona que posee, entre estas cualidades, aquella que á vosotros más os plazca. Pero después encontraréis otra persona, varias, que las mismas cualidades, la misma atracción poseeránla en grado mayor ó menor, y no podréis por menos que amarla. La hipócrita moral logrará alguna vez condenaros á un ridículo martirio, pero las más de las veces destruirá la substancia de la monogamia y conservará de ella sólo la forma.

El amor es único y exclusivo en los organismos inferiores, porque se resume todo en un acoplamiento que mata los amantes y da vida á la prole. Pero la especie humana elevándose, por ciertos aspectos, por encima de la animalidad, reñaba, procediendo del simple al com-

— 15 —

puesto, sus sensaciones primordiales, sus primordiales necesidades. Ahora, y desde todo el ciclo histórico, no es ya una hembra cualquiera en su periódico momento de amor que conmueve la psiquis del hombre; no es ya el primer macho venido el que la mujer desea tener en sus brazos. La sensación primordial se ha hecho policroma, desde que tantas centellas de belleza — de belleza plástica, de belleza moral, de belleza intelectual — han surgido del seno del rico poliedro humano. Desde que en el abrazo la especie humana se dijo dulces y misteriosas palabras, desde que la ternura y la bondad brillaron en los ojos de la mujer, y la inteligencia y la poesía en los ojos del hombre, el amor dejó de ser la necesidad simple y primordial de un acoplamiento cualquiera; entre un solo macho y una sola hembra no pudieron ya cambiarse todos los elementos del amor.

Así es, que, el amor podría aún ser único y exclusivo en estos dos casos: cuando en la persona amada no se desea más que el sexo, (y necesitase vivir en el último grado de la escala humana para que ésto pueda suceder), ó cuando en la persona amada está compendiada toda la belleza, toda la bondad, toda la inteligencia, en una palabra, cuando están compendidos todos los atractivos del otro sexo. (y necesitase ser bien tonto para suponer que ésto ocurra) Pero como que de estos atractivos sólo puede existir una mínima parte, el sentimiento corre involuntario á buscar los demás.

De hecho, en las clases sociales más ricas, donde — bajo ciertos aspectos — la índole humana se ha elevado, el sentimiento del amor asume una forma más compleja, más rica de líneas, de colores, de esfumados, de penumbras, que siempre puede más difícilmente realizar en una sola persona el tipo soñado; y las relaciones afectivas, en aquellas clases sociales, son más delicadas, más altas, más numerosas — malgrado la hostilidad del ambiente social — é indiscutiblemente más libres, de lo que no lo son en las clases artesanas y campesinas.

Siento no haber dado la demostración inconfutable de la tesis expuesta: *« Amar más de una persona contemporáneamente es una necesidad de la índole humana ».*

En una controversia pública donde con las cavilaciones más estúpidas y con las paradojas más brillantes se acostumbra á sostener y hacer triunfar las causas más absurdas, el público — fiero de pudor y de honestidad convencional — probablemente me silbaría y aplaudiría á mi contrario. Pero tú que me lees, completarás

mi demostración y la tornarás más incontestable, si tienes el valor de interrogar á tu conciencia, á solas, se entiende — porque probablemente tú temes también los silbidos — y preguntarle:

* Conciencia mía, nadie nos oye ni nadie nos ve. Conciencia mía, ¿puedes jurar, sin decir mentira, mi fidelidad? ¿No te has dado cuenta de que aquel único afecto no bastaba á llenar mi corazón? ¿No te fijaste en aquel otro amor, que no mató al primero? ¿No has sentido mi fantasía, volar entorno ligera, ávida de belleza, de espíritu, de ternura, de saber? ¿No has oído las feroces batallas inútiles y sin gloria, que tu seno ha librado, el amor y el deber, el deseo y el miedo, la ternura y la vergüenza? ¿No los has visto los gérmenes nuevos que en la primavera se hinchaban en el tronco de mi corazón? Estaban llenos de hojas y de flores, aquellos noveles gérmenes; ¿quién sabe cuáles esplendores de verdor, cuales delicadezas de aroma y qué dulzura de frutos, podían dar á mi triste vida? Y yo los he destruído, porque destruílos era deber, porque respetarlos era pecado. Dime, dime conciencia mía; — estamos solos y nadie nos oye — si en el mundo no existiesen el deber y el pecado, ¿no sentiría yo la necesidad de amar á alguna otra persona, sin causar daño á la que amo? Conciencia mía, respóndeme por una sola vez la verdad.*

Y si la conciencia te responde la verdad, para tú, que me lees, este libro ha concluído.

* * *

El derecho á la plena libertad de amar me parece indiscutible. De hecho, todos los códigos y todas las religiones lo niegan á las personas casadas, la moral de parada de este siglo lo niega á los jóvenes.

La libertad de amar pertenece á la categoría de las libertades corpóreas, que son las más esenciales, las más necesarias, las de más difícil supresión. Hasta que no se restaure el principio jurídico de la esclavitud — y equivale á decir jamás — será imposible negar el derecho y la facultad de disponer libremente de la propia persona, tanto del propio cuerpo como del propio sentimiento. Y no me vengáis con la restricción que una libertad, un derecho, concluye allí donde lesiona otra libertad, otro derecho. Si cuando mi derecho pasa, alguien sufre y llora, yo podré deplorarlo, y aun podré renunciar á mi derecho; pero si pretendéis negármelo, entonces tanto vale declarar mentira la libertad.

— 17 —

El derecho de amar libremente, ¿podrá ser cancelado de la promesa de fidelidad conyugal? Si ésto fuese, necesitaríase restablecer la indisolubilidad de los votos monásticos, que se pronuncian con tanta imprevisión, tanta cuanta se usa ordinariamente al pronunciar los votos matrimoniales, ó simplemente la promesa de exclusivo y libre afecto. En uno y otro caso, es en el conocimiento de las condiciones, de los sentimientos de un día, que se hipoteca toda la vida; la vida, que estará llena de circunstancias bien diferentes de aquellas que se previeron. Una promesa de fidelidad es muy deplorable, porque es muy fátua y poco sincera. Pero una tontería no puede destruir un derecho natural, imprescriptible é inalienable.

Estas cosas las sabe muy bien la gente, y las pone en práctica cada día. Sólo que, el derecho, ejércese en el misterio, como el hurto; y aquello que debería ser el libre comercio, asume el carácter placentero y provocativo — pero poco digno — del contrabando.

Por otra parte, cuando nosotros los anarquistas decimos á la gente adulta y sana de mente, «*haz lo que quieras*», es la forma simple, pero real y comprensible, bajo la cual entendemos el derecho.

* * *

Pero, ¡qué pocos son los caracteres enérgicos, de rebelde! Y tantos, que saben desafiarlo todo, — desde el ridículo hasta la muerte — vacilan y doblegan débilmente ante el temor de adolorar la persona amada.

Para introducir esta reforma en nuestras costumbres, no basta generalizar la convicción, que, la absoluta libertad de amar es necesidad natural y derecho personal. No basta que uno de los dos amantes diga: «*sigue el nuevo afecto, libertad por libertad, yo te abandono*». O bien, con más inteligencia y mayor bondad: «*Tu nuevo afecto es gentil como el nuestro; no eres diferente de lo que eras y por eso te amo aún; ni dejo de amarte, ni te abandono, pero sufro*». No basta echarse en brazos de los términos medios, en las medias soluciones del prejuicio y del egoísmo peormente entendido; se necesita hecharse resueltamente ó de una parte ó de otra. Si nos declaramos por la libertad, será necesario ayudar á los demás á hacerse libres, como nosotros tenemos necesidad de que nos ayuden. Si creemos tener la santa libertad en casa nuestra, solamente porque hemos dicho á la compañera: «*Haz lo que quieras*», ó no

habremos entendido nada de la vida, ó habremos entendido lo suficiente para ser hipócritas como todos. La compañera apasionada en realidad, no hace nunca *lo que quiere*, sino *lo que debe* — ó sea, aquello que *cree deber hacer* — para evitar al compañero un dolor, que ella comprende tácitamente amenazado.

Dirá el lector que caigo en la exageración y en el absurdo, mientras de hecho sigo la lógica y busco la verdad, mandando al diablo los prejuicios y las *serias* bufonadas como son actualmente la moral y la dignidad.

Hay que amar profundamente á nuestra mujer por nosotros, por nuestra felicidad, pero sobre todo por ella y por su felicidad. Hay que desearle sinceramente otros afectos que más cerca condúzcanla de la felicidad; y de este nuestro deseo hay que convencerla profundamente. Debemos ayudar á nuestra compañera á estudiar aquellos pequeños gérmenes de simpatía, que, no cuidados ó combatidos, nunca hubieran tomado completo desarrollo; de aquellos gérmenes de simpatía debemos, junto con ella, escojer y educar los más gentiles, hasta que la simpatía se convierta en amor, que vale tanto como decir elementos nuevos de alegría, de bondad, de educación personal y de social progreso.

Sobre estas formaciones geológicas del adulterio, que son nuestros tiempos, me parece que se puede ser ya hombres nuevos. Que me ahorquen si no digo la verdad. Cuando no existiesen razones extrañas á mi voluntad, diría á Eléda:

—Escucha; yo desco que un nuevo estremecimiento de juventud alegre el ocaso de tu vida. ¿Qué pequeña simpatía palpita en tu corazón? Confiámela. ¿Es pequeña? Crecerá. ¿No tiene aún forma concreta? Pronto asumirá contornos más precisos y colores brillantes. ¿Es aquí el jóven que más te gusta? Ámalo serenamente, porque es bueno.

Y quisiera anunciar al tímido joven la buena fortuna; é invitarle á cambiar el primer beso de promeso; y ornar de flores mi lecho para su primer encuentro; y recibir al joven en el dintel de mi casa, besándole en las mejillas como á un hermano; y volver más tarde y encontrarlos abrazados y besarlos en la frente como á niños felices. Todas estas diabluras quisiera hacer; y siento de las haría á pesar de un resto de celosía, pero bajo una coraza de bondad, de afecto y de razón.

Si procuro arrancar el amor libre — que para mí significa casi siempre amor múltiple y contemporáneo

— 19 —

— de las regiones del adulterio, de la vergüenza, del ridículo, donde lo han confinado, para conducirlo,

radiante de justicia y de piedad,

alta y pura la frente, la mirada serena y sonriente, el corazón fuerte y seguro; en suma, sano, joven y bello, en medio de las gentes que lo renegaron, con esto, no tiendo tan sólo al triunfo de la santa ley de la naturaleza, á la afirmación enérgica del derecho; tiendo también á otro objetivo, que tal vez es más alto y más grande: miro á la destrucción de la familia.

Los charlatanes de la moral, los impostores de la religión, los embusteros del arte, los tontos de la escuela, y toda la numerosa canalla que ha bestializado el carácter humano, han opuesto á la nauseabunda realidad de las familias, la abstracción poética, gentil y santa de la *familia*. Nos han levantado de cascos, soñando un ideal irrealizado é irrealizable, mientras la realidad de nuestras familias nos ahogaba en el dolor y en la infamia. Nos han traicionado, mostrándonos oípel como si fuese oro, prometiéndonos vino, cuando sabían perfectamente que la cuba sólo contenía, y no podía contener otra cosa, que vinagre. Merecerían que destrozáramos su ideal embustero, aun cuando tuviese el valor artístico de una *madonna* del Perugino; pero desgraciadamente estamos aún demasiado imbuidos de estética moral, y la ficción, la abstracción, la fábula de la familia santa y pura dejémosla entre las creaciones de la humana fantasía.

Pero para la familia real, para la familia que existe en la dolorosa realidad de la vida, ni una consideración, ni un respeto; cada puntapié que pueda dársele es una buena obra.

Creo yo también que la especie humana tiene reminiscencias canallescas; pero el ambiente doméstico me parece que es el que más amorosamente lo educa y mejor coopera para que resucite la bestia humana.

Si la familia pudiese vivir en la calle, bajo la escudriñadora mirada de la sociedad, ó, como dijo no sé quién, en una casa de cristal, podría tal vez atenuar un poco su ferocidad, su vileza, su corrupción. Pero la pareja humana encerrada dentro la familia tiende á aislarse en la caverna, en la cabaña, en el tugurio, en el palacio, donde puede. Y el sagrario doméstico, el inviolable santuario de la familia, el secreto gineceo se convierte en el subterráneo de la santa Inquisición, en la celda secreta de la Bastilla. Las peores brutalidades

humanas están allí dentro, porque quedan veladas é impunes.

Es en el santuario de la familia que el marido fuerza á la mujer á las suciedades de cortesana; es en esta santa arca intangible que se consume el incesto, la forma más repugnante del amor; que se practica la sodomía, la más abyecta de las infamias humanas; que se enton-tece en la masturbación, el vicio de la virtud. Es en la monarquía absoluta de la familia, que la mano del vil golpea las mejillas de la mujer; que los jóvenes crecen en los tristes hábitos de la obediencia, de disimulo, en el deseo de poder un día, á su vez, mandar. Fué en las trágicas riñas entre los genitores que los hijos — tomando parte en pro del padre ó de la madre — aprendieron á odiar. Fué en la parcialidad, en la predilección por uno de ellos, que los hermanos aprendieron la envidia y los celos. Fué en las primeras enseñanzas maternas que aprendieron el egoísmo, la superstición y la mentira. En la familia, la prole repite y perpetua el estúpido cliché de los genitores.

No vengáis á sostenerme que las familias abyectas son la excepción; numeradlas, si podéis, y encontraréis que son la regla. Ni puede ser diversamente, porque en la familia la impunidad de cada acto-reo es casi segura; por lo cual podría sostenerse rigurosamente que, — dada la maldad actual de la especie humana, por nadie puesta en duda — todas las familias, más ó menos, están corrompidas, y aquellas que parecen honestas y pulcras, deben esta civil apariencia al disimulo y á la hipocresía.

Y no me opongáis á la familia la libre unión de los socialistas, su libre familia; es familia como todas las demás; de libertad sólo puede tener y tiene efectivamente, sólo una larva teórica, porque familia y libertad son términos contradictorios.

Lejos de mi ánimo el pensamiento de hacer el proceso á la vida de familia y de escribir su requisitoria. La familia se procesa á sí misma cada día más; á cada momento se descompone y decae.

Las crónicas de las gacetas son sus boletines sanitarios, que certifican el empeoramiento del mal; las novelas y las comedias son los episodios de la inmensa catástrofe; Balzac y Zola son los ingenieros que señalan las grietas del viejo edificio; el agudo periodista que satiriza maridos y mujeres, padres é hijos, suegras y yernos, es el escéptico sacristán que toca á muerto.

Para mí, estoy tan convencido de que la familia es

— 21 —

el mayor estercolero de inmoralidad, de maldad, de ignorancia, que, si me fuese posible destruir, escogiendo uno de los grandes azotes humanos: la religión ó la langosta, la propiedad individual ó el cólera-morbo, la guerra ó los mosquitos, el gobierno ó los pedriscos, el parlamento ó las úlceras, la patria ó la fiebre palúdica, sin titubear escogería la destrucción de la familia.

Pero la familia no es de aquellas instituciones que se pueda destruir desde el exterior, y mucho menos con la violencia. La resistencia, la reacción sería inmediata, general, irresistible. Es una de aquellas instituciones que primeramente deben destruirse en la conciencia popular, y después caer materialmente por auto-destrucción interior.

Sé muy bien que, todo cuanto, hasta el presente, fué puesto en lugar de la familia, no vale un céntimo más que ésta; que los asilos de bastardos son carnicerías, que los colegios de pensionistas son casas inmundas, que los amores de una hora son fátuos y venales.

Pero sé también que cuando la aristocracia intelectual y moral de los hombres, la masa interesada de las mujeres, con la práctica evidente del amor libre, habrán borrado de la faz del mundo la mentira de la paternidad, la familia quedará por mitad destruída y deberán necesariamente surgir, espontáneas, las relaciones sociales llamadas á sustituirla.

También el instinto de maternidad es transitorio y destinado á desaparecer. Se ha desarrollado paralelo á la necesidad natural de criar la prole; así es que no existe en aquel orden de animales que pueden abandonarla apenas nacida; y se atenúa en las clases sociales, que dan á crecer sus hijos fuera de casa. Si un día la sociedad puede ofrecer á las madres algo que valga realmente más que su lactancia y su obra de primera educación, desaparecida la necesidad de criar los hijos, también el instinto materno desaparecerá grado á grado, y los afortunados de aquellos tiempos respirarán satisfechos pronunciando el *finis familias*.

* * *

Como la familia es actualmente la principal razón de ser y el principal sostén del régimen capitalístico, por las mismas razones es incompatible con la vida socialista.

Si se tratare de una forma colectivista y autoritaria, el amor exclusivo de la mujer y de la prole aguijoneará

á todos hacia la conquista del poder y de la riqueza, y el mundo social volverá á ser un campo de batalla. Si se tratare de una forma comunista y anárquica, cada uno procurará concentrar al rededor de su familia la mayor cantidad de bienestar, aunque sea á costa de los demás. La solidaridad será una teoría mientras el hombre vea de un lado la mujer y los hijos y por el otro la humanidad. Y los padres de familia más inteligentes, más trabajadores, más enérgicos creerán en la comunidad sacrificados sus hijos, y se estrecharán en alianzas reaccionarias. Por grandé que sea la producción social, los padres rivalizarán en disiparla, temiendo que no toque á sus hijos lo suficiente. Por abreviado y más genial que fuere el trabajo, los padres temerán siempre producir demasiado, cuando vean que no producen exclusivamente para sus hijos.

Gerónimo Boccardo escribió, muy justamente por cierto, en su Diccionario universal de economía política, al tratar de la palabra *Comunismo*: «Del corazón paterno no podréis jamás extirpar un potente instinto, el amor para su prole; él trabajará para ellos, para ellos acumulará los productos de su trabajo, y héte ahí que el instinto de la propiedad renacerá... La lógica os fuerza á ser comunistas hasta el extremo, á abatir la familia con aquel mismo golpe con que abatís la propiedad, ó bien á admitirlas y respetar entrambas».

Bien dicho, pardiez. Liberémonos de entrambas.

Y si no nos liberamos de la familia, la familia destruirá el comunismo. Probablemente esto es lo que ha sucedido en muchas colonias comunistas norteamericanas, fundadas sobre el principio de familia, que cayeron, ó vivieron anémicas, ó debieron apoyarse en el sentimiento religioso, mientras prosperaban casi todas aquellas que establecieron el celibato. El celibato casto es una aberración fisiológica y moral; sin embargo, comunísticamente, vale más que la familia. También en la colonia Cecilia casi todas las dificultades de orden interno provienen del egoísmo de familia, y deberían desaparecer con el amor libre. La inteligente población comunista de Oneida vivió floreciente treinta años con el amor libre, que llamaban *matrimonio complesso* (1), y cayó á pesar de esta civil costumbre, por causas de otra naturaleza.

Cambiad los ritos y los nombres cuanto queráis, suprimidlos si así os place; pero mientras tendréis un hom-

(1) *Matrimonio complicado*: traducido literalmente.

bre, una mujer, hijos, una casa, tendréis la familia, que equivale á decir una pequeña sociedad autoritaria, celosa de sus prerrogativas, económicamente rival de la gran sociedad. Tendréis los pequeños territorios tiranizados por los fuertes, tendréis los ambientes circunscritos, en los que el amor se explica en todas sus más erróneas y dolorosas manifestaciones, desde los celos al delito. Y como que la vida colectiva resulta en parte de la suma de todas las vidas individuales; y como que los hábitos privados influyen grandemente sobre los hábitos públicos, será minada y poco segura la existencia de una sociedad que pretendiese regirse contemporáneamente bajo dos principios contradictorios; el egoísmo de la vida doméstica y la solidaridad de la vida colectiva. En el duelo formidable que necesariamente se empearía, no es fácil prever cual de los dos principios combatientes tocaría sucumbir.

La armonía de las refacciones económicas entre el individuo y la sociedad podrán ser natural y espontáneas solamente cuando todas las mujeres serán consideradas como posibles amigas y todos los niños como posibles hijos. Entonces el afecto de las mujeres más bellas y seductoras será el premio anhelado por cada hombre; será el estímulo que substituirá la riqueza y la gloria en la contienda humana de talento, de laboriosidad, de valor: la competencia sexual — que tanta parte toma en la lucha por la existencia y en el perfeccionamiento de la especie — hará trozos las capillas artificiosas, desparramándose en la amplitud natural de la vida. Los individuos mejores se encontrarán, en provecho de la especie, porque las virtudes tienen su lado artístico, su atractivo de belleza, y, hoy aún, á pesar de toda la fatuidad del sexo y de la educación, espontáneamente, sin la idea ficticia del deber social, muchas veces la mujer se interesa más por el hombre inteligente y bueno, que por el perfumado y estirado fanteche de Nürimberg.

Y mientras el amor es de este modo estímulo y premio de civiles virtudes, es también por sí mismo elemento de educación. Todos se vuelven mejores, amando; sienten la influencia moral que recíprocamente ejercen, una sobre otra, dos inteligencias enamoradas. Amemos, pues, el mayor número posible de personas; recibamos de cada una aquel especial elemento educativo que posee y que pueda darnos; asimilemos todos estos elementos á nuestro propio carácter, y de este modo podremos decir que el amor libre nos completa,

nos integra, nos mejora, nos vuelve aptos hacia formas superiores de vida social.

* * *

Se afirma que la próxima revolución social emancipará económicamente á las mujeres; que, obrera, participará de derecho á la posesión de las riquezas producidas sin que sea por más tiempo, real ó aparentemente, mantenida por el hombre; que, consecuencia necesaria de su emancipación económica, será también su emancipación afectiva, y que, de tal modo, el problema del amor tendrá su solución espontánea, lógica y necesaria.

Estas previsiones me parecen poco seguras, más bien dudosas en el punto en el cual muévense. Dadas las opiniones universalmente aceptadas, las costumbres dominantes, los sentimientos en los cuales impera la conciencia popular, no es el caso de preguntar: ¿La revolución social emancipará económicamente la mujer? Y si no: la mujer económicamente emancipada, ¿podría emanciparse, por este solo motivo, de los prejuicios morales, de la despótica supremacía afectiva del hombre?

Con los vientos que corren aún entre los hombres más despreocupados, entre muchos anarquistas que creen ser los más fervidos fautores de libertad, pero que en el caso de amor son aún musulmanes ó algo peor, tanto que tienen á sus mujeres apartadas del movimiento social, la duda se impone. Verdad es que la emancipación económica de la mujer está escrita en todos los programas socialistas, pero lo está más como parte ornamental, que sin pensar se escribe y alegremente se abandona, que como parte esencial y necesaria, concisamente, enérgicamente querida, signo de batalla por el cual se vence ó se muere. Y es natural que así sea, porque el sexo corresponde grandemente á la clase social.

Del mismo modo que toda clase combatió siempre por sus intereses, y nunca para emancipar á otras clases á ella sujetas, así los hombres, que hoy se complacen en la posesión exclusiva de sus mujeres, ni defenderán, ni consentirán una emancipación económica que pondría en peligro aquella posesión, que la destruiría completamente. Los pretextos, para negar mañana la emancipación hoy prometida, no faltarán, y tendrán hasta visos de razón, porque hombre y sofista son un mismo animal. Durando los sentimientos actuales sobre el amor y la familia, la desidia aportaráse sobre un

— 25 —

campo mucho más delicado y quebradizo que no es el de hoy, sobre el cual combate la burguesía por sus privilegios económicos; el más convencido anárquico de entonces, si combate por su mujer, será tan reaccionario, tan feroz, tan implacable como hoy lo es Alfonso Rotschild combatiendo por sus millones. O las ideas de los hombres sobre el amor toman otro camino más razonable, y logran hacer entrar en él á las mujeres, ó la revolución social no será más que el triunfo del proletariado masculino; costumbres nuevas surgen en la conciencia popular sobre los detritus de las viejas costumbres, ó las mujeres constituirán el quinto estado de la sociedad que está por venir, ó los hombres encontrarán conveniente renunciar al mismo tiempo á su propiedad y á su mujer para participar de la posesión más grande, más rica, más variada de NUESTRAS propiedades y de NUESTRAS mujeres; más exactamente dicho: ó los hombres encontrarán más conveniente renunciar á la mujer como *cosa* apropiable, para obtenerla libre amiga en las mutables eventualidades de la libre vida, ó las mujeres — que no pueden ya descender á ser animales graciosos y benignos — deberán prepararse para dar ellas la última batalla, para integrar toda la humanidad en una sola y libre asociación.

En uno ú otro caso, así como las relaciones económicas fueron la cuestión del siglo XIX, del mismo modo las relaciones afectivas serán tal vez la cuestión palpitable del siglo XX.

* * *

Concluamos. No la promesa inatendible de emancipar económicamente la mujer y ofrecerle una unión libre, que no lo es, pero sí la destrucción espontánea de la familia, es lo que debería entrar ya valerosamente en todo programa socialista; y en la moral socialista me parece que debería comprenderse ya el amor libre, como múltiple y contemporáneo enlace de afectos, por todos deseado, de nadie temido.

La expresión «amor libre» que he usado en este librito, no es muy conveniente, porque con las mismas palabras se designa á menudo otra cosa, y porque *libre* se puede decir el adjetivo necesario y siempre incluido en el concepto de amor. Es útil encontrar una expre-

sión adaptada á aquel modo de relaciones afectivas que he indicado, como á aquel que debe surgir á la muerte de la familia bajo la forma que fuere; es útil por brevedad de lenguaje y para claridad de ideas. Excluido el término de «unión libre», que significa otra forma de familia; excluido el término «poliandria poligámica», que puede ser simplemente un matrimonio en cuatro y una familia más numerosa, quedan los términos de «matrimonio complejo», ya usado en Oneida, y el de «maridage comunal», usado por Morgan y por Kropotkin. Yo preferiría sin embargo la expresión «abrazo anarquista», ó mejor la de «beso amorfista», que me parece significa más claramente la negación de toda forma doméstica en las relaciones sexuales.

Me place poder añadir que la iniciativa del caso amorfista relatado en este folleto, ha sido recientemente imitado por otra mujer valerosa. Este segundo caso es aún más significativo que el primero, porque la heroína hace apenas dos años que salió de las incultas clases agrícolas de Italia; estaba ligada por diez y ocho años de vida matrimonial y por una corona de cinco hijos. Sin embargo, ella también ha sentido surgir un nuevo afecto al lado del afecto antiguo; y noblemente lo ha manifestado al padre de sus hijos, y ha sido tan afectuosamente elocuente en el expresar la necesidad de procurar el triunfo de nuestras ideas, por el principio de familia amenazadas, que su compañeroapuró heroicamente el amargo cáliz, y, en un encuentro de ayer tarde, nos ha dado él mismo la noticia de la fausta nueva. Todos nos hemos alegrado con él por la fuerza de ánimo con la cual ha sabido cumplir su deber, y con la mujer por el espíritu de independencia y de lealtad que ha demostrado.

Es otro paso seguro que la colonia Cecilia ha hecho, sobre los prejuicios, hacia su sonriente porvenir.

FIN

Abril, 1893.



EL POR QUÉ SE FUNDIO la colonia socialista CECILIA

Después de algunos años de existencia, fundióse la colonia «Cecilia». Las causas que determinaron su disolución las explica el mismo Rossi, fundador de dicha colonia, en una carta que escribió á un amigo suyo de Suiza.

Hé ahí el documento:

«... Ahora que ha pasado algún tiempo desde la disolución de la colonia «Cecilia», pareceme se puede considerar el hecho con la mayor serenidad posible, y poder distinguir exactamente las causas generales del fracaso, de las causas secundarias y anecdóticas.

• Para mí, ni unas ni otras son en detrimento del ideal del comunismo ni de la Anarquía. Ten en cuenta que esta no es apreciación de *sectario*, como dicen los burgueses; pues si bien me siento, más aún que antes, anarquista, no me siento tan comunista como antes. Tengo la intuición de otro sistema económico, á mi parecer más natural, más espontáneo, más razonable y más útil, si no más justo, del comunismo. Lo he expuesto en un folleto inédito aún, *El Paraná en el siglo XX*. A pesar de este mi cambio de simpatías, estoy seguro que la colonia «Cecilia» no cayó porque fuera comunista y mucho menos porque fuese anárquica. Cayó porque fué pobre, y fué pobre porque principió con poquísimos recursos, con personas incapaces para los trabajos agrícolas, y porque se encontraba sola en el mundo, que le era económicamente extranjero. El entusiasmo es un estado nervioso excepcional que no puede durar siempre, y el entusiasmo decayó entre los cecilianos. Gozábamos de la libertad en nuestras relaciones intercas, pero nos faltaba el bienestar material, y el hombre estima y desea algo más de lo que posee. Nuestro pe-

queño mundo anárquico era demasiado pequeño, y por consiguiente, demasiado pobre para proporcionarnos el pan blanco, la botella del vino, la butaca al teatro, la blanda cama, la compañera amorosa; contrariamente a la retórica de los poetas, hemos preferido las rosas de la esclavitud á las espinas de la libertad. Teneis que comprender muy bien esto: que cuando una comunidad sea agrícola, sea industrial, no tiene capacidad ni medios de producción suficientes, sus miembros estarán mejor siendo explotados por el capitalista y convertidos en asalariados.

» Esto es, para mí, la verdadera causa que preparó poco á poco la disolución de la «Cecilia». Si el mundo entero se hubiese hecho ceciliano, sostengo que aún subsistiría.

» Las causas accidentales, las culpas individuales, los incidentes personales y particulares que han precedido, acompañado y seguido á la disolución, no tienen, á mi parecer, ninguna importancia. En casos semejantes, las personas de menor inteligencia se complacen en acusarse recíprocamente. Yo encuentro, al contrario,— y no por esto me considero más inteligente — que todos hemos hecho cuanto pudimos, cada uno según su capacidad. Algo de bueno y algo de malo, todos lo hemos practicado; porque todos somos un poco razonables y un poco insensatos; poseemos un lado bueno y otro malo.

» Según mi parecer, la «Cecilia» no ha sido un fracaso. Ha sido un experimento que pasará á la historia, que duró lo suficiente para que la idea orgánica de la Anarquía pudiese ser puesta á prueba. Y salía incólume del experimento.

» Esto desde el punto de vista científico. Desde el punto de vista de propaganda, me parece que, especialmente por tus trabajos de traducción, la «Cecilia» ha efectuado tanta en tres años, que probablemente no hubieran efectuado otro tanto sus miembros en otras condiciones de vida.»



Biblioteca de "La Questione Sociale"

Folletos publicados:

1. **Á las hijas del pueblo** (agotado).
2. **Á las muchachas que estudian.**
3. **La Religion y la Cuestion Social.**
4. **Á las proletarias.**
5. **Un episodio de amor en la colonia socialista Cecilia.**

De próxima publicacion:

6. **Perché siamo anarhici.**
7. **Á los jovenes.**
8. **Conversaciones anárquicas, sobre la familia y el amor libre.**
9. **La Anarquía ante los tribunales.**
10. **La Anarquía, su filosofía y su ideal, por Kropotkine.**

La publicacion de dichos folletos depende de la ayuda pecuniaria y de la actividad de los compañeros. Así, pues, rogamos á todos los que tienen recolectadas algunas cantidades á favor de nuestra *Biblioteca*, se sirvan remitirlas á la mayor brevedad posible á la Administracion de *La Questione Sociale*, Corrientes 2039, Buenos Aires.

En la **LIBRERÍA SOCIOLÓGICA**, Corrientes 2039, se hallan en venta libros, folletos, revistas y periódicos que tratan de la Cuestión Social, redactados en distintos idiomas

LA QUESTIONE SOCIALE

Revista Sociológica
SE PUBLICA
por suscripción voluntaria

Corrientes 2039

LIBRERÍA SOCIOLÓGICA

2039 - Calle Corrientes - 2039

BUENOS AIRES



En venta:

Primer certamen socialista — Lindo volumen de 573 páginas. Contiene interesantísimos trabajos . . .	\$ 3.00
Segundo certamen socialista — Magnífico libro de 410 páginas, ilustrado con una artística lámina fototípica con los retratos de los <i>Mártires de Chicago</i> , y que, como el anterior, contiene trabajos dignos de estudio, premiados en dicho Certamen . . .	\$ 3.00
Los anarquistas , por César Lombroso	0.80
Lombroso y "Los anarquistas" — Refutación de Ricardo Mella á la tesis emitida por Lombroso en su libro	\$ 1.00
La sociedad moribunda y la Anarquía , de Juan Grave, con un prefacio de Octavio Mirbeau. — Elegante edición de más de 200 páginas.	\$ 1.50
La sociedad futura , obra escrita también por Grave. La recomendamos á amigos y adversarios	\$ 2.00
Psychologie de l'anarchiste , por A. Hamon	\$ 3.00
De la Commune à l'Anarchie , por Carlos Malato	\$ 3.00
La conquête du pain , por P. Kropotkine	\$ 3.00
Sociología anarquista , por J. Montseny	\$ 1.00
ALMANAQUE POPULAR de "La Question Sociale" para 1896	\$ 0.20
Evolución y revolución , por Ricardo Mella, y El gobierno revolucionario , por Pedro Kropotkine	\$ 0.10
El Estado , por Anselmo Lorenzo	\$ 0.20
La política parlamentaria en el movimiento socialista , por Enrique Malatesta	\$ 0.20
El crimen de Chicago	\$ 0.20
En tiempo de elecciones , por E. Malatesta	\$ 0.20
De la patria , por A. Hamon	\$ 0.20

PROPAGANDA LIBERTARIA



S. MERLINO



PUBBLICAZIONE N° 6



PERCHÉ SIAMO ANARCHICI?



APPENDICE :

Discorso di EMILIO HENRY



BIBLIOTECA

de LA QUESTIONE SOCIALE

BUENOS AIRES

PERCHÉ SIAMO ANARCHICI?

INTRODUZIONE

Ogni operaio — ogni uomo di buon senso — é malcontento dello stato di cose attuale. Chi soffre perché non trova lavoro; chi si lamenta perché é mal ricompensato e che il salario non gli basta a togliersi l'appetito; chi teme per l'indomani; chi sente venirgli meno la salute, logorata da un lavoro micidiale; e chi, giunto precocemente alla vecchiaia, si vede cacciato dalla fabbrica e non ha altra prospettiva che morire di fame sulla pubblica via.

E non basta: mille altri problemi si affacciano alla nostra mente. Se noi guardiamo alle grandi ricchezze accumulate da alcuni individui in ogni paese, noi ci dimandiamo com'è possibile che un uomo abbia lavorato e prodotto nella sua vita tanto quanto non sono capaci a produrre milioni di uomini. E noi ci dimandiamo ancora che uso può fare un milionario, un miliardario, delle sue ricchezze, che godimento può trarne, com'egli può guardare al suo vicino morente di fame e non sentirsi pungere il cuore da un segreto rimorso. E, viceversa, noi ci domandiamo perché tanti e tanti poveri padri di famiglia a cui manca il pane per loro e per i poveri figli possono assistere tranquilli allo spettacolo delle orgie e del lusso stravagante dei ricchi, e perché non ne prendono uno per il collo e gridargli all'orecchio: "Infame! Hai tu cuore di godere mentre io muoio di fame insieme coi miei figli!"

Ma se guardiamo un po' più davvicino, l'enigma della tracotanza del ricco e della rassegnazione e dell'umiliazione del povero ci viene spiegato, e ci accorgiamo che altri problemi ci si presentano, piú complicati, piú ardui a risolversi.

Il Governo, la legge, la forza armata, é vero, mantengono il povero nella soggezione del ricco, l'operaio nella dipendenza del padrone. Ma donde viene la forza del Governo? da chi é fatta la legge? e di chi si compongono l'esercito e la polizia?

Il popolo, gli operai, compongono il nerbo della forza governativa. Il Popolo dá il braccio, la Borghesia dá la mente. E la mente impone al braccie di colpire: di colpire sè stesso, di colpire l'operaio, il povero, la vittima. E, al cenno del potere, al comando d'un ministro, d'un generale, d'un ufficiale operai aggreediscono operai, poveri si gettano sopra poveri, e si distruggono a vicenda; e il Governo trionfa, e il ricco gode, impingua, e, senza aver rischiato di farsi torcere un capello, vince.

In un altro campo — nel campo economico — si produce lo stesso fenomeno sorprendente dell'operaio che ad un cenno del padrone, si getta sopra l'operaio e corre volontariamente incontro alla sua rovina. I capitalisti sono troppo al disopra degli operai per occuparsi di loro, fors'anco per spremersi a sangue. Il capitalista impiega un capo-fabbrica; il grosso commerciante si serve dei mercanti al minuto; il banchiere di uno sciame di piccoli usurai; ed infine la lotta ha luogo tra operai ed operai; tra l'operaio occupato e il disoccupato, tra l'operaio meglio retribuito ed il povero manovale, tra l'operaio d'una razza e quello di un'altra, tra l'indigeno e il forastiero. E il capitalista, come Domeneddio,

Aperto sú nel cielo un finestrino,

si gode allegramente lo spettacolo della guerra intestina fra operai, e ne profitta per pascersi, come lo sciacallo, dei cadaveri dei vinti.

In altri termini, il capitalista agisce verso l'operaio come certo serpente verso la sua vittima, affascinandola e attirandola nella sua gola senza che essa abbia neppur la forza di gettare un grido.

Ben possono i panegiristi del regime capitalistico vantare la libertà che si gode sotto questo regime. L'operaio si vende liberamente per produrre; si vende liberamente per far la spia, per fare il boia, per far da capoccia e sgherro ad altri operai, per massaccrarli magari..... a maggior gloria e profitto dei suoi padroni. L'operaio é una cosa, uno strumento, una macchina nelle mani del capitalista, il quale l'adopera naturalmente ai suoi fini.

Ora tutta la differenza tra l'operaio che non é socialista anarchico e quello che é socialista anarchico, é

- 5 -

questa: L'uno agisce incoscientemente come vuole, come comanda il capitalista; all'officina, egli si sottomette e cerca, per sottrarsi allo sfruttamento, di avanzare, di diventare capo-fabbrica e di opprimere altri quanto e più che non fosse oppresso egli stesso, e se gli riesce, a forza d'indicibili privazioni, di mettere da parte un gruzzolo di danari per impiantare una fabbrichetta od un piccolo negoziuccio, egli usureggerà così spietatamente sulle fatiche e sui bisogni degli ex-suoi compagni come altri usureggiò su di lui; e non baderà che la più gran parte di ciò che egli avrà estorto al povero operaio gli sarà ritolta da capitalisti più grossi di lui e dal Governo, insaziabili spogliatori, ma cercherà invece di rifarsi delle perdite che gli fanno subire capitalisti e Governo, raddoppiando le cesure sulle sue vittime.

Il socialista anarchico, invece, disdegna di farsi sgabello, per salire, del suo compagno di sventura; non cerca di migliorare la sua posizione rendendosi strumento dell'ingordigia del capitalista; non si presta alle voglie del padrone, non si umilia avanti lui, non patteggia col nemico suo e della sua classe. Non agogna a vivere, lui, mentre tutti soffrono; non separa la sua causa da quella dei suoi compagni; non riconosce differenze di razza o di nazionalità; non s'illude di poter strappare al capitalista concessioni valevoli e durature; non pensa al suo interesse momentaneo, ma rimonta alla causa dei suoi mali e insorge contro di essa. Il socialista anarchico dimanda per gli altri quello che dimanda per sé; si rifiuta di far da sgherro dei suoi padroni; si ribella contro tutte le istituzioni presenti perché tutte sanciscono l'onnipotenza dei ricchi; non vota, per non consentire alla propria schiavitù e per non farsi turlupinare dai soliti farabutti; non confida nelle promesse bugiarde dei governanti. E al borghese che tenta, per soggiogarlo, ora la forza, ora la lusinga, egli risponde: " Il tuo oro non mi seduce, perché l'ho cavato io dalle viscere della terra. Le tue vendette non mi spaventano, perché la vita che tu mi lasci è una continua agonia. La tua potenza è condannata a svanire. Io godo nel combatterla, ed ogni mia rivolta affretta il trionfo della libertà e della giustizia! "

I. — LA PROPRIETÀ

Quando noi attacchiamo la giustizia del "diritto di proprietà," ci rispondono che siamo malfattori. Ed invece di confutare i nostri argomenti, ci mettono in carcere.

Ma noi domandiamo: Che vale più, la vita d'un uomo o un pezzo di terra? E che vale più, la vita di milioni d'uomini, o tutta la proprietà di un paese posseduta da qualche migliaio di fortunati? Che cosa è più sacra, l'esistenza d'innumerevoli famiglie di operai e contadini, oppure il lusso, i capricci, i vizii, la vanità, l'ambizione e l'ingordigia di pochi sfaccendati, o faccendieri, o usurai, o speculatori, o mercanti di carne umana?

Noi sosteniamo che l'interesse dei più deve prevalere all'ingordigia dei pochi; e in nome del diritto degli operai a vivere, a lavorare, a godere il frutto del loro lavoro, ad istruirsi, ad educare i loro figliuoli, ad avere un pane nella loro vecchiaia, a non esser schiavi di nessuno, combattiamo il cosiddetto "diritto di proprietà." Perché l'effetto di questo diritto di proprietà (che poi è un mustruoso privilegio) è questo: che chi nasce povero, nasce schiavo; che i figli del povero sono condannati all'ignoranza; che essendo poveri ed ignoranti, sono condannati ai lavori più pesanti; che l'operaio spesso non trova ad occupare le sue braccia; che, più egli è bisognoso, più il proprietario o il capitalista si approfitta di lui; che i frutti del suo lavoro sono usurpati dai capitalisti; che, dopo d'aver consumata la sua salute in una fabbrica, l'operaio muore sulla paglia od all'ospedale; che invece il capitalista prospera sempre e accresce le sue ricchezze; che si vedono allora spettacoli mostruosi e miserandi nella società: il banchiere arricchito coi ladrocini fatti commendatore, gavazzare nei vizii e nella crapula, e l'onesto operaio, cacciato dall'officina causa l'invenzione d'una nuova macchina, mendicare un tozzo di pane ed essere gettato, come vagabondo o ladro, nel fondo d'un carcere; la signora borghese passare la sua giornata a far toeletta e la sera recarsi in cocchio alla festa da ballo, e la donna del popolo giacere in un canto della strada, lacerata ed affamata, coi bambini nelle braccia; il figlio del ricco esser servito nelle fascie da una ciurma di domestici, ed il figlio dell'operaio non trovar neanche un po' di latte nel seno della madre.

Quando s'arriva a questo punto, la società è distrutta; gli uomini diventano nemici; per vivere, o si ammazza

— 7 —

o si ruba; la donna si prostituisce, l'operaio si vende; e tutti insieme gli uomini si corrompono e si abbrutiscono: gli uni per troppo possedere e per troppo dominare, gli altri per l'abitudine che contraggono a soffrire e a servire.

La terra, si sa, non produce da sé sola, automaticamente: ci vuole il braccio dell'uomo che la coltivi. I prodotti non camminano da sé da un luogo all'altro: ci vuole chi li trasporti. E per adattarli ai nostri bisogni, molti prodotti della terra debbono essere trasformati, lavorati, sottoposti all'opera dell'uomo. E le macchine stesse sono costruite dagli operai; e le idee stesse di cui s'arricchisce l'umanità vengono dall'esperienza e dal lavoro di generazioni.

Il proprietario d'un pezzo di terra, o d'una macchina, non possiede nulla se non possiede il lavoro degli operai. Tutta la sua industria consiste dunque nel lavorare con le braccia degli altri. E il mercante, lo speculatore, il banchiere, il caudico, mettono il loro ingegno nel cavare ricchezze dagli operai, accaparrando i prodotti, comprandoli ad un prezzo e vendendoli ad un altro, alterandone la qualità, ingannando la gente, facendosi belli dell'opera altrui e traendo profitto delle altrui disgrazie.

Perciò la proprietà non solo si acquista generalmente col furto, con l'usura e con l'inganno, ma, acquistata, si fa fruttare con l'oppressione e il dissanguamento dell'operaio. I proprietari e i capitalisti succhiano il sangue degli operai.

Il risultato ultimo del "diritto di proprietà" è la miseria forzata dell'operaio. Non c'è progresso che tenga. Più si produce, più l'operaio immiserisce. Col crescere della ricchezza, crescono gli interessi, le rendite, i profitti, le tasse: tutta roba che esce dal lavoro degli operai. Le invenzioni meravigliose di questo secolo hanno forse diminuita la fatica od accresciuto il benessere degli operai? A questi lumi di civiltà, si vedono tanti disoccupati, tanti fanciulli che lavorano nelle fabbriche e nelle miniere, tante donne che marciscono nelle risaie e si rovinano la salute nelle fabbriche, e tanti suicidi, tanti delitti di miseria, quanti forse non si videro in nessun'altra epoca. Noi non siamo in uno stato normale. Il progresso stesso è arrestato. Tante terre restano incolte, tante industrie sono arrestate nel loro sviluppo, tante macchine e invenzioni non sono messe in uso. Si potrebbe e dovrebbe produrre cento volte più che non si produce. E tanti prodotti marciscono nei magazzini.

o sui campi, perché al capitalista non conviene l'abbondanza.

Il "diritto di proprietà" è un ostacolo al progresso, è un nemico del benessere dell'operaio, è una sorgente di vizii, di discordie, di delitti, di usure; è un'istituzione divenuta incompatibile coi bisogni, con le idee e coi sentimenti dell'epoca nostra.

In virtù di questo diritto pochi individui hanno sequestrato e usurpato tutti i benefici della civiltà. Pochi azionisti delle banche, delle ferrovie, dei grandi stabilimenti tassano a loro piacere il lavoro. A misura che aumenta la popolazione e i bisogni dell'operaio, essi aumentano le loro pretese, elevano le loro rendite e i loro profitti, e accrescono il valore delle loro proprietà e dei loro capitali. Questo valore deriva interamente da fatti e condizioni estranee e indipendenti dal merito dei proprietari e dei capitalisti; esso è opera e creazione della società. E perciò alla società tutta quanta, non a pochi monopolisti, dovrebbero appartenere la terra e i capitali. Gli strumenti del lavoro spettano ai lavoratori associati. La proprietà individuale dev'essere abolita: deve succederle la proprietà comune o societaria.

II. — IL GOVERNO

Passiamo ad un'altra istituzione — il Governo.

I Governi pretendono di fare "il bene del popolo" pretendono anzi di stare al loro posto per "volontà espressa" del popolo. Ma poi, il giorno in cui il popolo mostra il desiderio che essi gli tolgono l'incomodo, questi Governi si ostinano a rimanere, e magari impiegano la forza, le baionette, e i cannoni contro il popolo sovrano.

Quanto al bene che essi fanno, ecco di che si tratta:

Un Governo non ha niente di suo: tutto quello che ha gli viene dai cittadini. Con questo però che un Governo per incassare uno dai cittadini, ne prende dieci; i nove di differenza vanno ad esattori, a uscieri, a carabinieri, a usurai, ad avvocati, a giudici, a giornalisti, a tutta la gente insomma che si adopera per fare passare nelle casse del Governo il danaro dei contribuenti.

Un Governo ha interesse d'incassare molto, d'incassare più che può: più incassa, e più gente può vivere alla sua mangiatoia, e più sono quindi quelli che lo sostengono. Così il Governo aumenta ogni anno le sue spese e inventa ogni anno nuovi pretesti per pelare i contri-

buenti. Nello spendere, il Governo segue lo stesso sistema che nel riscuotere. Per un lavoro che costerebbe dieci ad un privato, il Governo spende cento; a cominciare dai ministri e dai deputati, che ricevono il boccone per proporre o per votare una legge ferroviaria o altra simile, tutti quelli che hanno le mani in pasta portano via qualcosa; e Pantalone paga. E non basta: quando il Governo, per far fronte alle sue spese e alle sue dissipazioni, mette tasse o sulla terra, o sulle case, o sulle mercanzie, o sulle industrie, i fitti, le pigioni e i prezzi delle cose crescono, e l'operaio è quello che soffre più degli altri, anzi paga per tutti; e col crescere delle tasse diminuiscono i consumi, la produzione si restringe, e gli esattori, i finanzieri, gli appaltatori, gli avvocati e i giudici ingrassano, mentre che i contadini, che vivevano coltivando un piccolo poderetto, si vedono espropriati e ridotti con le loro famiglie alla mendicizia.

Ora, se non fosse che per qualche lavoro pubblico, per qualche ferrovia, per qualche scuola e per qualche servizio postale, il Governo non avrebbe ragione di esistere. Queste cose si possono fare pure da privati o da grandi associazioni, o per via di accordi fra tutti gli interessati. Esempi non ne mancano negli Stati Uniti, in Inghilterra, in Svizzera ed altri paesi.

Se non ché il Governo pretende avere una missione più alta, una più grave ragione di essere. Esso si è fatto il guardiano dell'Ordine, il difensore della Giustizia nella società. Esso pretende impedire i delitti e reprimere le contese che sorgono fra i cittadini. In una parola, esso *posa* ad arbitro supremo fra i cittadini e si dice garante della pace sociale.

Anche però in questo rapporto il Governo per sé stesso non è nulla. La forza di cui esso dispone si compone di cittadini, e in massima parte di operai. Sono questi che mantengono "l'Ordine," difendono le proprietà, eseguiscano le sentenze dei giudici e gli ordini dei ministri.

Per impedire dei delitti e per risolvere le dispute fra cittadini, gli operai non hanno bisogno d'un Governo, né di Codici pieni zeppi di cavilli, né di avvocati esperti in arzigogoli e malizie. Gli esempi non mancano di società dove gli uomini hanno vissuto in pace ed in buona armonia, senza legislatori e senza poliziotti; i Governi non sono buoni che a vendicare i delitti quando già sono stati commessi, e a vender cara la giustizia ai litiganti.

Eppoi, che giustizia! che ordine! che Pace! i Governi

— 10 —

commettono assai più delitti che non ne preven-
gano. Essi proteggono i grandi delinquenti, e impediscono alle
vittime di difendersi. I capitalisti possono massacrare im-
punemente gli operai, ovvero affamarli; i commercianti
possono avvelenare la gente, i finanzieri possono rubare
a man salva, i libertini borghesi possono ingannare e
rovinare le fanciulle povere, i politicanti possono rag-
girare gli elettori in mille modi. Il Governo lascia fare;
al menomo segno di malcontento degli operai, al me-
nomo accenno ad una giustizia popolare il Governo
interviene coi suoi soldati, coi suoi poliziotti, coi suo
giudici pagati, coi suoi aguzzini, e opprime gli op-
pressi e ribadisce le catene sugli operai.

Il Governo é il servitore dei borghesi, il nemico degli
operai, l'affamatore del popolo, la peste della società.

III. — LA FAMIGLIA

La donna é, nella società attuale, vittima predestinata
ai capricci alle passioni, e, qualche volta, alla tirannia
dell'uomo: ciò che non le impedisce di prevelersi di
queste stesse passioni e capricci dell'uomo e divenire,
per naturale reazione, a sua volta tiranna. L'ingiustizia
si paga; quelli che credono di trovare il loro tornaconto
nell'opprimere e nello sfruttare gli altri, spesso s'in-
gannano.

Nulla di più ingiusto che la disuguaglianza stabilita
e mantenuta artificialmente tra l'uomo e la donna. Co-
mincia dall'educazione così limitata per la donna; con-
tinua nella vita domestica, dove la donna é destinata
al servizio dell'uomo; poi nei rappor-ti sociali, la donna
é considerata come inferiore all'uomo, indegna di certi
uffizi e di certe occupazioni. Tutto tende a mantenere
la donna in uno stato di dipendenza economica e morale
dell'uomo; l'educazione imperfetta e cattiva, il genere
di lavori più o meno servili cui la si destina, i salarii
più bassi, la prostituzione che l'attende quando non trova
chi provveda alla sua esistenza.

Non v'è una situazione più tragica di quella d'una
fanciulla povera. Le occupazioni che le si offrono sono
poche e mal remunerate; spesso sono agguati tesi al
suo onore. In un periodo dell'esistenza in cui anche il
figlio del borghese trema per il suo avvenire, la povera
fanciulla, che spesso, oltre a pensare a sé, ha una vec-
chia madre da nutrire, soffre angosce indicibili. Alle
cure dell'esistenza fisica s'aggiunge il bisogno d'amare

— 11 —

e d'essere amata, di trovare a chi confidarsi, di provare la gioia di vivere; semplice, fiduciosa, disinteressata, si getterebbe nelle braccia del primo venuto, si consacrerebbe interamente alla felicità di lui. Ma essa non incontra che astuzia, inganno, egoismo, calcolo; pronto ad abusare della menoma debolezza di lei, l'uomo non avrebbe poi per lei che ironia e disprezzo. E la donna, combattuta dal bisogno d'amare e dalla sua dignità, anzi dall'istinto di conservazione, diventa diffidente, astuta, ipocrita; mercanteggia, specula, dissimula, inganna. L'incanto è rotto; in luogo della gentile e affettuosa creatura, si ha un mostro. Chi l'ha resa tale?... L'uomo nemico della felicità sua.

Quante ragazze si sono perdute per pochi soldi; quante sono rimaste vittime della loro semplicità o dell'astuzia d'uno scellerato; quante hanno lottato per anni interi e hanno dovuto finalmente soccombere; e quante altre son morte di dolore per non aver potuto farsi amare. Non c'è spettacolo più rivoltante che quello della fanciulla ingannata e piantata, con un bambino nelle braccia, da un miserabile che ride della sua vigliaccheria e delle sofferenze di cui egli è causa.....

Quando si parla della prostituzione, generalmente la si attribuisce al vizio ed alla corruzione d'un certo numero d'individui dei due sessi, e si pensa che se questi individui non fossero nati o potessero essere emendati, non vi sarebbe al mondo prostituzione.

Nondimeno il vizio, la corruttela non sono le cause della prostituzione: tanto vero che uomini, del resto morigerati, sacrificano alla Venere vaga, e che fanciulle capaci di diventare ottime madri sono spinte nell'abisso della prostituzione!

La prostituzione è imposta alla fanciulla povera, come al contadino è imposto il lavoro della zappa. Del resto vi sono i capitalisti e mercanti della prostituzione; vi è un'industria della prostituzione, come vi è un'industria del ferro, del panno e via via. Essa consiste non nel prostituirsi, ma nel fare prostituire: nel reclutare le vittime da una parte, dall'altra i consumatori; nel fare le spese d'impianto, la *reclame*, ecc., ecc.

Di tutte le industrie questa è la più fiorente e lucrosa. Quante case, quanti caffè, quanti negozi, quanti stabilimenti consacrati alla prostituzione, dal volgare postribolo alla casa privata, dove la fanciulla e la donna vergognosa lasciano le loro fotografie e indirizzi pronte all'appello dei forastieri, e all'agenzia di collocamento! Tutto un esercito di sensali, di garzoni, di mezzani di

ambo i sessi e di tutte le condizioni è impiegato in questo commercio. Proprietarii di case, giornalisti, il Governo stesso, prendano la loro parte dei proventi della prostituzione. Nelle grandi città la prostituzione si collega ad altre industrie, e si esercita nei caffè, nei restaurant, nelle rivendite dei tabacchi e di altri generi. La concorrenza che questi negozi a doppio fondo di prostituzione fanno agli altri è causa di fallimenti, della rovina di famiglie e della prostituzione di altre fanciulle!

Un tempo, tutti, o quasi tutti, potevano crearsi una famiglia. Oggi la famiglia, legittima o illegittima, suppone già una certa agiatezza. I poveri non si accasano: avere dove dormire tutte le sere è già nella civile nostra società una specie di privilegio.

Un tempo la famiglia era una piccola società: i figli abitavano con le spose nella casa paterna, sotto lo stesso tetto albergavano più generazioni, i servi e le loro famiglie erano incorporati alla famiglia del padrone. La casa era spaziosa, spesso situata in aperta campagna. Tutti i lavori si facevano a casa; l'uomo lavorava la terra, la donna filava, tesseva, faceva vestiti per sé, per lo sposo, per i figli. Le occupazioni erano varie: l'educazione ai figli era data in casa, e nella famiglia regnava l'amore e la buona armonia.

Quale differenza tra quella vita e la vita d'oggi! tra la casa spaziosa d'un tempo ed il bugigattolo d'oggi! L'uomo vive fuori di casa, lavora fuori, non rientra che per prendere un boccone e gittarsi a dormire. La donna anch'essa lascia la casa per la fabbrica o il magazzino; e i figliuoli hanno a scegliere tra la scuola, la fabbrica e la strada. A casa non si fa più nulla; tutto si compra al mercato, spesso si è costretti mangiare all'osteria.

La famiglia dell'operaio è distrutta; la famiglia borghese anch'essa è esposta a peripezie per causa dell'incertezza dei possessi. Le fortune, oggi, sorgono e spariscono. Un fallimento, e la famiglia è distrutta; la donna passa ad altri, i figli sono raccolti da parenti o dispersi ai quattro angoli del mondo. Anche quando non si scioglie, la famiglia borghese è un simulacro. Senza fanciulli, appena si può chiamar famiglia; e dove nascono figli, si pensa subito ad una situazione per essi, si sovraccaricano di lavoro, e appena grandetti si mandano via!

Del resto l'interesse, non l'amore, è la base della famiglia. La donna si marita per assicurarsi l'esistenza; si vende all'uomo, si scarica su di lui d'ogni cura, e gli resta attaccata come palla al piede d'un forzato. L'uo-

— 13 —

mo é la bestia da soma, deve lavorare ad ogni costo per portare il pane a casa. Se manca il lavoro, la famiglia dive ~~ta~~ ta per lui un vero supplizio!

L'uomo però, avendo acquistato sul mercato la mercanzia, pagandone il mantenimento, si crede in diritto d'esigere dalla donna obbedienza passiva anche nei suoi capricci. La legge e il costume sanzionano la sua tirannia.

Chi piú ha cuore, piú soffre. L'uomo di cuore non abbandonerá la donna alla miseria, alla prostituzione, a costo di soffrir lui. La donna di cuore é la preda del primo libertino venuto. Non c' é vessazione o martirio che non sopporti una madre per non separarsi dai suoi figli.

I ricchi intanto non mancano di distrazioni: in caso di disaccordo, lo sposo va al club, la sposa legge, o fa, romanzi. In ogni caso ognuno ha il suo appartamento, e c' é la stagione dei bagni e della villeggiatura. Ma, quando si é poveri, e che si vive in un' unica stanza e si dorme in un unico letto, il menomo disaccordo, o una parola sfuggita in un momento di malumore, puó condurre a gravi conseguenze. I due si urtano tutt i momenti; il sapersi incatenati dalla miseria li inasprisce. Un'idea sinistra lampeggia alla mente aberrata dell'uno o dell'altra. Un delitto, piú delitti ad una volta, sono commessi, e il dramma finisce con un suicidio!

IV. — LA RELIGIONE

Che cosa é la Religione? É un insieme di credenze e dottrine insegnate al popolo dai preti.

Qualcuno dirá che non sono i preti che le insegnano, ma Dio stesso che ce ha rivelate.

Rispondiamo che, a dire dei preti, Dio le avrebbe rivelato a loro parecchi secoli fa; ed essi poi le insegnano a noi.

Dunque si tratta sempre di sapere se i preti dicono o no la verità, se sono gente degna di fede, o se sono capaci di mentire, e se per caso avessero interesse ad ingannarci.

Ora, quello del prete é un mestiere come un altro. I preti campano predicando, facendo certe parate e cerimonie, come il re campa governando i sudditi, il padrone sfruttando gli operai, e via via.

E quel che é peggio, i preti non sono liberi di dire quello che pensano. Un prete che non la pensa come il ve-

scovo perde la messa: se osa affacciare un semplice dubbio è scomunicato. Quindi molti preti non ci credono; ma si tacciono. Anche nella Chiesa vi sono i pezzi grossi e i piccoli, i ricchi e i poveri, i padroni e i servi: anche nella Chiesa l'uguaglianza e la fratellanza sono parole.

Perché dunque dovremmo noi credere ai preti? Non è possibile che essi c'ingannino? È possibilissimo, anzi è certo. Ci sono cento religioni: novantanove certamente false. Vattel' a pesca ora quale è la vera!

Ma lasciamo stare i preti, e discutiamo quello che insegna la Religione.

La Religione — ogni religione — insegna due cose!

Avanti tutto la Religione ci dice come fu fatto il mondo, chi l'ha creato, quanti giorni ci vollero, cosa c'era prima del mondo (il caos), e come dal caos uscì la luce, prima ancora che Dio creasse il sole e la luna, e tante altre cose.

Ora queste appartengono alla scienza, non alla Religione. La scienza oggi ci dice che il mondo esiste non da seimila anni, come vuole la Bibbia, ma da miliardi d'anni. La scienza ci ha provato che la terra gira intorno al sole, non già il sole intorno alla terra, come credeva Giosué. La scienza ci spiega in che consiste e da che deriva la vita tanto delle piante quanto degli animali e dell'uomo — e come il corpo dell'uomo e degli altri animali possa muoversi, parlare e sentire, e quello della pianta sentire e crescere senza ricorrere alla supposizione d'un anima, che, secondo la Chiesa, sarebbe diversa per l'uomo e per gli animali, e secondo ciò che la stessa Chiesa insegnò un tempo, esisterebbe solo per i bianchi e non per i negri schiavi — e entrerebbe nel corpo d'un uomo dopo sette giorni della nascita e solamente dopo quaranta in quello della donna.

Tutte queste corbellerie la Chiesa le ha insegnate e la scienza ne ride. La scienza dice alla Religione, ai preti: Queste quistioni spettano a me, voi siete incompetente a giudicarle. E il vostro Dio è una parola che non dice nulla e che non si spiega, perché voi non sapete com'è fatto, né da chi fu fatto, né se è una persona, né se è una cosa, e quando dite Dio non sapete voi stessi quello che vi dite.

Una seconda parte delle dottrine della Chiesa riguarda le relazioni fra gli uomini.

La Chiesa dice che gli uomini debbono essere buoni, umani e caritatevoli; ma se non sono tali, basta che vadano a confessarsi ed ottengono l'assoluzione; o basta

- 15 -

anche che si pentino in punto di morte. Alla peggio, andranno all'inferno dopo morti.

Noi non vogliamo che nessuno vada all'inferno — e perché i ricchi non ci vadano, vogliamo togliere loro le tentazioni che vengono dalle ricchezze che posseggono e impedir loro di rubarci giorno per giorno. Quando la società sarà ben costituita, e tutti gli uomini potranno lavorare e vivere bene, e non ci saranno padroni né milionari, allora gli uomini saranno buoni, e andranno tutti in paradiso, se c'è un paradiso — cosa di cui dubitiamo.

La Chiesa in fine dei conti fa come i governanti: molte belle promesse per l'avvenire, per quando saremo morti; per il presente, un bel nulla. La Chiesa finge di deplorare le ingiustizie del mondo e gli abusi che i ricchi commettono a danno dei poveri; ma inculca ai poveri di rassegnarsi, di sottomettersi, di rimanere schiavi. La Chiesa stessa del resto è ricca: il papa, i cardinali, i canonici e molti altri preti sono ricchi e vivono una vita che non è da paragonare per nulla a quella dell'operaio.

La Chiesa in molti paesi è in parte stipendiata dallo Stato.

I cardinali e altri prelati sono nominati con l'approvazione del Governo: e il Governo, si capisce perché, scoglie quelli che gli piacciono.

I preti possono essere, e molti sono, proprietari e capitalisti; alcuni posseggono cartelle di debito pubblici, altri case e poderi, altri azioni di compagnie e di banche.

Per diventar prete ci vuole una certa istruzione e del danaro.

I figli degli operai non diventano preti, o se lo diventano, restano al basso della carriera.

I fratelli, i parenti tutti dei preti sono nella borghesia, negli impieghi, nel Governo. Molti preti intrigano nelle elezioni. Altri si servono del loro ministero per entrare nelle famiglie, guadagnare la fiducia delle donne, e qualche volta anche per carpire un'eredità.

Non c'è peggio che andare a confidare i segreti di una famiglia, le cose più intime, le cose più delicate ad un estraneo. La confessione è un'invenzione infernale.

E che significa andare a sentir una messa, detta in una lingua che nessuno capisce, e sempre la stessa, tutte le domeniche, tutti gli anni, e per tutta la vita? È un'abitudine sciocca e che abbrutisce; come abbrut-

tisce il biasciare delle preghiere, sempre le stesse, imparate a memoria e che si adattano a tutte le persone a tutti i casi.

Soprattutto pei fanciulli l'abitudine é cattiva ed ha pessimo effetto sulla loro intelligenza e sul loro carattere.

Operai! liberatevi da tutte le superstizioni, pensate, non riconoscete né Dio né padrone, e solo così potrete essere uguali!

V. — ELEZIONI O RIVOLUZIONE

Avremmo forse dovuto piuttosto intitolare questo articolo: Riforme o Rivoluzione, perché queste sono le due vie che ci si parano innanzi — la via delle riforme pacifiche e graduali, dei miglioramenti graduali, dei piccoli passi, del progresso lento e ordinato, fatto col consenso e col soccorso generoso della borghesia e del Governo; e la via della rivolta. E a questo bivio le due scuole, i due partiti (socialista legalitario e socialista anarchico) si separano. Noi, l'abbiamo già detto e ripetuto, siamo socialisti anarchici, antilegalitari e rivoluzionarii.

Non però si deve credere che noi respingiamo ogni miglioramento che possa essere conseguito dall'operaio. Chi vuole il più vuole anche il meno; e noi, che lottiamo per l'emancipazione intera dell'operaio, saluteremo con gioia ogni conquista, foss'anche piccola, sicuri che gli operai non si terrebbero soddisfatti, ma dimanderebbero sempre di più; una volta messi sulla via delle rivendicazioni, andrebbero fino in fondo. Perciò, se scoppia uno sciopero od un'agitazione fra operai o fra contadini, anche per un minimo avanzamento, noi non ce ne stiamo lontani, né cerchiamo di distogliere gli operai dalla lotta (come spesso fanno i « capi » anche se socialisti), ma cerchiamo invece di estendere lo sciopero o l'agitazione e di dar ad esso forza e vigore, perché ogni movimento di pochi e fiacchi é certamente schiacciato. L'unica speranza di successo per gli operai é nell'unione e nella fermezza con cui sanno agire.

Se però, invece dello sciopero o dell'agitazione per ottenere un miglioramento, ci si proponesse d'andare alle elezioni, allora noi ci schiereremmo contro perché sappiamo di certo che gli operai alle elezioni saranno sempre raggirati e ingannati, che mai essi riesciranno

a mandare al Parlamento dei loro compagni, e se anche ne mandassero uno, o dieci, o cinquanta, questi o si guasterebbero o sarebbero impotenti; anzi, se la maggioranza della Camera dei deputati fosse composta di operai, questi non potrebbero nulla. Non solo c'è il Senato, il re, la corte, i ministri, i capi dell'esercito, della magistratura e della polizia che si opporrebbero ai progetti di legge della Camera dei deputati e si rifiuterebbero ad eseguire le leggi fatte per gli operai (come già avviene), ma anche poi non c'è legge che tenga; nessuna legge può impedire ai padroni di sfruttare gli operai, nessuna legge può imporre ai padroni di tenere aperte le fabbriche e impiegare gli operai a tali e tali altre condizioni, ai commercianti di vendere a tal prezzo, e via via. Il sistema commerciale e industriale presente è cosiffatto che tutto dipende dal capitalista, e il capitalista ha cento risorse per eludere la legge e burlarsi anche del Parlamento: e l'operaio stesso talvolta, è obbligato per non morire di fame ad aiutare il capitalista a frodar la legge, come tutti sanno.

Un Parlamento, supponiamo, dispone che il lavoro giornaliero dell'operaio non duri più dieci ore, o nove, o otto. Avanti tutto, esso non può imporre una regola uniforme per tutti i lavori: non può un Parlamento mandare un carabiniere in casa vostra per vedere quanto lavorate, né in casa del borghesi a vedere quanto fanno lavorare ai loro domestici, e via dicendo. Poi, se il Parlamento fa la legge, il Governo trascura d'applicarla, o gli ispettori se la intendono coi capitalisti, e guai all'operaio che denuncia gli abusi del padrone, senza contare che i magistrati non applicano le pene. In tutti i casi la legge è polvere buttata negli occhi degli operai.

Ma supponiamo che la legge si esegua, e che i capitalisti non facciano lavorare i loro operai più di otto ore al giorno. Chi li potrà obbligare a pagare all'operaio per otto ore di lavoro lo stesso salario che pagavano per dieci o dodici? E supponiamo l'assurdo, cioè che la legge fissi anche i salari per tutte le occupazioni e per tutti i casi; chi potrebbe impedire agli stessi capitalisti di elevare i prezzi delle cose che l'operaio concuma? E chi potrebbe impedire ai capitalisti di alterare la qualità delle mercanzie? Quante leggi ci vorrebbero, e quanti ispettori e altri impiegati, e quanti processi e condanne, per far regolare tutte queste cose nell'interesse e a vantaggio dell'operaio?

Del resto, le leggi di questo genere non ne saranno

mai fatte. Nessun Parlamento le vorrà. Nessun deputato, neppure i socialisti, sogna di poterle fare. Nessun socialista, nessun operaio s'immagina di poter mandare alla Camera una maggioranza di operai. Le elezioni si fanno con tre cose: col danaro, con l'inganno, e con la forza. Il Governo manda a votare i suoi impiegati e i poliziotti, i padroni mandano i loro operai; i politicanti fanno i complotti, o partiti, e per mezzo della stampa e di oratori pagati indicano al popolo quelli che debbono essere scelti. Gli elettori devono votare per i candidati dei partiti. Fra operai nascono rivalità, gelosie, discordie, ambizioni. E così le elezioni, in luogo di giovare, nuociono alla causa degli opera. I compagni attivi e intelligenti, fatti deputati, diventano o rinegati o infingardi. E il popolo si abitua a credere che la salvezza sua possa venire dall'alto, dal Governo, dal Parlamento, e cessa dal combattere.

In Germania i deputati socialisti sono trentasei; in Australia i deputati operai avevano voto preponderante nel Parlamento. Né nell'uno né nell'altro paese il Parlamento ha fatto nulla per la classe operaia.

Siamo sempre lì. Chi ha, comanda. La ricchezza porta al potere, e il potere rende più ricco chi lo ha. Mai un Parlamento s'occuperà seriamente dei poveri, cioè degli operai. Se anche, per politica facesse qualche leggina favorevole agli operai, di sotto mano il Governo darebbe appalti, dispenserebbe impieghi e sussidii, monterebbe speculazioni e affari in modo da straricchire i capitalisti. E mentre gli operai poveri credono aver toccato il cielo col dito quando hanno ottenuto una legge insignificante, i capitalisti accrescono, con mille mezzi, le loro fortune, cambiano i milioni in miliardi, e ridono della dabbenaggine dell'operaio.

Gli stessi scioperi non possono mutare il sistema economico attuale, fondato sulla schiavitù e sulla miseria degli operai. Le cooperative o abortiscono o diventano piccole speculazioni simili alle capitalistiche. Altre riforme giovano ad una classe d' operai e nuociono ad altre. Non c'è che la Rivoluzione che sia capace di abbracciare gli interessi di tutti gli operai e di emanciparli tutt'insieme, trasformando intieramente il presente ordinamento sociale.

VI. — COMUNISMO E ANARCHIA

a. COME SARÀ FATTA LA RIVOLUZIONE

Il primo passo verso la società futura sarà la Rivoluzione.

La Rivoluzione é inevitabile.

Le classi dirigenti non cedono che alla forza. I Governi fingono di voler rimediare ai mali piú gravi degli operai: ma come potrebbero essi rimediarvi, se essi sono la causa principale di questi mali?

Un Governo per esistere ha bisogno di metter tasse, di distribuire impieghi e appalti, di spogliare il popolo per arricchire i pochi. Tutte le sue leggi e tutti i suoi atti tendono a questo fine. E, ripetiamolo, se qualche volta, per gettare polvere negli occhi alla gente, i Parlamenti fanno qualche legge a favore degli operai, questa legge rimane ineseguita. Dippiú, per una legge fatta a favore degli operai, ve ne sono mille fatte contro gli operai e a favore della borghesia. Cosicché in fine é sempre l'operaio che va di sotto; e l'unico rimedio ai suoi mali, l'unica sua salvezza é la Rivoluzione.

Che cosa deve fare l'operaio quando si é ribellato contro il Governo e lo ha distrutto? Deve nominarne un altro — e aspettare la sua salvezza da quest'altro? o deve profittare dell'occasione favorevole per farsi giustizia da sé e togliere alla borghesia i mezzi di cui questa si serve per affamarlo e asservirlo? Secondo noi l'operaio non deve costituire nessun nuovo Governo, non deve eleggere altri Parlamenti e attendere la buona grazia di questi. L'operaio — il popolo in masas — deve far la Rivoluzione da sé, riprendere quello che gli é stato tolto, rientrare in possesso di tutto ciò che esso ha prodotto e che altri hanno usurpato; in una parola, *espropriare i proprietari e i capitalisti*, cacciare via i padroni dalle fabbriche, non riconoscere piú signori.

Gli operai di ciascuna fabbrica, licenziato il padrone, rimangano in possesso della fabbrica.

Gl'inquilini non riconoscano piú proprietari: quelli che non hanno case vadano ad abitare le case abbandonate dai signori.

Il popolo deve godere; deve gustare anch'esso gli agi della vita: la vera, la grande rivoluzione consisterá in questo, che il popolo acquisterá dei bisogni che oggi ha solo il ricco; perderá l'abitudine di vivere miseramente e di servire; reclamerá per sé i benefici della

civiltà; e guarderà allo stato di cose attuale come ad un'epoca di barbarie, e non si lascerà più mettere la gavezza da nessuno, non si lascerà più ridurre alla miseria e alla schiavitù; perché il vivere agiatamente e il lavorare a proprio profitto sarà diventato parte dell'umana natura.

b. COME SARÀ ORGANIZZATA LA SOCIETÀ FUTURA.

La società futura sarà organizzata come una vasta federazione di società operaie, ciascuna libera e indipendente dall'altra, ma tutte unite insieme da liberi patti.

La terra sarà coltivata da associazioni di contadini, Le miniere, da cui si estraggono le materie prime per le industrie, e i mezzi di trasporto saranno proprietà comune di tutte le associazioni, e nessun gruppo potrà servirsene in modo da speculare sui bisogni degli altri. Vi saranno associazioni per tutti i lavori e per tutti gli scopi: e queste associazioni saranno aperte a tutti quelli che vorranno lavorare. Un individuo farà parte al tempo stesso di più associazioni; l'operaio della fabbrica potrà lavorare anche al campo. Il contadino potrà occuparsi anche di chimica e di altri studii. Ogni distinzione fra operai del braccio e operai della mente deve cessare.

L'uomo, alternando i lavori, produce più e sviluppa meglio le sue facoltà. Il lavoro sarà eseguito liberamente; non vi saranno più regolamenti vessatorii come quelli che oggi il padrone impone agli operai. Ogni associazione stabilirà da sé le condizioni del proprio lavoro, lasciando ai suoi membri la più grande libertà compatibile con l'interesse generale. I membri delle associazioni saranno uguali fra loro e non ci sarà disuguaglianza di trattamento. L'ingegnere e il manovale saranno egualmente considerati, perché l'opera di entrambi è necessaria alla società. Anzi più il lavoro sarà faticoso, più breve sarà, e più sarà meritorio. Mentre oggi tanta gente pretende « sacrificarsi » al bene pubblico facendo i politicanti, i deputati, ecc., nell'avvenire quelli che si sentiranno portati a rendersi più utili alla società e a guadagnarsi la pubblica stima si sobbarcheranno ai lavori più penosi. Ma più o meno, e d'un modo o dell'altro, tutti gli uomini lavoreranno, perché l'ozio è insopportabile, e mentre oggi molti sono educati da fanciulli a non fare nulla e a poltrire nei vizi, l'educazione, l'esempio e l'opinione pubblica della società futura indurranno tutti a lavorare. Per far

parte 'd' un' associazione bisognerà lavorare: nessuno uomo é tanto insensato da voler vivere al bando della società. E se anche ce ne fosse qualcuno, sarebbe poco male, mentre ora le classi intere vivono oziando o poggio, occupado la loro giornata a far male agli altri.

Che se quelli che volessero oziare fossero molti, si accorgerebbero subito dell'errore, perché non lavorando non si produce; e quando non si produce non si mangia. D'altronde il lavoro non sarà faticoso, lungo e mal ricompensato come oggi. Poche ore di lavoro manuale e il resto del tempo consacrato a lavori e a studii piacevoli — é tutto quel che ci vuole. E tutte le condizioni del lavoro saranno trasformate.

La fabbrica dell'avvenire non sarà quella d'oggi. Ci sarà tanto spazio e aria e luce per l'operaio nella fabbrica, quanto ce n'é oggi nelle case dei signori. L'operaio non sarà condannato a morir di caldo, di fame e di sete mentre lavora; a stare sempre in piedi, a continuare il suo lavoro quand' é stanco. Tutti gli agi, di cui godono oggi quelli che non fanno niente, saranno goduti dagli operai. Perché nella fabbrica — che é la casa dell'operaio — non ci dovrebbe essere mobiglia di sorta? perché accanto alla sala da lavoro non ci dovrebbero essere la sala di ricreazione, di lettura, ecc. Perché non si cercherebbe di rendere il lavoro meno penoso, e gradito, con tutti i mezzi che mette a nostra disposizione la cresciuta civiltà? Noi non sappiamo quali cambiamenti apporteranno al modo di produzione i progressi della meccanica e delle scienze tecniche. Cosa certa é però che anche allo stato attuale delle conoscenze della vita dell'operaio può essere circondata di tutti gli agi che oggi sono riservati ai signori.

Nei paesi dove l'agricoltura é decaduta si può farla rifiorire. Si possono moltiplicare a volontà i prodotti delle industrie; dare lavoro a tutti, vestire tutti i laceri, e satollare tutti gli affamati.

Coi mezzi di comunicazione che esistono, non é più necessario che gli operai vivano agglomerati nelle catapecchie della città; si possono costruire case lungo le linee ferroviarie in aperta campagna, senza far mancare in nessun posti i mezzi di ricreazione e d'istruzione che oggi attraggono gli operai nelle città.

Si può insomma trasformare la faccia del mondo, se gli uomini si decideranno una buona volta ad amarsi e ad aiutarsi reciprocamente, invece di viveré gli uni alle spalle degli altri.

Occorreranno più commercianti, banchieri, speculato-

ri? — No, perché le associazioni si scambieranno direttamente i prodotti — senza neanche bisogno di moneta.

Tutte le relazioni che oggi si stabiliscono tra vari paesi per mezzo dei capitalisti, si stabiliranno tra associazioni ed associazioni. Un'associazione prometterà all'altra, salvo casi di forza maggiore, una data quantità di prodotti e riceverà eguale promessa di altri generi. Ma questi scambi non saranno fatti con avarizia e con ingordigia; nessuna associazione vorrà guadagnare, come oggi fa il capitalista, sul lavoro altrui; nessuno vorrà arricchirsi e accumulare, perché tanto l'accumulazione non servirebbe a nulla dal momento che non si troverebbero operai che volessero vendere le loro braccia per far fruttificare la ricchezza accumulata.

Le associazioni si aiuterebbero fra loro nel bisogno. Se in un luogo il raccolto è scarso, le associazioni di contadini di altri paesi supplirebbero al difetto col loro superfluo. Se un paese è colto da un infortunio, gli altri lo soccorrerebbero. Questo si fa anche oggi. Anche oggi in caso d'inondazioni, di carestia, ecc., si organizzano soccorsi.

Sventuratamente essi passano per le mani dei Governi e dei capitalisti — e poco ne giunge a quelli che veramente ne avrebbero bisogno.

E qui tocchiamo un'ultima questione. Ci vorrebbe un Governo, un Parlamento, un Ministero, una Polizia, una Magistratura? Nel nostro sistema, non ci vorrebbe niente di tutto questo, perché le associazioni amministrerebbero ciascuna i propri interessi, e le relazioni che passerebbero fra esse sarebbe diverse secondo la natura speciale dei vari interessi, e volontarie. Perché esista un Governo, bisogna che tutti g' interessi d' un popolo sieno concentrati nelle mani di pochi, che un piccolo numero di persone faccia oggi per tutta la nazione, che in luogo di lasciare libertà all'individuo di pensare, lo si obblighi a sottomettersi alla volontà di quelli che pensano per tutto un popolo — e che a costoro si dia il potere di tassare i prodotti del lavoro della moltitudine e di usare la forza per mettere ad effetto la loro volontà.

Ora tutto questo è incompatibile con la società libera e egualitaria di cui parliamo. Il Governo è la negazione della libera associazione, e i funzionari del Governo sono i parassiti del lavoro nazionale.

Per risolvere le dispute, per impedire qualche rarissimo delitto, non ci è bisogno di un Governo, d'una polizia e d'una magistratura — che sono causa di delitti

— 23 —

e di lotte senza fine nella società. Le associazioni bastano: esse possono fare arbitraggi; possono prendere misure di difesa. Ogni membro della futura società accorrerà a difesa dell'oppresso e del debole; mentre oggi il Governo, la legge e la polizia non fanno che proteggere il ricco contro il povero, il padrone contro l'operaio.

“L'operaio, si dice, é ignorante e spese volte anche egoista. É colpa sua, se il padrone lo sfrutta e dissangua? Pur troppo é impossibile che si faccia ammeno di padroni, finché non cessano l'ignoranza e l'egoismo, cioè finché l'uomo non cambia la sua natura.”

Rispondiamo che l'ignoranza é effetto della società attuale e durerá finché questa dura. Anzi, piú tempo passa e piú cresce, insieme con la miseria, l'ignoranza di una parte degli operai; piú cresce l'abbruttimento degli operai condannati al lavoro delle fabbriche, l'avvilimento dei disoccupati, piú crescono l'ubriachezza, la prostituzione, i suicidii, e tutt'i mali della miseria.

L'egoismo esso pure é effetto della miseria, come effetto della miseria sono la discordia che regna fra operai ed operai, e la concorrenza che essi si fanno reciprocamente.

Oggigiorno un individuo, per vivere, é costretto di far male ad altri; per farsi strada, deve passare sul corpo dei compagni; e per non essere sfruttato, deve cercare i mezzi di sfruttare gli altri, diventando padrone.

L'ignoranza e l'egoismo non si possono combattere; dunque, meno ancora distruggersi nella società attuale. Bisogna distruggere questa società, perché l'ignoranza e l'egoismo scompaiano dal mondo.

E scompariranno certamente, allorquando l'umanità avrà, con uno sforzo supremo, annientato le disuguaglianze e i privilegi attuali per vivere secondo i principii del comunismo anarchico.

CONCLUSIONE

Operai! Noi vi abbiamo spiegato per quali ragioni noi combattiamo la Proprietá, il Governo, la Famiglia e la Religione — istituzioni fondate tutte sull'ignoranza, sulla schiavitú e sulla miseria dell'operaio e che hanno per iscopo di mantenere e accrescere questi mali, e di perpetuare ed accrescere i privilegi, le ricchezze, la tirannia e i vizi della classe dominante. Noi vi abbiamo spiegato come la società dovrebbe e potrebbe essere

riformata, sostituendosi alla Proprietá Individuale il Comunismo, al Governo la Libera Associazione, alla Famiglia legale il Libero Consenso degli individui dei due sessi, e alla Religione la Scienza e l'istruzione. Noi vi abbiamo dimostrato come questo mutamento non può avvenire per via di piccole riforme, di leggi dettate dai Parlamenti presenti o futuri, per graziose concessioni dei Governi e dei capitalisti, ma deve avvenire necessariamente, come ogni vero progresso compiuto nel passato, per via di Rivoluzione. Noi non siamo rivoluzionarii per il piacere di vedere sparger sangue, ma per necessità; perché siamo convinti che i borghesi non abbandoneranno pacificamente i loro privilegi; e perché ogni giorno migliaia di vite di operai sono sacrificate, e val meglio morire combattendo che languire negli stenti e nelle privazioni. Gli operai, volere o non volere, sono costretti a lottare coi padroni, a far scioperi, a ribellarsi. Con un po' piú di energia e di audacia essi potrebbero liberarsi per sempre dei loro padroni ed assicurare il benessere e l'indipendenza per essi e pei loro figliuoli.



UN MARTIRE DELL' IDEALE



EMILIO HENRY

ASSASINATO DALLA BORGHESIA FRANCESE.

IL 21 MAGGIO 1894



Discorso di Emilio Henry

Alle accuse, alle ire, alle invettive che gli onesti e timorati, imbevuti della moralità borghese, scagliano, sempre contro gli anarchici; alle feroci e implacabili persecuzioni che su di essi sfogano tutti i governi, contrapponiamo la dichiarazione franca, logica, energica, di un anarchico d'azione, di Emilio Henry.

È una delle pagini più belle, più eloquenti dettate dallo spirito di ribellione contro le ingiustizie sociali, e l'Henry la gettò come ultima sua protesta, ultimo suo ammonimento in faccia a tutta la borghesia, dalla gabbia dell'accusato, innanzi al tribunale che lo mandò alla ghigliottina.

Signori giurati,

Voi conoscete i fatti di cui io sono accusato. L'esplosione della via dei Bons-Enfants che ha ucciso cinque persone e determinata la morte di una sesta, l'esplosione del caffè Terminus, che ha ucciso una persona, determinata la morte di una seconda, e ferito un certo numero di altre, infine sei colpi di rivoltella tirati da me su coloro che mi inseguivano dopo questo ultimo attentato. Mi riconosco come autore responsabile di questi fatti. Non è dunque una difesa che voglio presentarvi. Non cerco in alcun modo di sfuggire alle rappresaglie della società che io ho assalita, perché riconosco un solo tribunale, la mia coscienza; il verdetto di ogni altro tribunale mi è indifferente. Voglio solamente darvi la spiegazione dei miei atti e dirvi come fui condotto a compierli.

Sono anarchico da poco tempo. Solo dal 1894 mi sono lanciato nel movimento rivoluzionario. Prima aveva vissuto in ambienti interamente imbevuti della morale

attuale Io era stato abituato a rispettare, e anche ad amare, la patria, la famiglia, l'autorità e la proprietà. Ma gli educatori della generazione attuale, obliano troppo frequentemente una cosa, ed è che la vita colle sue lotte e coi suoi dolori, colle sue ingiustizie e colle sue iniquità, si incarica di aprire gli occhi degli ignoranti alla realtà. E quanto capitò a me come a tutti.

Mi si era detto che la vita era facile e largamente aperta alle intelligenze ed alle energie, e l'esperienza mi dimostrò che solo i cinici e gli striscianti possono farsi un buon posto al banchetto della vita. Mi si era detto che le istituzioni sociali erano basate sulla giustizia e sull'eguaglianza, ed io non constatai intorno a me che menzogne e furberie.

Ogni giorno mi toglieva un'illusione. Dappertutto dove io andava era testimonio degli stessi dolori presso gli uni, degli stessi godimenti presso gli altri. Non tardai quindi a comprendere che le grandi parole che mi avevano insegnato a venerare: onore, sacrificio, dovere, non erano che una maschera velante le più vergognose turpitudini.

L'industriale che edifica una fortuna colossale sul lavoro dei suoi operai, che mancano di tutto, era una persona onesta.

Il deputato, il ministro, le cui mani sono sempre aperte per ricevere gli sbruffi, erano persone devoté al bene pubblico,

L'ufficiale che sperimentava il fucile nuovo modello su dei fanciulli di sette anni aveva fatto il suo dovere, e in pieno parlamento il presidente del Consiglio gli indirizzava le sue congratulazioni.

Tutto ciò mi rivoltò; divenni il nemico di una società che giudicai criminosa.

Per un'istante fui attirato dal socialismo, ma mi accorsi che in fondo il socialismo non cambia nulla dell'ordine attuale. Esso mantiene il principio autoritario e questo principio, nonostante ciò che possono dire i pretesi liberi-pensatori, non è che un vecchio residuo della fede in una potenza superiore.

Io era materialista ed ateo; aveva compresa che la ipotesi Dio era scartata dalla scienza moderna, che non ne aveva più bisogno. La morale religiosa ed autoritaria basata sul falso, doveva dunque scomparire. Quale era allora la nuova morale, in armonia colle leggi della natura, che doveva rigenerare il vecchio mondo e produrre un'umanità felice?

A questo momento fui messo in relazione con qualche

compagno anarchico. Il carattere di questi uomini incominciò a sedurmi. Apprezzai in essi una grande sincerità, una franchezza assoluta, un disprezzo profondo di tutti i pregiudizi, e volli conoscere l'idea che faceva degli uomini, così differenti da quelli che fino allora avevo conosciuti.

Questa idea trovò nel mio spirito un terreno preparato, dalle osservazioni e dalle riflessioni personali, a vincerla. Essa non fece che precisare ciò che v'era ancora nella mia mente di vago e di ondeggiante.

Divenni anarchico alla mia volta. Non devo sviluppare qui la teoria anarchica; mi accontenterò di accennarne il lato rivoluzionario, il lato distruttore e negativo, pel quale io mi trovo innanzi a voi.

In questo momento di lotta acuta fra la borghesia ed i suoi nemici, sono quasi tentato di ripetere col Souvarine del *Germinal* di Zola: « Ogni ragionamento sull'avvenire è criminoso, poiché impedisce la distruzione pura e semplice, inceppando la marcia della rivoluzione. »

Allorché un'idea è matura, bisogna senza ritardo cercarne la realizzazione. Ero convinto che la organizzazione attuale era cattiva; ho quindi voluto lottare contro di essa affine di accelerare la sua fine.

Nella lotta ho portato un odio profondo, ogni giorno ravvivato dallo spettacolo ripugnante di questa società, ove tutto è basso, tutto è losco, tutto è sozzo, ove tutto inceppa l'espandersi delle umane passioni, le tendenze generose del cuore, il libero volo del pensiero. Ho pertanto voluto, per quanto potevo, colpire forte e giustamente.

• Qui l'Henry narra come preparò l'esplosione della via dei Bons Enfants. Dice che gli scioperanti di Char-marx il 15 agosto 1892 erano entrati nella via delle violenze legittime; ma si interposero spiriti timorati, che fecero abortire il movimento rivoluzionario. Costoro, allo scopo di battere la gran cassa sulle sofferenze dei miseri e crearsi una popolarità con cui carpire un mandato nelle assemblee rappresentative, messisi alla testa del movimento, eternizzarono lo sciopero, finché i lavoratori dovettero cedere, alle prese colla fame.

• Allora egli pensò che bisognava far sentire la voce della dinamite, che si credeva spenta colla morte di Ravachol, e far vedere che una sola categoria di uomini sente i dolori del popolo e si appresta a vendicarli. Questi uomini sono gli anarchici, e invece di sedere in parlamento come i socialisti, marciano arditamente alla ghigliottina.

« Ripete come costrui la bomba e la depose nella casa dove aveva sede la compagnia delle miniere di Carmaux, prevedendo che avrebbe potuto essere scoperta dalla polizia ed esplodere al commissariato, come avvenne ». Indi prosegue:

Veniamo all' attentato del caffè *Terminus*. Io era venuto a Parigi al tempo dell' affare Vaillant, avevo assistito alla repressione formidabile che seguì l' attentato di palazzo Borbone, e fui testimone dei rigori draconiani contro gli anarchici.

Da ogni parte si spiava, si perquisiva, si arrestava. Una folla di individui erano strappati alle loro famiglie e gettati in prigione. L' anarchico non era più un uomo, era una bestia feroce alla quale si dava la caccia da ogni parte e della quale la stampa borghese, vile schiava della forza, domandava in tutti i toni lo sterminio.

« Poi Henry dice che certi agenti di polizia mettevano « finte bombe nelle abitazioni degli anarchici per avere il pretesto di farli arrestare e condannare. E continua:

Signori borghesi, voi avete arrestato centinaia di individui, violato un numero infinito di domicili; eppure sono rimasti fuori dalle vostre prigioni uomini che non conoscevate e che assistevano alla vostra caccia all' anarchico attendendo il momento favorevole per cacciare i cacciatori. La bomba del caffè *Terminus* è la risposta a tutte le vostre violazioni di domicilio a tutti i vostri arresti, alle vostre perquisizioni, alle vostre leggi sulla stampa, alle vostre espulsioni in massa di stranieri, ai vostri ghigliottinamenti.

Ma perché, dite voi, andare ad assalire consumatori pacifici che ascoltano la musica, e che può darsi non siano né magistrati, né deputati, né funzionari?

E' assai semplice il perché. La borghesia non ha fatto che un blocco degli anarchici. Un solo uomo Vaillant, aveva gettato una bomba; i nove decimi dei compagni lo conoscevano nemmeno; pure furono perseguitati in massa.

Ebbene, poiché voi rendete responsabile tutto un partito dell' azione di un uomo e cercate colpirlo in blocco, noi pure colpiamo nella massa.

I deputati che fanno leggi contro di noi, i magistrati che le applicano, i poliziotti che ci arrestano, non sono che strumenti istituiti dalla borghesia per sua difesa, e quindi non sono più colpevoli degli altri.

I buoni borghesi che, pur non essendo rivestiti di nessuna speciale carica, riscuotano i dividendi prodotti dal lavoro degli operai, essi pure devono riscuotere la loro parte di rappresaglia.

E non essi soltanto, ma ancora tutti quelli che sono soddisfatti dell'ordine attuale, che applaudono gli atti del governo e si fanno suoi complici, questi impiegati a 300 e 500 franchi al mese, che o diano il popolo anche più dei borghesi, questa massa bestiale e pretensiosa che si schiera sempre dalla parte del più forte, clientela ordinaria del Terminus e degli altri grandi caffè.

Ecco perché ho colpito nel mucchio, senza scegliere le mie vittime.

Bisogna che la borghesia comprenda bene che quelli che hanno sofferto sono alla fine delle loro sofferenze, essi mostrano i denti e colpiscono tanto più brutalmente quanto più brutalmente sono stati trattati. Non hanno alcun rispetto della vita umana, perché i borghesi stessi non se ne danno alcun pensiero. E non tocca agli assassini della settimana sanguinosa e di Fourmies di trattare gli altri di assassini.

Essi non risparmiano né donne, né bambini borghesi, perché le donne e i bambini che essi amano non sono risparmiati.

Sono vittime innocenti questi bambini che nei sobborghi muoiono lentamente d'anemia, perché il pane è scarso nella casa, queste donne che nelle vostre officine si dissanguano e s'esauriscono per un misero guadagno giornaliero, felici quando la miseria non le costringa ancora a prostituirsi; questi vecchi di cui voi avete fatto delle macchine produttive per tutta la loro vita e che gettate nell'immondezzaio e all'ospedale quando le loro forze sono estenuate.

Aviate almeno il coraggio dei vostri delitti signori borghesi, e convenite che le nostre rappresaglie sono più che legittime.

• Poi Henry aggiunge che non si fa illusioni, che i suoi atti non saranno ban compresi dalla folla, che gli stessi operai per cui lottò lo crederanno un nemico, che perfino altri, che si dicono anarchici, li riproveranno, facendo distinzione fra teoria e pratica; ma egli non se ne cura perché non avranno influenza nel movimento rivoluzionario e conclude: •

In questa guerra che abbiamo dichiarata alla borghesia noi non vogliamo nessuna pietà. Noi diamo la morte e la sappiamo subire, e per questo attendo il vostro verdetto con indifferenza. So che la mia testa non sarà l'ultima che taglierete, perché i morti di fame cominciano ad imparare la strada che conduce ai « Terminus » ed ai ristoranti « Foyot »; voi aggiungerete altri nomi alla lista sanguinosa dei nostri morti.

— 31 —

Impiccati c Chicago, decapitati in Germania, garot-tati in Xeres, fucilati a Barcellona, ghigliottinati a Mon-trbrison ed a Parigi, molti dei nostri sono morti, ma voi non avete potuto distruggere l'anarchia. Le radici ne sono troppo profonde, *essa é nata nel seno di una so-cietà putrescente e che si sfascia*, essa é una reazione violenta contro l'ordine stabilito, essa rappresenta le aspirazioni d'uguaglianza e di libert  che vengono a battere in breccia l'autoritarismo attuale. Essa é ovun-que, il che la rende indomabile. — e quindi *finir  per vincervi ed uccidervi*.

Eccovi, signori giurati, quello che io dovevo dirvi; ora, poich  le vostre leggi mi impongono che io sia difeso da un avvocato, uditelo; ma non infirmer  le mie parole, perch  esse sono l'espressione esatta del mio pensiero ed io le mantengo integralmente.



Biblioteca della Questione Sociale

Buenos Aires

Opuscoli pubblicati:

1. **Á las hijas del pueblo** (agotado).
2. **Á las muchachas que estudian.**
3. **La Religion y la Cuestion Social.**
4. **Á las proletarias.**
5. **Un episodio de amor en la colonia socialista Cecilia.**
6. **Perché siamo anarchici?**

Di prossima pubblicazione:

7. **Á los jovenes** (en español).
8. **Il militarismo** (in italiano).

PUBBLICAZIONI ANARCHICHE

DI LINGUA ITALIANA

La Questione Sociale, supplemento letterario dell'*Opri-*
mido - Calle Corrientes 2039, Buenos Aires.

L'Avvenire, Casilla de Correo 739, Buenos Aires.

La Protesta Umana, Rue Aldjazira 31, Tunisi.

La Questione Sociale, Paterson, N. J. (U. S. A.)

L'Avvenire Sociale, Indirizzo: De Francesco Tommaso,
Messina (Italia).

La Lotta Umana, Indirizzo: Niccola Biondi, Fermo
posta, Ancona (Italia).

La Bohème, Fermo posta. Livorno (Italia).

LA EXPROPIACION

GRUPO DE PROPAGANDA COMUNISTA ANÁRQUICA

Publicacion N.º 1.

DECLARACIONES

DE

J. ETLEVATN

TRADUCIDO DEL FRANCÉS

PRECIO DE ESTE FOLLETO :
De cada uno segun sus fuerzas

*Para los pedidos, dirigirse á cualquier periódico
Anárquico en curso de publicaci6n*



Buenos Aires, Enero de 1895

LA EXPROPIACION

GRUPO DE PROPAGANDA COMUNISTA ANARQUICA

Publicacion N.º 1.

San ambrosio

DECLARACIONES

DE

J. ETUUVANT

TRADUCIDO DEL FRANCÉS

PRECIO DE ESTE FOLLETO :
De cada uno segun sus fuerzas

*Para los pedidos, dirigirse á eualquier periódico
Anarquico en curso de publicación*



Buenos Aires, Enero de 1895



A consecuencia de un robo de dinamita efectuado en Soisy sous Etiolles, los camaradas Faugoux, Chabret, Drouhet y Etievant fueron aperebidos delante la corte de assises de Versailles.

El camarada Etievant debia leer al público las siguientes declaraciones, pero el tribunal se apresuró à negarle el uso de la palabra.

Los periódicos burgueses publicaron de una manera muy incompleta, una parte que fue reproducida por el periódico anárquico "La Revolte" y que dió lugar á la siguiente carta, del padre de nuestro camarada.

Clichy, Octubre 22 de 1892.

Camaradas:

*Así como habia prometido, os dirigo la primera parte de las **declaraciones** de mi hijo Jorge. tanto más necesaria, cuanto que ella elucida la segunda, que apesar de las irregularidades señaladas, tiene todavia*

4

su color y su valor particular. Vuestros lectores, generalmente ilustrados, comprenderán sin duda, sin mucha dificultad el pensamiento, alguna vez mal interpretado por la "Cocarde".

Esta primera parte es certificada para que en ella nada sea cambiado conforme al original. Solamente os advierto que el todo debía ser repasado por Jorge que me ha dicho no haber dado por así decir, más que un esbozo, un sumario de lo que tenía desarrollado en su cerebro.

ETIEVANT, padre.

Hé aquí pues el texto completo de nuestro compañero.

Recomendamos su estudio à todos los descontentos de la actual sociedad, à los verdaderos pensadores, en una palabra, à los amantes de la libertad.

DECLARACIONES

DE

J. ETIEVANT



Ninguna idea es innata en nosotros; todas ellas vienen con ayuda de nuestros sentidos y del medio en que vivimos; tanto es así, que si nos falta un sentido, no podemos hacernos ninguna idea de los hechos correspondientes á ese sentido. Por ejemplo: un ciego de nacimiento jamás tendrá una idea de la diversidad de los colores, porque le falta la facultad necesaria para percibir el resplandor de los objetos.

Además, según las aptitudes que nosotros aportamos al nacer, poseemos, sea en un orden de ideas, sea en otro, mayor ó menor facultad de asimilación, proveniente de la mayor ó menor facultad de receptividad que tenemos de ese sugeto. Es así, por ejemplo, que los unos aprenden fácilmente las matemáticas mientras que los otros tienen mucha más aptitud para la lingüística. Esta facultad de asimilación que está en nosotros, se puede desarrollar en una proporción que varía infinitamente de uno á otro, por consecuencia de la multiplicidad de sensaciones análogas percibidas.

Lo mismo que si nos servimos casi exclusivamente de nuestros brazos, estos adquirirán mayor fuerza á expensas de otros miembros ó partes del cuerpo y se harán más aptos para el desempeño de sus funciones, á medida que los otros lo serán menos; así como en nuestra facultad de asimilación, cuanto más se ejercerá por consecuencia de la multiplicidad de sensaciones análogas desarrolladas en un orden de ideas, más relativamente al conjunto de nuestras facultades, mayor será

8

la fuerza de resistencia que opondremos á la asimilación de ideas, viniendo de un órden adverso. Es así que, si hemos llegado á creer tal cosa ó tal idea verdadera y buena, toda idea contraria nos ofenderá y presentaremos á su asimilación una fuerte resistencia aun cuando á otro le parecerá tan natural y justa, que no podrá figurarse, que de buena fé, se pueda pensar de otro modo. De todos estos hechos tenemos ejemplos cada dia, y no creo se me dispute seriamente la autenticidad.

Esto sentado y admitido, y como todo acto es el resultado de una ó varias ideas, está bien evidente que para juzgar un hombre, para llegar á conocer la responsabilidad de un individuo en la realización de un acto, es necesario conocer cada una de las sensaciones que han determinado la realización de ese acto, apreciar su intensidad, saber que facultad de receptividad ó que fuerza de resistencia ha podido encontrar en él, así como el lapso de tiempo durante el cual habrá estado sometido á la influencia de cada sensación, de varias despues, y por fin de todas.

Luego ¿quien os dará la facultad de percibir y sentir eso que los otros perciben y sienten, ó han percibido y sentido? ¿Como podreis juzgar á un individuo si no podeis conocer exactamente las causas determinantes de sus actos? Y ¿como podreis conocer esas causas, así como su relatividad entre ellas, si no podeis penetrar en los arcanes de su mentalidad ó identificaros á él á fin de comprender su modo de ser perfectamente? Para eso seria preciso conocer su temperamento, mejor de lo que á menudo sabeis conocer el vuestro propio: además, tener un temperamento igual, someterse á la mismas influencias, vivir en el mismo medio durante el mismo lapso de tiempo; único modo de darse cuenta del número y fuerza de las influencias de ese medio, comparativamente á la facultad de asimilación que esas influencias han podido encontrar en ese individuo.

He aquí por consiguiente la imposibilidad de juzgar á nuestros semejantes, resultando de la imposibilidad de conocer exactamente las influencias á que obedecen y la fuerza de sensaciones determinantes de sus actos, comparativamente á sus facultades de asimilación ó á la fuerza de su resistencia. Pero si esa imposibilidad no existiera, apenas llegaríamos á darnos cuenta exacta del juego de las influencias á las cuales hubieran obedecido, de la relatividad que hay entre ellas, de la mayor ó menor fuerza de resistencia que hubieren tenido á oponerles, de su más ó menos poder de receptividad al soportar esas influencias; pero nosotros no por eso podríamos conocer su responsabilidad en la realización de un acto, por esa buena y magnífica razón que la responsabilidad no existe.

Para bien darse cuenta de la no existencia de la responsabilidad, basta considerar el juego de las facultades intelectuales en el hombre. Para que la responsabilidad existiera, sería preciso que la voluntad determinara las sensaciones, lo mismo que estas determinan la idea, y esa el acto. Pero por el contrario, las sensaciones son las que determinan la voluntad, le dan nacimiento en nosotros y la dirigen. Porque la voluntad no es sino el deseo que tenemos de la realización de una cosa destinada á satisfacer nuestras necesidades, es decir; á procurarnos una sensación de placer, ó alejar una sensación de dolor, y por consiguiente es preciso que esas sensaciones sean ó hayan sido percibidas para que nazca en nosotros la *voluntad*. Y la voluntad, creada por las sensaciones, no puede ser cambiada sino por nuevas sensaciones, es decir, que no puede tomar otra dirección ni perseguir otro fin, si sensaciones nuevas no hacen nacer en nosotros un nuevo orden de ideas ó modifican el orden de ideas preexistentes. Eso ha sido reconocido en todos tiempos y vosotros mismos lo reconocéis tacitamente, porque en suma, hacer defender delante de vosotros el *pró* y el *contra*; ¿no es probar que las sen-

saciones nuevas penetrándoos por el órgano del oído, pueden hacer nacer en vosotros la voluntad de obrar de una manera ó de otra, ó modificar vuestra voluntad pre-existente? Pero, como yá he dicho al empezár, si estamos habituados, por consecuencia de una larga sucesión de sensaciones análogas, á considerar tal cosa ó tal idea como buena y justa, toda idea contraria nos ofenderá y presentaremos á su asimilación una fuerte resistencia. Por esa razon, las personas ancianas adoptan menos facilmente las ideas nuevas, atendido á que en el curso de su existencia, han percibido una multiplicidad de sensaciones emanadas del medio en que han vivido y les han enseñado á considerar como buenas las ideas conformes á la concepción general de ese medio, sobre lo *justo* y lo *injusto*. Y por esa misma razon la nocón de lo justo y lo injusto varía sin cesar en el curso de los siglos, y difiere de una manera notable de clima á clima, de pueblo á pueblo y aun de hombre á hombre. Y como esas diversas concepciones no pueden ser más que relativamente justas y buenas, tenemos en conclusión que una gran parte de la humanidad, sino toda, equivoca todavía ese sugeto.

Esto es lo que nos explica igualmente porqué el tal argumento que llevará la convicción del uno, dejará al otro indiferente.

Pero de una ó de otra manera, aquel que el argumento habrá impresionado, no podrá hacer que su voluntad no sea determinada en un sentido, y aquel que el argumento habrá dejado indiferente, no podrá hacer que su voluntad no quede lo mismo; por consiguiente, el uno no podrá evitarse de obrar de una manera, y el otro de una manera contraria, á menos que nuevas sensaciones vengan á modificar su voluntad.

Aunque esto tenga el aire de una paradoja, es bien cierto que no hacemos ningun acto bueno ó malo, por mínimo que sea, sin que seamos forzados á ello, atendido á que todo acto es el resultado de la relatividad

que existe entre una ó varias sensaciones emanadas del medio en que vivimos, y la mayor ó menor facultad de asimilación que ella puede encontrar en nosotros. Luego como no podemos ser responsables de la mayor ó menor facultad de asimilación que haya en nosotros, relativamente á un órden de sensaciones ó á otro, ni de la existencia ó de la no existencia de las influencias que provienen del medio en que vivimos y de las sensaciones que de él nos llegan, como de su relatividad y de nuestra más ó menos facultad de receptividad ó de resistencia; tampoco podemos ser responsables del resultado de esa relatividad, puesto que ella es, no solamente independiente de nuestra voluntad, sino que aun es la *determinante*.

Por consiguiente todo juzgamiento es imposible y toda recompensa, como todo castigo, es injusto, por mínimo que sea y por grande que pueda ser el bien ó el mal hecho.

Uno no puede por consiguiente juzgar los hombre ni tan siquiera los actos, á menos de tener suficiente criterio, y ese criterio no existe; ó no es en las leyes donde se puede encontrar; porque la verdadera justicia es inmutable y las leyes son mudables. Porque, si esas leyes son buenas; ¿á que bueno los diputados y senadores para cambiarlas? Y, si ellas son malas; ¿á que bueno los magistrados para aplicarlas?

Por el hecho mismo de su nacimiento tiene cada uno derecho á vivir y ser feliz. Ese derecho de ir y venir libremente por el espacio, el suelo bajo los piés, el cielo sobre la cabeza, el sol en los ojos, el aire en el pecho —ese derecho primordial, anterior á todos los otros derechos, imprescriptible y natural—se le niega á millones de seres humanos.

Esos millones de desheredados á los cuales los ricos

12

han quitado la tierra—esta que debiera ser bienhechora á todos—no pueden dar un paso á derecha ó izquierda, comer ó dormir, gozar de todos sus órganos, satisfacer sus necesidades, sin el permiso de otros hombres; su vida es precaria; siempre á merced de los caprichos de los que han venido á ser sus amos.

Ellos no pueden ir y venir en el vasto dominio humano sin á cada paso encontrar una barrera, sin ser retenidos por estas ó parecidas palabras; “no entres en ese campo, es de un tal; no entres en esos bosques, pertenecen á cual; no cojas esos frutos, no pesques esos pescados, porque son propiedad de aquél.”

Y, si ellos preguntan: pero entonces nosotros, ¿que es lo que tenemos? Nada; se les contestará. Vosotros no tenéis nada—y desde muy niños por medio de la religion y de las leyes se habrá formado su cerebro, para que acepten sin murmurar esa irritante injusticia. Las raíces de las plantas se asimilan el jugo de la tierra, pero el fruto no es para vosotros, se les dice. La lluvia os moja como á los demas, ella hará crecer las cosechas, pero no para vosotros; el sol envia sus rayos á la tierra para dorar los trigos y madurar los frutos de los que no gustareis vosotros.

La tierra gira entorno del sol y presenta alternativamente cada una de sus faces á la influencia vivificante de ese astro, pero ese gran movimiento no se hará en provecho de todas las criaturas, porque la tierra pertenece á los unos y no á los otros, hay hombres que la han comprado con su oro.

Pero de que subterfugios se han valido puesto que el oro es un contenido de la tierra como los demas metales. ¿Como puede ser que una parte del todo, valga tanto como el todo? ; Misterio !

Y, esos inmensos bosques sepultados desde millones de siglos por revoluciones geológicas, ellos no pueden haberlos comprado, ni heredado de sus padres, puesto que entonces aun no habia persona alguna sobre la tierra !

Sin embargo es de ellos, porque desde las entrañas de la tierra y el fondo de los mares hasta las más altas cimas de las grandes montañas, todo les pertenece— Es para que éste dé una dote á su hija, el que esos bosques hayan crecido en tiempos pasados; es para que aquél pueda dar un palacio á su querida, que las revoluciones geológicas han tenido lugar — Y es para que ellos puedan tragar el champagne el que esos bosques se hayan lentamente convertido en hulla.

Pero si los desheredados preguntan: ¿como haremos para vivir sino tenemos derecho á nada? Aféitense, se les responderá: los poseedores son buena gente, y vosotros con tal de que seáis sumisos y obedezcais á todas sus voluntades, ellos os permitirán vivir en cambio de que vosotros debereis trabajar sus campos, hacer sus vestidos, construir sus casas, esquilar sus ovejas, podar sus árboles, hacer máquinas, libros, en una palabra; procurarles todos los goces físicos é intelectuales á que solo ellos tienen derecho. Si los ricos tienen la bondad de dejaros comer su pan, beber su agua, vosotros debéis agradecersele infinitamente, porque vuestra vida les pertenece lo mismo que lo demás.

Vosotros no teneis el derecho de vivir sino con su beneplácito, y á condición de que trabajareis para ellos. Ellos os dirigirán; os mirarán trabajar y gozarán de los frutos de vuestra labor, porque á ello tienen derecho. Todo lo que podreis poner por obra en vuestra producción les pertenece igualmente. Así que, ellos nacidos al mismo tiempo que vosotros, os mandarán toda su vida — toda vuestra vida obedecereis vosotros, mientras que ellos podrán reposar á la sombra de los árboles, poetizar al murmullo de las fuentes, revivificar sus músculos en las ondas del mar, recobrar la salud en las aguas termales, gozar del vasto horizonte sobre las cimas de las montañas, entrar en posesion del dominio intelectual de la humanidad y conversar así con los poderosos sembradores de ideas, los infatigables buscadores

del mas allá — vosotros apenas salidos de la infancia, debereis, presidiarios de nacimiento, empezar á arrastrar la cadena de vuestra miseria, debereis producir para que otros consuman, trabajar para que otros esten ociosos morir de pena para que otros vivan en la alegría. Mientras que ellos pueden recorrer en todos sentidos el gran dominio, gozar de todos los horizontes; vivir en comunión constante con la naturaleza y obtener de esa fuente inagotable de poesia, las más delicadas y las más dulces sensaciones que el sér pueda sentir. — Vosotros tendreis por todo horizonte las cuatro paredes de vuestras bohardillas, de vuestros talleres de presidio ó de la carcel, vosotros debeis, máquinas humanas donde la vida se reduce siempre á un mismo acto, indefinidamente repetido, reempezár cada dia la vieja tarea, hasta que un dia se rompa un rodaje de vuestro cuerpo ó que usados y viejos, os releguen al olvido como no reportando suficiente utilidad. Desgraciados de vosotros si la enfermedad os postra, si jóvenes ó viejos estais demasiado débiles para producir al gusto de los poseedores. !Desgraciados de vosotros sino encontrais á quien prostituir vuestro cerebro, vuestro brazo, vuestro cuerpo, rodareis de abismo en abismo;— se os hará un oprobio de vuestros harapos, un crimeu de vuestro desfallecimiento, la sociedad entera os lanzará el anatema y la autoridad, interviniendo con la ley en la mauo os perseguirá: !; Desgraciado de quien no tiene albergue, de quien no tiene un techo para resguardar su cabeza, de quien no tiene un jergon para descansar sus doloridos miembros! Desgraciado de quien se permite tener hambre cuando los otros han comido demasiado, de quien tiene frio cuando los otros estan bien abrigados! Desgraciados de los vagabundos! Desgraciados de los vencidos!— La autoridad los castigará por haberse permitido no tener nada cuando los otros lo tienen todo.— Esto es justicia, dice la ley.— Esto es un crimen, respondemos nosotros, esto no debe ser, debe cesar de existir, porque eso no es

justo. Demasiado largo tiempo los hombres han tomado y aceptado por regla moral la espresión de la voluntad de los fuertes y de los poderosos; demasiado largo tiempo, la maldad de los unos ha encontrado cómplice, en la ignorancia y la cobardía de los otros; demasiado largo tiempo han estado sordos á la voz de la razón, de la justicia, y de la naturaleza; demasiado largo tiempo han tomado la mentira por la verdad. Y ved lo que es la verdad: Que es eso de la vida, sino un perpétuo movimiento de asimilación y desasimilación que incorpora á los séres las moléculas de la materia bajo sus diversas formas arrancándolas luego para combinar de nuevo de miles otras manera; un perpétuo movimiento de acción y de reacción entre el individuo y el médio natural ambiente que se compone de todo eso que no es él, tal es la vida. Por su acción contizua, el conjunto de los séres y de las cosas tiende perpétuamente á la absorción del individuo, á la disgregación de su ser, á su muerte.

La naturaleza no hace lo nuevo sino de lo viejo, ella siempre destruye para crear, ella no hace jamás salir la vida sino de la muerte, eso hace que ella sacrifique eso que és para dar nacimiento á lo que será. La vida no es entonces posible para el individuo sino por una perpétua reacción de sí mismo sobre el conjunto de los séres y de las cosas que le rodean. El está sugeto á la desasimilación de todo lo existente y no puede vivir sin la condición de combatir esa desasimilación por la asimilación de nuevas moléculas que tiene que adaptarse de todo cuanto existe.

Así los séres en cualquier grado de la escala que estén colocados, desde los zoófitos hasta los hombres, estando provistos de facultades que les permiten combatir la desasimilacion de su organismo, incorporándose nuevos elementos obtenidos del medio en que viven, todos están provistos de órganos más ò menos perfectos destinados á advertirles la presencia de causas, pudiendo

introducir una brusca desasimilación de su ser. Todos están provistos de órganos que les permiten combatir la influencia desorganizadora de los elementos.

¿Para qué todos esos órganos sino tuvieran que servirse ni pudieran hacer uso de ellos?

¿Para qué los pulmones sino para respirar; para qué los ojos sino para ver; para qué el cerebro sino para pensar; para qué el estómago sino para digerir los alimentos?

Sí, eso es así; por nuestros pulmones, tenemos el derecho de respirar; por nuestro estómago, el derecho de comer; por nuestro cerebro, el derecho de pensar; por nuestra lengua, el derecho de hablar; por nuestros oídos, el derecho de escuchar; por nuestros ojos, el derecho de ver; por nuestras piernas, el derecho de ir y venir.

Y tenemos derecho á todo eso, porque por nuestro ser tenemos el derecho de vivir.

Jamás un ser tendrá órganos más poderosos de los que debe tener, jamás tendrá una vista demasiado penetrante, un oído demasiado fino, una palabra demasiado fácil, un cerebro demasiado capáz, un estómago demasiado bueno, las piernas demasiado fuertes.

Además por nuestra piernas tenemos derecho, á todo el espacio que podamos recorrer; por nuestros pulmones, á todo el aire que podamos respirar; por nuestro cerebro á todo lo que podamos pensar y asimilarnos los pensamientos de los otros; por nuestra facultad de locucion, á todo lo que podamos decir; por nuestros oídos á todo lo que podamos escuchar; y, tenemos derecho á todo eso, porque tenemos derecho á la vida y á todo lo que la constituye. Esos son los verdaderos derechos del hombre! No es necesario decretarlos: ellos existen como existe el sol. No estan escritos en ninguna constitución, en ninguna ley, pero estan escritos con caracteres indelebles en el gran libro de la naturaleza é imprescriptibles.

Desde la hormiga al elefante, desde la brizna de yerba

al árbol mas corpulento, desde el átomo á la estrella, todo lo proclama. Escuchád la gran voz de la naturaleza y os dirá que todo en ella es solidario, que el movimiento general eterno, condición de la vida para el universo es también condición de la vida para cada una de las criaturas por estar compuesta del movimiento general eterno de cada uno de sus átomos.

Los movimientos de los infinitamente pequeños como los de los infinitamente grandes, se repercuten y reaccionan indefinidamente los unos sobre los otros. Y puesto que todo reacciona sobre nosotros, nosotros tenemos que reaccionar sobre todo, porque tenemos derecho de vivir y la vida no es posible sin esa condición.

Por el hecho de nuestro nacimiento venimos copropietarios del universo entero, y tenemos derecho á todo lo que está, á todo lo que ha estado y á todo lo que estará.

Por esta misma razón tenemos derecho á todo, sin otros límites que los que la naturaleza misma nos ha puesto, es decir, el límite de sus facultades de asimilación.

A vosotros que decís, ese campo es mio, es mio ese bosque, esa fuente, ese estanque, esa pradera, esas mieses, esa casa, yó os respondo: cuando vosotros hagais de suerte que vuestra propiedad, fracción de ese gran todo que, por su acción constante sobre mi organismo, me empuja, lo mismo que á vosotros hácia la tumba, cese de empujarme, yo reconoceré que vosotros solos teneis derecho á gozar de ella. Cuando hagais de suerte que las influencias disgregadoras de la naturaleza no tengan acción más que sobre vosotros, vosotros solos tendreis derecho á sacar de la naturaleza con que reparar eso que ella os arrebató. Pero mientras la humedad obre sobre mí como sobre vosotros, la fuente y el estanque seran tanto mios como vuestros.

En tanto que no hayais impedido que el calor del sol me haga transpirar como á vosotros, el madurará frutas y mieses tanto para mí como para vosotros.

18

Sabed que un hombre de veinte años no tiene en sí una sola de las moléculas, que constituyan su ser diez años antes; así cuando hayais hecho de suerte que, sea por la lluvia, sea por el viento, sea de una manera ó de otra, no se incorpore á vuestras propiedades eso que ha estado en mí, vosotros tendreis el derecho de impedirme incorporarme en reciprocidad eso que me adeudan vuestras propiedades.

Pero mientras no hayais hecho que podamos, nosotros los *exceptuados de la parte*, los modernos párias, vivir sin asimilarnos constantemente los elementos que recibimos del gran todo, tendremos derecho á ese gran todo y á cada una de sus partes, porque somos nacidos como vosotros, con órganos y necesidades; por consiguiente tenemos derecho á la vida y al bienestar como vosotros.

Si nosotros fuésemos de especie animal inferior, se comprenderia esa exclusión: nuestra organización y modo de vivir serian diferentes; pero como estamos igualmente organizados, somos vuestros iguales y tenemos los mismos derechos sobre la universalidad de los bienes. Si decís que tal cosa es vuestra porque la habeis heredado, yó os responderé que aquellos que os la han dejado, no tenian derecho de hacerlo. Ellos tenian derecho de disfrutar de la universalidad de los bienes durante su vida, como nosotros durante la nuestra, pero no tenian el derecho de disponer despues de muertos; así como por nuestro nacimiento adquirimos derecho á todo, por nuestra muerte, perdemos todos los derechos, porque entonces no tenemos necesidad de nada.

¿Con que derecho los que han vivido querrian impedirnos vivir? ¿Con que derecho un agregado de moléculas querria impedir que sus propias moléculas se reagrasen de una manera mejor que de otra? ¿Con que derecho querria impedir eso que fué, eso que será? ¿Porqué? Porque un hombre cuya vida no ha sido más que un minuto en la inmensidad de los tiempos, haya habitado un rincon de tierra, podrá disponer de ella para la eternidad?

¿Puede haber algo mas estúpido que esa pretensión de un sér efímero haciendo donaciones perpétuas á otros séres, ó á instituciones pasajeras?

No debemos respetar esas pretensiones de gente que queriendo vivir despues de muertos, quieren tener derecho á todos los bienes, cuando ya no los necesitan, disponer despues de su muerte de cosas que ellos no tenían derecho, sino segun sus necesidades durante su vida.

Y si vosotros me decís que ellos tenían derecho de disponer, porque eso ha sido una parte economizada del producto de su trabajo, yó os responderé que si ellos no han consumido todo el producto, es porque han podido dispensarse de él; sino tenían necesidad, no tenían derecho y por consiguiente no podían disponer en vuestro favor, ni cederos derechos que ellos no tenían.

El derecho cesa donde acaba la necesidad.

Lo mismo que si me decís que tal cosa es vuestra porque la habeis comprado, yó os responderé que aquellos que os la han vendido no tenían derecho de vendérsela. Ellos tenían el derecho de disfrutar segun sus necesidades, como nosotros segun las nuestras. Ellos tenían derecho de disminuir su parte de goces y de vida, pero no la nuestra. Ellos podían renunciar á su bien estar, pero no al nuestro; y no debemos respetar transacciones que se han llevado á cabo contra nuestra voluntad, en nuestro perjuicio, y contra nuestro derecho.

La naturaleza nos dice: toma y no, compra. En toda transacción hay un ladron y un robado. El uno saca provecho de ella, mientras el otro queda lesionado. Mas si cada uno toma segun su necesidad, ninguno será el lesionado, atendido á que teniendo cada uno segun su necesidad, tendrá todo lo que le corresponde á su derecho. La transaccion comercial es ciertamente una de las primordiales causas de corrupción para la humanidad.

20

No será pues inútil indicar á este sugeto, que todo eso que, en el funcionamiento social actual es contrario á las reglas de la filosofía natural, es al mismo tiempo, fuente de males, de crímenes, y que si todos los individuos tuvieran á su disposición la universalidad de bienes, si tuvieran asegurado para el mañana, y para el despues, lo suficiente para vivir y ser felices, puesto que á ello tienen derecho, desaparecerian las nueve déci mas partes de los crímenes, pues ellos tienen por móvil eso que llamais robo. El hecho bien nos penetra de la verdad, que del momento que un hombre vende espontaneamente cualquier cosa, es que no la necesita; que desde entonces él no tiene derecho de disponer é impedir apoderarse de ella, á los que tienen necesidad, atendiáo á que por el hecho mismo de tener necesidad, tiene derecho !

Lo mismo que el llamado robo, la prostitución desaparecería por la aplicación de nuestras teorías filosóficas. ¿Porque razon podría prostituirse una muger, teniendo asegurado su bien estar? Y como un hombre podría comprarla no pudiendo darle mas que aquello á que ella tenia derecho de antemano? ¿Y así desaparecerian todos los crímenes, todos los vicios, porque habrian desaparecido sus causas.

El sér humano no es en sí completo sino por el libre ejercicio de su plena voluntad

¿De donde viene la mentira, la dobléz, la astucia, sino de la violenta imposición de los unos sobre los otros? Y estas armas las emplean los débiles, porque los fuertes los constriñen.

La mentira no es el vicio del mentiroso, mas bien de aquel que lo obliga á mentir. Levanten el constreñimiento, la coercion, el castigo, y veremos si el mentiroso no dice la verdad.

Que los unos cesen de disputar á otros el derecho á la vida, al bien estar; y prostitución y el asesinato, desaparecerán porque los hombres nacen todos igual-

mente buenos. Son las leyes sociales las que los hacen malos é injustos, esclavos ó señores, expoliados ó expoliadores, verdugos ó víctimas.

Cada hombre es un sér autónomo, independiente, y por eso la independencia de cada uno debe ser respetada. Todo atentado á nuestra libertad natural, toda obligación impuesta es un crimen que llama á la revolución. Ya sabéis bien que mi razonamiento, en nada se parece á la economía política enseñada por M. Leroy Beaulieu, ni á la moral de Malthus, ni al socialismo cristiano de Leon XIII que predica el renunciamiento á las riquezas, (entre montones de oro), y la humildad proclamándose el primero de todos. Bien se sabe que la filosofía natural rechaza de frente todas las ideas recibidas sean religiosas, sean morales, sean políticas. Pero su triunfo es seguro, porque es superior á toda otra concepción moral, *porque ella no reivindica ningún derecho para los unos que no reivindique igualmente para los otros y que siendo de absoluta igualdad lleva en sí misma la absoluta justicia.* Ella no se guía por las circunstancias de tiempo y de medio, ni proclama alternativamente bueno ó malo el mismo acto. Ella no tiene nada de común con esa moral que hoy cursa entre los hombres, moral con doble faz que hace una cosa buena ó mala según las latitudes y las longitudes.

Ella no proclama por ejemplo que el apropiarse de una cosa y dejar en su lugar el cadáver de su precedente poseedor, sea horrible y sublime. Horrible, si el hecho pasa en los alrededores de París, sublime el mismo hecho, si pasa en los alrededores de Hué ó de Berlin. Y como ella no admite castigo ni recompensa, no reclama en el primer caso la guillotina para los unos, ni la apoteosis para los otros. Ella sustituye á todas las innumerables y cambiantes reglas morales inventadas por los unos, para esclavizar á los otros, probando por su número y movilidad, su misma fragilidad; la justicia natural, es inmutable regla del bien y del mal por no ser obra de nadie sino del resultado del orga-

nismo íntimo de cada uno. El bien es lo que á nosotros nos es bueno, eso que nos procura sensaciones de placer, y como esas son la sensaciones que determinan la voluntad, el bien es eso que nosotros queremos; el mal es eso que nos procura las sensaciones de dolor, eso es lo que no queremos.

«Haz lo que quieras» tal es la única ley que nuestra justicia reconoce, porque ella proclama la libertad de cada uno dentro de la igualdad de todos.

Los que piensan que ninguno querría trabajar sino estuvieran todos obligados, olvidan que la inmovilidad es la muerte—que nosotros tenemos las fuerzas para emplearlas y renovarlas sin cesar y que la salud y el bienestar no se conservan sino con el precio de la actividad—que no queriendo ninguno estar enfermo, deben ocupar todos sus órganos para gozar de todas sus facultades, porque una facultad de la que no se hace uso, no existe y es una parte menos de bienestar en la vida del individuo.

Mañana, (como hoy y como ayer,) los hombres querran ser felices, siempre emplearán su actividad, siempre trabajarán, más siendo el trabajo de todos productivo de riqueza social, el bienestar de todos y de cada uno será aumentado, y cada uno podrá así gozar del lujo á que tiene derecho, porque lo supérfluo no existe, y todo eso que puede existir es necesario.

El hombre no es solamente un vientre, es también un cerebro: tiene necesidad de libros, cuadros, estatuas, música y poesía, como tiene necesidad de pan, de aire y de sol; lo mismo en su consumo no debe estar limitado más que por sus facultades de consumación, en su producción, por sus facultades de producción, y consumiendo según sus necesidades, no debe producir más que según sus fuerzas. ¿Quién podrá conocer mejor que él sus necesidades? ¿Quién mejor conocerá sus fuerzas? Ninguno; por consiguiente, el hombre no debe producir ni consumir más que según su voluntad.

La humanidad siempre ha tenido la conciencia latente de que no sería feliz y que todas las bellas cualidades de la naturaleza humana no podrían dilatarse sino con el comunismo. Así era la edad de oro de los antiguos, fundada sobre la propiedad común, y los grandes pensadores, los elegidos de aquel tiempo, que entre ellos poetizaban el pasado jamás pensaron que la felicidad de los hombres fuese compatible con la propiedad individual. Ellos sabían por intuición ó por experiencia que todos los males y todos los vicios de la humanidad derivan del antagonismo de los intereses, creado por la apropiación individual no limitada á las necesidades, y ni soñaron jamás una sociedad sin guerras, sin prostitución, sin crímenes y sin vicios que no fuera igualmente sin propietarios.

Es por lo que nosotros no queriendo mas guerras, ni prostitución, ni vicios, ni crímenes; luchamos por la libertad y la dignidad humana. Apesar de todas las mordazas, la palabra de la verdad resonará sobre la tierra, y los hombres estremeciéndose á sus acentos, se levantarán al grito de libertad por ser los artesanos de su felicidad.

También seremos fuertes en nuestra misma debilidad, por cualquier cosa que nos pueda suceder, venceremos! Nuestra esclavitud, enseña á los hombres que tienen derecho á la revolución; nuestro encarcelamiento, que tienen derecho á la libertad; y, por nuestra muerte, aprenden á conocer que tienen derecho á la vida.

Cuando volvamos nosotros á la prisión y vosotros á vuestras familias, pensaran los espíritus superficiales que somos nosotros los vencidos — ¡error! — nosotros somos los hombres del porvenir, vosotros los del pasado.

Nosotros somos mañana y vosotros sois ayer. Y en ninguno está el poder de impedir que el minuto que pasa, nos aproxime al mañana y nos aleje del ayer — el ayer ha querido siempre obstruir el camino al mañana, y aquel siempre ha sido vencido en su victoria mis-

na, porque el tiempo que ha pasado en vencer lo ha aproximado á su caída.

Esto es lo que ha hecho beber la cicuta á Sócrates, abjurar á Galileo en la tortura quien ha quemado á Jean Huss, Etienne Dolet, Guillermo de Praga, Giordano Bruno, quien ha guillotinado á Hébert, Babeuf, quien ha envenenado á Blanqui, quien ha fusilado á Flourens y Ferré.

¿Como se llamaban los Jueces de Sócrates y de Galileo, de Jean Huss, de Guillermo de Praga, de Giordano Bruno, de Etienne Dolet, Hébert, Babeuf, Blanqui, Flourens y Ferré? Nadie lo sabe: ellos son el pasado, ellos estaban ya muertos, cuando vivian. Ni siquiera han tenido la gloria de Erostrato, en tanto que Sócrates es eterno, que Galileo está en pié, que Jean Huss existe, que Guillermo de Praga, Giordano Bruno, Etienne Dolet, Hébert, Babeuf, Blanqui, Flourens y Ferré viven.

Tambien nosotros seremos dichosos en nuestra desgracia, triunfantes en nuestra miseria, vencedores en nuestra caída. Seremos dichosos en todo y por todo porque estamos seguros que al soplo de la idea renovadora llegarán otros séres á la verdad, otros hombres reanudarán nuestra tarea interrumpida y la conducirán á bien; y vendrá un dia en que el astro que dora las mieses, lucirá esplendente sobre la humanidad sin armadas, sin cañones, sin fronteras, sin barreras, sin cárceles, sin magistratura, sin policia, sin leyes y sin dioses; libres en fin física é intelectualmente los hombres y reconciliados con la naturaleza y con ellos mismos, podrán en la universal armonia, apagar su sed de justicia.

¿Que importa que la aurora de ese gran dia aparezca enrojecida por las llamas del incendio? ¿Que importa que á la mañana de ese dia sea la sangrienta rosada?

La tempestad tambien es útil para purificar la atmósfera; el sol es mas brillante despues del huracán.

Ese día lucirá radiante el bello sol de la libertad y la humanidad será feliz. Entonces abrigando cada uno su bienestar dentro del bienestar de todos, nadie ejercerá el mal porque no tendrá interés en hacerlo.

El hombre libre en la libre humanidad, podrá caminar sin trabas, de conquista en conquista, en provecho de todos hácia lo infinito sin límites de la intelectualidad. El enigma moderno: Libertad, Ygualdad, Fraternidad, empujado por la Esfinge de la revolución, una vez resuelto, este será la Anarquía.

LA EXPROPIACION

GRUPO DE PROPAGANDA COMUNISTA ANÁRQUICA

Suscripciones recaudadas hasta la fecha

Lista N. 1.—Un refractaire 5,00 — Natin 0,50 — Un desterrado 1,00 — Diamant retrouvé 1,00 — Rocendo 1,00 — Amar 1,00 — Un nouveau suné 2,00 — Cualquiera 0,10 — La Revanche 1,00 — Une chaudière fêlée 1,00 — Cualquiera cosa 0,60 — El mas atorrante del mundo 0,50 — Vindex 0,50 — Sereskiński 1,00 — Un albañil perdu 0,25 — Un gniaff 1,00 — Restant de mes écus 1,00 — Rubio 0,30 — Miscosi 1,00 — P. E. 0,50 — Mata vigilantes 0,50 — Juan sin patria 0,25 — Fuera tiranos 2,00 — B. R. 0,65 — Sans chagrin 0,30 — Un cambio radical 0,25 — Un n'importe quoi 1,00 — ¡Adelante! 0,50 — Mueran los capataces 1,00 — Expropiacion 0,50 — Aneiros resucitado 1,00 — Miseria y Revolucion 0,50 — Macanista 0,20 — Muerto de hambre 0,40 — Fritisitis 0,15 — Manuel Costenla 1,00 — Savoyard recalitrant 0,50 — Un esclavo 0,50 — Narices torcida 0,10 — Expropiacion 0,50 — Expropiacion 0,30.

Lista N. 2.—Tapiol 2,00 — M. 1,00 — Umberto el mecánico 0,10 — Descuartizar al Papa 0,55 — Espropiacion 2,40 — «El Iris» 2,00 — H. P. 2,00 — Un cualquiera 0,20 — Un explotado por la burguesía 0,40 — Un pelotudo

0,50—Un boludo 0,50—Uno que era patriota, y se hizo anarquista por el hecho de Pallás 0,50.

Lista N. 3.—Rodolfe de Paris 0,50— Leopoldo Paris 0,30—Eduardo Steeinbeck 0,50—F. Q. Poullaouën 0,50—Lallemand 0,50—José Host 0,50—B. R. 1,00—Un obrero 0,50—Un sale buiff 0,50— Alfred 0,50 — Michel 1 00—A. C. Petrel 0,50—Paile 0,50 — Una Liberté 0,05—L'arraignée de Paris 0,50.

Lista N. 6.—Dos desheredados 0,40 — Un aburrido 0,20—Uno que estudia las ideas 0,20— Un cosmopolita 0,50 — Dos intransigentes 1,00.

Lista N. 8.—D. M. 0,50 — Un madrileño 0 20 — R. M. 0,40 — Un asturiano 0,20 — La Verdad 0 20 — S. M. 0,20.

Lista N. 9.—Bomba y bomba 0,20—Una anarquista que no quiere ser bautizada 0,20 — Una joven que quiere el amor libre 0,20—Dos vigilantes 0,50— Puñal y veneno ¡Oh! 0,20 — Ministro de la guerra 0,50 — Pedro Sibori 1,00—P. P. 1,00.

Recibido por intermedio del «Oprimido» — De Buenos Aires, Antonio Subirá 0 50—F. A. 0,50— M. Dominguez 1,00.

DE LA PLATA—F.co Moreno 0,50.

DE LUJAN—J. Creaghe 5,00.

DE JUNIN El cura Galeote 0,50—Un Zorro 0,30 — Un bandolero 0,20— Un calderero atorrante 0,25 — El cura Santa Cruz 0,25 — Yo mismo 0,25— Ni Dios, ni patron 0,25 — Cualquiera 0,25 — Un neofito 0,25 — Un turco 0,25.

Lista N. 13.— Varios fabricantes de Bombas explosivas para destruccion de palacios 2,50 — Un herrador Biernes 1 00—Un aficionado al Arte Mazantini 0,50 — Uno con cinco hijos que está desesperado 0,20 — Una española mujer de un anarquista 0 20—Ravachol 2° está muy pobre 0,25—Uno que está conforme con lo que efectuó Caserio 0,50—Un herreo loco 0,50 —

DE MONTEVIDEO—Tres compañeros 2,00.

NAVARRO—Uno que está entre indios 2 00.

CIUDAD—Reunion de ye eros la md. 6,60—El Gardulo 0,10—Carmelucho 0,10—Otro 0,10.

Lista N. 11—Bistrot 2,00—Le Perruquier 1,00 —XXX 1,00—M 0,50—François 1,00.

Lista N. 16—Ravachoi 0,50—F. Iglesias 0,20 — A. Gonzalez 0,20—F. Lopez 0,10— R. Aboy 0 10 — F. Maure 0,20— Un desterrado 0,10— P. Ruiz 0,20 — A. Ruiz 0,20—P. Santelo 0 10—M. Alonso 0,10.

Total general \$ 94,45.

Tirage de 3000 ejemplares \$ 1.0,00.

Hacemos notar á los compañeros que la propaganda de este grupo depende de la ayuda pecuniaria y la actividad de todos los que simpatizan con sus publicaciones.

Siendo nosotros Anarquistas-Comunistas y por consiguiente contrarios á todo sistema de venta, aunque éste sea para la propaganda, ponemos nuestras publicaciones á disposicion de todos los trabajadores; sin embargo, contamos con la cooperacion de

cada uno, segun sus fuerzas

Así los que sienten la necesidad de hacer propaganda, pueden pedir los ejemplares que quieran y nosotros les mandaremos tambien *segun nuestras fuerzas*.

Las cantidades recolectadas vendrán anotadas, así como los gastos de imprenta y correo, en los mismos folletos

Queda abierta una suscripcion permanente á favor del grupo—"Expropiacion".

Cuanto más fuerte sea la solidaridad de los compañeros, tanto más publicaciones se harán y mayor será la propaganda.

Los iniciadores.

Periódicos anárquicos en curso de publicación

El Perseguido—Dirección: *B. Salbans*—Casilla Correo N. 1120, Buenos Aires.

El Oprimido—Dirección: *J. Creaghe*—Calle Progreso N. 71, Lujan, (Pcia. Buenos Aires)

La Questione Sociale—Revista mensual; redactada en italiano y español, Dirección: Calle Rodríguez Peña 1650, Buenos Aires.

FOLLETOS

Entre Campesinos por *F. Malatesta*, contiene el himno y preciosas milongas anárquicas.—3a. edición (15,000 ejemplares).

Está en imprenta **Á mi hermano el campesino** por *Eliseo Reclus*.

Aparcerá próximamente **La conquista del pan**, importante obra de propaganda de 300 páginas, por *Pedro Kropotkine*, acompañada de un prefacio por *Eliseo Reclus*.



LA EXPROPIACION

GRUPO DE PROPAGANDA
COMUNISTA ANÁRQUICA

COMO NOS DIEZMAN

Publicacion N° 3

PRECIO DE ESTE FOLLETO

De cada uno segun sus fuerzas

*Para los pedidos, dirigirse á cualquier periódico
Anárquico en curso de publicación.*



Buenos Aires, Marzo de 1895



¡CÓMO NOS DIEZMAN!

PRIMERA PARTE

Al meditar sobre el número de víctimas del trabajo que diariamente tenemos que lamentar, comprendiendo las verdaderas causas de tanto estrago, se escapa de nuestro pecho en la explosión de la ira más justificada, la exclamación de dolor ó de reconcentrada indignación que sirve de epígrafe á las precedentes líneas.

Nada nos extraña que la infame burguesía no se conmueva ante la pérdida de un ser, ni de mil, que cree ella de distinta condición y ha mirado y mirará siempre con desvio y hasta con marcado desprecio.

Harto conocidos tenemos sus instintos, para no caer en la sandez de creer que en los repliegues de sus negras entrañas se cobije ni un microscópico gérmen de amor á la humanidad, por más que en determinadas ocasiones y siempre por necia exhibición y pura vanidad lo aparente; y así claro está que no trasladaremos al papel estas ideas para despertar sentimientos donde no existen ni han existido nunca; pues la burguesía no puede dejar de ser la misma en todos los países del globo.

Dedicamos, pues, nuestras tristes observaciones, al mártir de todos los instantes, al proletariado, al sempiterno crucificado colectivo, á nuestros queridísimos compañeros

— 2 —

de trabajo intelectual y material, para que las pesen, las cometen y les sirvan de útil apunte, de indeleble recuerdo y fructífera enseñanza en el porvenir.

Son tantos y de tal magnitud los desastres que acarrea á diario el actual estado social, que ni puede fijarse un rumbo al pensamiento, ni establecer diferencias originarias para determinar las varias corrientes de esta devastación espantosa que universalmente diezma á la gran familia proletaria, con el fin de acometer después el ensayo de la medición ó cálculo de sus horrorosos efectos, que ha de llevarnos al resultado de la demostración que pensamos hacer.

Para proceder, pues, con algún método, forzoso, es remontarnos hasta la formación misma del individuo, con objeto de examinar si aun desde allí, desde la primera manifestación del ser, empieza su doloroso Calvario.

Y ¡oh iniquidad horribilísima! Solamente penetrando en el mísero tugurio del pobre, vemos ya la espantosa realidad de su martirio antes de nacer á la vida exterior: examinando los detalles de una penuria continúa, los efectos de un invariable malestar, deducimos lógicamente que la situación de los padres, sus apuros, sus privaciones, hasta de lo más indispensable para el sostenimiento material de la vida propia, deben ser otros tantos factores que estudiados á la luz de la ciencia, han de darnos por resultado otras tantas causas, cada una de las cuales se nos presenta bastante poderosa para, sin la agregación de las demás, producir la anemia y la muerte de la prole futura.

Antes de nacer

Escalofríos causa pensar que en el vientre mismo de nuestras madres, apenas desenvuelto el primer germen de vida, la monstruosidad, admitida como régimen social existente, ataque, asedie por hambre y necesidades mil y diezme ferozmente á las infelices víctimas de su abominable y torpe organización.

— 3 —

No necesitamos describir el hogar misero, desmantelado y frío del pobre; todos conocemos las incapaces viviendas donde se hacinan sin distinción de sexos y edades los que son nuestros hermanos, según los mismos que nos suponen hijos del dios; los insalubres aposentos en que, sin luz, sin ventilación, sin corrientes atmosféricas y por consiguiente sin renovación posible de aire respirable, se anidan familias numerosas, y todos vemos cada día cual es el albergue triste, lóbrego, y siempre anti-higiénico, donde la miseria arrincona á los seres humanos, á los reyes de la creación y para quienes la madre Naturaleza fecunda por excelencia, nunca cesa de producir, mientras los grandes potentados de la explotación tienen elegantes y ricas caballerizas para los irracionales y habitaciones destinadas tan sólo al lujo y ostentación de sus rapiñas con un fausto deslumbrador.

Absorbiendo una atmósfera impura y tarta la que nos lleva en sus entrañas, nos comunica esos efluvios mefíticos que impregnan nuestra sangre, la empobrecen, inoculan en ella componentes tan fatales, que, aun sin la concurrencia de otros elementos igualmente mortíferos, trae en pos de sí la destrucción del vástago en uno ú otro período de la gestación.

Aterradoras serían las cifras que arrojarían las estadísticas, si se hubiesen formado en todo el mundo, sobre la mortalidad de los fetos en las diversas épocas de su crecimiento.

No nos detenemos á considerar las pérdidas incalculables que representa la intecundidad debida al exceso del trabajo en el sexo débil, á penosos ejercicios tan inicua-mente permitidos, y á mil y mil causas que sería inacabable tarea enumerar.

Tampoco analizaremos los numerosos casos de interfección por ocupaciones impropias del sexo femenino, como los de la *sirga* ó remolque á brazos que se hace por infelices mujeres en Bilbao y otros puntos, así como el no menos ímprobo y peligroso, expuesto á la muerte de la ma-

— 4 —

dre y del fruto de sus entrañas, en el duro trabajo del acarreo de mineral en la referida capital de Vizcaya que presenta diariamente estos ejemplos de explotación bárbara, tiránica y criminal, que son el oprobio ignominioso de la civilización y del progreso.

Fijémonos solamente en los hechos más comunes que hieren nuestra vida cual potentes focos de luz siniestra y concitan nuestra justa indignación avivando el ardiente anhelo de que concluya tanta infamia y tanta inhumanidad.

Suponemos que la familia proletaria se compone tan sólo de los dos cónyuges.

Su unión ha engendrado un nuevo ser que ya da señales inequívocas de su existencia, agitándose en el claustro materno, como luchando por salir, cual prisionero recluido en oscuro calabozo.

El jornal mezquino del tuturo padre constituye el ingreso único para sufragar los gastos de la manutención del marido y mujer (en la cual hay ya dos seres que comen) los del alquiler de casa, (si tal puede llamarse el hueco de cuatro paredes en que se refugian de la intemperie), los del calzado, vestido, aseo personal y demás necesidades de la vida.

No es preciso que sobrevenga una huelga ó paro forzoso para que todas estas necesidades no puedan satisfacerse. Son constantemente una pesada carga; hacen inverosímil el ahorro, cuya preconización es un insulto á la dignidad del obrero que sobrelleva la vida en tan acerbísimas condiciones, y no permitiendo que pueda reunir cantidad alguna en previsión de dispendios motivados por enfermedad ó por otras circunstancias, traen necesariamente una miseria, cada día mayor, enervando las fuerzas físicas y aumentando la mortalidad por alimentación insuficiente.

La esposa fiel, amorosa compañera del pobre jornalero, comprende que este necesita mayor cantidad de comida porque trabaja más y es el sostén de la casa; se afana y esmera en cuidarle, descuidando su propia conservación, y el resultado de ello es, — sin que el esposo pueda impe-

— 5 —

dirlo, — que un día cae desfallecida la infeliz, muere de hambre y con ella su hijo. La sociedad continúa su marcha, siempre impasible, y esa hiena insaciable, la bestia monstruosa, la eternamente execrable burguesía, permanece en su indiferencia, tranquila en su triunfo de explotación, exigiendo además tributos de *gratitud* por tener abiertas las casas de socorros y hospitales que todos pagamos. ¡Maldición sobre ella y sus foragidos secuaces!

¡Ah! Cuántas veces hemos visto á la mártir del sufrimiento, encojida de frío, consumida por la inanición, con los ojos arrasados por el llanto, sentirse desmayar y abismarse en el dolor, creyendo segura la inanimación del hijo ya querido que sentía antes bullir en su amoroso seno y cuyo quietismo le anunciaba su muerte.

Y no se nos objete que ésta es la excepción' que siempre hay almas caritativas saliendo con aquello de *punte de la caridad*, echado sobre la cima que separa de los expoliados á los expoliadores, porque esto es, como sucede siempre, añadir á la iniquidad el insulto más sangriento y abominable.

Lo cierto es que cuanto llevamos apuntado, sucede, perpetrándose impunemente crímenes y más crímenes de lesa humanidad y no debe suceder de ningún modo, haciéndonos responsables de ellos si los dejamos cometer, sin formular una protesta enérgica y procurar con todas nuestras fuerzas que esto desaparezca prontamente y se cumpla la justicia por la revolución y por la Anarquía,

Pero ya que nos hemos impuesto la enojosa tarea de señalar algunos de los innumerables estragos que en nuestros semejantes hace con altanera impunidad la burguesía, no nos detengamos dejándonos llevar del justo arranque de indignación que nos obliga á cada momento á abandonar lá pluma.

Al nacer

Llegó el día en que no puede permanecer el pequeñito ser ni un momento más vegetando adherido al cuerpo de

la madre, y con fuertes, sacudidas que ocasionan á esta agudísimos dolores, sale á luz, sin tener apenas con que cubrir su delicado cuerpecito, dejando á la madre postrada y en peligro no menos inminente que al tiempo de desprenderse de sus entrañas.

Tal vez en el acto del alumbramiento no ha asistido nadie, ó si ha habido alguna pobre mujer, sólo ha podido suministrar el apoyo de su experiencia, que por grande que sea, es siempre individual y en muchos casos de resultados contraproducentes, y después ha sobrevenido la complicación de fiebre puerperal y la defunción de la parida ó del recién nacido.

¡Cuántas veces sucede que la parturiente se ve obligada por la necesidad á entrar en un hospital y allí sucumbe también con su hijo; pues sabido tenemos á que altura se encuentra la asistencia de *pura caridad* en dichos refugios del enfermo menesteroso.

Demos por supuesto que salió el nuevo vástago ileso de la primera lucha por la vida exterior, que goza de salud, gracias á la buena constitución física de los autores de su existencia y que tiene por de pronto unos trapitos con que preservarse de las inlemencias del tiempo; al calor del regazo material. ¿Consiste en esto toda la asistencia que reclama aquel grupo interesantísimo, que forma una tierna y cariñosa madre con su pequeñito retoño en brazos? Por muy poco que se conozcan las necesidades primeras de la niñez en los umbrales de la vida, el instinto mismo de los animales, que no tienen en los principios de su existencia, ni durante toda ella, necesidades tan apremiantes como el hombre, nos enseña de un modo elocuente y sublime lo que debe hacerse con un recién-nacido para que no muera irremisiblemente.

¿Lo hace, puede hacerlo el pobre obrero en las condiciones en que la sociedad actual lo tiene colocado? No, y de ahí que naturalmente sea tan asombroso el contingente que todas las estadísticas arrojan respecto al número de párvulos fallecidos durante los primeros meses de lactancia.

— 7 —

Mientras la burguesa perfectamente acomodada en su gran cama sobre blandos colchones, en habitación confortable, es objeto de atenciones y mimos que casi siempre de puro exagerados rayan en lo soberanamente ridículo, mientras después de haber estado auxiliada convenientemente por un médico en el duro trance del parto ó de una inteligente y experta partera, se observan al pié de la letra todas las prescripciones facultativas y se hace un lujo de precauciones que llegan á la más estúpida exageración, la desvalida jóven, molde precioso en que se ha fundido la hechura del noble hijo del trabajo, yace sobre misero jergón, sin el auxilio de la ciencia, sin necesario abrigo, sin el preciso alimento de sustanciosos caldos y sin medio alguno para salvar de la muerte á su acarñado pequeñuelo ó preservarse de los serios peligros que á cada momento les amenazan.

Y no establecemos este parangón en que resalta el absurdo é irritante contraste debido á la injusta percepción del resultado de los productos, porque sentimos que se trate con tanto esmero á la que por el sólo hecho de ser ya madre y de manifestarse como tal es acreedora á todas las consideraciones posibles. No. Queremos el bien para las que constituyen la base de la familia humana; pero con la diferencia remarcable que lo queremos, lo reclamamos con perfecto derecho, para todas las madres del mundo, sin exclusión de una sola, y en esto se ve claramente que siendo ahora excluidas del bienestar la mayor parte de esa querida mitad del genero humano, la sociedad actual burguesa es la que ataca por su base, destruye y aniquila á la familia obrera y desheredada, siendo por lo mismo su enemigo mas cruel é infame, mientras los comunistas anárquicos, sobre quienes fulminan con impúdico cinismo el apóstrofe de enemigos de la familia, somos precisamente sus ardientes defensores con la palabra, con la pluma, con todos los escasos medios que nos *tolera* esta sociedad imposible, anhelando con vivísima ansiedad el día en que podamos hacer que la maternidad y la familia universal que es su

consecuencia natural y necesaria, entre en posesión de todos sus inatacables derechos.

Después de nacer

Con asombro de cuantos la ven, la recién-parida proletaria necesitada de todo, se ve compelida á abandonar el lecho, envolver en pobres trapitos su criatura y dejándola al cuidado de alguna vecina, sale á la calle, asiste al taller si es operaria, y hasta va á lavar al río ó lavadero pagando muchas veces con la vida estas duras exigencias de la miseria que, á quienes no se encuentran en igual caso, creyéndolas imprudencias temerarias, sirven de pretexto para reproches injustos que no aflijen menos por ir encubiertos con el disfraz del interés por la salud de la que es blanco de ellos, agregándose á la pena que causan las injusticias y los cargos inmerecidos, las aflicciones de estos efectos de un constante malestar.

Nadie se expone á morir por capricho y mucho menos habiendo estado pocos días antes á las puertas del sepulcro, y menos aún, cuando se sabe que horrible orfandad aguarda al pedazo querido de sus entrañas que es el objeto de sus desvelos y tiernísimas caricias.

Sigue la madre comunicando su propia vida á su idolatrado hijo; pues sabido es que muy raras son las pobres que no alimenten á sus hijos con sus pechos, y ninguna que pudiendo hacerlo confie la lactancia de su hijo á otra mujer.

Ahora bien, ¿qué principios nutritivos pueden tener los jugos lácteos en una madre que sin descanso se entrega al trabajo y que no come ni lo absolutamente indispensable para reparar sus fuerzas?

He aquí otra de las causas de tantas defunciones prematuras que en muchos casos no se explican por la preexistencia de enfermedad conocida.

¿Y no espeluzna de horror el considerar que se está matando de hambre á los gérmenes de futuras generaciones, con la circunstancia gravísima de que se les mata en la edad

de la más pura inocencia y cuando no pueden pedir el alimento sinó con desesperado llanto?

Pero refrenemos la indignación que inyecta de sangre nuestros ojos, y prosigamos.

Deja la madre á su hijo en la cuna que ha podido adquirir, ya descansando en los buenos oficios de una amiga de la contigua habitación, ó en la Casa-cuna, como sucede en Barcelona, Valencia y otras capitales, para ir á trabajar, teniendo gran prisa en acudir á la fábrica ó taller con la debida puntualidad, para no ser despedida ó sufrir un descuento de jornal que su explotador impone á la desgraciada madre.

Consideremos con qué pesar se separará de aquel pequeño y cuanto va á sufrir éste en su ausencia, pues una madre, por mucho que se esfuerce la que se tome el encargo de sustituirla, resultará siempre irremplazable.

Sobreviene una enfermedad, y ¿qué sucede? Que como la madre no puede asistir al pequeño paciente, éste muere; lo cual no sucedería con la asistencia solícita y eficaz de la que tiene por la naturaleza la facultad de adivinar las necesidades del que aún no puede manifestarlas por medio de la palabra.

Una víctima más y diariamente millares de éstas por la misma causa; porque la madre se coloca por necesidad fuera de su centro, lejos de su esfera, de acción y desencajada una rueda, salida fuera de su eje, no funciona y entorpece y paraliza el movimiento cesando el impulso mecánico que recibe y comunica, mediante el engranaje, á las fuerzas restantes. De aquí que siendo la madre un elemento esencial á la familia, cimiento del organismo social, no marchando ó no funcionando con regularidad este motor, el mecanismo ha de resentirse en la totalidad de sus funciones y no llenando su objeto, se subseguirán funestas consecuencias.

No tenemos ahora espacio para analizarlas.

Anotamos las pérdidas, sin esperanza de poder sumar el número porque cada vez le vemos mayor, según vamos

desplegando el lienzo lleno de sangre humana, empapado de lágrimas y cubierto de luctuosa desolación, en que se bosquejan los cuadros sociales que presenta el estudio de la angustiosa vida del proletariado.

¿Crée insensibles la burguesía á las pobres madres que han visto en sus brazos morir entre dolorosas convulsiones al sér que amaban con tanto delirio, y las considera tan faltas de entendimiento que no comprendan la causa verdadera de aquella desgracia que para su corazón amoroso es la mayor que podía acontecerle?

¡Sí! Como el tiranuelo miserable que explota despiadadamente el trabajo ajeno no vé diferencia alguna entre la máquina de que es poseedor y usufructuario y la madre de familia que acaba de perder un hijo, á la cual tiene bajo su voluntad como á aquel aparato mecánico, ha llegado á formarse idea de que ni tiene corazón para sentir, ni inteligencia para comprender, ni voluntad para querer, y más de una vez he oído con indignación que se ha representado en el antro de la explotación la siguiente escena.

Después de algunos días que han sido de agonía para la operaria madre, pues ha estado día y noche sin desnudarse siquiera, ni probar bocado, transida de dolor, viendo que la vida de su hijo iba apagándose como la ténue luz de diminuta cerilla, después de haber sido arrancado de su seno el cadáver del párvulo cual rama seca desgajada del árbol hermoso que le comunicaba su vivificadora sávia, tras largos insomnios y momentos de mortal angustia con el pecho lleno aun de los sedimentos de hieles que ha bebido la infeliz durante los días que ha faltado á la fábrica ó taller á donde tuvo buen cuidado de avisar noticiando el grave motivo de su ausencia, se presenta llorosa ante el henchido burgués, y éste, en tono despreciativo al oír el entrecortado sollozo de la pobre madre, aun la increpa, dirigiéndole por todo consuelo la siguiente frase:—Pues, mujer, no ha sido ese motivo para faltar tantos días.

Y si, como es natural, la desconsolada obrera expresa su dolor por la irreparable pérdida del sér querido que cons-

— 11 —

tituía su embeleso, *el señor...*, tiene aún *alma* para replicar: —No se apure V.; pues si los pobres ganan con morirse.... En lo cual casi tiene razón tratándose de niños que desaparecen del mundo sin arribar à presenciar las iniquidades que los adultos nos vemos forzados à aguantar por el desconocimiento del derecho en la masa común de la especie y porque no son llegados los tiempos, aunque tampoco están lejanos, en que se alce el proletariado como un solo hombre y extermine para siempre à los explotadores de todos los países del globo, aniquilándolos y no dejando un solo malvado para semilla.

En la infancia (*1er. período*)

Si no en todas las familias de hijos del trabajo muere el primogénito, en pocas deja la muerte de herir con su fatídica guadaña à algún sér querido, de uno ú otro sexo viéndose que la infancia desvalida es la que se ceba con fúria más atroz, según se desprende de las observaciones hechas en las épocas de mayor mortandad.

La infancia pasa à través de mil enfermedades calamitosas por los períodos más críticos de su desarrollo y unas veces la dentición, otras la supresión de la lactancia, luego la viruela, el sarampión, escarlatina, tos ferina, el crup ó difteria, el garrotillo, las fiebres, las epidemias coléricas y otras mil enfermedades vienen à producir infinitas bajas en las familias, siendo constantemente las pobres, las que constituyen el elemento trabajador, las más castigadas por este asombroso número de plagas, contra las cuáles han de luchar à la defensiva sin medios eficaces para combatirlas ó preservarse de su contagio exterminador.

Al contrario, todo cuanto rodea al indigente se convierte en poderoso auxiliar de la Parca enemiga que hace de este modo estragos espantosos en donde es de todo punto imposible atajar el mal.

Deteniéndonos ahora de inquirir tan solo las causas del fallecimiento de niños fuera de la época de una epidemia,

desfilan á nuestra vista tantos espectros, representando cada uno de ellos tal complejidad de motivos ocasionales, productores de desgracias, que oprimen el corazón y hacen pensar en que es casi imposible llegar á la edad viril, habiendo de pasar la infancia proletaria por este camino erizado de horcas caudinas.

No perdona tampoco la muerte á la infancia privilegiada

*Pálida mors equo pulsat pede
páuperum tabernas regumque turres.*

Pero ¿llama á las puertas de los pobres del mismo modo que á las de los suntuosos alcázares? ¡Ah! En estos queda siempre el consuelo de la siguiente reflexión: murió, pero no nos deja la pena de no haber hecho cuanto cabe para librarle de la muerte. Se han empleado todos los medios. La ciencia no ha podido hacer más.

El desesperado padre trabajador, la afligida madre proletaria del niño espirante, está muriendo con él de congoja al considerar que con un medicamento costoso pero de principios de mayor energía para combatir el mal, su hijo se salvaría indudablemente. Otras veces comprende que si le hubiese propinado á tiempo la dosis prescrita, no hubiera tomado tan alarmantes proporciones el padecimiento y en esto tampoco se equivoca; pero no podía estar en casa á la hora prefijada por impedirselo esta ó la otra circunstancia imprevista, por ejemplo la de tener que llevar un lío de ropa á la casa de préstamos que no le sacaba del apuro y la obligaron á recurrir á otros logreros *más considerados* ó regresar á la habitación para hacer el lío de ropas mayor si habia con qué, el resultado fué que aquella jóven heroína de la lucha continua contra la miseria, tendrá como ella dice, durante toda su vida *la reconcomilla* de que por éste ó por el otro motivo ha muerto la prenda más querida de su corazón y nada de esto puede ocurrirle á quienes todo sobra y no necesitan más que mandar mal ó bien para ser inmediatamente obedecidos.

Los hijos de los ricos mueren, sí: pero mueren hartos,

— 13 —

sucumben á la necesidad de la transformación, de las continuas evoluciones de la materia, á la imposibilidad de subsistir la vida orgánica con elementos mal combinados, débilmente constituidos ó viciosamente dispuestos.

Las enfermedades de la generalidad de los párvulos engendrados por la gente acaudalada, reconocen por causa eficiente el exceso en las comidas que les ocasiona gastralgias mortales, la falta de régimen alimenticio, pues comen sin cesar y casi siempre chucherías y sustancias que provocan indigestiones, el desarreglo de la vida que no conoce privación ni cortapisa alguna que ponga límite á ningún capricho pueril, y por último, el giro fatal y el desenlace de una dolencia en el niño acomodado se debe á complicaciones nacidas del mismo afán de acumular remedios sin dejar obrar á ninguno y á veces haciéndoles enjendrar por una terrible combinación el gérmen mortífero que ulteriores medios aplicados por la ciencia no han podido destruir.

En la mayor parte de los casos, la muerte en los párvulos de casas ricas se debe á enfermedades hereditarias, al raquitismo, á la viciada constitución orgánica de los progenitores, es decir á vicios de origen que son bien conocidos y que tienen sus efectos, como todas las causas, en el cumplimiento ineludible de las leyes físicas.

En los pobres, por el contrario, generalmente la depuración de la sangre debida al ejercicio corporal obligado por el trabajo, la robustez muscular de los padres adquirida con el empleo de la fuerza material de su organismo, el desgaste continuo y otras causas propicias, ya á las operaciones evolutivas del aparato de la digestión, ya al desarrollo de la energía vital, les sirven en la mayor parte de los casos de poderoso preservativo y no pocas veces de suplemento á otros medios artificiales, ayudando siempre la naturaleza al acopio de elementos de resistencia que, sin ellos, aun sería mayor el número de víctimas de la explotación y demás iniquidades sociales.

Hasta ahora hemos colocado á la entidad social objeto de nuestras reflexiones, en el estado de normalidad en que

se nos presenta cada día, que para nosotros es anormalidad monstruosa y deforme como hemos probado.

Vamos á considerarla en la época de una epidemia, por más que entendemos reina para ella no solo una, sinó muchas epidemias que la azotan de continuo, y no tendríamos que esforzarnos mucho para probar que efectivamente las plagas epidémicas y contagiosas no desaparecen donde vive el pobre, porque los barrios apartados y míseros donde hormigean las proles numerosas de la familia obrera, son focos de infección de los cuales jamás se ayuntan los gérmenes devastadores que la diezman horriblemente. Pero ¡ah! cuando la atmósfera se halla más sobrecargada de éstos, cuando se dejan sentir por todos los ámbitos de una población ó comarca los golpes de un azote que siembra el espanto y la desdicha por doquier, entonces la inortandad adquiere proporciones tan alarmantes que se cuentan por centenares las defunciones diarias en los barrios de mayor densidad de población, que son los más pobres, horripilando la desproporción del número de fallecidos con relación al de habitantes, mientras en los palacios y hoteles, en los centros espaciosos y anchurosas avenidas donde tiene sus habitaciones la burguesía apenas salpica la muerte alguno que otro sér, cuya predisposición anémica se pronunció en rebeldía contra el aceite de hígado de bacalao y cuantos reconstituyentes se pusieron á contribución, reclamándole desde que fué dado á luz entre una ostentación y vanidad que le sigue hasta su engalanado sepulcro.

Dejemos al pàrvulo finado del magnate, del burguès explotador, en el férretro de dorada carroza tirada por briosos caballos empenachados, con dirección al panteón en que ha de depositarse, apartado hasta después de la muerte de los que han nacido como él pero á quienes se cree de condición inferior.

¡Estúpida ignorancia! ¡cómo si la naturaleza no se en cargase inmediatamente de hacer combinaciones con todo los elementos dispersos en el gran laboratorio químico universal.

— 15 —

Penetremos en las calles atacadas por el mal epidémico en que moran nuestros hermanos, siendo pasto de una devastación que infunde espanto.

En unos semblantes se retrata la angustia, el dolor más acerbo, en otros el hombre, el desfallecimiento incipiente y la palidez de las más amargas tristezas y en otros, por fin, la ira, la desesperación, el deseo de reivindicaciones de la dignidad hollada: en todos, la consternación profunda que les embargan en tan azarosas circunstancias.

Aquí un corrillo de madres que se comunican sus penas entre sollozos y exclamaciones de dolor, allí una niña que corre como ligera cervatilla á traer el trasco del remedio tardío que la pobrecita cree que es la salvación del chiquitín agonizante. Más allá nos conmueven los desgarradores lamentos de una y otra madre, que lloran desoladas la muerte de los pedazos hermosos de sus entrañas en presencia de los inanimados cadáveres que cubren de amorosos besos y de raudales de lágrimas. Por la calle transversal precipita sus agitados pasos un infeliz trabajador que lleva al hombro un pequeño ataúd de cartón, donde van los restos de otro parvulito á quien se ha ofrecido llevar sin interés alguno al depósito municipal. Por otra calle, pasa un entierro sin pompa alguna y por otra los carretones de la fumigación con sus desinfectantes que no trascienden á las interioridades de los edificios más castigados por la epidemia, donde los focos de infección tienen el privilegio de inmanencia todo el año.

Por todas partes se ven las señales de un pánico y desaliento extraordinario que ninguna persuasión ni auxilio contraresta, hallándose entregados tantos millares de seres á los extremos de su dolor ó á la desesperación más horrenda.

Penetramos por aquellas retorcidas callejuelas, al interior de los ruinosos caserones donde tienen lugar escenas de que no es posible formar idea, y, al llegar aquí, no podemos darla tampoco de lo que vemos, porque ni hay palabras para pintar tanta desdicha, ni la pluma resiste los efectos de una impresión que no se borrará de nuestro

ánimo sobreexcitado, en el transcurso de toda nuestra vida aunque fuese matuselénica.

Si intentásemos perfilar siquiera el boceto de alguno de estos cuadros de horror, cualquiera que no haya sido testigo de ellos diría que habíamos hecho un bosquejo excesivamente recargado de naturalismo, cuando aun nuestra descripción estaba tan distante de la espantosa realidad como nosotros lo estamos de nuestros antípodas.

Para comprobar afirmaciones que pudieran creerse exageradas, no es necesario salir de la capital de España, donde mientras el poderoso tiene para las irracionales caballerizas espaciosas y elegantes que ocupan la mitad de una calle, el pobre se sepulta en cuevas de los desmontes ó tiene por única habitación el zaquirami más estrecho y miserable ó la bohardilla triste en donde el calor en estío y el frío en invierno acortan entre rudos y lentos padecimientos su existencia. ¿Cuál será pues la de inofensivas criaturitas en esos sitios insalubres que abrevian hasta la de los animales domésticos encerrados en ellos?

En la puericia

No es diezmado menos cruelmente el proletariado durante este período de la vida que en los anteriores, y eso que, según cuadros estadísticos que aterran, se deducen que antes de los tres años se mueren la tercera parte de los nacidos.

La infancia en el segundo período está ya más libre de los focos infecciosos, porque pudiendo andar le es dado respirar aires puros en las calles de las afueras ó en el campo; pero no por esto se halla exento de otros peligros á que nunca están expuestos los mimados hijos del burgués. Este tiene criados fieles, ayos celosos, institutrices prespicuas á quienes confía el cuidado de los que llevan su apellido y nada puede temer ni cuando salen de ella, porque siempre van acompañados de persona responsable de cualquier daño que pudiera sobrevenirles.

— 17 —

El trabajador, por el contrario, nada de esto tiene, y para acudir a su obligación se vé forzado á dejar abandonados sus hijos á su fatal inexperiencia, que es muchas veces causa eficiente de desastres que estando vigilados no acontecerían.

Diariamente leemos en los periódicos noticias de desgracias ocurridas en las casas de los pobres en ausencia de estos, durante las horas del trabajo, lo mismo en la ciudad que en el campo.

Un día cae á la calle un niño de cuatro años que encaramado sobre una silla se asomó al balcón de un 4º ó 5º piso, quedando, como es consiguiente, muerto en el acto.

Otro niño salió á la calle, se separó de la acera y fué atropellado por el coche de cifras de un señor (que nunca se nombra) y también quedó muerto entre horribles convulsiones.

Al siguiente día un caballo desbocado pisotea á otro inocente en la próxima avenida. Por la tarde un tranvía fractura ambas piernas á una niña, que muere después, sin poder sufrir la amputación, en la casa de socorro.

Aun sin salir de sus casas, el uno come sustancias que no puede digerir, frutas verdes ó podridas, acosado por el hambre, no encontrando ni pan duro con que satisfacerla; otro devora cortezas despreciadas por los animales domésticos; otro llena su débil estómago de desperdicios ó materias que no digiere, y otro bebe un líquido corrosivo creyendo equivocadamente que es agua ó vino. Este cae en el brasero encendido, si lo tiene la casa del necesitado de todo, ó perece carbonizado entre los troncos que chisporrotean en la cocina de la barraca ó aislada casucha del labrador. Aquel dispara inconcientemente un arma que toma por juguete y se suicida ó mata á un hermanito suyo.

Unos con sus juegos mal dirigidos ó indiscretos se lastiman ó se inutilizan, otros contraen una rápida enfermedad que los lleva al sementerio por cualquiera imprudencia temeraria ó falta de conocimiento.

Cuántas veces se ignora la verdadera causa determinante

de la dolencia en un niño que ya habla y pu de por lo tanto expresarla, pero que desconocida para él ignora los resultados que tiene porque no sabe ni puede ocurrirle que la pulmonía, el aneurisma y otras afecciones mortales sobrevengan de lo que considera inofensivo, como por ejemplo: aquel vaso de agua fría que acabando de jugar ó correr, acalorado, bebió con tanto gusto, sin haber habido persona alguna que se lo impidiera ó le disuadiera de beber, hasta pasados algunos minutos.

En fin, seríamos en extremo prolijos si tuviésemos que reseñar los peligros sin cuento á que vive expuesto el hijo del pobre y las desgracias que, bajo mil formas, le acarrea el aislamiento en que vive por razón de la estrechez y la precisión en que se encuentran los padres de trabajar todo el día, desatendiendo los primeros deberes, los naturales, para acudir á los impuestos por la sociedad burguesa, al obligar no tan solo al padre, sinó tambien á la madre, á trabajar para de este modo poder cubrir las más apremiantes necesidades de su vida y la de sus idolatrados hijos.

Estos á su vez, además de las estrecheces consiguientes á su malestar crónico que no vería sino empeorando la situación, experimentan la privación inícuca de las caricias de los autores de su ser, siendo hasta en semejante detalle más felices que los pobrecitos hijos del trabajador, la mayor parte de los animales cuya irracionalidad no les impide gozar de las expansiones que constituyen la plenitud de su dicha.

Sentada, ó con la barriguita sobre el pavimento ocultando su mamas vemos á la perra distraendo á sus cachorritos y solazándose con sus graciosas travesuras, tolerándoles pacientemente los mordiscos y permaneciendo á la vista de aquellos hijos todo el tiempo que no están dormidos, durante el cual se ocupa en procurar su propio alimento en la casa ó fuera de ella.

Lo mismo que los individuos de la raza canina vemos que hacen, salvo pequeñas diferencias, los de la felina y demás de la escala zoológica, tanto los mamíferos como los ovíparos.

La gallina no abandona ni un solo instante á sus pollue-

— 19 —

los, estando siempre solícita en los más insignificantes por menores y atenta al peligro que puede presentarse en el suelo ó en el aire por la repentina acometida de un enemigo. Inseparable salvaguardia de la numerosa familia que infatigablemente acompaña y educa, tiene caricias para todos y cada uno de sus pollitos, dispone de tiempo sobrante para múltiples atenciones y cuidados y á todos cobija bajo sus alas, siendo feliz antes y después, rodeada, precedida ó seguida de sus hijos y éstos á su vez gozan continuamente al ser objetos de solícitud tan ejemplar y de un cariño que se eleva á grado inconcebible, viéndosele despreciar la vida y presentarse siempre con el valor heroico que no repara en la superioridad centuplicada de las fuerzas que se le oponen.

Al sacar del gran libro de la Naturaleza estas luminosas enseñanzas, no podemos menos de exclamar, erguidos ante los apologistas de la sociedad que roba las caricias maternales á la infancia.

¿Dónde está la decantada dignificación de la mujer? ¿A dónde nos ha conducido el régimen capitalista, absorbente y tiránico que nos envuelve? ¡Ah, miserables burgueses, no os contentáis con poseer lo nuestro, con chupar nuestra sangre y saborear nuestros sudores, queréis y lograis arrebatarnos á nuestros hijos las expresiones naturales de nuestro cariño y los únicos tesoros que poseemos, los manantiales de nuestro amor! ¡No: no es posible que predomine vuestra tiranía y siga mucho tiempo este cínico escarnio de nuestra dignidad que nos coloca en condiciones peores que á las mismas bestias.

Continuación

Otro libro hay, cuyas páginas fúnebres están escritas con la sangre de innumerables víctimas proletarias y sellado con millones de vidas, que se llama el Martirologio del trabajo humano y ofrece á nuestra vista, nublada por la ría, una serie nunca interrumpida de pérdidas personales,

que ni pueden tener reparación ni contarse ó representarse con una línea abrumadora de guarismos.

Ante las hojas enrojecidas de este volúmen que destila tantísima sangre clamando venganza, nos hemos preguntado muchas veces ¿qué será de los pobrecitos huérfanos de estas desgraciadas víctimas? Los buscamos; pero á la mayor parte con inútil esfuerzo: han sucumbido al parasitismo, á la miseria, al abandono absoluto, ó se han perdido entre la multitud para servir de hijos ficticios á mendigos de dudosa autenticidad, ó vagan errantes por el mundo sin hogar y como elementos de una masa que fermenta después entre la corrupción social y dá el resultado pernicioso que corresponde á estos tunestos precedentes.

Continuandó nuestra pesquisa, se nos dice: *gracias á personas influyentes* ALGUNOS huérfanos han podido ser colocados en el HOSPICIO; pues de lo contrario hubiesen PERECIDO.

Dirigimos nuestros pasos hacia dicho establecimiento, enclavado en los barrios más pobres; pues la burguesía no quiere tenerlos en los suyos, y en esto ya sabe lo que se hace; porque los burgueses son alimañas que poseen muy desarrollado el instinto de la conservación.

La palabra HOSPICIO agolpa á nuestra imaginación tal avalancha de reflexiones, que podrían componer un libro en cuyo índice se verían los capítulos de terribles cargos contra la fementida sociedad del capitalismo, de la explotación humana y de los más irritantes privilegios.

En el Hospicio

El tético rótulo que se lee sobre la puerta principal, evoca en nuestra memoria el recuerdo de la niñez renovando aquella sensación honda, inexplicable, de profundo espanto que sobrecogía nuestro delicado y tierno organismo al oír salir tan lúgubre y fatídica palabra de los labios de un padre airado que al reprendernos y tratar de corregir nuestras infantiles travesuras, la pronunciaba (naturalmente sin

— 21 —

el propósito de cumplir su amenaza) diciendo que si no nos enmendábamos nos llevaría *derechitos* al HOSPICIO.

No sabemos que idea nos habríamos forjado de dicha Casa *de caridad* en una época de nuestro apenas iniciado desarrollo intelectual en que todas las ideas son confusas, no habiendo venido aún á completarlas otras percepciones de los sentidos por la observación; pero lo cierto es que nada nos atemorizaba tanto como la cominación de llevarnos á un sitio que sin duda considerábamos, por la fuerza instintiva del apego á la vida, cual si fuera un infierno ó lugar de tormentos en que á los pocos días dejaríamos de existir.

Y no es que á nosotros solos haya pasado ó traspado semejante miedo. Sabemos que el mismo efecto ha causado á todos los que en la edad á que nos referimos se ha tratado de corregir por este medio que nos guardaremos bien de emplear con nuestro único y queridísimo hijo Aurelio.

En suma, la palabra *Hospicio* viene á ser el segundo *Coco* para la candidéz peculiar de tan hermosa edad, en la cual necesitándose que el *Bú* ó *Papúa* como dicen en Vizcaya, adquiera una forma *real* para que también *realmente* impresione, causando el efecto coercitivo que se pretende. el celo de nuestros antepasados no encontró otra frase de más inmediato y eficaz resultado en los casos extremos, que la que leemos en la parte superior de la puerta por donde vamos á pasar.

Renunciamos á describir el interior del establecimiento *benéfico*.

Además, estamos hartos de saber que cuando una persona extraña visita estos edificios y otros análogos, ve tan solo lo que conviene para que lleve una alta idea de la administración y se procura con sutileza que ni remotamente llegue á percibirse de lo que haría formar juicio cabal de su manera de ser, sobre apreciaciones firmes y exacta. Nosotros, sin embargo, le tenemos aproximado con

los datos rigurosamente ciertos que se desprenden de lo que vamos á decir.

En un patio interior vimos algunos centenares de chicos de varias edades casi en completa inmovilidad, á pesar de no hallarse en formación; pues ni andaban ni parecía que articulaban una sola palabra, no obstante el sordo murmullo que se oía como el zumbido monótono de una colmena, semejándose á figuras colocadas artificialmente, pero sin orden ni concierto, en confusos pelotones, ó más propiamente dicho, en desigual y enorme pelotón cual si fuese un rebaño de corderos destinados á la venta ó al sacrificio.

¡Qué diferencia entre la infantil animación de pequeños y bulliciosos escolares á la hora del recreo en los hermosos patios de grandes colegios, y la tristeza general, el decaimiento, la pasividad, el mustio quietismo, la atonía de los infelices huérfanos asilados.

En aquellos, todo rebosa alegría, movimiento y vida; en estos, todo acusaba el amargo sabor de los pasados y presentes infortunios.

El patio de los colegiales nos recordaba los bellísimos jardines de Valencia con sus flores primaverales y sus preciosos capullos, con regaladas aves parleras y pintadas mariposas de colores inimitables que no han de hacer ni cera ni miel, gozando sin embargo de toda la alegría y bienestar de un paraíso.

El del hospicio nos ofrecía el aspecto de un silencioso y sombrío cementerio de aldea lleno de pequeños cadáveres puestos de pié por medio del galvanismo.

En sus rostros demacrados se estereotipaban los horrores de crueles padecimientos y en sus apagados ojos se marcaban las huellas de infinitas lágrimas, que habían originado en muchos oftalmía incurables. El encogimiento de sus miembros era el mismo que fija Lavater en sus láminas fisiológicas como signo característico de la servidumbre.

No pudimos permanecer largo rato contemplando un cuadro tan desgarrador. Pero al trasladarnos á otro depar-

tamento, no fué impresión menos penosa la que nos causó el cambio repentino de decoración.

Era la enfermería. Apenas había una que otra cama desocupada. Notamos un vacío en el lugar que un número indicaba ser el espacio de otra cama, y la hermana de caridad que nos servía de cicerone, nos dijo había sido el lecho de muerte de un huérfano en la noche anterior. Otros dos pacientes estaban agonizando en ángulos opuestos.

Dos mujeres eran las encargadas de la asistencia directa de todos los enfermos.

Al siguiente día, que era también festivo como el en que hicimos la visita, tuvimos ocasión de repetirla; y al volver á la enfermería, cuando íbamos á preguntar por los moribundos de la víspera, observamos que habían sido retiradas las camas de sus sitios y adivinando nuestra intención de interrogar, la enfermera nos dijo que los dos niños, cuyas camas no estaban bajo sus números respectivos, habían fallecido.

Debemos advertir que ni la epidemia colérica ni otras plagas contagiosas habían sido declaradas en el establecimiento, según manifestó la referida enfermera, añadiendo con la mayor sangre fría que aquello de morir dos chicos en una noche *no sucedía todos los días...*

Hablando del estado sanitario, que llegó á decir, era *muy satisfactorio*, hicimos observar que nos había sorprendido el ver tantos niños entermos de la vista, cuando atravesábamos el patio, y á esto nos objetó que consistía en que algunos lloraban mucho...

¡A cuántas reflexiones se presta la consideración de este llanto de aquellos inocentes seres despiadadamente reducidos por la iniquidad social! Haciéndolas nosotros, abandonamos aquel salón y bajando á un ancho pasillo descubierto, cruzamos por delante de una especie de gran oratorio ó capilla y por la puerta, que tenía una de sus hojas abierta, pudimos ver á varias niñas que estaban concluyendo el barrido de aquel departamento, algunas de las cuales al apercibirse de la aproximación de personas estrañas, se

escondieron precipitadamente detras de la otra hoja de la puerta, arrojando dos de ellas al suelo sus escobas y lanzando un ahogado grito que parecia más bien un triste quejido. Las demás suspendieron también la tarea pero permanecieron con sus escobas cojidas por ambas manos (pues eran muy pequeñas las huérfanas para manejarlas con soltura) guardando una actitud interesante, dirijiendo sus miradas sin ningún disimulo hacia la parte en que para sustraerse á las nuestras se ocultaban las otras momentáneamente y sin preguntarles porque se escondian, las que no lo verificaron á una voz dijeron:—«se esconden las pe-lonas.»—Sentimos haber sido causa de una nueva mortificación y comprendiéndolo la asombrosa precocidad de una de las que ostentaba su cabello bajo la toca de percal, nos dijo: no sé porque se avergüenzan; yo también he estado como ellas y *pocas son las que se libran de la tiña.*

¿A qué fatigarnos en otros pormenores angustiosos?

Al despedirnos de una de las madres de tantos hijos, fuimos testigos de la respuesta y esplicaciones que dió á cierto interesado en averiguar si existia en la Casa el niño N. N.—Ha estado aquí con tres hermanitos suyos, mayores que él, pues N. N. al entrar no contaba tres años. Todos salieron ya, continuó. Lo que ha pasado con él, ocurre con *muchos*, cuando pueden dedicarse á un oficio se colocan de aprendices, viniendo tan solo á dormir; pero sucede que al poco tiempo cambian de taller, *no parecen más, y* como hay tantos y lo que deseamos es *que esto se despeje*, lo que nunca conseguimos, *no se practica ninguna diligencia* y si se hace alguna gestión, siempre resulta *infructuosa....*

¿Qué tal? Ahora si que huelgan los comentarios, ante la sinceridad pasmosa de la prosélita de nuestro tocayo de Paul.

Y ¿habrá alguien capaz de encontrar á los que tuvieron el valor heroico de emanciparse por si solos? La *caridad* no da con los fugitivos ó según confesión que releva todo

raciocinio y obrando sin duda más piadosamente que nunca no quiere dar con ellos.

Nosotros no necesitamos la linterna de Diógenes para encontrarlos en el momento.

¿Y se sabe si todos los desaparecidos no lo son también al mismo tiempo del libro de la vida?

¿Nó puede haber muchas como Clara Dikson, ladrones de niños, que viendo esa facilidad de adquirir lo que desean lleven á cabo robos de especie tan estraña como criminal para explotar la inocencia bajo el blindaje de la impunidad, como todos los que explotan la pobreza de sus semejantes en millones de maneras y empleando uno de los innumerables procedimientos que se conocen, sabiendo que ninguno de ellos tiene pena señalada en el Código? ¿Quién puede asegurar que esos niños desaparecidos sobreviven á su evasión y que no son sacrificados por algún Traga-niños que aún no ha sido descubierto como lo fué por casualidad el loco agarrotado en Victoria? ¿En Londres no está aun en el misterio el autor ó autores de las mutilaciones en mujeres asesinadas y eso que los policemans componen un ejército de 30,000 hombres?

¿Quién pues asegurará que los Hospicianos desaparecidos lo son por voluntad propia? ¿Se tiene la evidencia de si son aves que alzaron el vuelo para recobrar la libertad ó si no vuelven al cautiverio, por haber caído en otro peor? Consta que no han parecido, pero se ignora si han *perecido*.

Muchas ideas nos sugieren estas evasiones en una época de la vida en que ya no existe la inocencia y por tanto comienzan á asomar los recelos, los cálculos, y se empieza á saber lo que es el temor reflexivo de algun peligro.

Apuntaremos únicamente lo que pensamos que se dice un chico de estos á quien acomete la tentación de fugarse del Hospicio.—El *amo* que tengo es un perro que no cesa de ladrar, gruñir y morderme; pero no todos serán lo mismo. En cambio estas *madrastras* son gatas que arañan y crucifican á uno sin esperanza de que se acabe el martirio. Así como otros que nan estado aquí, y ahora son buenos oficia-

les, yo también puedo serlo. El otro chico que está conmigo me ha dicho que la ciudad es tan hermosa de noche con la luz eléctrica... Nada; decididamente no vuelvo.

A otros les hará proposiciones algún agente de colocaciones ó algún otro *amo*-para hacerle trabajar también de noche, aunque no pueda asistir á la escuela nocturna, y no faltará empresario de compañía de acróbatas que le proponga como base de un porvenir brillante colocarle en la que él explota á maravilla, importándole un ardite que el muchacho se rompa el esternón en el primer ensayo de un ejercicio gimnástico. Las leyes no van á exigirle ninguna responsabilidad.... No falta quien sienta plaza de corneta, viendo negro el horizonte del trabajo á la primera ojeada, ó se alista de grumete en algún buque de vela para ser pasto de los peces del mar, en la borrascosa tempestad, no queriendo serlo de los voraces tiburones que ha visto en tierra firme, embistiéndole sin cesar con sus fauces siempre abiertas sobre las sirte de criminal explotación.

Nueva fase. *Con madrastra*

Cuando diezmando la muerte á la gran familia proletaria, en esta lucha de titanes, que sostiene contra la complejidad de elementos que con furia cruel le atacan sin tregua, es el padre la baja definitiva en el combate, quedando la madre sosteniéndolo, los resultados son casi idénticos á los que hemos visto en el caso concreto de quedar los hijos en orfandad absoluta.

Caminemos ahora sobre la hipótesis de haber sido la madre la que deja al esposo rodeado de criaturitas que algunas de ellas ni pueden vestirse por sí sola y á la cual habré de limpiar por sí mismo, desnudar por las noches después de venir rendido de fatiga del duro y largo trabajo de todo el día, y volver á vestir por la mañana en que antes de despuntar los resplandores de la aurora ha de acudir á la ímproba tarea, si no quiere perder un cuarto

de jornal que ahora le hace más falta que antez de la viudez, por carecer del que aportaba la eficaz cooperación de su difunta sin contar con las economías de una administración doméstica que desde la agravación de su última enfermedad sigue en un terrible desbarajuste.

Pasados los días de honda perturbación, después de esos períodos acerbos en que la sobreexcitación nerviosa le puso en el trance de la desesperación más cruel y hasta la idea horrible del suicidio resbaló fugazmente por su agitado cerebro como rayo que cruza por el éter en tempestuosa noche, sumergiéndose en el mar proceloso de sus amarguras antes la reflexión de la doble horfandad de sus queridos hijos, entrando en reacción sus facultades, dominado por las mismas circunstancias que le rodean, decide contraer segundas nupcias pareciéndole todas las mujeres como la que perdió, y se une en indisoluble lazo con otra que no trabajará porque dice que no aprendió oficio, pero le promete en cambio tener la casa muy arregladita, mirar mucho por él y cuidar de los hijos como si los hubiese dado á luz.

No encontrando el amor manifestado por los hechos porque las preocupaciones lo reprueban, ha de contentarse con palabras y no iluminándole otras experiencias pone fin á sus vacilaciones y entrega los pequeñitos á la *nueva mujer*. Esto no ha sido madre aún, (por lo menos que se sepa): se ha casado por mero egoísmo, deseando salir de *cualquier modo* de aquel estado que la tenía desazonada y afrosisiaca; y él también á su vez aceptó el *yugo* sin amor por puro cálculo y solo guiado por un frío convencionalismo del momento.

La especie humana, mientras el amor libre no sea el único que sancione las leyes naturales que rigen su producción, será irremediamente desdichada.

El amor es la base de la vida de las generaciones, y sin la plenitud de su libertad, estas no pueden cumplir sus propios destinos.

En la forma estatuida por las religiones positivas y por-

los Estados, aun siendo el amor uno de los factores, al crearse un yugo mútuo los contrayentes que constituye la esclavitud de uno de ellos ó la anulación de la libertad de los dos, han labrado su perpétua desgracia y la de sus hijos. ¿Cuál será ésta en su formidable trascendencia cuando el amor no se ha tenido en cuenta para nada como sucede en la generalidad de los casos? ¿Y cual no será el espantoso estrago que acarrea un repetido matrimonio existiendo prole del anterior?

Veamos alguvas de sus más inmediatas consecuencias.

El *re-casado* va á su trabajo dejando á los pequeños dormiendo el sueño hermoso de la inocencia, no sin haber depositado antes un beso amoroso en las sonrosaditas mejillas de cada uno de ellos; beso que exita la envidia de la que considera aquellas manifestaciones del cariño paternal como deslealtades; porque no concibe esos efectos purísimos del corazón. Ella no ha dado el suyo; ha vendido su cuerpo; pero quiere ser poseedora absoluta del de su marido sin reserva alguna. Pretende extender sus dominios hasta la región íntima de la tierna fibra que consagra á á los hijos la paternidad. No respeta ni ese pequeño santuario.

En el ímpetu de la ira que reconcentra al comprimirse en el pecho, hasta que el marido se marchó, estalló luego con mayor fuerza, despierta violentamente á las criaturas con fuerte voces ó con bruscas sacudidas y empieza el doloroso martirio.

El acto de vestirlas va siempre acompañado de pellizcos, de rudos golpes, descargando la cólera en aquellos seres inofensivos víctimas del furor de aquella descompuesta Medusa.

La operación del lavado es otro suplicio del que huyen llenos de espanto. El peinado no se hace sin sus tirones de pelo y sendos puñetazos con el pretexto de que se mueven ó de que no colocan la cabeza según desea.

En las rencillas conyugales, si las hay alguna vez, la mediación de la inocencia es el arco iris que se interpone

— 29 —

entre las ligeras nubes de la disensión; su intervención inmediata pone fin al disgusto porque las corrientes del cariño se funden con un mismo calor en aquel centro común del objeto amado ó éste envía sus efluvios á los dos corazones, dispuestos siempre á recibirlos, venciendo la fuerza la fuerza de otracción á aquellos movimientos que se mostraban refractarios á la avenencia momentánea.

En los matrimonios sin hijos no existe semejante recurso de reconciliación á que frecuentemente apela una de las partes contendientes.

La madre sobre todo maneja admirablemente este poderoso resorte y saca de él una inmensa ventaja.

Pero aquí sucede todo lo contrario: los hijos del marido son causa de que incomoden á la que desconoce lo que es amor maternal y este desconocimiento le hace insoportables ciertos detalles que una madre jamás califica de impertinencias.

El resultado de todo es que la vida de los pobrecitos niños es un suplicio sin solución de continuidad que determina la muerte del que está predispuesto por su temperamento ó que cuenta con medios menos eficaces de pasiva resistencia.

La crueldad de la madrastra no puede compararse ni con la de aquellas víboras de forma mujeril que nos ha legado en la Historia los ejemplos más execrables de perversidad y de abominables instintos.

Ensañarse con los tiernos pequeñuelos es lo más inicuo y salvaje.

Si algunas de las criaturas cae enferma, irremisiblemente muere cumpliéndose entonces los deseos vehementes de aquella hembra feroz y sin entrañas.

Si corretean impulsados por la naturaleza que promueve la continua movilidad con la fuerza de la materia que se asimila para el crecimiento y para fomentar el desarrollo orgánico, son castigados sin piedad y obligados á un quietismo imposible.

Si hacen ruido, la ensordecen; si hablan, enfadan; si andan, estorban; si ríen, molestan; si lloran, la enturecen.

A cada instante se renuevan los fútiles pretextos de *soberanas palizas*.

Quién haya probado estas hieles teniendo madrastra en edad de la cual pueda evocar recuerdos, nos dirá ciertamente que acentuamos las recriminaciones.

A medio día regresa el padre á la casa para comer si no lo efectua en la hobra, y he aquí la escena que se representa diariamente.

Finjiendo apresuramiento sirve la comida al marido que apenas se sentó se vió rodeado de los pequeños que cada día pesan menos, y al preguntar éste si han comido con ésta imperturbablemente.—Sí, hombre.

Esto es una mentira que llena de consternación á las inocentes que al principio se escandalizan y luego se acostumbran á oír estas cínicas afirmaciones en contra de la verdad y de sus vacíos estómagos.

Lo único que hizo por la mañana fué untarles con chocolate del que ella tomó las comisuras de los lábios para que los vecinos viesan que se habían desayunado.... por fuera.

Los pequeños siguen con su vista la dirección de las cucharadas que su padre lleva á la boca; lo cual observado por éste vuelve á insistir en su pregunta, y entonces no se contenta la infame con mentir si no que hace también que los inocentes famélicos la apoyen con su asentimiento, diciéndoles de un modo muy significativo. —Vamos, decid: ¿no es verdad que habéis comido?—Sí, señora: contestan. Ya lo creo que comimos.

Si dijesen que no, pobre de ellos: buena les aguardaba después.

Cuando ya va conociendo la bondad y condescendencia de quien no quiere cuestiones, abusa de un modo que no excede á cuanto puede decirse: Les reprende y pega en pega en su presencia, arrojándolos del lado de su padre con pretexto de que quiere que coma con sosiego. Les dice:

sois más pesados que moscas en verano.—Un día vais á caer en el plato metiéndoos en la sopa.—Largo de aquí; bolilla, que nunca os veis hartos....

Si el padre, viendo que los ojos de aquellos infelices parece quieren salirse de sus órbitas se condeule y les da un bocado que engullen sin mascar, aun les apostrofa y tiene valor para decirles que comen como bestias.... que cualquiera diría que no han comido en seis días....

—Así, así, hasta que os toqueis la comida con los dedos....

Parecen astillitas y dice con el mayor aplomo que están flacos de pura avaricia....

En fin, ¿á qué continuar? Son tales los sufrimientos de los pobrecitos niños que en la vecindad no cesan de murmurar exclamando á dada instante aun aquellas que no saben cuanto se quieren los pedazos de las entrañas:—«esa fiera acabará por matar á esos angelitos:—eso no es mujer. —¡Ah! si levantara la cabeza la difunta».

Otra convecina dice:—«¡Cuánto ganarían con que Dios se los llevase! La tia esa zaparrastrosa que la rabía la la tiene hecha un alfenique está asesinando á esos niños. Si fuesen sus hijos, no haría eso la muy holgazana que no hace más que crochet poniendo aquellas manos secas que tiene, con los dedos encojidos como patas de araña zancuda.... Un dia vamos á decir á su marido (que no se lo merece) lo que está haciendo con los hijos.

Pero ese dia nunca llega; porque las vecinas que se abstienen de producir disensiones; (y esta vez con reprehensible tolerancia) y lo que llega finalmente es la muerte de un párvulo que no ha podido resistir su continuado martirio.

Otra víctima más que representa la unidad, sí, pero seguida de tantos ceros como decenas de madrastras existen en el mundo en las mismas condiciones.

La de los privilegiados no producen tanto desastre; porque éstos tienen en su mano mil medios para convertir

en tesoros de bienestar y prosperidad las mayores contradicciones de la vida.

Hasta un destronamiento, seguido de forzoso ostracismo sirve á los príncipes para aprender idiomas que jamás hubiesen conocido.

El burgués, viudo con hijos, casado *de nuevo* duplica su fortuna: tiene asalariados que cuidan de sus hijos, los coloca luego en buenos colegios y este alejamiento de la molición de los palacios les suministra recursos poderosos de conocimientos mil, adquiriendo una instrucción que de otro modo no recibirían.

Hoy los hijos de los ricos se educan de muy distinta manera que los de los tiempos de la edad media.

En cambio, las universidades están cerradas para los pobres y no se abrirá hasta que el proletariado se alce como inconmensurable gigante y reivindique sus derechos por la revolución más grande y trascendental que ha visto los siglos.

Por eso gritamos: abrid los ojos: despertad: ¡viva la Anarquía!

¡Viva la revolución social!

SEGUNDA PARTE

En el aprendizaje

El aprendizaje es la iniciación en los trabajos de toda la vida: es el penoso noviciado de los oficios, la prueba durísima de una vocación decidida en la que se aquilatan las volúntades laboriosas, sucumben languideces menos viriles y se templan las energías en sus primeras manifestaciones prácticas.

Muchas profesiones, artes y oficios, requieren que el período del aprendizaje sea más largo y variado, subdivi

diéndose en otros periodos. Y hay oficios en que el referido noviciado es relativamente corto, habiendo muchos trabajos que no exigen más que una simple lección, comenzando desde luego la tarea que ha de constituir el empleo de la actividad humana durante el trascurso de la existencia entera.

Y en sin número de ejercicios importantes, en todo género de ocupaciones del bracero, en los cuales sólo entra la fuerza muscular y para nada las delicadas fuerzas que hacen vibrar la molécula cerebral, carecen de este requisito de conocimientos previos ó de practicaje correspondiente, siendo por tanto innecesaria ó nula toda iniciación.

Pero en las artes y oficios, en infinidad de industrias en que los aprendizajes se pasan en uno ó varios cursos teórico-prácticos ó solo rutinariamente experimentales, la vida del neófito presenta caracteres interesantísimos que varían hasta el infinito y se escapan á la investigación de la generalidad.

Sentimos no poder detenernos en examinarlos, porque nuestras curiosas observaciones nos llevarían lejos del propósito que nos guía y nos es forzoso limitarnos también á los hechos más salientes para laconizar en lo posible la exposición de imprescindibles y luminosos detalles.

Oficios hay en que el aprendiz es un mártir: en otros un esclavo blanco á quien se trata peor que á los esclavos negros y en todos una víctima azotada por la desgracia, de la cual se abusa sin piedad, sin consideración y á la que se explota sin pudor ni conciencia.

En todos sus actos es vil y canalla la burguesia; pero si puede medirse cuando lo es más ó menos, es cuando el martir de sus canalladas es una pobre criatura que no puede defender su derecho.

Todo lo paga el pobre aprendiz. No hay pérdida que él no haya ocasionado: no hay falta que no se atribuya á su descuido ó torpeza. Con él se escusa el maestro, el oficial y todo el que se cree superior y quiere imponérsele.

Muchas veces sucede que el niño tiene más desarrolla-

das sus facultades intelectuales que los que le mandan, y ha de violentarse obedeciendo sin permitirse observación alguna, aunque lo mandado sea una solemne barbaridad. Pero en este caso suele suceder que la precocidad del alumno le induce á variar de maestro y remedia el mal despidiéndose cortesmente, después de haber buscado colocación al lado de algún operario inteligente que trabaja por cuenta propia. Más esto es factible en todos los oficios.

A las órdenes de burgueses al aprendiz siempre se le exige más de lo que puede hacer y se le impone más deberes que le corresponden.

¡Cuántas veces se le obliga cargar un peso superior á sus pequeñas fuerzas! ¡Cuántas veces hemos vistos que se tienen muchachos, durante meses y años enteros, ocupados en operaciones manuales en que nada aprenden ni aprenderán, llamándose entonces muy impropia*mente* *aprendices!*

Del sexo femenino ó bello, nos horripila tener que hablar aquí porque la acción que se desenvuelve en el exámen del papel que ciertas niñas desempeñan nos quita la de la pluma impidiendo su movimiento.

¡Cuátos pus, cuánta podredumbre tendríamos que revoiver si descendiésemos al fondo de la gangrena pestilente de la sociedad.

No podríamos hacerlo tampoco.

Moririamos de asfíxia. De lejos aun, la fetidez nos detiene; pero no tanto que faltando al deber que nos hemos impuesto no señalemos algunos puntos en lugar oportuno que de paso saltan á nuestra vista.

¡Cuántas al aprendizaje de niñas deben ahora el estar en la prostitución pública! ¡Cuántas á consecuencia de excesos cometidos por hotentotes, han muerto, violadas prematuramente, en un Hospital!

Respecto á niños ¡cuántas veces se les señalan obligaciones impropias del sexo y que tienden á corromperles, afeminarles y embrutecerles!

Se ha legislado sobre el trabajo de los niños: pero de

leyes protectoras no queremos hablar porque todas son sanciones de privilegios irritantes, de sangrientas injusticias y además la burguesía endiosada se burla de la varlumbra de la legislación y de toda justicia al por menor.

Lo que no podemos omitir es que mientras hemos visto multar á un carretero por llevar su carro muy cargado, ha caído reventado en la vía pública un chico que trasportaba al hombro un peso relativamente enorme, de barras de hierro y ni siquiera fué reprendido el autor de este crimen.

La mayor parte de las veces, cuando cae de un andamio un albañil ó un pintor, ó de la corniza más alta del edificio en que se coloca la canal de desagüe un hojalatero, se cree que la víctima es un maestro ó un oficial. Nada de eso. Es verdad que aquel desgraciado no es el padre de familia que dejaría en la horfandad una prole numerosa; pero en cambio en muchos casos es un pobrecito aprendiz que no ganaba más que disgustos, bofetadas y puntapiés ¡y esto es horrible!

En otras profesiones el aprendiz toma el nombre de mentorio,

En artes ú oficios determinados, el aprendizaje tiene su tiempo fijo y después de él entra el que lo pasó en otra categoría; pero sucede que abusándose constantemente, cuando ya va á tocar el anhelado término de sus fatigas, le ocurre una desgracia y si tiene familia esto viene á aumentar el desconsuelo.

La inexperiencia en un período de tan acerbísimas pruebas, arrastrada al peligro por lo que llaman estímulo, y es un engaño manifiesto que conduce á la muerte á muchos que podrían ser elementos fecundos de progreso.

El desatentado afán de allegar merecimientos á todo trance es causa de innumerables desastres.

Los que jamás expusieron la vida ni mucho menos, dicen á los muchachos estas ó parecidas frases:--«Cuando yo tenía vuestra edad, ningún peligro me arredraba,--Parece mentira que seais tan cobardes.»

El que fue de chico un holgazán como lo es hombre y no se daba á conocer en la escuela más que por su desaplicación ó torpeza, reprende con enronquecida voz al que ni tiene su pereza de cangrejo ó de no trabajado buey, ni un átomo de la obtusidad mental que no ha sido obstáculo para ser pollino cargado de oro.

Todos los necios han hecho prodigios de que no dan ninguna prueba: todos han sido el asombro de los demás por su actividad ó su arrojo cuando fueron imberbes.

En exagerar ciertas cualidades, juzgando con benevolencia, sólo se vé estúpida vanagloria; pero en lo de inducir á la temeridad se descubre una perfidia sin nombre, por que es un incentivo criminal que lanza á inexpertos seres á un riesgo de parecer que cada día ocasiona irreparables pérdidas.

No hablaremos del monopolio que se ejerce con los aprendices, pues sabido es que muchas fortunas se han hecho con sus huesos y que en fábricas, talleres y obras de todas clases, los burgueses grandes y pequeños explotan el sudor de los infelices menores de edad, supliendo con los brazos de estos los de operarios que por tan inicua infamia quedan sin ocupación y sus familias en familias en la más espantosa miseria.

En construcciones de edificios hemos visto á muchos aprendices, ó que constan como tales y como á aprendices se les paga y nada más, á alguno que otro albañil ó cantero de más edad, indignándonos el presenciarlos trabajos á que estaban dedicados aquellos moviendo piedras y materiales de gran peso, mientras sobre una débil y estrecha tablas lucían unos las paredes ó los arcos más elevados y pintaban otros con inminente riesgo de caer desde la mayor altura de la bóveda y morir instantáneamente como sucede todos los días.

Entretanto el burgués explotador de la vida ajena permanecía impassible con sus manos metidas en los bolsillos, sonando los duros que eran el precio de y sudores de tantos desgraciados.

— 37 —

Si habeis visitado las grandes fábricas, los inmensos talleres de maquinaria en que se ocupan centenares de operarios, habeis visto aparecer en aquel movimiento confundidos entre las ruedas de los aparatos, algunos pequeños cuerpos humanos ennegrecidos, escuálidos, que se conoce que son individuos de nuestra especie por el brillo amortiguado de la mirada en aquellos ojos que acusan la deficiencia del alimento, á otros asomar la cabeza por entre objetos mil, esparcidos ó amontonados, dando á comprender con sus enflaquecidos cuellos la mísera existencia que arrastran. en unos sitios en que jamás respiran ambiente de una atmósfera pura, pareciendo viejos á la edad en que la vida debe presentarse lozana y exhuberante ¡flores marchitas apenas vieron el primer fulgor de la aurora! ¡capullos tronchados ó segados por la insaciable codicia del explotador! Pues bien, aquellos que semejan ratoncillos ó monos hambrientos, asomados á sus escondrijos, aquellos que sucios, harapientos, están entregados á una tarea que hace sucumbir á los hombres ya formados y avezados á improbas fatigas, aquellos desventurados pobrecitos, son *aprendices*.

¿Qué diremos de los infames que esto hacen? ¿Qué adjetivo inventaremos para calificar estas monstruosidades? ¿Qué pensaremos de la eficacia de tantas sociedades *se dicentes* protectoras de la niñez?

Pero sigamos, porque aún hay más y no se crea que pensamos que se nos ocurre todo lo que hay sobre este particular. Seguramente nos dejamos más de tres cuartas partes en el tintero.

Sobreviene una desgracia á un operario, y como este tiene mujer, hijos ó amigos, aquella se divulga, se extiende, es conocida de medio mundo, según sea el lugar del siniestro.

Ha recaído sobre un desvalido aprendiz, huérfano por añadidura y nadie se entera, nadie reclama y todo queda en la impunidad y después en el olvido, hasta la inmediata

reproducción del suceso que ha de sobrevenir sin otras consecuencias....

Por último, recordamos haber leído en un periódico burgués de la vecina República, que en casa de un *marchand de bois* del Norte, se había cometido un abuso de menores por el salvaje acaudalado, y reciente la información abierta en la colonia agrícola de Citeaux que arroja datos que no puede relatarse.

Los repugnantes sodomitas que llevaban á cabo sus actos bestiales con aprendices agricultores, maltrataban cruel y ferozmente á los que no accedían á sus lúbricos deseos; cada día escogían sus víctimas y algunas veces en una sola se relevaban hasta hartarse como bestias inmundas....

La ira nos ciega y solo podemos exclamar:

¡Sociedad infame: estás llamada á desaparecer. La hediondez que exhalas demuestra que eres ya un cadáver en completa putrefacción!

Adolescencia

En esta hermosa edad no se cometen ya las atrocidades que con indignación profunda hemos reseñado, si bien muchas de ella la alcanzan todavía en aquellos seres en los cuáles el desarrollo se opera más paulatinamente.

Sucede también que cuando el aprendizaje se hace en la adolescencia, como debiera suceder siempre, hay mayor desenvolvimiento intelectual por el aumento de potencias moleculares y aunque no se hayan frecuentado las escuelas de artes y oficios, ni la instrucción debida á la enseñanza elemental haya sido muy completa, la edad, la potencialidad de las facultades perceptivas suple en ciertos casos deficiencias notables y el aprendiz con un pequeño caudal de experiencias recogidas en la desgracia puede afrontar mejor los peligros que le amagan, resistir más en la lucha por la vida y aprender sin tanto esfuerzo ni á costa de cruentos suplicios.

La fuerza del instinto de la independencia empieza a manifestarse, siendo algunas veces fatal y vigoriza el impulso que le conduce á variar con frecuencia de *amos*, de taller y hasta de oficio por la serie no interrumpida de felonías que presencia y de que se le quiere hacer víctima.

Pero el burgués siempre más sagaz que el adolescente, lo seduce por mil medios distintos, unas veces prometiendo redimirle de la odiosa quinta: otras ofreciéndole un porvenir lleno de doradas ilusiones que luego se desvanecen como humo.

Un día le presenta el ejemplo fascinador del potentado que fué obrero como él y cuya opulencia es el asombro de cuantos le conocieron sumido en la miseria.

Otro día le propone capitalizar una parte del mezquino salario que le tiene asignado, haciéndole la cuenta de que al cabo de *tantos* años será dueño de un pié de fortuna, y esta operación que es un doble negocio para el burgués calculador, permite á éste comerciar con el depósito de dinero ajeno que tantísimos sudores representa, y al propio tiempo sirve para retener encadenado al jóven operario, y exprimirle bien hasta que no pueda sacar más jugo de él porque muere tísico de hambre ó extenuado de fatiga.

El asalariado nunca percibe el fruto íntegro de su trabajo. La depreciación de la mano de obra ha llegado en estos calamitosos tiempos á un extremo desvergonzado, y á pesar de esto, aun resalta por lo abusivo el salario que se asigna á un jóven que empieza á producir, que produce más cada día y que hace más trabajo que un hombre gastado, encanecido en la práctica de la elaboración ó en el detalle de cualquiera manufactura.

En todos los casos las condiciones del trabajo han de resultar beneficiosas para el que lo explota. Cuando éste lucha, mejor dicho, se las ha con elementos nacientes en la contienda del trabajo con el capital avasallador, vence siempre. En muchos casos ni se plantea siquiera la lucha, y si se insinúa, se allana la cuestión con la mayor facili-

dad, haciendo promesas que rara vez ó jamás se cumplen por parte del burgués que á su vez se muestra exigente hasta el furor, en demanda del cumplimiento de cualquier compromiso contraído por los obreros explotados.

La adolescencia tiene ya otro orden de necesidades que la infancia, y tampoco creemos de absoluta precisión el enumerarla.

Se comprende á simple vista que un jovencito gusta de arreglarse más que un niño, necesita gastar más en ropa porque los trajes han de ser cada día mayores con el crecimiento continuo, y además, se vé obligado á comenzar á alternar en la sociedad. Necesita instruirse, leer mucho estudiar para no convertirse en idiota, comprar libros al alcance de su inteligencia y de su pobreza, gastar papel, tinta, efectos de escritorio, dibujo, ó de lo que se relacione con el ramo que abraza, y adquirir, en fin, cuanto necesite para su desarrollo intelectual, y de día en día sus necesidades aumentan, pero no crece en igual proporcionalidad su raquíptico jornal, si tal puede llamarse la minima cantidad que recibe como precio de su trabajo.

El desequilibrio entre los reducidos ingresos y los crecientes gastos le conduce á extremos lamentables.

Un día trabaja á deshora, y sin dirección alguna y le sobreviene una desgracia. Otro día, por ahorrar tiempo, no prepara convenientemente el pequeño andamiaje que ha de servirle de punto de apoyo y se estrella sin remedio, fracturándose una pierna ó matándose.

Sin cesar calcula, forma combinaciones y viendo sólo la materialidad del aumento del ingreso en su pequeño presupuesto, sin reparar en los estragos que vá á causar en su salud, propone al burgués, cuando no parte de éste la iniciativa, hacer fuera de las 10, 12, ó *atorce* horas que trabaja, otra determinada faena á destajo ó *al tanto* como dicen. Es tierno adolescente, niño aun, y la sociedad le tiene abandonado á su propia y funestísima inexperiencia; *se revienta* y luego se vé en un lecho de dolor agonizau-po por haber contraído una afección pulmonar, una con-

— 41 —

sumción ética ú otra dolencia terrible. peligrosa en el desarrollo que se opera en esta edad crítica y al héroe de una laboriosidad, de una virtud superior á todas las fuerzas, desaparece de la escena social, acabando en ignorado sepulcro.

Ahí le teneis, explotadores malvados, y vosotros, panegiristas del orden burgués, aplaudid las excelencias de vuestro régimen económico.

En la Juventud

La juventud es la mejor de la edad de la existencia. En ella está la plenitud y el apogeo de la vida humana. En la juventud el hombre adquiere todo su desarrollo poderoso, llegando á completarse su comprensibilidad, de modo que en este período alcanza la mayor percepción posible sus facultades, que le hacen dueño de la naturaleza, á la cual ha dominado ya con sus asombrosos inventos.

En la primera época de esta edad floreciente del vigor, de la hermosura, de la alegría e de todos los goces naturales, no hay aun madurez de juicio ni estabilidad de resolución; no está constituido el carácter; pero se destacan los perfiles de las cualidades que la personalizan.

Aunque no se piensa mucho y por tanto se raciocina poco y se reflexiona menos, la facultad reflexiva principia á funcionar incesantemente y entonces á través de bulliciosas alegrías vienen los grandes infortunios con sus amargos sinsabores.

En los que sufren, la precocidad de la reflexión es sorprendente.

En muchos es causa de afecciones inorbosas que los llevan á la sepultura, cuando eran verdaderas esperanzas para la ciencia, el arte ó la industria.

En algunos, prevalece una idea que degenera en monomanía y produce la enagenación mental, ó si no se extravía hasta el desequilibrio de la razón, la tuerce, ocasionando funestas perturbaciones, ya engendrando el error,

ya robusteciendo preocupaciones que nacieron con una educación descuidada ó envuelta en supersticiones y legendarias inverosimilitudes.

En los más la falta de reflexión unida á las anomalías de los sistemas que rigen la sociedad, los lanza por derroteros que labran su desdicha perpetua y la de sus familias que ven en un joven su porvenir.

Estos derroteros conducen á precipicios en que la flor de nuestra juventud se sepulta.

En las que no podemos fijarnos sin profunda pena, es en los jóvenes que, con los atractivos de su belleza, han de vivir en las ciudades ó en las poblaciones de alguna importancia, expuestas á las continuas asechanzas del que todo lo invade y corrompe con su oro, no respetando nada la brutalidad de los apetitos, más y más pujante cuanto menos se trabaja; pues que el ocio es el auxiliar poderoso de las pasiones, y la concupiscencia burguesa, además de los medios que tiene á su disposición, cuenta con ventaja haber sitiado por hambre á todas las plazas del país invadido, que no todas reúnen el valor feroz de las heroicas ciudades que se entregaron primero á las llamas que rendirse.

Muchas, deslumbradas cual mariposas por resplandores desconocidos, se arrojan en la llama fatal no de Numancia ó Sagunto, sino de incentivos corruptores y perecen de todos modos en medio de los dolores más acerbos.

En el mismo trabajo, en la fabrica, se le tienden redes engañosas, ya presentándole un porvenir lleno de vanas ilusiones, ya subiendo el jornal á trueque de satisfacer los deseos del burgués de sus miserables esbirros.

Ved en aquella elegante chocolatería, en aquella cervicería tan lujosa, qué lindas muchachas hacen el servicio de camareras. ¡Qué preciosas son! ¿Sabeis con que condiciones han entrado á servir en el establecimiento? No os asombréis. La burguesía explotadora y las leyes que permiten, autorizan y protegen toda clase de explotaciones por viles que sean, deben teneros curados de asombro en punto á felonías y maldades del peor género. Han sido admitidas

— 43 —

porque son bonitas y con la cláusula de que sean *condescendientes hasta lo sumo*, en una palabra, con la tácita ó expresa condición de que se prostituyan, al objeto exclusivo de aumentar la venta y con ella el caudal del execrable explotador de la inocencia, del candor, de la desgracia de la juventud y del honor de una familia, que no tenía más patrimonio que la honra. ¡Seguid aplaudiendo menguados farsantes! Decid que todo vá bien, muy bien.

¡Ah! sólo una ceguera completa puede impedir que se vea el cuadro de espantosa desolacion y de infamias sin cuento ni medida que la sociedad presenta en su modo de ser, bajo un cúmulo de males tan hondos, que sólo cabe posibilidad de remedio destruyendo los viejos moldes y fundiendo la sociedad del porvenir en otros nuevos que garanticen la vida y el bienestar de las generaciones futuras.

Como la actividad juvenil ensancha incesantemente su vastísimo campo de operaciones, son tantas las esferas en que las descubrimos, que no ponemos seguir la marcha que en su febril entusiasmo y en el conocimiento ó prueba de sus fuerzas se trazó, haciendo difícilísima toda explotación de las imperceptibles huellas que deja en su vertiginosa carrera por el planeta que habitamos, y que va parece pequeño para sus increíbles movimientos.

No obstante, como las huellas que seguimos y seguiremos buscando son de sangre y de sudores copiosos, nos será fáeil encontrarlas y en efecto ya las tenemos.

En el campo

Del campo sale el trigo que, trasformado en pan, constituye el alimento principal del hombre en casi todos los países del globo.

De la tierra salen los demás frutos que son el sustento de la humanidad, alimentándose del reino animal y aquel á su vez de la descomposición de este y de los dos, en admirables combinaciones la raza humana.

Y ¡oh estupenda injusticia! El labrador afanoso que cul-

tiva esa tierra que tanto produce, carece de todo y.... *se muere de hambre.*

Apenas los cuidados ó el canto de las aves lo despiertan al amanecer, sale al campo y con abundante sudor empapa aquellos surcos de los cuales ha de brotar la riqueza que otro ha de poseer.

Con esfuerzo increíble, con perseverancia sublime atiende al cultivo del fértil suelo y á través de penalidades de todo género, sufriendo los rigores y las inclemencias del tiempo, sobresaltado un día con el pedrisco, abrumado con la pertinaz sequía ó con las incesantes y excesivas lluvias, apurado siempre por las contrariedades que le asedian en su pobreza luchando sin descanso, mal alimentado peor vestido, estenuado de fatiga, va por fin á recoger el fruto de tantos desvelos y contempla con satisfacción las doradas mieses que ondulan ante su vista acariciadas por el manso viento, si una tormenta ciclónica ú otra alteración atmosférica no arrasó antes de este tiempo la verde y alegre campiña, convirtiéndola en tristísimo erial.

Supongamos que ya tenga hecha la recolección y aseguradas todas las cosechas y que éstas han excedido á sus más risueñas esperanzas. Después de tantos afanes, ¿es dueño de la abundante producción? ¡Oh, no!

Ni aun de aquellas pequeñas cosechas que corren á cuenta de la mujer y estando en las inmediaciones, parecen destinadas al consumo particular de la casa, disfruta sino en una parte ínfima y reservándose siempre lo peor.

Cría grandes pavos, hermosas gallinas, tiernos pollos, patos y demás aves; estas ponen huevos. Los árboles frutales que cuida con el mayor esmero dan excelentes peras, manzanas, albericoques, granadas, etc. Nada de esto prueba: todo va al mercado, al tren, al puerto, ó directamente á casa de los *grandes señores*, que destrazan más en ella que consume un pueblo entero.

Debe este agricultor hacerse rico en poco tiempo, dirá alguno. Todo lo contrario. Ni la austeridad rigurosa de sus privaciones le libra de la miseria en que vive.

Es durísima la afirmación; pero resulta desgraciadamente cierta.

Cuando tiene trigo, cebada y otros granos, es en tiempo de la recolección, y entonces, como todos tienen grano en la era ó en el granero, se precipitan en baja por la mucha oferta, y como le apremia la necesidad de pagar á los acreedores que le acosan, ha de vender forzosamente con gran depredación el fruto de tantos sudores y fatigas, ó ha de entregarlos al precio corriente, que es entonces ínfimo, y el resultado siempre es igual: queda en idéntica situación.

Cuando ha de sembrar, como esta operación y muchas ó casi todas las de la agricultura no admiten largas dilaciones, no teniendo grano porque hubo de venderlo ó darlo al dueño de las tierras, al usurero, á los mil acreedores que le visitan sin poder esquivar su presencia, se ve forzado á comprarlo otra vez, y entonces al más alto precio, porque nadie tiene y todos necesitan como él. Lo que á él paso, ocurre á los demás labradores, y vuelven á recurrir pretamista que *fia* con un interés exorbitante, inícuo y á favor del acaparamiento hecho uno y otro año y repetido en todas las cosechas, hace el caldo gordo con el sudor del pobre, sin necesidad de exponer un solo céntimo ni levantar una paja del suelo; y continúa el martirio hasta la muerte que no se hace esperar en medio de una vida que no es vida, sino un sacrificio heroico para el cual se necesita una abnegación tan grande como la de ellos mismos; pues no hay, ni ha habido, ni habrá en el mundo quien la tenga mayor que los honrados labradores.

Hemos de advertir que el ejemplo del que *se muere de hambre* acabamos de ponerlo en un agricultor que tiene tierra aunque sea arrendada, que cuenta con *algo* y que gasta menos que cualquier irracional de los que sirven de recreo á los poderosos. ¿Qué diremos de aquel que no es poseedor ni del terrón de tierra que levanta con su azada? Si el pequeño terrateniente perece en la estrechez y en la

miseria ¿qué sucederá al desdichado que sólo tiene el día y la noche?

Venid, *filántropos*, estudiad aquí.

Hojead las estadísticas de la emigración, las de hospitales, asilos de mendicidad, presidios y cárceles, ved que profesión, que oficio, que ocupación humana presta más horrible contingentes á esos mataderos de la especie más digna y noble de la naturaleza.

Y esto sucede mientras la humanidad cuenta con una renta enormísima: mientras los productos alimenticios exceden al duplo de los necesarios y siendo triples los industriales; mientras en Inglaterra por ejemplo, los dos tercios de la superficie territorial pertenecen solamente á 10,000 burgueses, mientras en Escocia 21 grandes propietarios son dueños de la tercera parte del suelo y hay acaparados cerca de 6 millones y medio de hectáreas por los lores del Reino unido, Solo el duque de Devonshire es dueño de 78,000 hectáreas y el lord escocés Sutherland usufructua la inmensa extensión de 530,000.

En España mismo hay pueblos enteros y dominios de leguas que se recorren, oyéndose con asombro que todo es *propiedad* de un sólo hombre.

Deploramos la muerte de tantos infelices, víctimas de las infamias derivadas del régimen burgués basado en la propiedad individual absolutas; pero si la muerte no viniese acompañada y precedida de tan atroces amaguras ó se anticipase á ellas, aun podría desearse por no presenciar cómo la iniquidad llega á su colmo haciendo perpétuamente desgraciados á los que tanto producen con esfuerzos que no tenemos espacio de detallar.

En la guerra

Es tan evidente el estrago que la guerra causa en las huestes proletarias, que apenas es necesario escribir dos líneas para confirmar una verdad universalmente sentida.

Bastaría insertar á continuación los pavorosos datos que

arrojan las bajas ocurridas en las cruentas hecatombes que registra la historia, después de los cuales no habiendo ni siquiera un metro de terreno que no haya sido regado con sangre de nuestros hermanos en todos los países y muy particularmente en los más castigados por esta plaga, parece increíble que la humanidad diezmada de este modo sin cesar, haya podido dejar de extinguirse entre el fragor de los combates.

Las minuciosas estadísticas que tenemos á la vista no lo tanto que clasifiquen las bajas definitivas y mucho menos precisen las edades de los que fueron en los ejércitos respectivos, siendo imposible determinar por ellas el contingente que dió la juventud en las guerras de diferentes países.

No obstante, sabido es que por cada viejo y sobre todo por cada rico que perece en las batallas, llevado á ellas por su loca y desmedida ambición, sucumben innumerables jóvenes desheredados, á quienes la desgracia precipitó á lo que llaman *campo del honor* y es el de la destrucción y la muerte.

La perspectiva lúgubre y sombría que á los ojos de las madres ofrece este vasto campo, todo ensangrentado, cubiertos de muertos insepultos y de heridos moribundos, de restos mutilados esparcidos allá y acullá por la metralla, los montones horrorosos de cadáveres entre los cuales temen ver á los hijos de sus entrañas, con el semblante lívido ó destrosado por el plomo enemigo, todo este conjunto pavoroso es el que engendra el estupor con que se advierte la eventualidad de un rompimiento de hostilidades entre dos potencias ó el ascenso de una contienda civil, manteniéndose viva la constante aversión que la humanidad experimenta hácia la alteración de la paz pública.

Los efectos desastrosos de las luchas ya internacionales, ya intestinas han influido poderosamente en este siglo para determinar su aplazamiento, inclinando á la diplomacia de todos los países y á los denominados *prohombres* de los partidos militantes, á emplear cuantos medios han creído con-

ducentes al mantenimiento de una paz duradera, á favor de la cual es como únicamente se desenvuelven los elementos de prosperidad de las clases privilegiadas, á que aquellos pertenecen y con la idea de prepararse mejor para una guerra en que podían ver comprometida á su nación con terrible desventaja.

Muchos burgueses aumentan considerablemente sus caudales con el acaparamiento de artículos que se pronuncian en alza en cuanto estalla una guerra. Los únicos que no hacen más que la fortuna de morir son los perpétuamente desheredados.

Esta consideración ha movido á los socialistas de Italia á colocarse en una actitud que es de la mayor oportunidad,

Los trabajadores de 46 localidades han protestado enérgicamente contra la triple alianza, declarando que en caso de guerra no seguirán la política del gobierno italiano. Una protesta en este sentido será enviada á las sociedades obreras de la Italia entera, para hacer por todas partes propaganda de esta tendencia, á la vez invitará á los obreros franceses á asociarse á la misma en nombre de la fraternidad de todos los elementos trabajadores del mundo.

Más esta protesta no significa que el proletariado espere evitar con ella las horribles matanzas que traería consigo una guerra europea.

Sabe que es inevitable y que los estragos serán tanto más desastrosos cuanto mayores son los medios de destrucción y más se aguza el ingenio en inventar otros con un fiero conato que sobrecoje á los más sedientos de sangre.

Pero será probable que las grandes carnicerías que la humanidad aterrada vá á contemplar sean las postrimerías de una sociedad que se derrumba por sí sola, y esta vez el resultado final sea provechoso para los que sufren.

Hé aquí lo que decía en su revista internacional el valiente periódico socialista «La Bandera Roja».

— 49 —

«Ya lo saben los trabajadores de Italia, Francia, Austria y Alemania; ya lo saben los trabajadores todos.

La guerra es inminente: no está en nuestras manos evitarla. Por consiguiente, venga cuanto antes. Salgamos de este estado de incertidumbre, que quizá los acontecimientos, precipitándose de modo inesperado, aceleren unos cuantos años la hora ansiada de la revolución social.

Esta es la última plaga que nos falta; pues cuanto antes.

La burguesía empuja á nuestros hermanos á que se destrocen; empujemos nosotros á nuestra vez á la burguesía, venguémosles.

¡Quiere guerra, pues guerra tendrá!

¡Quiere víctimas, sangre, incendio, ruinas, devastación; pues va á quedar satisfecha!

Dé la señal lanzando al campo los soldados, que nosotros secundaremos en las ciudades.

La cuestión es de vida ó muerte. Tras la guerra, y secuela obligada, vendrán la reacción, la peste y el hambre, si triunfa la burguesía.

Triunfando nosotros se inaugurará una época de verdadera felicidad, porque habrán concluido todos los privilegios, todas las explotaciones, y el hombre será libre dentro de la humanidad emancipada.

En las minas

No hay trabajo material más duro y penoso que el de las minas. No hay otro alguno en que se abrevie tanto la vida á pesar de ser el que menos produce para el trabajador y en el que más elementalmente resaltan las ventajas y el lucro del esfuerzo humano.

En ninguna ocupación hay más inminentes peligros de perecer y en ninguna otra es más directa é inhumana la explotación del individuo por el de su especie.

Fatigosa es la vida del labrador: ímprobo, rudo, prolijo y asiduo es el trabajo del campo. Operaciones hay en la agricultura que—levéndolas á cabo aisladamente y siguien-

do la antigua rutina—sólo fuertes y robustos braceros la resisten, agotando todas sus fuerzas. Pero tiene, aun, apesar de esto, ventajas incomparables el trabajo del labriego sobre el del infeliz minero, que llega á perder hasta la figura de hombre.

Aquel, fuera de las tareas abrumadoras como las de la trilla y siega bajo un sol abrasador, ó en la roturación de terrenos vírgenes, en la cava honda de viñas y otras, no experimenta los extremos rigores de un empleo y pérdidas de fuerzas que no pueden reponerse fácilmente. En la siega, por ejemplo, come y bebe cuanto exige el desgaste extraordinario de la energía muscular.

El minero tiene sobre sí una labor continua tan dura como las moles de piedra que desprende para descubrir la red venosa del precioso metal: no lucha contra una tierra que desde luego cede al impulso vigoroso de la reja del arado ó de la cortante y ancha azada. Por agreste que sea el terreno destinado al cultivo ¿cómo puede compararse la docilidad del suelo y subsuelo en que batalla la actividad prodigiosa del agricultor con la aridez, dureza y resistencia de esa materia heterogénea y compacta que solo obedece al poder de la dinamita? ¿Cómo establecer parangón entre las frondosas vegas y las negruzcas montañas que encierran en sus íntimas fibras los codiciados tesoros?

Es verdad que el labrador arrostra las inclemencias del tiempo, el rigor del tiempo en los sotocantes meses de verano y la crudeza de las escarchas y hielos de invierno; pero el minero, además de experimentar restos mismos padecimientos, tiene la desventaja de no respirar jamás la atmósfera pura de los prados, ni el aire aromatizado de la arboleda cargada de frutos, ni refrigeran sus pulmones las brisas embalsamadas con el perfume de las flores.

Ante el desgraciado paria de las minas todo se presenta lúgubre; todo ofrece el aspecto sombrío y amenazador de una naturaleza que parece comprender el valor relativo de los metales que posee y se muestra ceñuda como el soberbio usurero y el vano potentado millonario,

— 51 —

resistiéndose con fiera á entregar sus tesoros y dejando arrebatarlos cediendo á la fuerza mayor de los explosivos y sólo á cambio de víctimas sin cuento.

Muchos volúmenes se necesitarían para relatar los siniestros ocurridos en las minas; pero á la manera que en los demás lieros bosquejos que hemos ensayado, presentaremos un solo ejemplo, que por lo reciente está en la memoria de todo el mundo.

Nos referimos á las víctimas del fuego grisú.

«En las minas de Campagney, Francia, decia *El Productor* de Barcelona, ha tenido lugar una nueva explosión de fuego grisú, que viene á aumentar el largo catálogo de los mártires del trabajo,

También en los Estados Unidos tenemos que lamentar la misma desgracia.

En ambos países, regidos democráticamente, se observa que tan dolorosos accidentes ocurren no tanto porque la industria minera choque con los peligros que le son inherentes, como porque la avaricia capitalista no tiene interés alguno en evitarlos, con lo cual se demuestra evidentemente que mientras los medios de producir se hallen acaparados por una clase dominadora y egoísta, y los trabajadores no tengan más medios de vida que el jornal, todas las libertades políticas son un miserable engaño para encubrir la explotación del trabajador por el burgués.

Las últimas noticias de Champagney anuncian que iban ya extraídos *ochenta cadáveres* de los pozos de la mina incendiada. Los obreros trabajan á 250 metros de profundidad y parece averiguado que desde hace algunos días la densidad del aire, saturado de emanaciones carbonohidrogenadas, hacia temer la catástrofe.

Con este motivo, la prensa avanzanda pide que se exija estrecha responsabilidad á la Compañía por no haber empleado los medios de ventilación usuales, y que se la obligue á ejecutar obras de reforma que den más garantía para la vida de los obreros.

La explosión de que hablan las noticias de los Estados-

Unidos, ocurrió en la cuenca carbonífera de Kiter-Green, Pensilvania.

De 22 trabajadores que se encontraban en la galería, parecieron en el acto 17 y los restantes están heridos.

Un telégrama de Nueva-York da cuenta de otra explosión que ha dejado sepultados en las entrañas de la tierra *ciento sesenta trabajadores*.

Tantas víctimas sacrificadas en aras del privilegio causa **horror**.

La sangre de tantos trabajadores, las lágrimas de tantas viudas y de tantos huérfanos, la miseria que causa el consiguiente abandono, traducido luego en lujosos trajes, soberbios palacios y en cuanto puede crear la más refinada molicie, son un padrón de ignominia de esta sociedad y un anuncio seguro de su próxima destrucción.

Si así no fuera, preciso sería renegar del progreso y declarar que la especie humana es un compuesto de serviles y malvados, incapaz de concebir la justicia.

Por fortuna el progreso es cierto y la justicia social una promesa de cumplimiento infalible, que solo necesita para su realización la inteligencia y la voluntad de los desheredados.

Hasta aquí el periódico anarquista de Barcelona.

En Rusia, un periódico oficial acaba de publicar los datos sobre las desgracias ocurridas en las minas y establecimientos metalúrgicos en 1885, resultando que de 349,319 obreros, se desgraciaron 674, de los que 170 murieron á consecuencia de las heridas ó lesiones. En los 10 años de 1876 á 1885 hubo un conjunto de 5,314 casos de desgracia, falleciendo 1,566, y esto que, según declaración del autor, las cifras distan mucho de ser exactas. El mayor contingente de desgracias es en las minas de carbón de Polonia, en las que mueren 5 por 1000 mineros, y cada 5000 toneladas de hulla constaron una vida humana.

En Francia la hulla cuesta tres veces menos vidas humanas que en Polonia.

En Inglaterra un rico propietario de minas invitó á unos

naturalistas que habían asistido á un Congreso científico, á que fuesen á visitar sus pozos y galerías. Los naturalistas fueron, pero cuando el burgués les convidó á comer, declararon que lo que habían visto y oído en las minas, no les permitía aceptar la invitación; pues no querían hartarse con la sangre y el sudor de los infelices que trabajaban en aquellas minas en condiciones indignas de seres humanos.

Hemos citado los anteriores datos por tenerlos á la vista; mas, para comprobar cómo nos diezma la burguesía, no necesitamos salir de la región española, donde vemos consumirse la flor de la juventud de comarcas enteras, que acude á las minas á buscar trabajo y con él la muerte más ó menos próxima, siendo rarísimo el caso de que un minero llegue á contar la longevidad que se ve con frecuencia en los que no lo son.

En Vizcaya es donde los mineros tal vez lleguen á vivir más, porque las minas vienen á ser como especie de canteras en las abruptas depresiones de su sistema orográfico, y aunque bajo el punto de vista de la sorprendente facilidad en los transportes, mediante planos inclinados y numerosos tranvías aéreos, parece que no ha de ser tan alarmante el número de víctimas que ocasiona la explotación, prueba lo contrario las creaciones de hospitales en la zona minera, que no bastaría albergar á los lesionados, si éstos no se curasen por su propia cuenta en el zaquizamío choza en donde se refugian.

A pesar de todos los adelantos modernos para facilitar los trabajos, no concluye jamás la serie de víctimas sacrificadas por la sed del oro que distingue á los explotadores de minas y de seres humanos.

El desprendimiento de piedras enormes, las explosiones de barrenos, los choques y descarrilamientos de wagones, las caídas, los hundimientos, y desplomes, la rotura de un cable ó cadena, el arrollamiento de una grúa de suspensión, en fin, mil y otras tantas causas de desgracias, aumentan

el número de pérdidas personales que registra el marti-
rologio del trabajo.

En las minas de hierro de las inmediaciones de Bilbao, no hay peligro de la asfixia ni del hundimiento de galerías, porque en estas minas se extrae el mineral de las capas superficiales, sin necesidad de ahondar, para buscar filones en el corazón de las montañas, como sucede en las minas de oro, plata y otros metales de diversas regiones.

En las de plomo, además de la mortandad que todas las causas enunciadas producen, existe la de emplomamiento, que consiste en una enfermedad mortal que se contrae por la absorción del sulfuro y de moléculas metálicas en forma de polvo, que se introducen en las vías digestivas y agrupándose forman globulitos de metal, los cuales producen la muerte á millares de individuos.

Población ha habido en que la tercera parte de los habitantes dedicados á la extracción de los minerales plomíferos han fallecido emplomados.

De las minas de carbón, en algunas de las cuales se trabaja á una profundidad espantosa, no necesitamos hablar, sabiendo todo el mundo como viven los infelices que se ocupan en ellas.

De las de azogue también son conocidos los estragos que acarrea la inhalación continua de una sustancia que obra tan perniciosos efectos en el organismo humano: produciéndole convulsiones que han engendrado la frase, *ticmbla como un azogado*.

Ahora bien: ¿qué utilidad reporta la trabajosa ocupación del que muere extrayendo del seno de la tierra riquezas incalculables? Para quién consagra su misérrima existencia á dicha operación, de inmenso lucro en provecho del explotador; para quién agota sus fuerzas, destruye ó aniquila su organismo y sucumbe, por fin, desastrosamente, *ninguna*. ¡Horrorosa verdad? ¡Absurdo inaguantable!

Y no sólo no percibe utilidad alguna, ni tiene participación en aquellas riquezas que sin su fatiga permanecerían ocultas, sino que sobre esta injusticia se comete otra: se le

esquilma por todas partes, se le merma en todos conceptos, bajo mil formas y por todos los medios imaginables, el triste jornal que se les dá.

En la mayor parte de las regiones mineras, los dueños de una mina ó sus capataces facilitan de su casa los comestibles y géneros que los trabajadores necesitan, haciendo un negocio reproductivo fenomenal. Los desdichados no pueden quejarse de la calidad ni de la cantidad de los artículos ni de que les han puesto de más en la cuenta al tiempo de cobrar, porque perderían el único medio de subsistencia, siendo despedidos, ó lo que es peor, conducidos á la cárcel y trasladado por la guardia civil á sus pueblos respectivos, á pretextos de haber querido alterar el orden, promovido por un altercado ó de *parecer sospechosos*, lo cual sucede con una frecuencia que indigna.

Existen además dormitorios que, algunos de ellos, ni para las bestias inmundas sirven, y por recoger á aquellos esclavos blancos, sin distinción de edades ni muchas veces de sexo, les cobran un real diario, y si toman también el brevaje, guisotes y artículos que expenden, así como bebidas, etc., todo queda en el bolsillo de los ladrones burgueses y aspirantes á serlo.

Y lo más atroz es que para estos foragidos no hay Código penal, ni cárceles, ni penitenciarías. Por el contrario, para los que se ha hecho todo eso es para los miseros y desvalidos explotados.

Hé aquí el triste relato que encontramos en *Le Peuple*, de Bruselas, capaz de concitar los ánimos más apocados y de indignar á cualquiera que conserve un átomo de humanidad.

«Pedro José Brulé, de 38 años de edad, es casado y padre de cinco hijos: la más negra miseria reina en el seno de la familia; pues el salario de Brulé á duras penas le alcanza para el pan que han menester sus pequeños. Toda la familia duerme junta sobre un jergón y en un espacio reducido. Las mantas y las sábanas son desconocidas para aquellas víctimas de esta madrastra sociedad.

«Viendo que el invierno avanzaba, Brulé concibió el proyecto de construir una cama para sus hijos, á cuyo efecto, ayudado por un compañero, se introdujo de noche en la mina de Avalerresse, provisto de una sierra.

«Un guardia nocturno los distinguió y trató de detenerlo. Brulé, que veía escaparse la suerte de poder hacer una cama para sus hijos, quiso resistir; pero como el guardia estaba armado de una escopeta, hizo fuego, y la bala fué á incrustarse en el vientre de Brulé.

«Este desgraciado, mal herido, y desangrándose, consiguió arrastrándose llegar á su casa, donde á poco rato se presentó la policia, acompañada de dos médicos, Ferminé y Defferner, los cuales, ¡tal es la miseria en la casa del pobre trabajador! no pudieron encontrar un trapo ó pedazo de lienzo conque limpiarle la herida.

«El Juzgado ha formado proceso, embargándole los pocos efectos que tenía, y las herramientas de carpintero.

«Entretanto, la pobre madre contempla en el paroxismo del dolor el llanto de aquellas inocentes criaturas que le piden pan...»

La indignación no encuentra calificativo á este refinamiento de iniquidad.

Los tigres de Bengala son menos feroces y mil veces más nobles que la criminal y encanallada burguesía!

En los túneles

Hay otras minas, en que no se extrae metal alguno, ó por lo menos no es el objeto extraerlo, sino el simple taladro de una montaña ó sistema de ellas, y en las cuales no por eso dejan de ocurrir menos desgracias que en aquellas en que la avaricia humana se ciega ante la perspectiva de los ricos filones, que son otras tantas arterias codiciadas de metal en las concavidades del arduo monte.

Nos referimos á los túneles, que el progreso de los tiempos modernos ha hecho necesarios en el tratado de las vías férreas para acortar las distancias, reduciendo su kilo-

metraje para la celeridad máxima de las comunicaciones y transportes.

La mayor parte de estas obras colosales han sido cementerios de infelices trabajadores, que han dado sus vidas á cambio de un mezquino jornal, habiendo habido túnel, como el de San Gothardo, en que ha sido tal el destrozo de seres humanos, que, paralizados los trabajos, no encontraban ya quien fuese á ellos, viéndose la empresa en la necesidad de emplear los medios más eficaces, para que, ignorándose el número de víctimas, no fuese imposible el reclutamiento de miles de obreros con que suplían las bajas.

Examinemos á la ligera la índole del trabajo que se practica y en las condiciones en que se lleva á cabo.

En las minas fecundas, de donde se extrae cualquier producto, se sigue la ramificación del venero de riqueza, y son muy distintas y complejas las operaciones que se ejecutan. El estudio que se hace de las diferentes capas subyacentes es muy detenido, como así conviene al explotador; pero en los túneles sólo se busca la recta constante, no se atiende más que á evitar la desviación para que las perforaciones diametralmente opuestas vengan á encontrarse, y así se descuidan muchos pormenores que son causa de infinitas desgracias.

Cuando las máquinas han penetrado considerablemente al interior de aquellas negras fauces que no cesan de tragar hombres, prosiguiéndose la perforación á larga distancia de las entradas, la corriente atmosférica es difícil, y entonces es preciso hacerla expedita, anunciándose esta necesidad con alguna desgracia.

Terribles hundimientos sepultan á millares de hombres, por no haber querido gastar en hacer fuertes estribaciones ó costosas arcadas.

La vida está en peligro continuo ante el probable desprendimiento de piedras enormes. La conmoción que sufren con las explosiones aquellos senos abiertos, produce la caída de las moles que parecen más adheridas, y además

de esto otras mil causas inadvertidas, lo son de siniestros que no tienen compensación.

Agréguense á la escasez de alimentos, á la desnudez, el rigor de temperaturas tan bajas como las de los Alpes, en que se han hecho extensas perforaciones y las de los Pirineos, que no han sido menos peligrosas, y súmense las víctimas del sinnúmero de túneles en todos los ferrocarriles del mundo y véase la enorme cifra de vidas que han costado esos asombrosos prodigios del esfuerzo del hombre.

Sin el elemento trabajador nada se hubiese hecho, y es el que menos participa de sus remarcables beneficios.

Sentimos no poder detenernos en describir al detalle la vida que se arrastra en los túneles bajo el peso de un trabajo penosísimo, en medio de las mayores privaciones y no viendo sino periódicamente la luz, sin el calor solar que vivifica y alegra y rodeado siempre, el obrero, de unos contornos tan tristes que aceleran el término de la existencia de un modo alarmante, que llena de angustia el corazón.

Veamos lo que nos dice el periódico argentino *En Avant*, sobre lo que está sucediendo en un túnel que se abre en la República del Plata.

«La casa Clark y C^a. construye un camino de hierro de Mendoza á Chile. En estos momentos perfora un túnel para cuyo trabajo son reclutados generalmente los obreros en las agencias de Buenos Aires.

Apenas estos obreros llegan á los trabajos, dejan de pertenecerse por completo: no se les permite alejarse, so pena de ser transportados inmediatamente á las Cordilleras en calidad de presos, ni llega á su poder carta, periódico ni mensaje alguno, así como tampoco pueden ellos tener comunicación con los de fuera, de cualquier clase que sea. Para evitar estos actos propios de seres racionales, una fuerte escuadra de policía guarda la entrada del túnel.

Está prohibida la entrada y la salida, ó lo que es lo mismo, que para estos obreros no existe el mundo exterior; el salario que ganan varía entre 4,50 y 6,30 pesetas, cuya

— 59 —

mitad cobran á fin de mes, dejando la otra parte en depósito.

Siete obreros que, no pudiendo soportar más aquellos abusos, trataron de huir, fueron fusilados por la policía.

Otros seis, que habian sido llevados allí en el verano, y, por consiguiente, estaban mal vestidos, murieron de frío. El que protesta ó se rebela contra aquellas crueldades es pasado por las armas.

Dos obreros, italiano el uno y alemán el otro, que consiguieron fugarse, han tenido que jurar solemnemente, aterrorizados de que los volviesen á aquel cementerio de vivos, que no revelarían á nadie lo que ocurre en las canteras de aquel túnel.»

En las fábricas

Antes de volver á la ciudad detengámonos un momento en uno de esos soberbios edificios, cuyas altas chimeneas despiden grandes espirales de humo y nos anuncian un movimiento más animado que el de la fértil campiña con la proximidad de la población en cuyos suburbios se levanta.

Sus innumerables ventanas, los detalles de una arquitectura especial, denotan que el vasto edificio que ha llamado nuestra atención es una fábrica.

Estamos, pues, frente á un castillo feudal de la edad moderna.

En aquél había señor de horca y cuchillo con sus odiosas prerogativas, su fuero, su inmusidad, sus escuderos, sus hombres de armas, pecheros y mesnadas.

En éste hay el mismo *señor*, cacique de un partido político que alterna en el poder, con sus irritantes privilegios, su gran influencia en las esferas oficiales, sus administradores, cajero, contador, tenedor de libros, pagador, conserje, y manadas de corderos que sacrifica á la explotación más desatenta y cínica.

Los tiempos no son los mismos, y con la sucesión de

los tiempos se han modificado ostensiblemente las formas exteriores de la sociedad.

Cayó aquella vetusta corteza y sobre las costras de repugnante oscurantismo, de sencilla credulidad, de fanatismos desastrosos, á través de los cuales se vislumbraban en medio de una gran buena fe muchas virtudes oscurecidas, se extendió otra cubierta de mayor progreso industrial á favor de sorprendentes descubrimientos científicos, quedando en el interior la misma sociedad, sin ninguna de las antiguas virtudes nacidas en el fondo de la buena fe, pero sí con todos sus vicios y otros no menos funestos, haciendo insoportable su fétida podredumbre.

Entonces se daba el caso de que algunos *ricos-homes* ó *hijos-dalgo* trocaban la espada por el cilicio y la cota de malla por la cogulla, y por efecto de las predicaciones sobre el próximo fin del mundo, se repartían entre los pobres fortunas inmensas ó se llevaban éstas á los grandes monasterios, cuyas riquezas se elevaban rápidamente á lo fabuloso.

Hoy nada de esto sucede: las religiones han tenido que aferrarse al poder del Estado para no caer y el espiritualismo creyente ha perdido terrenos que no recobrará jamás. No pueden las alucinaciones religiosas operar tenómenos ni resucitar el milagro. Todo tiene sus épocas en la historia de la humanidad.

En los siglos del feudalismo también había sus fabricas; pero la aplicación del vapor al movimiento mecánico, ha determinado una transformación radical en la manera de ser de los establecimientos fabriles.

Sin embargo, el burgués de ahora es el mismo que el *amo* de entonces.

El traje, la envoltura, y hasta muchos componentes de la atmósfera que le rodea son distintos; pero el hombre es el de ayer con escasas modificaciones de carácter. Si ha variado algo en lo moral, ha sido empeorando; sin que esté quiera decir que el espiritualismo religioso de la antigüedad

influyera para nada en la moral; pues la historia demuestra lo contrario.

En el apogeo de la teocracia, las costumbres llegaron á su mayor depravación. Lo único que se observaba era su vano formulismo que se proclamaba como requisito de probidad, y esto refrenaba los caracteres vulgares y el terror dominaba á los espíritus que no sobresalían por su especialidad contraria, preponderaba en la inmensa mayoría de las conciencias y sometiénzolo todo á su ascendiente y á la fuerza de su prestigio avasallador, conseguía que se hiciese un perpetuo simulacro de lo que se entendía por virtud. Hechos abominables se consideraban como otros tantos pasos hacia la canonización futura. Robar y mendigar, por lo cual ahora prenden á los menos listos, y estafar ó timar de cierto modo, no era ni pecado venial.

Algunas fábricas, particularmente de tejidos, eran verdaderos monasterios, á juzgar por lo que se rezaba.

Como todos los telares se movían por la fuerza muscular, se fabricaba mucho en las casas particulares; naturalmente se desconocían esas series de operaciones que tanto facilitan la producción.

Generalmente era mucho mejor, sin comparación la vida proletaria entonces que lo es ahora.

En la actualidad se hace imposible, y es un enigma, el cómo se sostienen miles y miles de seres que pululan en esas grandes fábricas, que son ríos de oro para los repletos burgueses que las poseen, explotando la nefira miseria de tantos oprimidos.

Nunca han sido mayores que ahora las utilidades que obtienen los fabricantes en alta escala. nunca se ha acentuado tanto la insaciable codicia de los más despiadados, y por ende, en ningún tiempo ha causado más victimas esa codicia criminal.

Los adelantos científicos en las infinitas aplicaciones de la mecánica á la industria manufacturera han obrado prodigios asombrosos en los tiempos modernos, y la ponderación inmensa de la producción resultante de las fuerzas

creadas no puede equilibrarse con el consumo. que es imposible en la miseria de los más, y la crisis no tiene solución sin establecer este equilibrio que se impone para la salvación de la humanidad entera.

El maquinismo propende á facilitar la producción, simplificándola incesantemente y economizando brazos; pero como el aumentar las facilidades de la producción produce con exceso y á precio ínfimo, ocasiona millares de víctimas por el funesto régimen económico existente.

Esta fué la razón de la jornada legal de 8 horas, viendo el proletariado que la causa de su profundo malestar se derivaba en primer término de la desproporción relativa entre lo que se produce y lo que se consume.

Pero ya sabemos lo que sucedió en la fábrica de Mac-Cornick el 3 de Mayo de 1886, por haberse puesto la policía republicana á defender como siempre los intereses del capitalismo.

¿Y después? La pérdida de cinco preciosas vidas de héroes anarquistas de memoria imperecedera y las subsistentes penas de muerte lenta en trabajos forzados impuestos á los defensores de la razón y del derecho,

Veamos ahora como *brilla* la justicia burguesa contra los ladrones del sudor y la sangre de pobres trabajadores.

«En Rusia -- cópiamos del periódico socialista de Barcelona *El Productor*-- los jueces empiezan á condenar á penitencias eclesiásticas á los infractores de la ley protectora de los obreros. En una fábrica de alcohol un obrero cae en una tina de líquido casi hirviendo, produciéndose quemaduras mortales que inducen á investigar el caso y resulta que la tina estaba tapada tan sólo con dos planchas cruzadas. El gerente de la fábrica fué castigado por su descuido con una advertencia y una penitencia eclesiástica.

En una fábrica de azúcar, un muchacho de 14 años, ocupado en vaciar baldes de agua hirviendo en un foso sobre el cual estaba á beneficio de una tabla no sujetada, cae en el foso y muere á los cuatro días de las quemaduras recibidas. El ingeniero director de la fábrica es condenado

— 63 —

por el juez del distrito á 7 días de arresto y penitencia eclesiástica por no haber tomado ninguna precaución para proteger á sus obreros contra las desgracias. La audiencia confirmó el fallo.»

El mismo periódico nos releva de la tarea de relatar siniestros presentando como muestra lo ocurrido en la fábrica de Cabanas en las inmediaciones de Figueras:

«Hace algunos meses ocurrió en dicha fábrica de dinamita una terrible explosión que sembró el terror en toda aquella comarca.

Doce ó catorce trabajadoras perdieron la vida y otras quedaron inutilizadas para siempre, y como consecuencia sobrevino la orfandad, el desamparo y la desolación para varias familias.

La caridad cumplió su hipócrita misión de acallar las quejas de las víctimas para que no reclamaran justicia, y al efecto se hechó mano del ritual católico tan útil para estos casos, y se organizó una suscripción para dar una limosna á la familia de los siniestrados.

Todo quedó tranquilo. Borrado al poco tiempo el recuerdo de aquella sangrienta catástrofe como desaparecen los círculos formados por piedra sumerjida en tranquilo lago, siguió funcionando la explotación en aquella fábrica que convierte en moneda de cinco duros la sangre, los huesos rotos y la carne chamuscada de infelices trabajadoras.

La tragedia acaba de tener una reproducción.

Hé aquí los detalles que dan los noticieros:

«A las siete de la mañana del 9 del corriente (Octubre de 1888) oyóse una fuerte detonación que puso en alarma al vecindario de Figueras. A los pocos momentos los alrededores de la fábrica se vieron llenos de numeroso gentío.

Los trabajadores del establecimiento, que serían unos 70, hulan en todas direcciones sin darse cuenta de lo que sucedía, otros más decididos se aprestaban á socorrer á sus compañeros, víctimas de la explosión; pero fué en vano, la explosión había ocasionado el destrozo completo

de una barraca y la muerte de las cuatro mujeres que en ella trabajaban.

Por todos los alrededores de la barraca y á un diámetro de 50 metros, el suelo estaba sembrado de pequeños fragmentos de carne humana, trozos de vestidos y otras ropas medio chamuscadas y manchadas de sangre.

Medio enterrado en el suelo de la barraca había quedado el cuerpo hecho pedazos de una pobre trabajadora.

A unos 50 metros de distancia y en la parte N. había un pedazo del cuerpo de otra trabajadora; por la parte O. á unos 40 metros otro, y al S. á unos 60 metros otro.

Las víctimas de la catástrofe fueron las siguientes:

Do ores Nallarch, de 25 años, soltera, muerta.

P'aula Canals, de 32 años, casada, muerta.

Maria Riera, de 30 años, casada, muerta.

Joaquina Sala, 36 años, casada, muerta.

La Nallarch, Canals y Riera eran vecinas de Villabertrán, y la Sala de Cabanas.

La Nallarch era huérfana.

La Canals deja 4 hijos y estaba embarazada.

La Riera deja un hijo.

La Sala deja 3 hijos.

Hay además cuatro trabajadoras con ligeras contusiones.

Dos explosiones en un año que cuestan la vida á pobres trabajadoras que ganan un mezquino salario, mientras el dueño ó dueños del capital que mueve aquella industria, recojen sus beneficios sin contribuir al trabajo y sin exponerse siquiera á un constipado, sólo es posible en una sociedad regida por esa burguesía de conciencia metalizada.

Los que no pueden elevar dignamente su pensamiento por hallarse sumergidos en el lodazal de la rutina y no sean capaces por tanto de considerar el abismo de abyección en que sume trabajador el salario, pueden ver en el presente caso cómo se llega hasta imponerle el sacri-

ficio de la vida para contribuir á la ganancia del capitalista.

Como el negocio capitalista es perfectamente legal, aunque odiosamente injusto, sucesos como los de la fábrica de dinamita de Cabanas no pasan de la categoría de accidentes para la generalidad, y por tanto quedan impunes y subsistente el peligro de la repetición.

Por esto abominamos la causa que las ha producido como matadero de trabajadores.

Pero abominamos aun mucho más la criminal indiferencia de la sociedad burguesa cuyo régimen detestable es la sentina de todos los vicios, el origen de todas las desgracias y el monstruo devorador que jamás se sacia, amparando siempre á la iniquidad de que es engendro y cubriendo con su manto toda clase de crímenes, con tal que contribuyan á su engrandecimiento

Después de esto ¿que extraño es que los señores feudales, coetáneos nuestros, que exigen el sacrificio de la vida á los modernos siervos, impidan con una cohibición, que no está penada por ningún código, el libre ejercicio de los derechos individuales? ¿Qué extraño es que haciendo matar á sus esclavos blancos para hacer crecer los montones de oro, les prohiban implícita y hasta explícitamente acudir al *meeting*, asistir á la reunión y pertenecer á éste ó aquel grupo?

Los obreros de las fábricas que radican en poblaciones pequeñas tienen estas desventajas sobre los de las grandes ciudades. Los de éstas pueden ejercitar con más amplitud los derechos de reunión y de asociación é instruirse mejor que los que no *se pertenecen* á sí mismo, sino al feudalismo contemporáneo, que dice ampulosamente que los mantiene.

No *se pertenecen* tampoco los de la ciudad, que si disponen de más medios de acción, también tienen sobre sí mayores necesidades, más gastos, por ser la vida más cara, é igual la presión de parte del burgués que les ana-

liza todos los movimientos y les cuenta hasta los cigarros que fuman.

Sólo hay una diferencia: que en las poblaciones pequeñas ó en los caseríos que se crean alrededor de una fábrica aislada, todo se sabe. Se conoce al detalle la vida privada de todos.

En cambio, ocurre una catástrofe y como no produzca muchas víctimas ó sea por una explosión espantosa, cuya detonación horrible repercute en la capital, nadie de fuera de la localidad se entera del siniestro, si como sucede ordinariamente no hay periódico noticiero que lo propale ó éste recibe subvención para que calle ó desfigure la verdad á favor de la burguesía,

¡Triste condición! Y aquellos, á quienes importa un ardite la vida de los trabajadores ¿cómo han de pararse escrúpulos ni ha de remorderles la conciencia de adelantar el reloj de la entrada de la fábrica y retrasarlo á la salida?

Si la Ley es una red, cuya elasticidad acomodaticia permite que el pez gordo salga de entre sus mallas, si acaso llegó á dejarse cojer en ella ¿qué freno puede contener los excesos de la voracidad explotadora?

Todos los medios están puestos á disposición de la burguesía, y así no hay cortapisa que modere sus apetitos desordenados.

Prevaleciéndose de la miseria de las infelices obreras, abusando de la estrechez y de una miseria cada dia más apremiante, el inicuo burgués establece el bloqueo de una fortaleza, y salvo en casos excepcionales, de una virtud á toda prueba, la fortaleza sitiada por hambre y necesidades mil, se rinde á discreción después de vana resistencia.

El Señor feudal sino triunfa ejerce durísimas represalias. El temor de su venganza ha obligado á algunas familias á la emigración ó á trasladarse á puntos distantes para sustraerse á sus persecuciones.

A algunas bellezas de las fábricas de ciertos dominios feudatarios, hasta les mejoren la taréa para rendirse al

— 67 —

capricho del *señor* ó del mayordomo. ¡Tal es la situación angustiosa de las desdichadas, que creyendo mejorarla llegan por este sendero encenagado al lupanar inmundo de la prostitución y poco después á dolorosa muerte!

Las más expuestas son las desválidas huérfanas obreras de los grandes centros fabriles é industriales en las ciudades populosas que tampoco están exentas en ellos de otros peligros.

Bien recientes son las desgracias ocurridas por la explosión de la caldera de vapor en la calle de Amalia de la ciudad condal, por habersele dado á la máquina mayor presión que la que podía resistir.

¡Aun no se han enjugado las lágrimas en los ojos de las desoladas familias de las obreras destrozadas!

En las Obras

Muchos volúmenes se necesitarían para hacer historia de las desgracias que lamentamos diariamente y de las que son teatro los edificios en construcción y víctimas constantes los desventurados trabajadores.

Todos los días los periódicos reseñan las catástrofes que ocurren en las obras.

Los infelices que se estrellan al caer de un mal preparado andamiaje, los que son aplastados bajo el peso de enormes piedras, los que fallecen por asfixia en pozos y alcantarillas, los que son enterrados vivos en un derrumbamiento por una mal dirigida demolición de edificios ruinosos, los que venden su existencia al precio del infame salario, y por fin, todos los que sucumben en las obras por el abandono en que se tiene la vida proletaria bajo el régimen execrable que nos mata, son héroes que la pierden en la lucha sin tregua sostenida por las antinomias sociales, héroes del trabajo que no se procura elevar, dignificándolo por la redención del salario, héroes modestos y de virtud insigne para quienes

ni la sociedad cruel que los sacrifica tiene ni tendrá lágrimas ni justicia, ni la prensa mercenaria biografías, ni la etiqueta menguada y ceremoniosa honores pomposos.

Sólo cuentan con el gemido no escuchado de aquellos á quienes la catástrofe conduce á la miseria extrema y á la muerte próxima!

Y ¿cómo podemos dar una idea de la escandalosa frecuencia con que se suceden los *accidentes* que representan pérdidas personales que es imposible calcular y son otras tantas bajas en las huestes proletarias?

Los límites de la presente excursión solo nos permiten citar unos ejemplos entresacados del valiente periódico *La Bandera Roja* de Madrid.

«VICTIMAS DEL TRABAJO»

«Un desprendimiento de tierras ocurrido el jueves (30 de Agosto de 1888) en las obras del ferrocarril en Tarra-gona, sepultó á tres obreros, uno de los cuales fué extraído cadáver.

«—En la estación de la Espluga una piedra de un carro que estaban descargando cayó sobre uno de los mozos y le produjo una herida grave que le causó la muerte en la Casa de Socorro.

—«A las 8 de la mañana del miércoles último tuvo la desgracia de caerse de lo alto de la obra de la casa núm. 158 de la calle de Fuencarral, un operario de la misma, produciéndose una herida grave en la cabeza que le dejó sin sentido.

«—El viernes pasado se cayó desde el piso 3º de la casa en construcción num. 21 de la calle del Tribulete á la vía pública, un operario. A consecuencia de la caída se produjo varias contusiones en todo el cuerpo, de pronóstico reservado.»

— 69 —

Esta es la reseña de un solo día.
En otro se expresa así:

«CATÁSTROFE»

«Un espantoso estruendo producido en la tarde del viernes, en las obras para el derribo total de lo que fué iglesia de San Tomás llevó la alarma á transeuntes y vecinos de esa tumba cien veces maldita, que ha sepultado á obreros cuya vida valen más, mil veces más que todas las farsas religiosas que allí pudieron celebrarse, y más, un millón de veces más, que todos los dioses chicos y grandes medianos y pequeños que adoran los cursis, los hipócritas y los farsantes.

«¡De bien poco les ha servido estar trabajando para construir un templo al que *todo lo puede, al todo poderoso*

«¡Cuán poco les ha amparado la protección divina, á pesar de ocuparse en levantar un edificio donde se la venerase, y se la rindiese culto!

«En este caso, dios, para quien era el templo, ha hecho tanto por el infeliz trabajador, como el ayuntamiento, arquitecto, sobrestantes, destajistas y demás gente de esa calaña, que parece destinada, por su afán de lucro y falta de humanidad, á ser los enterradores de todos los desgraciados que tienen que ganarse el pan en la construcción, ya sea de casas, palacios ó templos.

«Y esto, por lo visto, no tiene remedio. Este es uno de tantos abusos, de tantos crímenes sociales como se perpetran, alentados por la impunidad, por la irresponsabilidad en que quedan siempre los que por razón de sus conocimientos debieran sufrir el condigno castigo á que se hacen acreedores.

«Si la primera vez que un albañil cayó de un andamio se hubiera abierto una información verdadera, no esas parodias bufas que se realizan, y hubieran ido á presidio, á arrastrar un grillete, todos los que tienen el deber de evitar esas tristes desgracias,—dueño de la finca, arquitectos municipales, aparejadores y destajistas—todos, en fin, á

quienes incumbiera la responsabilidad; es seguro, ciertamente seguro, que el hecho no se hubiera repetido.

«Pero como no ha sucedido eso, ni sucederá—la justicia burguesa mediante— de aquí que continúe ese abandono criminal, y todos los días estén pagando con su vida los infelices obreros el delito de haber nacido pobres.

«Ayer en la Biblioteca Nacional, el otro día en el edificio particular, y todos seguidos, los pobres albañiles rinden tributo á la muerte, dejando en la horfandad y la desesperación á las familias que de ellos dependenden, sin que se levante una protesta tan enérgica y tan contundente que imposibilite que en lo sucesivo se repitieran esos punibles descuidos, ni se haga nada para evitar esos escandalosos abandonos.

«Cuando más, se habla uno ó dos días en la prensa, y esto sí, como ahora, es un racimo, que de uno sólo apenas si se da noticia y las cosas vuelven á seguir la marcha natural, quedándose tan satisfechos y libres de todo cuidado personal y pecuniario los causantes de tan tristes desgracias.

«Esto no tiene calificativo posible, como tampoco tiene explicación racional la conducta de esos obreros que les sobra valor para exponerse días y días á una muerte cierta y no tienen en cambio la energía suficiente, cuando menos, de unirse á sus hermanos para hacer respetar sus vidas y valer sus derechos.»

Ahora oigamos á *El Liberal* del 10 de Agosto.

«Raro es el día que no hablen los periódicos, de algún albañil herido ó muerto. Mocho influyen en esto las temeridades de los propios obreros.»

«Se necesita el aplomo de un periódico destinado á acojer en sus columnas toda clase de reclamos, para asegurar que las temeridades de los obreros son las causas de sus desgracias.

«¡Qué lástima no estuviera, el que eso ha escrito, subido en uno de esos andamios, á la altura de un quinto piso en estos días que deben abrazar los tablonos como si fue-

— 71 —

ran áscuas encendidas, y donde el más leve movimiento, la menor falta de equilibrio, el acelerarse porque un impío contratista lo azuza para que corran, pueden ser, causa de que se precipiten al abismo unos cuantos desgraciados!

«Entonces calificaría de temeridad la triste suerte de esos infelices, que á pesar quizá de conocer la suerte que les espera, tienen que subir á los andamios, verdaderos patibulos de la miseria.

«La temeridad sería, que, cuando los compañeros albañiles observasen la inseguridad de los andamios, y que ésta no se corregía, hicieren subir ante ellos al dueño de la finca y desde el sitio donde ellos debían caer más tarde, arrojaran á aquel antes á la calle.

«Y eso tampoco sería temeridad sino justicia.»

A este propósito—no al de arrojar á la calle al dueño de la finca—hablando cierto día con un pintor, cuyo arrojó en los puntos de peligro hacía sufrir á cuantos le veíamos trabajar en las mayores alturas de los edificios sobre una estrecha tabla, y tratando de persuadirle de la conveniencia de exigir mayores garantías para su vida, nos dijo:

—Saben Vdes. lo que contestó mi *amo* á otro compañero mío que pidió cierto día más seguridad en un pequeño andamio, que no suponía gasto alguno sino la pérdida de una hora de trabajo? Al tiempo de pagarle le manifestó que podía buscar donde ocuparse, que él no quería oficiales *comodones*.

¿Qué diría á esto *El Liberal*?

Y hacemos punto final en cuestión de obras, de las que hay tantísimo que decir, porque la indignación nubla ya nuestros crispado ojos.

En el taller

Ya que estamos en la ciudad, aunque por la índole y dimensiones del presente opúsculo no podamos pararnos á investigar lo que pasa en cada oficio, y mucho menos

en cada taller ú obrador, reflexionemos sobre la vida que se lleva en los que debieran ser santuario del trabajo y son lugares de suplicio y aniquilamiento de las clases proletarias.

Ya de algo nos hemos apercibido al tener que hablar someramente del aprendizaje, pero hay tanto y tanto que decir en los diversos aspectos de las ocupaciones humanas, que se pierde la imaginación en el dédalo de observaciones que se aglomeran y es imposible de todo punto no yá el análisis, pero ni siquiera la clasificación de los datos.

Si queremos tratar, por ejemplo de los que trabajan en madera, como aserradores, carpinteros, ebanistas, moldeadores, tallistas, silleros, toneleros, etc., etc., hemos de ocuparnos antes de los cortadores de pinos, madereros ó transportadores de maderas para las vías fluviales y después de los ya dichos y otros de oficios símiles, de todos los que sucesivamente transforman las materias elaboradas, lo cual es irrealizable en los reducidos límites de esta publicación.

Consideremos tan sólo el esfuerzo hercúleo que se requiere para los cortes de pinares gigantescos, cuyos lotes representan las devastaciones del furioso ciclón ó del terrible huracán, hechas en la vertiente de accidentadas montañas en el borde de los precipicios y sufriendo todas las inclemencias del tiempo á trueque de miseros jornales.

Luego los penosísimos trabajos de los transportes, ocasionados á mil desgracias, entre ellos el que se hace por los ríos aprovechando las corrientes en las peligrosas crecidas, después de torrenciales lluvias ó de copiosas nevadas.

En este método tan primitivo de locomoción han perecido más hombres que valen todos los burgueses traficantes en maderas habidos y por haber. Y se comprende que no puede menos de acontecer así, al fijarse en el riesgo que corre de perder la vida el pobre maderero colocado de pié sobre la flotante viga, apoyado tan sólo con un

— 73 —

largo palo en cuya extremidad el gancho y aguzado chuzo le sirven para dirigir los movimientos del maderamen y deshacer las enormes avalanchas que vienen sobre él, las cuales muchas veces no puede contener en su violento y temible ímpetu y le sepultan en el cauce del río.

Otras no necesitan que se agolpen ó crucen aquellas, obstruyendo los ojos de los puentes que se resienten con las embestidas de aquellas catapultas ó arietes improvisados y barridos por la imponente y bramadora riada, causan nuevas y numerosas pérdidas. Basta que una sola viga empuje con su brusca violencia á la que le sirve de débil esquife ó sustentáculo para derribar al infeliz que medio desnudo es sumergido en el fondo del lecho del río y no parece hasta que tras largos días es hallado en las márgenes solitarias su cadáver, medio sepultado en los sedimentos de las aguas, deshecho, desfigurado por la tumefacción ó mitad comido por los perros y aves carnívoras.

¿Qué cuidado se le dá de todo esto al almacenista de maderas, ni al dueño de soberbia aserrería mecánica que para nada han sido molestados?

Por eso, que llaman siempre *incidente casual*, no dejarán otros infelices de transportar maderas del mismo modo, para que ellos acrecienten riquezas hasta hacerse en poco tiempo archimillonarios. ¿Quién va á convencer á estos misántropos de las ventajas del comunismo anárquico?

Otro día, también por *casualidad* acosado el operario con las prisas, aturdido por los gritos ó ciego de cólera por cualquier atropello, en vez de poner en el corte de la sierra, el trozo de madera que había de dividir, coloca por rápida desviación una mano ó las dos y exhala el aliento postrero entre horribles sufrimientos antes ó después de la dolorosa amputación ó resulta barbaramente mutilado con la pérdida de dos remos, cuya falta en nuestro prójimo nos causa estridente impresión, y que eran el sostén único de una pobre y numerosa familia que queda en la más espantosa miseria.

Y ¿qué vale todo eso? — dirá para sus adentros — el invulnerable burgués?

El amo del taller, explotado por este negociante, explota á su vez á los trabajadores de su oficio respectivo y así se encadena la explotación; les resgatea los bocados de pan, los mata á trabajar, y pareciéndole pocas las horas del día, toma las de la noche con pretextos fútiles, recurre á los medios más bajos y despreciables y si no puede exterminarlos á fuerza de cansacio, acaba con ellos á fuerza de disgustos.

De ellos no se exime ni el de este oficio, ni el de más allá, por todos son explotados.

Si del arte de labrar maderas pasamos al del hierro y otros metales, es preciso que el corazón sea de granito ó de acero del más duro temple, para no sentir los verdaderos tormentos de esos infiernos llamados fundiciones, talleres de ajustaje, de maquinaria, cerrajerías, ó fraguas.

Increíbles parecen tantos sufrimientos, y más increíble la abnegación y paciencia de las víctimas del salario.

No puede formarse idea, no palpando la realidad, de lo que son esos ingenios de la esclavitud blanca.

Para que no se nos tache de pesimistas y exageradores por algunos que no los conozcan, dejaremos consignado que en cuanto á los malos tratamientos y más ó menos explotación á que ponen coto á la dignidad y la desesperación de los vejados ó la de los desposeídos, hay excepciones nacidas de la educación y de los sentimientos de muchos maestros y dueños de taller; pero en general dista mucho de lo que debe ser el trabajo en sus múltiples esferas de libre comandita, bajo las condiciones desfavorables en que se realiza hoy, que sólo conduce á la abyección, al incremento de la holgazanería, criminalidad y la vituperable empleomanía.

El trabajo no se dignificará ni fomentará sin la abolición de la absurdidad del salario.

Y sin la unificación de las clases, ni existirá la libertad ni podrán evitarse las desgracias que nacen de la irrespon-

— 75 —

sabilidad de los privilegiados, y de la ausencia de medios encaminados á evitarlas sobre el conocimiento de los más eficaces preservativos que las hagan hasta imposibles, enalteciendo el deber de hacerlo así por encima de todos los egoismos.

Si intentásemos perfilar los cuadros horriblos del eterno Bartolomé desollado, representado por el esclavo blanco del siglo XIX, diciendo un poquito nada más de cada oficio y de cada profesión mercenaria, nunca concluiría esta série de consideraciones y se haría tan enojosa su lectura, que la ira obligaría á dejarla cuantas veces se contemplase el martirio de nuestros queridos compañeros ó reberberados en las aguas de la iniquidad los de nosotros mismos, viéndose siempre que mientras unos comen á mandíbula batiente con el espolio de otros, los que más trabajan tienen menos, y hasta espiran por inanición, exceso de fatiga y necesidades de todo género. Y de continuar reflexionando sobre todas y cada una de las ocupaciones humanas esquilmas por la tiránica presión del capital separado del trabajo, no sólo vería el lector apóstoles despellejados por sus verdugos, sino también Lorenzos asados no sobre parrillas que dejan hombres vivos un momento para hablar en la fantasía de los entusiastas creyentes, pero sí sobre moldes de fundición por el metal convertido en líquido fuego, ó bajo la candente barra de hierro hecha áscua ó por fin en el pozo de cal viva, en el horno del pan, del vidrio ó en la caldera de inflamado gas.

En una palabra, vería tanta injusticia, y perfidia tanta, que no podría resistir su descripción.

Vería á la sufrida víctima de estos nefastos tiempos, en los postres del festin de los canivales burgueses, recojer del suelo migajas de pan ensangrentado y se asombraría con inexplicable estupefacción al ver á los productores todos en la necesidad de renovar cuotidianamente su vocación de trabajar, como nosotros renovamos á cada paso

— 76 —

nuestro propósito de no cejar en este, dominado por la indignación que causa tanta y tamaña injusticia.

El salario

El salario es el precio de la sangre del trabajador. Comprada á bajo precio su sangre se vierte á cada instante con indiferencia.

Y como la sangre es la vida del individuo, se deduce que el salario constituye la esclavitud blanca.

Nada más degradante que la esclavitud. Nada por consiguiente más despreciativo que el salario.

Pero hay más aún: No contenta la sociedad burguesa con estatuir este yugo servil como forjo el de la esclavitud de color, roba el precio de lo llamado compensación del sudor ageno.

Este robo siendo de la savia del jugo vital del hombre, es robo sacrílego, un robo inhumano, un crimen de lesa humanidad.

De modo que basado en este crimen el régimen burgués, queda no solo aquel impune sino que está consagrado su perpetración como un derecho.

Tan inicua sanción admite después todas las consecuencias y sucede que el salario es la caja de Pandora para la humanidad desvalida y pobre.

Pero es al propio tiempo el escabel de la fortuna burguesa. Es la piedra angular de sus instituciones explotadoras. Es la verdadera piedra filosofal. Quitad esta piedra y edificio social burgués se derrumbará.

Eliminad esta base y caerán todos los colosos. Suprimid el salario y herís en la cabeza á la hidra de la explotación.

Con tres, dos, y con una peseta y hasta con menos de una peseta se tiene comprado hoy un hombre durante un día. El tiempo no altera la cuestión en su fondo. La duración de tiempo es una relación de detalle ó un detalle de simple relación á la intesidad del aufrimiento.

Si gozais, los años os parecen días ó los días y noches

relámpagos fugaces. Si sufris, los momentos se hacen eternidades. Bajo la presión del dolor se pierde la noción del tiempo.

Por consiguiente si para el asalariado el día de sufrimiento es un siglo, la esclavitud de un día es la de un siglo también.

Además, esa esclavitud no concluye con el día, tiene un paréntesis y luego se remueve al siguiente.

El dueño de la negrada, la compró de una vez ó por partes. Cada porción de la negrada ó cada negro fué una compra. Pagó y adquirió para el tiempo, que quiera. ¿Qué diferencia hay entre el esclavo negro adquirido y manumitido después, y el esclavo blanco del salario? Ninguna. No hay más que diferencia de duración por la relación del tiempo, y ésta ya hemos visto que lo es en razón directa de la intensidad del padecimiento por parte del asalariado.

Pero veamos como nos diezman por la iniquidad del estipendio. Este no sufraga las necesidades y la imposibilidad de satisfacerlas, ya hemos demostrado los estragos que causa.

Ahora bien: si el estipendio dado como precio del trabajo fuese la justa compensación de este y además por un deber universalmente cumplido existiese la solidaridad fraterna y todas las necesidades estuviesen atendidas, no habría que reprobar más que el procedimiento. Pero ahora, el hecho, es más fundamentalmente trascendental.

Con el subsistente régimen económico que abandona á los explotados á sus fuerzas propias, el salario robado además, causa directamente millones de víctimas. Indirectamente las produce todas. Más se objetará ¿y como se sustituye el procedimiento? Por el trabajo libre.

Y no decimos más porque no lo consideramos necesario ante la primordialidad del asunto. Solo añadiremos que quien defiende el salario tiene en muy poco la dignidad humana y en su rebajamiento es digno de ser esclavo.

El mal solo produce mal; y el salario nefando es el des-
peñadero hacia todos los crímenes.

Por la explotación

En la imposibilidad de seguir todos los rumbos que se traza la actividad humana en su lucha por la conservación, nos vemos en el caso preciso de reasumir en la explotación del hombre por *su semejante* el sin número de profesiones, oficios y ocupaciones, cuyos peligrosos ejercicios es de todo punto imposible analizar, no siendo lo menos el estudio del conjunto ante la prolija enumeración de las causas de mortalidad que todo ser humano tiene el deber de combatir.

En esta noble tarea, diariamente leemos que se protesta con valentía en los órganos del proletariado por obreros que tienen idea de su derecho, sin haber adquirido de él en las Universidades nociones cuya mentirosidad es manifiesta.

Hé aquí, lo que escriben los dignos sombrereros fulistas de Sevilla en *La Solidaridad* del 2 de Diciembre de 1888.

«En la casi totalidad de las fábricas que existen en ésta, las mejores plazas se hallan ocupadas por niños, los que tienen que poner una tarima de *media vara* para alcanzar al tablero.

«Estos niños, por su corta edad, donde debían estar en un colegio, aprendiendo los más indispensables y rudimentos de la enseñanza y no quitando de ganar el pan á un padre de familia. Estos inocentes son EXPLOTADOS de la manera mas cruel que puede concebirse, una por el avaro burgués y otra por el miserable maestro que los tiene agregados, disputándose entre estas dos fieras, con increíble saña, la sangre de los desdichados que caen en su poder.....

.....

.....

— 79 —

«Una de las mayores torpezas que pueden cometer los padres con sus hijos, es llevarlos á esos ANTROS DE EXPLOTACIÓN, con el buen deseo que les enseñen el oficio; á las pocas é insignificantes lecciones que les dan, envueltas en un trato por demás asqueroso y repugnante, lo ponen á trabajar á destajo, con la perversa intención de descontarle medio ó un real por pieza».

Y reventar al infeliz, debían añadir, al propio tiempo que se mata á la familia de los despedidos á quienes los niños reemplazan; con lo cual después del exterminio de aquellos se impide la instrucción de los que mañana serán en vez de obreros inteligentes simples cosas que servirán admirablemente para que la explotación continúe.

Ahora veamos las cifras que arrojan las investigaciones sobre la mortalidad infantil, hechas por el Dr. A. Wolff.

MUEREN:

Edad, años.	Obreros.	Clase media.	Clase rica.
0— 1	30,5	17,3	8,9
1— 2	11,5	5,5	1,9
3— 5	13,6	6,5	2,6
6—10	6,8	3,8	1,3
11—14	2,5	1,1	0,8

Si se conociesen las estadísticas universales demostrativas del número de víctimas sacrificadas á la explotación en todos los países, con sus horripilantes cifras se pondrían los cabellos de punta.

Los explotadores tienen á su cargo más víctimas, que todos los asesinos y verdugos que ha habido en el mundo desde que la raza humana guarda memoria de su última evolución orgánica en la noche de los tiempos.

La explotación del hombre por el hombre mismo constituye un delito gravísimo de lesa humanidad, que ninguna Ley proscribe y al que no señala penalidad alguna ningún

código, con lo cual se demuestra la inutilidad de toda ley, que siempre ha de resultar incompleta y por la tanto injusta.

Por eso la explotación es un crimen que queda siempre impune.

Es lo más abominable y degradante que se conoce.

Es la esencialidad del régimen capitalista.

Es el *modus vivendi* de las clases más genuinamente burguesas.

Todos los seres de la naturaleza sacan de ella lo necesario para vivir y cumplir su destino. Ningún irracional explota á otro ni se deja explotar sino del hombre que domina á todos. Ningún irracional intituye herederos, siendo la naturaleza misma el patrimonio universal.

Todos viven y gozan á su manera, á excepción del que la familia humana esclaviza y subyuga; porque entre los millones de especies que nacen, viven, mueren ó se transforman; no se ejerce la explotación, ni esta instituída la herencia, ley inicua y abominable como todas, que es la causa primordial del desequilibrio social.

El hombre siendo más inteligente, se mantiene en mayor retroceso que los de todas las especies inferiores respecto a la vida de relación en lo que afecta á su independenciam, y es porque no se educa por igual y sigue descuidando la dida complementaria, que es el cultivo de las facultades intelectuales á racionales.

Por actos sucesivos de fuerza que dieron al hombre la victoria sobre los débiles desunidos, creó la autoridad, y ésta, á pretexto de mantener el orden y hacer justicia, eleva á sus miembros sobre el nivel de los mandados, los **EXPLOTA** y los ahorca.

La explotación se presenta bajo infinitas forma: usa tanto disfraces como papeles representa en el teatro del mundo burgués.

A pesar de los distraces, la codicia y el hedor nauseabundo de su corrupción la denuncian, y siempre es conocida por el que trata de desenmascararla.

Ha empleado constantemente cuantos medios le sugiere el afán del lucro, que es el continuo acicate que la empuja hácia los últimos límites de lo abominable, hácia los horrores de las más sangrientas carnicerías.

Empezó por la denegación á los elementos trabajadores de la integridad del producto de su esfuerzo individual y colectivo.

Creó la empeñada lucha entre el capital y el trabajo lucha que no ha de ser eterna; porque todas las luchas tienen su fin.

Erigió estatuas al Baal del dinero. Subyugó la virtud fomentando sin cesar las pasiones, estableció la prostitución y forjó las cadenas del esclavo.

Ha usado la tiara de los Papas, la púrpura de los emperadores y lo mismo la vemos vestida de toga ó de galonado uniforme que de harapos mendigo.

Hay numerosas clases esencialmente explotadoras, compuestas de sanguijuelas finas, insaciables que chupan la sangre mejor y tienen anémico el resto de la gran familia humana á la cual consideran como inmenso rebaño de su pertenencia que pueden sacrificar á su antojo.

Están en la torpe creencia de que hemos nacido unos para sufrir y ellos para gozar, y que la vida y los goces son legados forzosos de unos pocos y la desdicha perpétua herencia reservada á los más: que al mal no cabe remedio y es fuerza aceptar las cosas como las generaciones pasadas las dejaron porque están á su gusto, no habiendo poder capaz de disponerlas de otro modo que permita al hombre cumplir sus destinos, los cuales no deben ser en unos explotar á sus semejantes, derrochar y embriagarse de placer y en otros carecer de las nociones de los más pequeños goces, sufrir horrores y MORIR DE MISERIA!

El desenfreno de la explotación hace gritar diariamente á los trabajadores: ¡Esto no se puede sufrir!

El malestar general toma proporciones estupendas. La miseria se ha hecho crónica en los desvalidos. A millares vienen los arruinados por la explotación superior á engrosar las apiñadas filas de los hambrientos.

La inmigración deja desiertas las provincias en los países de Europa y por más que se trabaja por contenerla, no admiten consejos los desesperados cuyo número espanta y ya preocupa á los que se asombran de una evasión tan imponente.

Los explotados, unos gimen otros huyen, los demás se agitan de un modo convulsivo, todos abominan á los explotadores. Las víctimas agonizan!

Pero no detiene á la explotación consideraciones de ninguna clase

De ello dan fe, además de pavoroso cuadro que el país ofrece, las calcinaciones de Huelva mil veces malditas, donde se estan matando por artixia á pueblos enteros y los asesinos de los mártires del trabajo, cuya sangre humeante aun en la plaza de Rio-Tinto está clamando venganza.

Ni los gritos ensordecedores de la prensa, ni las protestas más enérgicas de la opinión, ni las reclamaciones de los llamados padres de la patria han dado resultado alguno.

Ningún medio de los puestos en juego ni todos juntos han reunido eficacia bastante para evitar la continuación del mortifero estrago de los humos.

Y para que se vea palmariamente demostrado una vez más que la explotación, sólo concluirá con la transformación social, no necesitamos reproducir los argumentos irrefutables que de su sin razón aducen todos los periodicos anarquistas que le hacen guerra sin tregua en el antiguo y nuevo continente.

La iniquidad que designamos con esta palabra execrable tantas veces repetida es un término de la ecuación en el problema de la cuestión magna del presente siglo, y que probablemente en él habrá de resolverse; pero ninguna de las incógnitas de este problema universal se despeja

con decretos, tratados internacionales ni otras gazmoñerías.

La explotación es un coloso que solo se derrumbará con la dinamita.

¿De qué ha servido el decreto sobre la supresión de las calcinaciones?

Cuando se creía por los que tienen las disposiciones gubernamentales como artículos de fé, que la cuestión de los humos de Huelva estaba *sabiamente* resuelta, sale el alcalde de Zalamea con el siguiente despacho:

«Zalamea 23 de Noviembre.

—El Alcalde al Ministro de la Gobernación —

«Este vecindario á 8 kilómetros de las calcinaciones y á causa del nunca conocido aumento de éstas, se vé con frecuencia envuelto en tan densa nube de humo, que imposibilita el transitar por las calles llevando la consiguiente agravación á los enfermos del pecho, Huertas, sembradas y flores, aves de corral; todo destruido.

Ruego á V. E. adopte medidas que eviten semejante abuso.»

Como si callaras.

La burguesía ni en esa iniquidad ni en ninguna quiere ceder.

La explotación es su vida.

Por eso estamos de acuerdo con lo que decía un compañero nuestro, ardiente propagandista de Vilches, desde las columnas de un semanario anarquista:

«Las burguesía antes que ceder en sus principios perderá su sangre. En último término, la victoria ha de ser necesariamente para nosotros, para los que combatimos en pró del derecho. Que el Progreso tiene, por fin, que abrirse paso.

«A la brecha, pues: luchar es vencer. Sufrir la explotación es una vergüenza: sufrirla resignados sería una indignidad. No rebelarse contra un régimen social que condena á la miseria a una parte, la más numerosa de la humanidad, fuera insigne cobardía.»

Impugnar, luchar y morir si es necesario por la causa de la justicia es un deber.

Mientras quede una pequeña raiz de iniquidad, mientras la explotación subsista, podemos decir muy alto que la Justicia no se ha cumplido aun, y como las llagas que mantienen viva la cangrena del caduco régimen no desaparecerán sino con el fuego por los cauterios de la revolución social, se deduce que el triunfo de la revolución es el triunfo verdadero de la Justicia definitiva.

Mortalidad

El gran movimiento anarquista que se opera en todo el mundo indica que los desheredados empiezan á comprender lo que valen y lo que son: indican que se sienten oprimidos bajo el peso onerosísimo de explotación tan enorme y se agitan, se retuercen, volviendo y revolviéndose como el agua hirviendo que encuentra incapaz el receptáculo donde se halla y pugna por pasar de la fuerza inerte ó postración inactiva á la fuerza viva de las evoluciones sucesivas de la materia.

¡Sí! El desheredado se siente desfallecer y estamos en el principio del fin.

De las estadísticas se deduce que mueren por término medio en las más populosas ciudades doble número de habitantes del que debieran morir si se atendieran los más elementales preceptos de la higiene, y el trabajador que aporta el mayor contingente tuviese medios para los gastos de la vida fisiológica.

Las concausas de la mortalidad que evidencia de un modo terrorífico los severos guarismos, son hartos conocidas para que creamos en el caso de analizarlas.

El primer factor es el hambre, la pérdida de fuerzas por el trabajo excesivo, el descanso insuficiente y en pésimas condiciones viene á contribuir el desarrollo de enfermedades cuyo origen se oculta tras de la aparición de síntomas

que no son otra cosa que complicaciones del mal primero.

Y el hecho no admite réplica, la mortalidad siempre es desproporcionalmente mayor en los barrios habitados por obreros. Allí tienen su asiento la viruela, el sarampión, la difteria, disentería etc., etc., haciéndose endémicas las fiebres tifoideas, palúdicas y las gastralgias mortales, debidas á excesos de comida en cantidad insoportable para estómagos sin calor vital, tras largos y obligados ayunos.

Solo la tuberculosis pulmonar causa la octava parte del total asombroso de defunciones por año.

La densidad y hacinamiento de la población en las ciudades, son los conductores más rápidos y contumaces de las enfermedades infecciosas.

La deficiencia de principios nutritivos que no reparan las fuerzas perdidas en el trabajo y que se debe á la exiguidad de los medios de subsistencia y á su improductividad, dada la mezquindad de los salarios, origina un estrago que no puede medirse ni calcularse.

La falta de habitaciones higiénicas, donde la vida y muchas veces la moral son imposibles ¿qué ha de producir sino enfermedades y víctimas sin cuento?

¿Qué otra cosa puede tampoco esperarse de las calles retorcidas, de las que además de su tortuosidad son estrechas, húmedas y súcias?

¿Qué ha de producir sino effluvios epidémicos y emanaciones pestilentes las alcantarillas y retretes mal construidos, focos permanentes de infección que trasmitiendo el contagio por las tuberías de unas á otras viviendas que más podrían llamarse madrigueras, propagan la muerte por doquier?

En dichos nidos ó escondites, cados para ratones más bien que habitaciones para seres humanos, la falta de sol y ventilación diezma de un modo terrible á los que allí permanecen medios sepultados en tinieblas.

Es un axioma higiénico-práctico que cuanto mayor discordancia exista entre el número de habitantes y la exten-

sión superficial que la población comprende, tanto mayor será el contingente de seres endebles y raquíticos, más fallecimientos prematuros habrá, más tísicos, atacados de enfermedades mortales sucumbirán y por toda clase de dolencia será mayor la mortalidad consiguiente.

Y siendo todas estas las plagas que afligen á los desventurados hijos del trabajo, queda bien demostrada la razón de **CÓMO NOS DIEZMAN!**

Edades intermedias

Puede decirse que no las hay en el proletariado sino por excepción.

El desgraciado esclavo blanco envejece en la juventud, la cual semeja en él á la bella, encendida y purpurina flor de la que dijo un poeta clásico:

Tan cerca, tan unida
Está al morir tu vida
Que dudo si en sus lágrimas la aurora
Mustia tu nacimiento ó muerte llora.

La excesiva fatiga, la escasa alimentación, las privaciones dolorosas de lo más indispensable para vivir, la estrechez é insalubridad de los albergues y todas las causas ya enumeradas, con el coeficiente de los disgustos que las peripecias que una vida de trabajos trae consigo, aceleran la decrepitud en el obrero, en cuyo cuerpo se anticipan los signos marcados de la decadencia del organismo de un modo que apena el animo con tristísima y honda impresión.

El orondo fraile que en contradicción con su obesidad predica el ayuno, el regalado canónigo y el acaudalado prócer y el rentista opulento se conservan frescos, dilatando el período de la juventud en las edades sucesivas, pareciendo jóvenes en la vejez inevitable.

Su juventud dura todo el tiempo que les prestan los eficaces medios de vigorizar incesantemente su individuo,

— 87 —

para cuyo regalo y solaz beneficio piensan los privilegiados, que están en función todas las actividades humanas. Y dura, á pesar de los excesos de la concupiscencia, de la disipación, de las orgías y frecuentes banquetes en que se hace lujo de la gastronomía y no obstante la crapulosa vida de desórdenes en los Edenes que se construyen para su placentera mansión ó entre el fausto deslumbrador de los poderosos salones.

Y mientras esto sucede, el triste asalariado, combatido sin cesar por el rudo oleaje del infortunio, encanecido antes de tiempo por horribles sufrimientos, pasa rápidamente de la alborada de la vida á su ocaso fatal, sin atravesar ese delicioso intermedio de ella en el que con perfecto conocimiento de lo que produce el bien y de lo que acarrea el mal, la fruición es más racional y positiva en el deleite; porque se goza sin el loco frenesi de los vértigos juveniles, saboreando la felicidad en el dulce recreo de cuanto puede proporcionarla, dada la preferencia á los goces más gratos ó á los que no se han sabido apreciar ó paladear en las veleidades de aquellos primeros asomos de las pasiones, con los fugaces arrebatos del deseo, las intemperancias del capricho y el aturdimiento del placer.

Constituyen excepciones los que en misérrimo hogar sostienen una vida inverosímil contando por hambres inícuas los días y las noches, alimentándose, lo decimos mal, engañando la necesidad de comer, peor que muchos animales domésticos de los palacios, si sobreviven á las catástrofes del trabajo y á las mortales dolencias originadas de su penuria de la que el hartó y el acomodado jamás se preocupan.

Y cómo los padecimientos, la escasez, los contornos y perfiles todos de una situación insoportable gastan las fuerzas, minan el organismo más fornido y mejor constituido, y lo destruyen irremediamente; de ahí el decaimiento inmediato y la vejez anticipada.

En muchas profesiones y oficios solo se admiten jóvenes y en otras y en otros tan sólo estos pueden desempeñar

el cometido en esta sociedad tan exigente como gastada, de modo que á cierta edad, que dista aun de la vejez, tropieza el asalariado con muy serias dificultades para colocarse.

Y como también precisamente, pasada la juventud es cuando se ha hecho más numerosa la prole, mayores los gastos é iguales ó menores son los ingresos, resulta que las crisis del trabajador vienen á ser laboriosas, trascendentalísimas y horribles en la edad intermedia.

Al llegar á ella, la reflexión en el hombre ha salido de su perigeo y ante la situación sus cavilaciones le abruma y torturan atrozmente. Una intuición más ó menos aleccionada con amargas esperiencias que le permite entrever el desenlace de los sucesos le acongoja y anonada.

Son crueles suplicios sus padecimientos morales y físicos que unidos se exacerban con la desesperación del remedio, cayendo cada nueva amargura en su corazón como gota de hierro fundido sobre úlceras incurables.

Todo este cúmulo de circunstancias, agregado á los achaques ó afecciones de que no le redime su vigor y se presentan muchos años antes que debieran por la ley de la naturaleza, contribuyen á que una jubilación forzosa impida trabajar al padre de familia, y le haga pronto sucumbir á sus exasperadas angustias, en las cuales envuelve á sus seres queridos, legando á la esposa infeliz una viudez mísera en el desamparo y á los pequeñuelos una triste aterradora hortandad, cuyas consecuencias ya conocemos.

Vejez

Si el trabajador es un héroe en el sufrimiento, posee un temple excepcional de corazón. sabe sacar partido de las más azarosas circunstancias, atiende con preferencia á su conservación propia en cuanto cabe, dentro de la carencia de todo, que equivale á realizar lo semi-imposible, despues de trillar uno de los espinosos senderos, erizados de abrojos, entrecortados por espantosas sirtes é insonda-

bles precipicios, que hemos imperfectamente descrito ó de recorrer otras calles de amargura que no tenemos espacio de trazar, llega á la edad caduca, en la cual el respeto que las canas inspiran se ve cien veces escarnecido en la plazuela ó en la vía pública; porque en su desnudez para cubrir las carnes ó preservarse algo del frío, que tiene ateridos sus miembros, se ha visto obligado á aceptar hasta con agradecimiento, que le arranca lágrimas, un vertido ajeno que, por su desproporcionadas dimensiones ó raras hechuras, provoca la irónica hilaridad de los canallas ó las estúpidas murmuraciones de los necios.

Si el anciano, dicen que vive de su recuerdo, podemos afirmar que al decrepito proletario los que le asaltan no servirán para saturar beneficiosamente su vida, sino para darle pronto la muerte.

Al recordar los trabajos realizados, al repasar en su memoria los esfuerzos hechos durante su larga existencia—que lo parece tanto más cuanto más se sufre—esfuerzos viriles pero infructuosos y hasta contra-productentes para alcanzar no ya la felicidad sino la posibilidad de la vida en la edad propecta, y al deducir la esterilidad de sus laboriosos afanes, el desconocimiento de su concurso, nunca pagado, al bienestar ajeno le retorcerán el corazón agudos penetrantes dolores, la negra y despiadada ingratitud de los burgueses, á quienes sirvió, cuyas fortunas se han hecho colosales en tantos años, con los sudores, el llanto y la sangre de los que sucumbieron á la ruda fatiga y de la suya propia, al paso que él, trabajando sin cesar durante medio siglo, no ha tenido otra suerte—que más bien puede llamarse doble desgracia—de sobrevivir á increíbles padecimientos y tremendas injusticias para ser cebo de nuevas calamidades, testigo de ulteriores desafueros y víctimas de otras inauditas felonías.

El mismo, absorto se contempla y admira de no haber perecido en tantas ocasiones como ha zozobrado su existencia, amenazada de continuo y sostenida á través de peñigos mil y necesidades extremas.

Si tiene familia, hijos, nietos, etc., y de ésta depende la subsistencia del honrado progenitor, los cuadros que se desarrollan y renuevan á cada instante á su presencia, los detalles angustiosos que no es dable á los hijos ocultarle, por que el experto anciano ha pasado ya por los mismos apuros, en otros tiempos, cuyo recuerdo le lacera las fibras del corazón, se considera realmente como una carga onerosa para aquellos seres que tanto ama y piensa hasta en el suicidio y llega tal vez por fin á consumarle.

¡Horror, execración eterna sobre la odiosidad del régimen burgués, una vez más y cien millones de veces detestable!

En el caso de haber quedado sólo en el mundo el pobre anciano, la aflicción que le producen tan amargos sinsabores llama á la muerte desde luego en medio de extremece-dor as congojas.

Aquel veterano de la guerra contra el capital hubiera vivido aun muchos años, siendo objeto de cuidados y de especial solicitud.

Y durante su ancianidad debiera recibir la recompensa de su cooperación al progreso, indemnizarse de tantos sudorosos afanes, obtener el premio otorgado á su constante laboriosidad y recrearse en la compañía de sus hijos que verían en el padre dichoso las tangibles ventajas de la más sublime de las virtudes, el trabajo, sobre el ocio corruptor, manantial del vicio y permanente rémora del bien.

Al amor de la lumbre hubiese olvidado antiguos pesares y cicatrizado heridas aun abiertas y siquiera rodeado de sus idolatrados nietecitos, se consolara con la esperanza de que hechos pedazos los senos abortivos de una sociedad cubierta de lepra, como la que él iba pronto á dejar, avocada á los grandes cataclismos, aquellos ojitos alegres y bulliciosas de sus dos veces hijos, alcanzarían días mejores que los presentes en la gloriosa etapa histórica de la redención del proletariado.

Mas ¡ahl.. no había fuego en el hogar ni calor en la

sangre arterial del benemérito productor, no tenía ni abrigo, ni un pedazo de pan duro que triturar para alimentarse.

Llevasteis ¡inicos, miserables! vuestra ferocidad bestial al punto de prenderle cómo ladrón en las soberbias puertas del llamado personaje que vende destinos, porque se acercó á ellas no á solicitar una credencial, pues no tenía dinero para eso ni para nada, sino á pedir una limosna como nuevo Colón despues de sospechar la existencia de un mundo, descubrirlo y hacer brotar ríos de oro en países ignotos á cambio de pesadas cadenas.

Verdugos sin entradas, le condujisteis á la cárcel, inscribiendo su nombre honrado á renglón del de los asesinos y empedernidos criminales que vosotros haceis, por haber caído en la chochez de prometerse conmisericación de los que lo arrojaron á la calle como limón estrujado y quieren más á los caballos y perros que á los hombres, y en fin, le negasteis todo auxilio residenciándolo ó deportándolo á lejanas tierras, donde también se le cerraron las puertas de los hospitales y cayó exámine, pagando antes de hora el tributo que la naturaleza impone.

¡Ya murió el que por espacio de tantos años y durante tantos días como esos años multiplicaban, crucificasteis en el duro trabajo sin darle nunca su cabal producto.

¡Ya lo veis infames!

Más ¿á que fatigarnos? Vosotros, que no os consternais ante los cadáveres de tiernos parvulitos, desamparados ó expuestos, que mirais impasibles los osarios atestados de pequeños esqueletos por las epidemias, el hambre y la miseria; vosotros que seguís impertérritos en vuestras lujosas carretelas sin espeluznaros á la vista de montones de séres mutilados, de cráneos rotos, de huesos esparcidos por una explosión ó sepultados en un desplome, de miembros horriblemente destrozados por vuestra inhartable codicia, vosotros, canallas burgueses, para quienes son indiferentes las más horribles hecatombes de las guerras, el llanto de las madres y el estertor del infeliz moribundo, siendo

como sois, peores que los chacales ¿cómo vais á sentir la muerte de un patriarca de la familia proletaria, para quien sólo tuvisteis desprecios en vida, y tendreis olvido perpétuo despues de existir.

Pues bien: sobre su lívido y extenuado cadáver, centenares de millones de proletarios del presente y del porvenir os maldicen: y nosotros escupiéndoos al rostro, juramos sobre la fosa del anciano vengar su muerte y la de tantos millares de víctimas sacrificadas haciendo que sólo quede memoria de lo que fuisteis, para sempiterna execración y enseñanza de las generaciones venideras.

Resumen:

La burguesía abrevia todos los períodos de la existencia en los oprimidos y mil veces exprimidos.

Nos diezman en la gestación, en el puerperio, en el período de la más tierna, delicada é interesante evolución del ser, en la lactancia, en la hermosa edad infantil, en la puericia, en la adolescencia, en la florida juventud, en las edades en que ésta completo su desenvolvimiento y vigorizada, lejos de enervarse había de asegurar la longanimidad, y en la prematura vejez

Nos diezma de millones de maneras, casi de tantos modos como individuos explota, y aun á muchos por su número de procedimientos á la vez en una sola individualidad.

Nos diezma, acelerando los grados de la escala de la vida, confundiéndolos; haciendo muchos nacer antes de tiempo y empujando así á la especie hacia su rápida degeneración.

El niño que empieza á ejercer funciones de hombre y á trabajar como si tuviese mayor edad y conculca las leyes de la naturaleza, que nunca se infringen impunemente, *muere* en el estado embrionario de la vida colectiva. Trabajando el jóven exceso y alimentándose más, lejos de impulsar su desarrollo, el desgaste continuo come de él y contrae una tísis ú otra enfermedad igualmente grave ó mortal que reconoce por causa determinante la falta de impulsión en las evoluciones orgánicas, la carencia de principios constituyentes y el desarreglo de la funcionalidad por abuso de su energía y no reparación debida de la gastada incesantemente. Cuando iban á recojer ópimos frutos, *muere* también como hermosa planta segada en flor.

El hombre ya en toda la plenitud de su vigor, ó permanece en estado de celibato forzoso por no poder cons-

tituir una nueva familia, con lo cual decrece sensiblemente la población, se aflojan los lazos morales, se tuerce ó atrofia el corazón, se pervierte el sentimiento y se producen innumerables males, ó si desde luego forma, como es su necesidad, otra familia, se lanza á una vida de horrores, careciendo de subsistencias siempre y pereciendo ó viendo perecer á las prendas que ama con delirio.

En medio de esto, las desgracias, las pérdidas sin cuento de compañeros que sucumben á los rigores de la desdicha, á la mala dirección de los trabajos por holgazanes á quienes no se exige tremenda responsabilidad y cuanto á la lijera hemos expuesto.

Y como no hay constitución física que pueda resistir tantos y tan fuertes golpes de la adversidad que maceran la más viril y mejor dispuesta contextura, sucede lo que ha de suceder. Vienen á zancada de camello veloz la decrepitud y muere veinte, treinta ó cuarenta años antes de la fecha en que según su conformación orgánica debiera morir.

Todos los resortes de la máquina se gastan antes del tiempo de su duración, determinado por la Fisiología y la experiencia; porque no puede atenderse á su conservación, según las leyes naturales prescriben, en el cúmulo ingentísimo de vulneraciones del derecho que constituyen el monstruoso régimen burgués que nos diezma con furor y con la más cínica impudencia.

Nos diezma en el campo, en la mina, en el bosque, en el túnel, en la guerra, en el mar, en la playa, en la fábrica, en el taller, en la choza, en el asilo, en la calle, en el barrio, en la cárcel, en el hospital, en la emigración y en el patíbulo.

Ya lo veis, esclavos si después de reflexionar sobre las injusticias de que sois víctimas en la actual sociedad, los que no conociais el nuevo evangelio por no haber llegado á vosotros sus predicaciones, no abrazais la causa de la justicia universal, os haceis dignos para siempre del látigo de vuestros negreros.

— 95 —

No os arredre la idea vulgar de que la empresa de hacer triunfar la Justicia en el mundo es un imposible. Esa idea no cabe más que en corazones pequeños ó en el cerebro de los ilusos, oscurecidos por ciegos fanatismos y en los grandes malvados cuya masa encefálica, está calcinada por la perversidad y quiere desmentir á la Historia.

Estudiad la cuestión, que es de vida ó muerte para la humanidad; estudiadla con sano propósito y recto criterio, y vuestra voluntad rehecha la convicción, se pronunciará por la única solución posible.

La luz, por fin, se abrirá paso á través de las tenebrosidades de rutinarias enseñanzas en la profundidad inexplorada de la conciencia.

Sea cada cual un elemento de activa propaganda y minando por debajo tierra siete estadios los cimientos de la gran esfirge, se derrumbará como los antiguos imperios por medio de la sacudida más estruendosa que han presenciado los siglos.



« La Expropiación »

Grupo de Propaganda comunista anárquica

Suscripciones recaudadas—Publicación núm. 3

Por conducta de «El Perseguido»—Grupo Los Aeratas de Baracas al Sud ps. 3,10—Grupo Los Bochincheros de Atalaya 2,00—F. A. 2,00—T. L. E. 2,00—Ignorante 0,50—Oprimido 0,50—Una niña 0,05—Cualquiera 0,50—Yesero 0,30—Una señora anciana vuelta anarquista por ser este mundo lleno de farsas 0,20—Tres vigilantes 0,50—Cuanto antes venga: mejor 2,00—Viva la revolución 0,50—Un verdugo que se ofrece 0,20—Se espera próximo el día 0,50—Viva la renuncia de Perier 0,30—El Cid Anarquista 0,30—Una compañera revolucionaria 0,20—Devoto 0,50—Compañero 0,20—El gallego 0,50—Un folleto 0,10—El Czar de Rusia 0,50—Un hijo del mundo 0,50—Un cangrejo 0,30—Uno que vuela 0,20—Un folleto 0,15—Un Finistere 0,60—A la revolución 0,50—Adelante 0,50—*Ghacarita*—Lallemand 1,00—Niquilista 0,50—José Hoste 0,50—José 0,50—Lefebre 0,50—Demetrio 0,50—Una víctima de la guerra 0,50—S. y. Paga a,50—Un exploitè de la Chacarita 0,50—Uno que mata 0,30—Uno que degnaghe 0,20—Un Savetier 0,50—Tomás Ramos 0,50—Eugenio Lsbargueres 0,50—Un garde chiourme 1,00—A. C. Petrel 0,50—J. Vermay 0,50—Un pobre zapatero 0,50—Zapatero loco 0,25—Pobres trabajadores 0,25—Con marcha 0,50—Eduardo 0,50—A. P. 0,20—B. B. 0,50—Grupo: *Los decididos de Almagro*. Doctor en papas 0,20—D. M. 0,20—Un asturiano 0,20—Un rengo 0,25—Un vigilante de la (28) 0,20—Un huevero 0,25—La Verdad 1,00—Un panadero 0,5—Un adorador de^s Pallás 0,50—Antonio Gomez 0,20—A. Gonzalez 0,20—Un asturiano 0,10—Un rengo 0,20—Cajjás 0,70—Carnabal 0,10—Bakounine 0,20—La Verdad 2,00—Dos desheredados 0,20—*Mar del Plata*. E. Champion 2,00—Un explotado 0,50—Restant de mes ecus 0,50—José Carsajales 0,20—Un burgués gallego 0,50—Un asesino dei paisani 0,40—*Campara*: Grupo «Los Desheredados» 5,30—Luisan: J. Creaghe

— 97 —

5,00—Por la razón ó la fuerza 0,20—J. D. fame e freddo 0,40—Católico, Apostólico Romano y fromaggio de Olanda 0,50—Un hijo de Dios 0,50—Moreau vache 0,50—Uno que desea la destrucción de la familia 0,25—Uno que baila 0,50—X. 2,20—Kiosco Libertad 0,20—Amor Libre 0,30 — «El Iris» 1,00 — Un expropiador 0,50 — Los burgueses son todos asesinos 0,50 — L' Anarchie est juste 0,50—N' importe quoi 3,00—Un nouveau anarchiste 0,50—Un nuevo anarchiste 0,50—Cis... Cis... à donde vá? voy á ver si puedo quemar algun taller 0,50—Un degollador del clero 1,00—Por la razón ó la fuerza 0,45—Uno que quiere romper el C... á los burgueses 0,20—Un gringo 1,00 — Moreau vache 1,00—Diodenó 0,30—Un compañero 0,20—En rupture de bans 2,00—Un Bonsack 0,20—Una Bonsack 0,20—Expropiación 0,50—Angel r. 0,20—José Carvajales 1,00—Sortie de la mer 0,20—Giordano Bruno 1,00 — Cansado de gobiernos y tiranos 0,75 — Un fraile 0,20—Un ratón 0,10—B. M. 0,20 — Callfa 0,25 — Un convencido 0,25—Tolino 0,40—Un yo 0,10—Cura 0,10—Cosmopolita 0,10—Un atorrante 0,20—Un Gis 0,15—V. Ravachol 0,20 — Justicia 0,20—Por conducto de «El Perseguido» (ciudad) Califa 0,20—Un enemigo de los burgueses 0,15—A favor de la revolucion social 0,20—Un peon anarquista 0,20—Un burgués 0,10—Un teo 0,10—Un comunard de Paris 0,30—Un jesuita 0,20—El oprimido 5,00—Gaucho 0,20—Bos Mateix 0,50—Ramón Monco-i 0,50—Ortegal 0,40—Marat 0,50—Conquista 0,50—Maratito 0,25 — Hijo del mundo 0,40—Acrata 0,50—A. Barros 0,30—Botas Rotas 0,20—Oprimido: Lujan 6,00—Reunión del 3 de Marzo, grupo Aeratas de N. y S. 3,00—Mar del Plata: Un camarada 2,00—Los mendigos, te lo metes al bolsillo 0,20—Para folletos 1,00—Uno que quiere ver al prójimo todos iguales 0,20—Por no acordarse el nombre de varios compañeros 1,50—Para folletos 0,50—Para mi es lo mismo 0,50—Un amante de la verdad 0,20—Alfonso panadero 0,20—Un atorrante 0,20—Todo mi capital 0,05—Nunca me ha de faltar alimento 0,20—Purucolli 0,20—Travac 0,20—Guerra á muerte á los tiranos burgueses 0,25—La idea de Caserio 0,20—Una bomba al Papa 0,20—Un amigo de la idea 0,20—Principiante anárquico 0,20—Uno que desea la revolución 0,20—Bruciare i preti 0,20—Viva Caserio 0,30—Revoltado 0,20—Le createur de la Marsellaise anarchiste 1,00—Un doctor gallego 1,50—Un gniaff 0,45—La miseria crea la revolución 0,20—Questione social. Miguel L. 5,00—Rufino Oyamburo 1,00—Miguel Abadie 1,00—Benito F. Otero 1,00—Juan Pedro Yuar 1,00—Froilaa Marcos 2,00—Robes.

— 98 —

pierre 2,00—E. Champion 1,50—Expropiación 1,00—«Oprimido» 50,00—Por conducta de La Anarchia 5 25—Marat 2,00—Tolina 1,00—Sartori 0,50—X 0,50—Doménico C. 0,50—Delaye 1,00—Expropiación 0,40—Dos compañeros que tratan de convencer á un patriota aragonés 2,00—Un ladrón 0,50—Expropiación 0,40—Armand Richard, la mitad 5,00—Una que quiere coser con tripas de burgueses 1,00—Un yenoí 1,00—Un nuevo anarquista 0,80—Viva Caserio 0,10—Moreau-vache 7,00—Un dependiente de mueblería 2,10—Un tallista atorrante 1,00—San Pablo *Brazil*, por conducta del compañero C. 5,50—¡Quién lo diría 2,00—Bonsack 1,00—Adiante por la anaquia 1,00—Une discussion dans un almacen 1,50—trouvé devant un comptoir de mastroquet 0,20
Sobrante de la publicación núm. 2 14,36.

Total general	pesos	233,86
Tiraje de 3,000 ejemplares	«	290,00
Gasto de correo	«	11,00
Deficit	•	67,14

PERIÓDICOS ANÁRQUICOS EN CURSO DE PUBLICACIÓN

«El Perseguido»—Dirección: B. Salbans — Casilla de correos núm. 1120, Buenos Aires.

«El Oprimido»—Dirección: J. Creaghe—calle Progreso 71, Lujan (Provincia de Buenos Aires).

«La Questione Sociale»—Revista mensual: redactada en italiano y español.—Dirección: calle Corrientes 2039, Buenos Aires.

«La Verdad»—Dirección: T. Carlos — casilla de correos 228, Rosario de Santa Fé.

«La Anarquía»—Dirección: J. Rojo—calle 7, núm. 576, La Plata

— 99 —

FOLLETOS

«Entre campesinos», contiene el himno y preciosas milongas anárquicas.

- Declaraciones de Etievant.
- A mi hermano el campesino.
- A las hijas del pueblo.

-- Aparecerá próximamente el folleto titulado «Ravachol».

Hacemos notar á los compañeros que la propaganda de este grupo depende de la ayuda pecuniaria y la actividad de todos los que simpatizan con sus publicaciones.

Siendo nosotros Anarquistas Comunistas y por consiguiente contrarios á todo sistema de venta, aunque éste sea para la propaganda, ponemos nuestras publicaciones á disposición de todos los trabajadores; sin embargo, contamos con la cooperación d

cada uno, segun sus fuerzas

Así los que sienten la necesidad de hacer propaganda, pueden pedir los ejemplares que quieran que nosotros les mandaremos tambien *segun nuestras fuerzas*

Las cantidades recolectadas vendrán anotadas, así como los gastos de imprenta y correo, en los mismos folletos.

Queda abierta una suscripción permanente á favor del grupo —«Expropiación».

Cuanto más fuerte sea la solidaridad de los compañeros, tanto más publicaciones se harán y mayor será la propaganda.

Los iniciadores.

INDICE

PRIMERA PARTE

Antes de nacer.....	2
Al nacer.....	5
Después de nacer.....	8
En la infancia (ter. período).....	11
En la puericia.....	16
Continuación.....	19
En el Hospicio.....	20
Nueva fase. <i>Con madrastra</i>	26

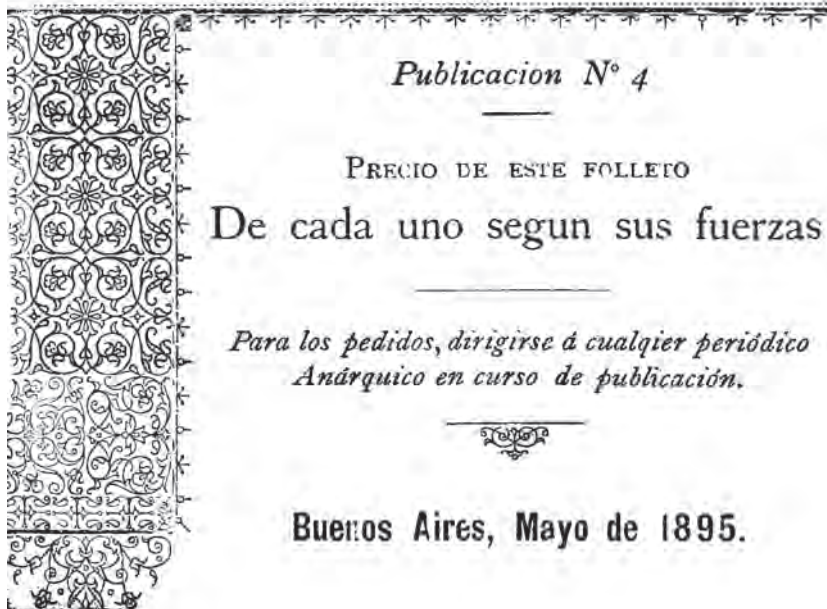
SEGUNDA PARTE

En el aprendizaje.....	32
Adolescencia.....	38
En la juventud.....	41
En el campo.....	43
En la guerra.....	46
En las minas.....	49
En los túneles.....	56
En las fábricas.....	59
En las obras.....	67
En el taller.....	71
El salario.....	76
Por la explotación.....	78
Mortalidad.....	84
Edades intermedias.....	86
Vajez.....	88
Resúmen.....	93



LA EXPROPIACION
GRUPO DE PROPAGANDA
COMUNISTA ANÁRQUICA

RAVACHOL



Publicacion N° 4

PRECIO DE ESTE FOLLETO

De cada uno segun sus fuerzas

*Para los pedidos, dirigirse á cualquier periódico
Anárquico en curso de publicación.*



Buenos Aires, Mayo de 1895.

I M U E R A N
 L O S

U S U R E R O S

F I R M A

Y O

V I V A
 L A

A N A R Q U I T A



En el presente folleto nos limitaremos á hablar más particularmente de Ravachol, no para diferenciarlo de los otros compañeros que con igual arrojo y valentia han continuado por los mismos medios é iguales fines la lucha iniciada por él, en contra la burguesia y su infame sociedad.

Lo que vamos á tratar es; hacer desaparecer esas opiniones contrarias que tienen algunos compañeros que no han conocido su vida, ni han podido analizar sus actos. En cuanto á Pallás, Vaillant, Salvador, Emilio Henry, Caserio Santo así como los asesinados en Chicago y otras partes, nos ocuparemos en otros folletos.

~~~~~

### Ni Dios ni amo. Nuestro enemigo es nuestro amo

Siendo la propiedad el fruto del sudor de todas las generaciones pasadas y presentes, y habiendo por consiguiente imposibilidad de evaluar la parte que toca á cada uno en todas las riquezas existentes resulta ser la propiedad individual un robo, el despojo á los desheredados de sus derechos á la existencia.

Pues, para todos, la expropiación es una necesidad. Compañeros; trabajadores de infortunio; por la Revolución violenta ¡expropiemos! y que todo sea de todos.

---



## A los trabajadores

Compañeros:

Nuestro amigo Ravachol ha pagado con su cabeza su abnegación para la emancipación social del proletariado.

En vista de que la prensa burguesa ha tenido y aun tiene todo interés para desnaturalizar el carácter así como los actos de nuestro amigo y ha vomitado sobre el hombre de acción y sobre la anarquía en general, todo lo que la hiel burguesa encierra de más crapuloso, no podemos estar mudos; queremos mostrarlo á nuestros compañeros bajo su verdadero aspecto y á mas demostrar á los timoratos, así como á los interesados que lo han menospreciado, que Ravachol ha muerto para la causa de los desheredados.

No es ninguna idea de idolatría la que nos induce á presentar este folleto acompañado del retrato de tan valiente compañero, pero sí, es la luz, la verdad, lo que queremos hacer triunfar encima de la mentira y de la sanguinaria mistificación burguesa. No vamos como los jesuitas ó políticos de todos colores á presentar dioses imaginarios, ni santos, ni doctores, pero sí, queremos presentar á un hombre digno de ese nombre, y puesto que la prensa burguesa ha sido tan desvergonzada para pintar á nuestro amigo como *asesino loco*, nosotros, anarquistas sobrevivientes nos animamos á demostrar la sublimidad de sus actos y hacer resonar sobre la Tierra el grito de Revolución por él lanzado á fin de despertar al proletariado atrofiado por las instituciones corruptoras de la actual sociedad burguesa.

Ravachol, admirablemente dotado al punto de vista cerebral, á pesar de no haber recibido instrucción por así decir, (á los ocho años estaba yá al servicio de un labrador para conducir á pastar el ganado.) Ravachol habia perfectamente

## — 3 —

comprendido que la sociedad tal cual está organizada es una horrible madrastra para el mayor número.

Que el rico tiene todas las ventajas, todos los placeres, mientras que el pobre no puede satisfacer sus más apremiantes necesidades, el alimento cotidiano.

Que la ley, lo mismo que la sociedad garantida por esa, está basada sobre la propiedad usurpada, que es bienhechora para todos aquellos que poseen, pero no asegura ningún derecho, no garante ningún bien hacia aquellos que nada poseen, que en los Estados más avanzados de la civilización aproximadamente los nueve decimos de la humanidad no poseen nada.

Siendo así ¿que puede hacer á la masa, á la clase pobre y la más numerosa, al pueblo propiamente dicho, una pretendida igualdad ante la ley..?

Cuando el pueblo no posee la libertad corporal, cuando está encorvado bajo el peso de las necesidades y de un trabajo diario que embrutece la inteligencia y consume las fuerzas, ¿que le importa el respecto á las leyes y la pretendida libertad escrita en los códigos?

¿Qué viene á ser para él, el principio de justicia cuando él y sus hijos estan desnudos, carecen de pan y tiene en la vista los suntuosos hoteles, los magnificos equipajes, los exquisitos manjares de las clases dirigentes? ¿Que le importa las maravillas de las artes y de la industria, cuando su cuerpo y su espíritu sufren mil privaciones en medio de lujosos productos y de los tesoros de la inteligencia? La ostentación de todas esas riquezas acaparadas no pueden hacer menos que hambrearlo, irritarlo, empujarlo á la conquista de sus derechos.

¿No será él mil veces más desgraciado que el llamado salvaje que se apodera de eso que necesita, goza del derecho de pesca, de caza, de colecta, de praderia, de liga interior, de robo exterior, que toma una compañera sin preocuparse del mañana y no se inquieta de la suerte de sus hijos.? porque la educacion no es costosa en los bosques

y la existencia está asegurada por el libre ejercicio de los derechos naturales.

La sociedad ha arrebatado todo al hombre; se ha apoderado, en los países donde ha llevado la civilización (*á cañonazos*) de todos los productos de la tierra, de las aguas y del aire mismo; ella ha frustrado al hombre de sus derechos naturales, de los derechos del salvaje, sin ofrecerle nada en compensación que la garantía de las leyes, ilusorias para aquellos que no poseen nada.

¿No es, pues, una justicia incontestable, si los *párias* despojados de todos sus derechos por la sociedad, se recuperan por la fuerza, y por todos los medios posibles de lo que esta dispone injustamente en beneficio de una minoría dañosa?

Ravachol ha bien comprendido las desigualdades sociales, así como las miserias y los sufrimientos que dimanar de este desorden social, él ha bien sintetizado todos los dolores de los pueblos asalariados, y comprobado que pasa salir de ese infecto marasmo, se precisaba pasar de la teoría á los actos.

Ravachol ha conocido todas las miserias, ha bebido en el caliz de amargor del pueblo esclavo; pero más valiente más enérgico, más rebelde que el común de los mortales que sufren en silencio, él se subleva contra las injusticias, declara, solo, la guerra á la burguesía satisfecha, y para anatema de la sociedad, hace el sacrificio de su vida á fin de despertar el sopor de las masas y el entorpecimiento de los anarquistas militantes.

Desde jovencito, adolescente, el trabaja para criar á sus hermanos más jóvenes que él, aprende el oficio de tintorero y vá de puerta en puerta á ofrecer su buena voluntad, así como sus robustos brazos á diferentes explotadores, en cambio de un mezquino salario.

Las injusticias de los patronos, la humildad de los obreros le sublevan, le repugnan también: constantemente está en lucha contra los primeros y se solidariza con los segundos para estimular en ellos el amor de la libertad y de la



## — 5 —

dignidad humana, hacer salir á luz el gérmen de rebelión que se prepara sordamente en todos los seres humanos.

A este trabajo desinteresado, solo encuentra disgustos; los patronos que no quieren que se turbe su digestión malsana con reivindicaciones reiteradas, lo echan fuera, lo señalan al índice del patronato: es entonces que faltándole completamente el trabajo, nuestro amigo se encuentra en la más espantosa miseria.

Otros menos bien dotados que Ravachol hubieran dirigido la mano suplicante á los transeuntes ó se hubieran suicidado para acabar con la vida. ¡Pero el, nunca cobarde! antes al contrario, con serenidad y valentía toma las armas, despreciando cárceles y verdugos. Sin ocuparse del *qu'en dira-t-on?* empieza su obra de demolición contra la sociedad burguesa, el enemigo comun del proletariado; ataca las instituciones bajo todas sus faces, abre brechas en los sofismas, disipa todas las creencias, derriba la moral burguesa á fuerza de lógica, hace batidas á los magistrados (hasta en sus suntuosos palacios) que condenan á los desgraciados, pone los reidores de su lado por su audacia, decuplica la energía de los Revolucionarios por su táctica, hace los burgueses ridículos y odiosos por el miedo y los magistrados, con *barriguera* ó no, la risotada de la prensa y del público.

He aquí la obra de un hombre consciente y resuelto que habiendo presentido la debilidad y fragilidad del estado de cosas establecido, deseoso de demostrar que algunos hombres resueltos podrian, si lo quisiesen, extirpar por la destrucción el cangrejo social de la explotación humana.

Ravachol, pese ó no á todos los mofletudos que gozan de la actual sociedad, que querian y por causa, así como á algunos transfugas burgueses que, pretendiéndose anarquistas, mientras que no son otra cosa que cretinos afeminados, incapaces de comprender una idea de rebelión, de dignidad humana, prefiriendo mendigar algunos centenares de francos á los cómicos de la política y la gente teatral, más bien que hacerse solidarios de los actos de rebeldía de un buen compañero.

Ravachol encarna el principio de la rebelión personificada, simboliza las ideas de libertad y de acción individual, conforta el moral de los desheredados haciéndoles comprender que con voluntad, energía é ideas en la cabeza el número no es nada para destruir las sanguijuelas así como los vampiros que chupan la sangre del proletariado.

En todo caso, desafiamos á todos los detractores de nuestro amigo, de presentarnos en paralela una más bella figura revolucionaria que la de Ravachol, personificando en sus sufrimientos y en sus acciones la quinta esencia de todos nuestros desiratas presentes y futuros.

Lejos de vosotros sobre todo, compañeros, el pensar creer que Ravachol era un malhechor vulgar, matando por el placer de matar.

¡No, no! mil veces no!

Los réptiles de la prensa periodística pagados para desempeñar esa sucia faena, han dicho sí, ya un lo dirán á cada ocasión; pero vosotros de eso no creereis nada; vosotros todos, los esclavos de la plebe, que sabeis por experiencia que el exceso para los unos proviene de lo necesario que os falta, necesario que vosotros teneis interés á conquistar, supérfluo que ellos tienen interés á conservar.

Cuando se es como Ravachol, un apasionado ardiente de la justicia social, que se desea ver dichosa la humanidad, la armonía entre los hombres, la felicidad en las chozas, la paz, en la abundancia, que se quiere á la muger, que se acaricia los niños, que se socorre las familias en apuro, que se combate y lleva su cabeza alegremente al patíbulo reivindicando los derechos de los trabajadores desconocidos, no se es ni un asesino ni un ladrón. Se es mártir y nada más.

¿Que importa el haber hecho contrabando, violado una sepultura de aristócrata, falsificado moneda, aliviado de treinta mil francos al ermitaño de Chambles, haberle avanzado el fin de la existancia de algunos momentos, dinamitado algunos magistrados,—todo eso no es mas que la consecuencia del estado social actual, estamos encerrados



— 7 —

en un círculo de acero, en el que no nos es posible de-  
batirnos sin romper alguna cosa.

Además ¿se intimidan los burqueses para quitar la vida á uno ó algunos de sus semejantes? Es con ametralladoras que en Mayo de 1871, asesinaban á los patriotas republicanos en el cuartel de Lobau.

*Treinta y cinco mil* ciudadanos sucumbieron en esta fecha memorable, víctimas de la cobardía, de la avidez y del odio de los satisfechos.

Todos esos crápulas que tenían al siniestro Thiers como jefe, no tienen por excusa de haber sido constreñido á esta sangrienta carnicería para hacer triunfar un ideal de justicia social, ¡no! esos bandidos solo defendían privilegios, apetitos, por eso han sido tan feroces.

He aquí, trabajador, los miserables, los foragidos que querían hacerte creer que Ravachol es un miserable, él que ha muerto para libertarte de la sujeción de todos esos bandidos, que han inventado el cura para embrutecerte y el soldado para ametrallarte cuando quieres intentar reivindicar tu derecho á la existencia.

Ravachol, ha creído poder aliviar al ermitaño de algunos miles de francos que este había recogido mendigando ó prestando á pequeña semana á los desgraciados; industria grosera que le devolvía un cuarenta ó cincuenta por cien.

¿De qué utilidad era en la sociedad ese parásito acaparador que durante cincuenta años recorrió á pié las campañas, de pueblo á pueblo, puerta á puerta, colectando limosnas, viviendo solo en una habitación aislada, privándose de alimentos, y no teniendo otro instinto de sociabilidad que para con el tesoro amontonado, centavo por centavo y arrancado á los pobres que creían obrar humanamente con privar á sus necesitados hijos para dar al anciano limosnero? ¿No es al contrario un acto de salubridad pública el haber desembarazado la tierra de ese átomo atrofiado y hacer servir el dinero que tenía escondido en sus harapos para hacer volar á los injusticieros de la calle de Clichy ó de otra parte.

El fin justifica los medios; dice un viejo axioma burgués.

Pues bien; el dinero del ermitaño fué precisamente empleado por Ravachol para la propaganda de sus ideas.

Al poder de la prensa burguesa que embrutece al pueblo con el engaño, se precisa dinero á los anarquistas para educar las masas y empujar á los trabajadores á reivindicar sus derechos.

Peor para los burgueses, si de momento en momento estamos obligados á suprimir á algunos de ellos para disponer de los fondos necesarios á la propaganda de nuestras ideas.

Ademas la sociedad no tiene razon de quejarse; no somos nosotros los que hemos creado el estado social actual que soportan pues, los burgueses, la consecuencia de la organización que nos han creado! Ellos han engendrado á Ravachol, han sembrado la miseria, pues, justo es que cosechen la rebelión!

No se hace tortilla sin romper huevos.

El robo, (1) ó mejor dicho, la expropiación, es la cosa la mas justa del mundo, cuando se trata del instinto de conservación, y mucho nos extraña el que no haya mas expropiadores.

Porque, en todas las cosas, es preciso una lógica. El pueblo, á pesar de ser ignorante, comprende muy bien que es sobre su trabajo que se ha creado la riqueza social y que es sobre nuestra producción que se alimenta todo el funcionamiento inútil de la sociedad; así pues, reyes, presidentes de repúblicas, ministros, diputados, clero, armada, magistratura, funcionarios de todos órdenes, todos esos parásitos viven de nuestros sudores, y mientras les procuramos pollos y *champagne*, nosotros no tenemos siquiera derecho de tomar para nuestra subsistencia allí donde se encuentra

---

(1) No confundir el robo con la expropiación. Al presentar el robo en esta forma, solamente puede hacerse tomándolo bajo el régimen de la injusta sociedad actual que no legaliza la expropiación.

Sabido es que el origen de la propiedad privada es la usurpación y es el robo; de consiguiente la expropiación nunca puede considerarse como robo del momento que ella es un ataque á la propiedad.



— 9 —

¡Oh! Con verdad, ese aforismo no tiene fuerza al frente de un ápice de entendimiento, es por demás estúpido y ridículo para no comprenderse. Exponer la cuestión es resolverla.

El robo para los desdichados es un deber; tomar donde hay demasiado para poner donde no hay nada, he aquí el principio de la equidad, del derecho y de la justicia social.

Que se transforme la sociedad, que venga á ser en común la propiedad, que á todos pertenezcan los instrumentos de trabajo, el alimento, el vestido, que la tierra, capital natural, no sea más el heredamiento exclusivo de algunos, que todo el mundo produzca y se solidarice, y la armonía entre los hombres existirá.

Mientras no hayamos establecido ese sistema, los ladrones no son y no pueden ser otros que aquellos que consumen sin producir, nuestros amos, nuestros mandatarios.

No es necesario haber hecho muchos estudios, ni tener la ciencia infusa para comprender todo eso; en todo caso, es lo que hemos comprendido con Ravachol, nosotros, los trabajadores, queremos emancipar, coste lo que coste, tenemos que pasar por encima, ó zozobrar en los escombros humeantes de la carcomida sociedad burguesa.

No queremos más respetar nada de todo lo que existe, porque todo es falso, ficticio y mentiroso.

Todos los principios *sagrados* de la *santa* burguesía no son más que sofismas idiotas que han hecho su tiempo; el pensamiento no quiere más trabas; al vigésimo siglo, las necesidades de todos se desean y deben ser satisfechas. Es á aquellos que son perpicaces y no son completamente gangrenados por la desmoralización burguesa el comprenderlo.

La lucha está abierta, la guerra de clases está declarada, no se podrán impedir los actos de rebelión; Ravachol nos ha trazado el camino, la burguesía nos convoca á la lucha, no la evitaremos; es una dicha que esto sea así, porque siempre estamos demasiado inclinados á la piedad y á la conmiseración en favor de los rotoños de nuestros amos.

Rompamos pues, nuestras trabas, compañeros y probemos

— 10 —

á los burgueses que la perspectiva del presidio y del patíbulo, lejos de abatir nuestro coraje, hace activar nuestra energía.

Si el agua hace florecer el césped ¿no hace también la saugre florecer la vergüenza? Que no se olvide eso.

Cuando Ravachol fué arrestado, se creía que no sucedería más nada, pero eso fué una decepción para los burgueses; se han encontrado hombres enérgicos para hacer volar á los delatores, Avenida Magenta, casa del señor Very este imbécil que quería establecer un depósito de vinos con ese título: «A la bodega de Ravachol.» Ahora tiene el señor Very una bodega oficial; eso enseñará á aquellos que intenten seguir su ejemplo, que es preciso dejar á los moscardones solos el cuidado de ejercer tan sucia faena.

A pesar de las arrestaciones arbitrarias hechas á fuera de todo derecho, á pesar de los decapitados en Alemania y Austria, los ahorcados de Rusia y Chicago, los agarrotados, los fusilados de España y los decapitados de Francia, sin olvidar las cárceles y presidios de Italia ú otra parte que rebosan de anarquistas, no se parará ni un minuto la propaganda, y no son las condenaciones de nuestros amigos de Liege en Bélgica, de Rouen y Varsalles en Francia, los asesinatos en los confines de la Guyana, que disminuirán el coraje de nuestros amigos. De eso os apercibireis, Señores gobernantes, y si nosotros saludamos á nuestros amigos muertos ó encarcelados para la causa, juramos vengarlos dignamente asociando á nuestra acción todos los parias, todas las víctimas de vuestro desorden social.

Habeis sembrado el viento, cosechareis la tempestad.

¡Viva la Revolución Social!

¡Viva la propaganda por el hecho!

¡Viva la Anarquía!

El grupo «Expropiación»

## Ravachol

Sacamos un extracto, publicado por los periódicos bur-  
gueses *Le Siècle XIX* y *Le Temps* en las cuales Ravachol  
cuenta al juez de instrucción algunos detalles de su vida.

«Yo tengo treinta y dos años. He nacido en Saint-Cha-  
mont. Mi madre María Ravachol era tejedora de seda; mi  
padre se llamaba Jean Koenigstein, de nacionalidad  
holandés; su oficio era estirador de metales en una forja  
del pueblo. Este hombre poco después de mi nacimiento,  
se casó con mi madre y siempre me han llamado Francis-  
co Koenigstein, hasta una época anterior á la muerte de él,  
en cuya época fui detenido en Saint Etienne por fabrica-  
ción de monedas falsas, lo que me dió ocasión para cono-  
cer, según parece, que yo no tenía el derecho á llevar otro  
apellido que el de mi madre.

«Yo tenía poco menos de siete años, al Creux, partido de  
Ysreux, cerca de Saint-Chamont, cuando mi padre abando-  
nó mi madre, los cuales no estaban de acuerdo; él se fué  
á su país, en el cual murió un año más tarde, de una pul-  
monía.

«En mi infancia, yo fui un poco á la escuela, pero muy  
poco. Después fui pastor. Yo he pasado en este tiempo  
momentos muy duros por los fríos y la nieve de las mon-  
tañas.

«Solo una vez encontré patronos simpáticos, y son el  
matrimonio Rousset en Greux-sur Loire. Yo me habría que-  
dado gustoso con ellos, pero cuarenta francos por año es  
bien poco.

«Entonces tenía catorce años, entré á trabajar en una  
carbonería en Saint-Chamont, encargado de apartar las  
piedras que salen mezcladas con el carbón, ganando  
quince centavos por día. Después fui en la casa de un cor-



delero, que me daba veinte centavos por día, y despues en la casa de un caldederero, que me pagaba lo mismo. Pero no he podido seguir en esta profesion, porque estaba expuesto á perder el oido, que ya estaba y aun está delicado.

«A los quince años mi madre me colocó como aprendiz de tintorero en la casa de Paterux y Richard, en Saint-Chamont. Entonces yo no eramas que un niño. Estaba todavia muy débil; sin embargo era necesario que yo llevara fardos enormes, los cuales apenas podia moverlos; y esto algunas veces doce y hasta quince horas.

«Cuando llegué á los diez y ocho años, trabajé en casa de Torrnaux, en Creux; allí ganaba cuatro francos por día. Una huelga de tintoreros me hizo trasladar á Lyon, por el pronto, en una casa de tintoreria en negro era el Mont de la Gutte. Despues, en la tintoreria Coron.

«En casa de Coron ganaba cuatro francos y medio, pero pronto el trabajo aflojó y fui despedido de esta casa. Me quedé en Lyon, en la avenida Saxe, buscando trabajo sin encontrarlo. Yo me he visto obligado entonces á venir á Saint-Chamont, donde me coloqué en la metalúrgica Potin. Allí he trabajado por espacio de cinco meses á razon de tres francos por día; de donde me quedé sin trabajo por la crisis del oficio.

«Entonces volví á trabajar en la tintoreria de Saint-Chamont, yendo allí cuando encontraba trabajo y dejándolo cuando no me daban más. Así es que yo he trabajado en casa de Baln, en casa de Coron, en casa de Teindry, en cuya casa he estado tres veces y en la última pasé dos años y medio, hasta que un día fui despedido sin motivo. Entonces tenia poco mas ó menos veinte y tres años.

«Yo no he sido llamado al servicio militar, por lo cual yo me consideraba, y sin duda me consideraban, como hijo de extranjero.

«Saliendo de la casa Teindry, busqué iutilmente trabajo sea en Saint-Chamont, sea en Saint-Etienne. En fin, en esta última villa, he llegado á colocarme en casa de Arsac, ca-



— 13 —

lle Trefillerie, donde estuve empleado solo siete meses. Ganaba cuatro francos por día.

«Habiendo aflojado el trabajo en casa de Arsac, entré en casa de Chambeyron en la Degonière, cerca de Saint-Etienne. Próximamente siete semanas he ganado cuatro francos y quince centavos por día; despues fuí despedido por falta de trabajo. En seguida varias veces he vuelto á entrar en casa de Arsac, con interrupciones causadas por la falta de trabajo. He trabajado despues de eso en casa de Pereille, tintorero en negro, calle de Trois-Menies; despues en la tintoreria Buzelle y de Deschaudon, y en fin en casa Pereille, hasta Enero ó Febrero de 1891, época en la cual me han hecho reposar por la falta de trabajo.

«Vivia en Saint-Etienne en un callejon sin salida, Boreau n. 15. Entonces es cuando, despojado de todo recurso, no encontrando trabajo y exasperado por la miseria, yo maté al ermitaño de Notre-Dame de Grâce.

«En la misma época que no tenia trabajo, practicaba el fraude en Saint-Etienne, pasando alcohol (veinticinco litros por viaje) y tabaco de origen extranjero, por medio de aparatos de hoja de lata, y en cartuchos que se adaptaban á mi cuerpo, debajo de mi ropa. ¡Eso era bien poco productivo!

### Ravachol católico y despues colectivista

«Mi madre era católica y me crió en sus creencias. Sin embargo, sin tener la obligacion, he seguido toda mi juventud voluntariamente frecuentando las iglesias y asistiendo á misa. Crei sinceramente entonces lo que me habian enseñado mi madre y los curas.

«Yo creia en Dios y en una vida despues de la muerte, en la recompensa y en los castigos del infierno.

«En el hogar del campesino, en mi solitaria vida de pastor, mis creencias no habian hecho sino fortalecerse. Hasta

que un día tomé el gusto en la lectura de la obra de Eugenio Sué titulada *El Judío Errante*, y produjo en mí una impresión profunda, pero cuando fui completamente sacado de los errores de mi vida pasada, fué cuando he sentido la voz de Paule Mink en una conferencia anti-clerical, que esta mujer dió en Saint-Chamont.

«Otras lecturas, otras conferencias, y sobre todo una que dió el consejero municipal Chaubert, es lo que ha concluído de abrirme los ojos. Entonces he querido ver que periódico podría encontrar más á propósito para iniciarme; me presentaron el «Proletaire». El primer número que leí, yo me recuerdo bien, tenía la fecha del 18 de Marzo, y contenía una apología de la Comuna. Me interesó en grande manera y me conmovió mucho. He leído continuamente el «Citoyen de Paris», en el año 1881.

«Un tintorero me hizo entrar en un grupo de Estudios sociales en Saint-Chamont. Allí he oído varias veces algunos oradores colectivistas y anarquistas.

«Yo principié por ser colectivista; entonces era refractario á la Anarquía. Pero reflexiones más completas y maduras me han traído poco á poco á la Anarquía. Entonces tenía de veinte y cinco á veinte y seis años.

—

### Ravachol anarquista

«La Anarquía, para mí, era la supresión de todas las causas que dividen á todos los hombres; la supresión, sobre todo, de los intereses individuales; que crean á los hombres malos. Creo firmemente que los hombres, obrando

como quieran, son naturalmente buenos (1) y que el orden renacerá por la desaparición de todas las nulidades

«Esto es ideal.

«¿Por qué medios puede realizarse?

«Evidentemente nosotros somos todavía hoy una minoría. Pero hay dos medios de propaganda á nuestra disposición: la palabra primero y la persuasión cuando es posible.

«Yo soy de tan buena voluntad amante de la discusión que he seguido, propagando la Anarquía, lo que ha motivado mi arrestación. Pero como la palabra no es suficiente, otros medios son necesarios. Es, con sentimiento sin duda, al medio que hay que recurrir, pero es al mismo tiempo con energía; aquí me refiero á los actos de violencia, que ciertamente no transformarán el estado social de la noche á la mañana, pero que tendrán los espíritus despiertos y darán motivo para reflexionar á los satisfechos, turbarán su sueño, su reposo, obligándoles al estudio de las grandes ideas sociales.

«Si los medios estuvieran en nuestras manos, nosotros no recurriríamos, aunque somos minoría á esas violencias para suprimir cualquier mayoría por grande que fuera ante aquellos que llevan la verdad, la evidencia y el bienestar de la humanidad, todos los obstáculos sean cual fueran, deben desaparecer. Después de todo, si quedan algunos hombres, estos por lo menos serán. Los medios que

---

(1)—Aquí dos palabras de explicación: quien no se habrá encontrado con un ingenuo el cual se ha enojado de hombre cuando se le ha hablado de la bondad de los hombres? ¡Es que el tonto no ha comprendido! No se le ha dicho que los hombres son absolutamente buenos ó bonitos ó dulces como almibar! ¡No!

¡Sinó que los hombres no nacen ni buenos ni malos; pero que puedan fácilmente ser lo uno ó lo otro, según el interés que ellos pueden tener.

Según la sociedad actual ellos no pueden ser más que malos; es por eso, que en lugar de gritar como energúmenos que los hombres son bestias, fieras yo me extraño que no sean veinte veces más feroces.

Cuando no hay pienso en el pesebre, los caballos riñen.

¿Somos, á caso, más brutos que los caballos? En efecto es que nosotros tenemos granos..., ó simplemente paja.

La comida nos falta, lo mismo que los vestidos... ¿Por que en el pesebre del rico, hay cincuenta veces más pienso del que en el del pobre?



yo tenía á mi disposicion era limitados, por cuya causa yo he debido limitar mis resoluciones.

«Al punto de vista de la propaganda por el hecho, mi primer acto ha estado intentado próximamente hace siete años, en contra de la casa Sammon en el intermedio de una huelga de cristaleros en Saint-Etienne. Coloqué un cartucho de dinamita en dicha casa, pero la explosion no causó sinó algunos desperfectos insignificantes. Cuando sucedió la condenacion de Decamp y sus compañeros, yo estaba en Saint-Etienne (Ravachol expone aqui los motivos de rabia, conocidos por todo el mundo, en contra Benoit y Belot.)

La concepcion de la idea es puramente mia; si yo he dejado correr seis meses sin realizar, es únicamente porque los medios de ejecucion me faltaban. Cumpliendo con un deber, en mi modo de ver.

«Qué quereis? Uno no vé más que las ideas, los hombres no los conoce. Sin embargo no soy malo de naturaleza, los que me han conocido podrán justificarlo.»

Esta biografia ha sido hecha por el mismo compañero Ravachol. Con la franqueza que le caracterizaba, no cabe duda que sea exacta, mucho más cuando ya estaba condenado á muerte. El Presidente se opuso terminantemente á que Ravachol explicara esto ante el Tribunal despues de condenado, pero no se ha perdido, porque lo publicó el diario mas burgués de Francia «Le Temps» que es de donde la tomamos.





## El anarquista Ravachol

EJECUTADO EN MONTBRISSON EL 11 DE JULIO DE 1892

*Segùn fotografia sacada momento despues de sucumbir  
à una lucha encarnizada  
con los defensores de los burgueses en el café Very*





— 19 —

## EXTRATO

### de la defensa de nuestro compañero Ravachol

---

Tomamos de la *Gazette des Tribunaux* los pasajes siguientes de la defensa que se hizo á sí propio, nuestro compañero Ravachol.

*Presidente*—Se llama V. Koenigstein, pero según informes V. es mas conocido por Ravachol. ¿Es el nombre de vuestra madre?

*Ravachol*—Sí, presidente.

P.—Entonces, puesto que es V. más conocido por ese nombre, en el curso de los debates yo le llamaré Ravachol. Es V. tintorero y residía V. en Saint-Mandé el día que fué V. detenido?

R.—Sí, presidente.

P.—¿Ha sido V. procesado y condenado alguna vez?

R.—Jamás.

P.—Pero los informes de V. dados por la policia son deplorables, muy malos. Aquí consta en un informe de la policia del 11 de Abril de 1892, el cual yo someteré á los jurados, que Ravachol es considerado como monedero falso, hábil contrabandista y malhechor de los más peligrosos.

R.—La policia no puede decir de mi vida más que desde 1891, así es, que no es de muy antiguo que ella me conoce.

P.—Sin embargo, V. ha reconocido ser un contrabandista y monedero falso. V. nos ha contado su vida y de sus explicaciones se deduce y justifica la apreciacion de la policia de Saint-Etienne. Y si á esto añadimos que se os han hallado dos revólvers en vuestros dos domicilios, un frasco

de ácido nítrico, un gran número de objetos para preparaciones químicas, un termómetro de á 200 grados y linternas sordas, V. deberá reconocer que ha sido un detentor de todos esos objetos.

R.—Sí.

P.—¿Tiene V. alguna cosa que decir sobre este punto?

R.—Yo nada.

P.—¿Algunos días antes de vuestro arresto os habeis hecho quitar la barba?

R.—Sí.

P.—Despues de vuestro arresto , no habeis querido responder afirmativamente á ninguna pregunta de cuantas se os han hecho, y solo si habeis declarado, cuando os habeis hallado enfrente de vuestros acusados. Esto será que entonces V. se ha reconocido ser el único autor de las dos explosiones del Boulevard Saint-Germain y de la calle de Clichy?

R.—Sí, es cierto.

P.—Pero hay mas, V. ha hecho historia de su pasado y en esa historia hay *dos hechos* que yo os ruego espongaís con claridad á los señores jurados.

R.—No siendo este juicio competente para juzgar un hecho por el cual no me hallo aquí, no quiero contestarlos ni explicarlos.

P.—En el curso de la instruccion V. ha hablado de ellos espontáneamente.

R.—Es que yo creía que se me habia procesado por ellos.

.....

.....

P.—¿Qué nombre usaba V. cuando llegó V. á Saint-Denis?

R.—Leon Léger.

P.—¿Porqué?

R.—Porque como se me perseguia, en mi interés estaba el ocultar mi verdadero nombre.

P.—¿En qué casa estaba V. de posada en Saint-Denis

R.—En casa de Chaumartin.

— 21 —

P.—¿Le conocia V. yá?

R.—De nombre solamente.

P.—¿Porqué fué V. á casa de ese individuo?

R.—Porque yo sabia que era un compañero y que no me pediria *explicaciones*.

P.—¿Le darian á V. su direccion, hé?

R.—Sin duda, porqué si no me la hubieran dado yo no la habria sabido, (Risas)

P.—¿Quien os la dió?

R.—No me acuerdo, pero aunque así fuera no os lo diria.

.....  
P.—Llegó V. á Paris en el mes de Julio. El proceso de Decamps tuvo lugar en Agosto. ¿Como tuvo V. conocimiento de tal proceso?

R.—Por amigos míos que estuvieron y por los periodicos.

P.—Despues de conocido el resultado del citado proceso ¿cuál fué el sentimiento que á V. le animó?

R.—Un sentimiento de ódio, de cólera, de indignacion hácia los magistrados.

P.—¿Porqué?

R.—Porque el Presidente de aquel tribunal, Benoit, habia obrado con una parcialidad insultante.

P.—Pero si V. no se hallaba en la audiencia?

R.—No importa, lo supe todo.

P.—¿Y para Mr. Bulot?

R.—Para Bulot igualmente que para el otro, ó quizás más ya que fué el que pidió pena de muerte para Decamps, el cual es padre de familia.

P.—Porque un hombre sea padre de familia ha de ser una razon para que el ministerio público no pida la pena de muerte para el que se la merezca?

R.—Es que la opinion de los jurados era contraria.

P.—Entonces fué la actitud y conducta de los magistrados la que exasperó vuestro ánimo?

R.—Y la de la miserable policia tambien.

Despues que Decamps y demás compañeros fueron ar-



restados, y sin mirar su estado fueron miserablemente maniatados y apaleados por los esbirros policías, los que se lanzaron sobre los presos como perros rabiosos, y al tener noticia de estos infames hechos el tribunal, los magistrados aprobaron la conducta *des cochons de la police* y fué por esto que yo me indigné contra Benoity Bulot.

P.—Los señores jurados apreciarán lo expuesto, ¿Y es entonces que V. concibió el deseo de vengarse?

R.—Sí, presidente.

P.—El proceso Decamps fué juzgado el 28 de Agosto, y V. no puso en práctica su proyecto de venganza hasta el mes de marzo. Pero antes de entrar á saber cómo se han pasado estos hechos, ¿quiere V. decirme algo sobre un robo de dinamita en *Sotsy-sous-Etiolles*?

R.—No. Yo no conozco ni sé nada de eso.

P.—¿No tomó parte en él?

R.—No.

P.—¿Usted intentó algo contra el comisario de policía?

R.—Sí. Y ya he dicho antes la causa. Decamps, Dardare y Léveillé habian sido presos y encerrados en el *puesto de la policía*, y los cobardes soldados golpearonlos hasta dejarlos por muertos, teniendo en cuenta que antes y con objeto de que no se defendieran les habían imposibilitado amanillándolos.

P.—¿Halla V. extraño que los agentes sobre los cuales se hace fuego, pongan á sus agresores en la imposibilidad de dañarlos?

R.—Pero no fué en el momento del arresto que esto sucedía, sino más tarde en el cuerpo de guardia, cuando los agentes se arrojaron sobre ellos.

P.—¿Cómo lo sabe V.? ¿Se hallaba V. allí?

R.—Todo el mundo lo sabe. Me recordaba V. antes mi pasado; ¿tambien estaba V. allí? Yo sé comose comportan los agentes; lo sé de verdad por la experiencia.

P.—¿Porqué no realizó V. el atentado de Clichy?

— 23 —

R.—Porqué pensé que sería mejor golpear cabezas más encumbradas.....

P.—¡Cómo! V. que está siempre preocupado en defender á sus amigos de preferencia á V; V. que es 'generoso, porque no lo dijo inmediatamente.

R.—No quise decirlo.

P.—V. dijo en la instruccion que habia querido tratar de matar primero al S. Benoit, á ese efecto llevaba V. un martillo y una pistola,

R.—Si señor.

P.—Despues de la explosion, se encontraba V. con Beala y Simon?

R.—No puedo contestar, no me acuerdo.

.....  
P. — ¿Cuéntenos lo que pasó en el último atentado, el del 27?

R.—Almorzé y con la maleta en mano, me puse en camino.

P.—¿Qué hora sería?

R.—Las seis y veinte.

P.—¿Qué llevaba V. en su maleta?

R.—Dinamita, sebastina, pólvora, pistones para cebar.

P.—¿Era una máquina espantosa?

R.—(Con aire burlon): así, sí!

P.—Siga V.

R.—Tomé el omnibus, bajé un poco antes de la calle de Berlin, abrí la maleta en la vereda, la tomé por las dos asas y entré, subí al segundo piso, deposité la maleta y prendí fuego á la mecha. Algunos cartuchos se habian salido de su lugar y corria un verdadero peligro al prender fuego. Solo una chispa de un fósforo y volaba con la casa; pero, no iba á irme, despues de haber venido hasta ahí sin hacer lo que me habia propuesto.

He ahí todo.

P.—¿Cual era lo largo de la mecha?

R.—Tenia noventa centímetros de largo.

P.—La explosion se produjo: ¿Supo V. de seguida cuales habian sido los resultados?

R.—No; lo supe por los diarios.

P.—V. ha sabido que 5 personas habían sido heridas; que la casa estaba en un estado espantoso, que la escalera se había undido.

R.—Supe todo por los diarios. Antes de irme había tomado el omnibus de Batignolles. Jardin des Plantes que pasa por la calle Clichy para juzgar el efecto de la explosión; pero, justamente el omnibus no pasó por delante de la casa.

P.—¿Fué V. á almorzar?

R.—Sí.

P.—En una fonda que ha quedado tristemente célebre, el restaurant Very. ¿Habló V. con el mozo?

R.—Sí, se quejaba del servicio militar.

Pensé que algo se podía sacar de él,

Si amamos propagar las ideas de justicia; y, cuando encontramos a gente ignorantes, buscamos á instruirlos.

P.—¿Le ha convertido V. á sus ideas?

R.—Hay que creer que no.

P.—Tendría V. quizás la intención de sostener esas teorías delante del Jurado.

R.—Ciertamente que sí.

P.—Lo hará V. si quiere, no discutiré con V. no le convertiría probablemente y V. menos á mi.

R.—Pero V. no está solo aquí.

.....  
El interrogatorio queda concluído; el presidente pregunta á Ravachol:

¿Tiene V. algo que decir?

R.—Tengo que decir los motivos que me han impulsado. Son:

1º Porque el señor Benoit había sido demasiado parcial cuando el jurado, en el asunto Decamps-Dardare había pedido el minimum, el señor Benoit ha levantado la pena maximum.

2º Porque no puso atención á las violencias ejercitadas por los agentes: No les dieron siquiera agua para lavar las



**llagas de las heridas.** En cuanto al señor Bulot, había pedido la pena de muerte para Decamps que es padre de familia. He querido hacer comprender á todos los que tienen que aplicar penas, que en adelante era necesario fuesen mas moderados. En cuanto á las víctimas inocentes lo siento. En este mismo momento acaso no tengo el dolor de ver en el banco de los acusados á personas que gozan de toda mi simpatía y que se encuentran solo ahí porque me han conocido. La anarquía es una gran familia en la cual el más débil será protegido por todos. ¡Reflexionad!

Y bien, no he titubeado delante de los medios á emplear para traer el triunfo de esas bellas ideas. Quería terrorizar para llamar la atención sobre nosotros los verdaderos defensores de los oprimidos. He dicho.

P.—Espera V. de mí que le refute (ó conteste)?

R.—Oh! no.

P.—La haré solamente una última pregunta. V. ha declarado en la instrucción que en el momento de su arresto, le quedaban aun 270 ó 300 cartuchos. Le he preguntado en la conserjería donde los había depositado. No ha querido contestar. Le repito mi pregunta.

R.—No lo diré.

El señor fiscal general—Para que uso estaba destinada la estricnina que se encontró en su cuarto?

R.—Eso, era para un caso imprevisto.

F.—¿Sería también para terrorizar con un fin humanitario?

R.—No había pensado en eso.

F.—¿Entonces porque tenía V. ese veneno?

R.—Era una sustancia muy peligrosa, podía serme útil tenerla á mi disposición.

F.—Era una reserva por si acaso.

R.—Si, constituía una reserva.

.....  
 Vienen luego los interrogatorios de los demás compañeros y para terminar las conclusiones del fiscal. El veredicto, lo conocemos: fué saludado por Ravachol con el grito de:

*¡Viva la Anarquía!*

## Declaraciones de Ravachol

---

Si tomo la palabra, no es para defenderme de los actos de que se me acusa, porque solo la sociedad que, por su organizacion, pone á los hombres en continua lucha unos contra otros, es la responsable. En efecto, ¿no se ven hoy en todas las clases y funciones, personas que desean, no diré la muerte porque esto suena mal al oído, pero si la desgracia de sus semejantes, cuando eso puede proporcionarles beneficios? Ejemplo: ¿no hace un industrial votos continuos para que desaparezca su competidor? ¿no quisieran todos los comerciantes en general, y esto reciprocamente, estar solos en disfrutar las ventajas que les puede reportar esa clase de ocupacion?

¿Para obtener trabajo, no desea el obrero desocupado que se presente un motivo cualquiera para que el que trabaja sea despedido del taller? Pues bien: en una sociedad donde se producen hechos de esa especie no hay que extrañarse cuando sucedan tambien actos del género de los que se me reprocha, las cuales no son sino la consesuencia lógica de la lucha para la existencia á que estan condenados los hombres, obligados á emplear toda clase de medios para poder vivir en esta sociedad tan mal organizada. Y puesto que cada cual procura para sí, ó mejor dicho uno contra todos y todos contra uno, aquel que está en la miseria se ve forzado á pensar.

¡Pues bien! Ya que esto es así, yo no he titubeado cuando he tenido hambre en emplear los medios á mi disposicion, corriendo el riesgo de hacer víctimas. Además ¿se inquietan los patronos de la condicion de sus operarios cuando los despiden de la fábrica ó taller? ¿Se ocupan aquellos que disponen de lo supérfluo de si hay gentes que no tienen lo absolutamente indispensable para vivir?

## — 27 —

Es verdad que hay algunos ricos que dan ó prestarán socorro, pero son impotentes para remediar á tantos necesitados y que mueren prematuramente, á consecuencia de privaciones de toda clase, ó, voluntariamente por los suicidios de todo género, para poner fin á una existencia miserable, y no tener que soportar los rigores del hambre, las vergüenzas, las humillaciones innumerables á las que no tiene esperanza en ver terminar.

Así lo han hecho la familia Hayem y la pobre mujer Souhein, que ha dado muerte á sus hijos para no verles por más tiempo padecer las torturas del hambre, y todas las mujeres que, en el temor de no poder alimentar un hijo, no vacilan en comprometer su salud y su vida, destruyendo aun en sus entrañas al fruto de sus amores.

¡Y todas esas cosas pasan en medio de la abundancia de todas especies de productos!

Se comprendería que esto tuviera lugar en un país donde los productos fueran escasos. Pero en Francia, ¡donde reina ya abundancia, donde las carnicerías están cubiertas de carnes, las panaderías de pan, los vestidos y el calzado están apretados hasta no haber más en las tiendas, donde se pudren los alimentos en los almacenes por no poder comprarlos ni consumirlos los necesitados trabajadores que los han creado, donde hay tantas habitaciones deshabitadas!

¿Como admitir que todo está bien en la sociedad, cuando se vé lo contrario de una manera tan clara?

Hay gentes que lamentarán todas estas víctimas, pero dirán que no pueden remediar nada.

¡Que cada uno se arregle como pueda!

El que trabajando le falte lo necesario, ¿que quede hacer cuando se queda sin trabajo? ¡No tiene otro recurso que morirse de hambre! Después se dirigirán cuatro palabras de compasión sobre su cadáver. Eso, yo lo he dejado para otros. He preferido hacerme contrabandista, monedero falso, ladrón y asesino. Habría podido mendigar; pero no hasta esto, que es degradante y cobarde, está prohibido y casti-



gado por vuestras leyes, las que hacen un delito de la miseria.

Si todos los necesitados, en lugar de esperar, tomarán de allí donde hay, no importa por cuales medios, los satisfechos comprenderían, tal vez mas pronto, que corren peligro a querer perpetuar el estado social actual, en el que la incertidumbre es permanente y la vida amenazada á cada instante.

Se acabará, indudablemente, más pronto, por comprender que los anarquistas tienen razon cuando dicen que, para disfrutar de la tranquilidad moral y física, es necesario destruir las causas que engendran los crímenes y los criminales. No es suprimiendo al que antes de morir lentamente á causa de las privaciones sufridas y por sufrir, sin esperanza de jamás acabar, prefiere, si tiene un poco de energia, tomar violentamente lo que pueda asegurar su bienestar aun con el peligro de su propia vida, lo único que pueda dar término á sus sufrimientos.

Hé aquí porqué he cometido los actos que se me reprochan y que no son sino la consecuencia lógica del estado bárbaro de una sociedad que no hace sino aumentar más el número de víctimas con el rigor de sus leyes, que castigan los efectos sin jamás tocar las causas.

Se dice que es preciso ser cruel para dar muerte á su semejante, y los que así hablan no ven que, cuando uno toma tal resolucion es para evitar la muerte de si propio.

Vosotros mismos, señores jurados, que, sin duda vais á condenarme á la pena de muerte, porque creereis que esto es una necesidad y mi desaparicion será una satisfaccion para vosotros, los que teneis horror de ver correr sangre humana, pero que, cuando creéis útil verirla para seguridad de vuestra existencia no vacilareis tanto como yo en hacerlo con la sola diferencia de que vosotros lo hareis sin correr ningun riesgo, mientras que yo, al contrario, obraba con peligro de mi libertad y mi vida.

Con que señores, ya no hay criminales para juzgar, pero si las causas de los crímenes a destruir. Creando los artí-

culos del Código, los legisladores se han olvidado de atacar las causas, atacando simplemente los efectos, y entonces, de ningun modo han destruido el crimen; en verdad, existiendo las causas, siempre los efectos serán su consecuencia.

Habrá siempre criminales, y aunque hoy os deshagais de uno, mañana nacerán diez. ¿Qué hacer entonces? Destruir la miseria, que es el gérmen del crimen, asegurando á cada uno la satisfaccion de todas sus necesidades. ¡Y cuan fácil es realizar esto! Bastaria establecer la sociedad sobre nuevas bases, en la que todo fuera en común, y cada cual, produciendo según sus aptitudes y sus fuerzas, pudiera consumir segun sus necesidades.

Entonces, no habría más gentes, como el ermitaño de Notre-Dame y otros que mendigasen un metal del que se tornan esclavos y víctimas! No se verian más mujeres ceder su cuerpo, como vulgar mercancia, á cambio de este mismo metal, que nos impide, muchas veces, reconocer si la afeccion es sincera. No mas, se verian hombres como Pranzini, Prado, Berland, Anastay y otros que, siempre, para obtener este mismo metal, ¡llegan á dar muerte á otros! Esto demuestra claramente que la causa de todos los crímenes, en todos los casos, es la misma, y que es preciso ser verdaderamente insensato para no verlo.

Sí; lo repito: es la sociedad que hace los criminales, y, vosotros, jurados, en lugar de castigarlos, deberiais emplear vuestra inteligencia y vuestras fuerzas para transformar la sociedad. De una vez suprimiriais todos los crímenes, y vuestra obra, atacando las causas, seria más buena, más grande y más fecunda, que no vuestra *justicia*, que se entretiene castigando los efectos.

No soy sino un obrero, sin instruccion; pero por haber vivido la vida de los miserables, sé mejor que el rico burgués la iniquidad de vuestras leyes represivas.

¿De donde os viene el derecho de matar y encerrar á un hombre que, puesto en la tierra, con la necesidad de vivir, se ha visto en el caso de tomar lo que le faltaba para alimentarse?

Yo he trabajado para vivir y poder hacer vivir los míos, y en tanto que ni yo ni los míos no hemos sufrido hasta el colmo, he sido lo que vosotros llamais un hombre honrado. Despues, el trabajo me ha faltado, y en esto ha venido el hambre. Entonces esta gran ley de la naturaleza, esta voz imperiosa que no admite réplica, el *instinto de conservacion*, me obligó á cometer ciertos crímenes y delitos que vosotros me echáis en cara, y de los que me confieso ser el autor.

¡Juzgadme, señores jurados! Pero, si me habeis comprendido, juzgándome, juzgais tambien á todos los desgraciados que la miseria, junto con la natural dignidad han hecho criminales. Los que la riqueza, el bienestar mismo les habia hecho gentes honradas! ¡Los que una sociedad inteligente les habría hecho personas como todas las demás.



Ravachol remitió á su defensor, M. Legasse, el texto de una declaracion que queria hacer al final de la exposicion de sus doctrinas, pero que el consejero Darrigrand le impidió dar lectura.

Hela ahí:

Yo deseo que los jurados que me han condenado á muerte lanzando al desespero á los que me han conservado su afeccion, lleven en su conciencia el recuerdo de su sentencia con tanta firmeza y corage como yo llevaré mi cabeza debajo la cuchilla de la guillotina.

Firmado: *Koenigstein-Ravachol.*





## “LA EXPROPIACION”

**Grupo de Propaganda comunista anárquica**

*Suscripciones recaudadas — Publicación núm. 4*

Un gniaiff ps. 1,00—La propiedad es un robo 0,50,—Un charpentier 0,50,—Adelante por la anarquía 0,50,—A. R. 0,20,—Un confitero 0,70,—Un tiro que me den 0,20,—Cucu fato 0,40,—E. Champion 1,00—Courage camarade, á la dinamite 6,00 — Un aficionado de explosion 0,50—C.... M.... anarquiste 0,50—Un explotado 0,20—Adelante por la anarquía 0,20—Un mártir de la semilla 0,50—Viva Caserio 0,50—Miguel Sans 0,20—Una compañera por la lectura (Como nos diezman) 0,50—Otra compañera por lo mismo 0,60—Un aceitero 0,40—F. U. 0,60—Giordano Bruno 1,00 — Barracas. reunion del 5 de Mayo 2,50 — De una lista antigua del Paraguay 4,60 — Uno que aun no se considera ser racional 0,20—Uno que le gusta la igualdad 0,50—Un cometa 0,80 — Un folleto 0,20—Del Rosario del 5 de Mayo 4,80—y un vaso de vino 1,00—Portet 0,50 — Luis Dem. 0,50—Antonio Fontana 0,50—Caridad 0,25—Un amante de la filosofía 0,25 —M. M. y M. G. 1,00—Un acrata 0,50—«El Iris» 1,00—Yo 0,50—Como nos diezman 0,35—Yo 0,50—Por la comunidad 1,00—Uno que no quiere morir 0,15 —Antonio Focolio 1,00—Sobranse de copas 0,95—Un manchego 0,75 — Manuel Castañeda el malagueño 0,25—A. R. 0,50—Un anarquista 0,50—Grupo Los Decididos de Almagro—Lo que le dé la gana 0,50 — Un ambriento 0,25 — Como siempre 0,25—D. M. 0,30—Un rengó 0,20—Un vigilante de la (28) 0,20—Cualquiera cosa 0,20—kiosco 11 - 0,50—D. M. 0,30—Un vigilante de la (28) 0,25—Un rengó 0,25—Carnabal 0,10—2 Desheredados 0,20—Para el déficit del folleto Como nos diezman La Verdad 0,50—Un obtour 0,25—Uno de toubia 0,20—R. M. 0,50—D. M. 0,50—Dr en papas 0,20—Un madrileño 0,30—Un asturiano 0,20 —Uno que toca la guitarra 0,30—Un dinamitero 0,25—Un jóven 0,50—Un aburrido 0,50—De uno que ya no sueña á Europa 0,50—Uno que admira á Henry 0,50—De curtro amigos 2,00—N. A. 0,50—Un Yenois 1,00—Medina 0,50—Mueran los tiranos 0,50—aguila negra 0,50—Muerte á la burguesia 0,50—Eugenio Cham—1,00—Bertedi 0,20—Califa 0,25—Bubio 0,50—J. O. 0,20—Un capista 0,19—Zapatero súcio 0,10—De Montevideo Uno que desea dar un barenó á la burguesia 0,20—Maldito sea el nombre de Dios que por ese vil misterio ha reducido á millares de infelices á la miseria y al trabajo perpétuo 0,30 — Uno que lucha por la causa hasta contra todos los diablos 1,00—Uno que destruye el capital 0,50—El Intransigente 0,50—Total ps. 2,50 oro. — Reducido á ps. mju 8,85—Sage Gu Gus 1,00—Del Rosario 1,60 — Grupo de doctores en tierra romana 2,70—Rañal Albizu 0,50—Expropiacion 0,25—Sobrante 0,30—I. C. C. 5,00

|                            |           |
|----------------------------|-----------|
| Total General              | ps. 77.49 |
| Tiraje de 5,000 ejemplares | “ 175.00  |
| Gastos de correo           | “ 13.92   |
| Déficit anter or           | “ 67.14   |
| Déficit de este folleto    | “ 178.57  |

Llamamos la atención de los compañeros sobre el *déficit* en que hemós incurrido con la publicación del presente folleto. Para repararlo y poder dar en breve á la luz otro opúsculo, es necesario que los que simpatizan con nuestra iniciativa no se censan de abrir por todos lados suscripciones voluntarias. De esta manera solamente podremos realizar la idea de publicar un opúsculo mensual. Pues, voluntad compañeros, y que nuestros esfuerzos no queden infructuosos—*Los iniciadores.*

## PERIÓDICOS ANÁRQUICOS EN CURSO DE PUBLICACION

*El Perseguido*—Dirección: B. Salbans—Casilla de correos núm. 1120. Buenos Aires

*La Question Sociale* — Revista mensual: redactada en italiano y español.— Dirección: calle Corrientes 2039, Buenos Aires.

*La Verdad*—Dirección: T. Carlos—casilla de correos 223, Rosario de Santa Fé.

*La Anarquía*—Dirección: J. Rojo—calle 7 núm. 576. La Plata.

*El Derecho á la vida*—Dirección: casilla de correos 305—Montevideo.

### FOLLETOS

Entre campesinos, contiene el himno y preciosas milongas anárquicas.

—Declaraciones de Etievant.

—A mi hermano el campesino.

—A las hijas del pueblo.

—Como nos Diezman.

—Aparecerá próximamente el folleto titulado *La Anarquía en la evolución socialista* por KROPOTKINE.

Hacemos notar á los compañeros que la propaganda de este grupo depende de la ayuda pecuniaria y la actividad de todos los que simpatizan con sus publicaciones.

Siendo nosotros Anarquistas Comunistas y por consiguiente contrarios á todo sistema de venta, aunque ésta sea para la propanda, ponemos nuestras publicaciones á disposicion de todos los trabajadores, y contamos con la cooperacion de:

*cada uno segun sus fuerzas,*

Asi los que sienten la necesidad de hacer propaganda, pueden pedir los ejemplares que quieran que nosotros les mandaremos tambien *segun nuestras fuerzas.*

Las cantidades recolectadas vendrán anotadas, asi como los gastos de imprenta y correo en los mismos folletos.

Queda abierta una suscripcion permanente á favor del grupo *La Expropiacion.* Cuanto más fuerte sea la solidaridad de los compañeros, tanto más publicaciones se harán y mayor será la propaganda.

*Los iniciadores,*



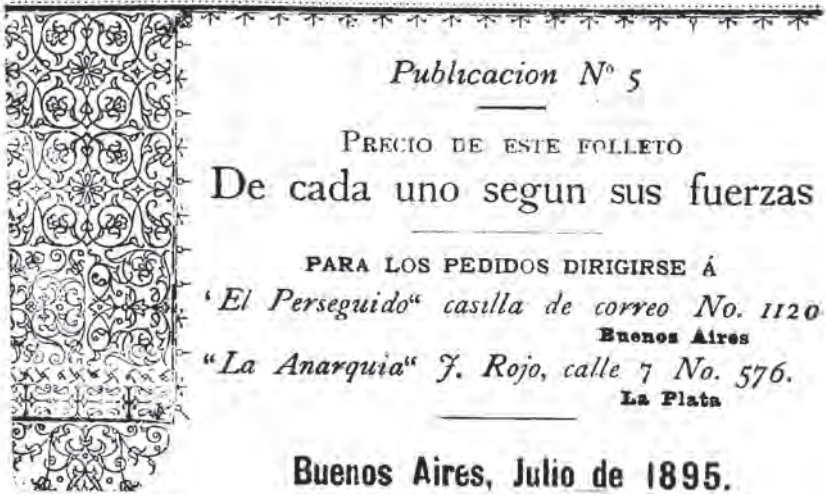
# LA EXPROPIACION

GRUPO DE PROPAGANDA  
COMUNISTA ANARQUICA

## LA ANARQUIA

EN LA EVOLUCION SOCIALISTA

Conferencia dada en Paris por P. Kropotkine.



*Publicacion N° 5*

PRECIO DE ESTE FOLLETO

De cada uno segun sus fuerzas

PARA LOS PEDIDOS DIRIGIRSE A

*'El Perseguido'* casilla de correo No. 1120

Buenos Aires

*'La Anarquia'* J. Rojo, calle 7 No. 576.

La Plata

Buenos Aires, Julio de 1895.





# La Anarquía

## EN LA EVOLUCION SOCIALISTA

### Ciudadanas y ciudadanos

Seguramente os habreis preguntado muchas veces; ¿cual es la razon de ser la Anarquía? ¿Porque entre tantas otras escuelas socialistas venir á fundar todavia una escuela mas; la escuela Anárquica?

A esta pregunta voy á contestaros. Y para mejor poderlo hacer, permitídmeme trasportarme al fin del siglo pasado.

Vosotros todos sabeis lo quo ha caracterizado esta época. El ensanche del pensamiento, el desenvolvimiento prodigioso de las ciencias naturales; la crítica despiadada de las preocupaciones recibidas; los primeros ensayos de una esplicacion de la naturaleza sobre bases verdaderamente científicas, de observacion, de experiencia, y de razonamiento.

De otra parte, la crítica de las instituciones políticas legadas á la humanidad por los siglos precedentes, la marcha hacia este ideal de Libertad, de Igualdad y de Fraternidad que, en todos los tiempos ha sido el ideal de las masas populares.

Trabado en su libre desenvolvimiento por el despotismo, por el egoismo estrecho de las clases privilegiadas, este movimiento, apoyado, favorecido al mismo tiempo por las esplosiones de las cóleras populares, engendró la gran

Revolucion que tuvo que abrirse paso en medio de miles y miles de dificultades interiores y exteriores.

La Revolución fué vencida; pero sus ideas quedaron.

Perseguidos, menospreciados en primer lugar, han venido á ser la contraseña de todo un siglo de evolucion lenta. Toda la historia del siglo XIX se resume en el esfuerzo de poner en práctica los principios elaborados al fin del siglo pasado. Esta es la suerte de todas las revoluciones. Aunque vencidas, ellas dan la señal de la evolucion que las sigue.

En el órden político, estas ideas son: la abolicion de los privilegios de la aristocracia, la supresion del gobierno personal, y la igualdad ante la ley. En el órden económico, la Revolución proclama: la libertad de las transacciones.

\* Todos, cuantos seáis sobre el territorio — dice ella — comprad y vended libremente. Vended vuestros productos — si podeis producir; y si no teneis para esto las herramientas necesarias, si no teneis mas que vuestros brazos para vender, vendedlos, vended vuestro trabajo á quien dé mas: ¡El Estado no os lo impedirá! ¡Luchad entre vosotros empresarios! Nada de favor para ninguno. La solucion natural se encargará de matar á aquellos que no esten á la altura de los progresos de la industria, y de favorecer á los que tamaran los adelantos.\*

Ved aqui al menos *la teoria* de la Revolución del tercer Estado. Y si el Estado interviene en la lucha para favorecer los unos en detrimento de los otros — es lo que se ha visto, cuando se han discutido los monopolics de las compañías mineras y de los caminos de hierro,—esto será considerado por la escuela liberal como una desviacion sencible á los grandes principios de la Revolución, un abuso que reparar.

¿El resultado?—desgraciadamente vosotros lo conoceis demasiado ciudadanas y ciudadanos reunidos en esta sala. La opulencia ociosa para algunos, la incertidumbre del mañ na y la miseria para el mayor número. Las crisis, las guerras por la dominacion sobre los mercados; los dispen-



## — 3 —

**dios locos de los Estados para procurar salidas á los empresarios de industria.**

Es que al proclamar la libertad de las transacciones fué descuidado por nuestros padres, un punto esencial. No porque no lo hayan vislumbrado; los mas perpicaces los han aclamados en sus votos, pero no osaron realizarlo. Es que al proclamar la libertad de las transacciones, es decir; la lucha entre los miembros de la sociedad, esta no ha puesto en presencia elementos de fuerzas iguales; y los fuertes armados para la lucha, con el refuerzo de la herencia paternal, triunfaron de los débiles. Los millones de pobres al hacer frente á los ricos, debian fatalmente sucumbir.

¡Ciudadanas y Ciudadanos! ¿Os habreis hecho esta reflexión: De donde viene la fortuna de los ricos? ¿Será de su trabajo? Esto seria una mala broma en decirlo. Admitamos que el señor Rothschild haya trabajado toda su vida.

Mas, vosotros tambien cada uno de los trabajadores presentes habeis trabajado. ¿Porqué entonces la fortuna del señor Rothschild se enumera por centenares de millones, y la vuestra por tan poca cosa?

La razon de esto es bien simple. Es que vosotros os habeis aplicado á producir, mientras que el señor Rothschild se ha ocupado en recojer el fruto del trabajo de los otros. Eso es todo.

« ¿Pero, como es esto, se me dirá, que se haya encontrado millones de hombres dejando á los Rothschild y á Mackay acaparar el fruto de sus trabajos? » La respuesta es sencilla: ¡es que no podian hacerlo de otro modo, puesto que ellos eran miserables!

En efecto, imaginaos una ciudad, en la cual todos sus habitantes—con la condicion de producir cosas útiles para todos—encuentran la posada, el vestido, el alimento, y el trabajo asegurado; y suponed que en esa ciudad desembarca un Rothschild, portador de un barril de oro.

Si gasta su oro, el barril se aligerará rapidamente. Si

— 4 —

le cierra bajo llave, no desbordará, porque el oro no crece como habichuelas y, al fin del año, nuestro Rothschild no hallará en caja 110 esterlinas si no ha puesto mas que cien.

Y si él hace construir una fábrica y propone á los habitantes de la ciudad de trabajar en dicha fábrica á razon de cinco francos por dia mientras que ellos producirán por diez, se le responderá: « ¡ Señor; aquí entre nosotros, no encontrará ninguno que quiera trabajar en estas condiciones! Que vaya á otra parte donde encuentre una ciudad de miserables que no tengan trabajo asegurado, ni vestido ni pan y que consienten en darle la parte del leon en sus productos de sus trabajos, bastándoles lo poco que les quiera dar para comprar pan. ¡Que vaya donde hay hambrientos! ¡Allí hará fortuna!»

El origen de la fortuna de unos cuantos es vuestra miseria! ¡Que no haya miserables y entonces no habrá millonarios!

He aquí, lo que la Revolucion del siglo pasado no ha sabido ó no ha podido realizar. Ella puso en presencia á los *ex-siervos*, los hambrientos y descamisados de una parte, y de otra parte los que ya estaban en posesion de fortunas. Ella les dijo: « ¡Luchad!» y los miserables sucumbieron. No poseian fortunas; pero poseian algo mas precioso que todo el oro del mundo—sus brazos. Y esos brazos—fuente de todas las riquezas—fueron sujetados por los ricos.

Y hemos visto surgir esas inmensas fortunas que son el trecho característico de nuestro siglo. Un rey del siglo pasado, « el gran Luis XIV » de los historiadores asalariados jamas habia osado soñar la fortuna de los reyes del siglo XIX, los Vanderbilt y los Mackay.

Y de otra parte hemos visto al miserable obligado de más en más á trabajar para otros; el productor por su propia cuenta, desapareciendo; cada dia mas estamos nosotros todos condenados á trabajar para aumentar la fortuna de los ricos.

## — 5 —

Se ha procurado evitar estos desastres; diciendo: Demos una instruccion igual para todos; se ha extendido la instruccion. Se han mejorado las máquinas humanas, pero esas máquinas instruidas, trabajan siempre para enriquecer á los otros. Tal sabio ilustre, tal novelista de renombre, á pesar de toda su instruccion, todo su talento, es todavia la bestia de carga del capitalista.

Podrá mejorarse la bestia por la instruccion, pero la explotacion, queda.

Se ha venido despues hablar de asociacion; pero se ha apercebido que ni asociando sus miserias, los trabajadores podrian hacer frente al capital. Y aquellos mismos que alimentaban mas ilusiones en ese sentido han tenido que venir al socialismo.

Tímido en sus principios, el socialismo habló en primer lugar en nombre del sentimiento, de la moral cristiana.

Hubo hombres profundamente imbuidos de las partes morales del cristianismo — restos de moral humana conservados por las religiones — que vinieron á decir: «¡El cristiano no tiene derecho de explotar á sus hermanos!» Pero se burla de ellos, diciendo: «¡Enseñad al pueblo trabajador la resignacion del cristianismo, decidle que en nombre del Cristo, el obrero debe presentar la mejilla izquierda a quien le haya pegado en la derecha — y sereis los bienvenidos! ¡En cuanto á los sueños igualitarios que todavia encontrais en el cristianismo, idos á meditar vuestros hallazgos en las cárceles!»

Mas tarde, el socialismo habló en nombre de la metafisica gubernamental. Puesto que el Estado, (decia él) «tiene sobre todo la mision de proteger los débiles contra los fuertes, su deber es de subvencionar las asociaciones obreras. Solo el Estado puede permitir á las asociaciones de trabajadores, luchar en contra del capital y oponer á la explotacion capitalista el campo libre de los trabajadores aprovechando el producto integral de sus trabajos». A esto la burguesia contestò con la metralla de Junio del 48.

Y solamente veinte ó treinta años despues, cuando las



## — 6 —

masas populares fueron convidadas á entrar en la Asociación Internacional de los trabajadores, el socialismo habló en nombre del pueblo; entonces solamente elaborándose poco á poco en los congresos de la gran Asociación, y mas tarde en sus continuadores llegó á esta conclusion:

«Todas las riquezas acumuladas son productos del trabajo de todos—de toda la generación actual y de todas las generaciones precedentes. Esta casa en la cual estamos reunidos en este momento, tiene valor únicamente por estar situada en Paris, esta ciudad soberbia donde las labores de veinte generaciones se han venido á sobreponer. Transportada en las nieves de la Siberia, el valor de esta casa seria casi nulo.

Esta máquina que habeis inventado y privilegiado tiene en sí la inteligencia de cinco ó seis generaciones; no tiene otro valor que como parte de este inmenso *todo* que llamamos la industria del siglo diez y nueve. Transportais vuestra máquina de hacer blonda en el medio de los Papuas de Nueva Guinea y allí su valor será nulo. Este libro en fin, esta obra de génio que habeis hecho, os desafiamos, génio de nuestro siglo, á que nos digais cual es la parte de *vuestra* inteligencia en vuestras soberbias deducciones! ¿Los hechos? Toda una generación ha trabajado en acumularlos. ¿Las ideas? estas pueden ser la locomotora surcando los campos quien os las habrá sugerido. ¿La belleza de la forma? esta la habeis encontrado talvez admirando la Venus de Milo ó la obra de Murillo. Y si vuestro libro ejerce alguna influencia sobre nosotros, es debido al conjunto de nuestra civilizacion.

¡Todo es de todos! Y desafiamos á cualquiera que sepa decirnos cual es la parte que toca á cada uno en las riquezas. He aquí un inmenso surtido de herramientas que el siglo diez y nueve ha creado; aquí millones de esclavos de hierro que llamamos máquinas que cepillan y sierran, tejen é hilan para nosotros, que descomponen y recomponen la materia primera, y hacen las maravillas de nuestra época. Nadie tiene el derecho de ocupar ninguna de estas

## — 7 —

máquinas y ni decir á los otros: «Esto me pertenece; si os quereis servir de esta máquina para producir me pagareis un tributo sobre cada cosa que producireis», — como tampoco el señor de la edad media tenia el derecho de decir al labrador: Esta colina, este prado son míos, y me pagareis un tributo sobre cada gavilla de trigo que cosecheis, sobre cada haz de heno que amontonareis.

¡Todo es de todos! Y con tal que el hombre y la mujer aporten su cuota parte de trabajo para producir los objetos necesarios, tienen derecho á su cuota parte de todo lo que se haya producido por todos!

## II

Sí. Todo es de todos. Y con tal que el hombre y la mujer aporten su cuota—parte de trabajo para producir los objetos necesarios, tienen derecho á su cuota—parte de todo lo que será producido por todos.

Pero dirán Vdes.: ¿Esto es el Comunismo? Sí, es el Comunismo; pero el Comunismo que habla, no en nombre de la religion, no en nombre del Estado, pero sí en nombre del pueblo.

Desde hace cincuenta años un formidable despertamiento se ha producido en la clase obrera. El respeto de la propiedad privada se va. De mas en mas el trabajador se acostumbra á considerar la fábrica, el ferro-carril, la mina, no como un castillo feudal perteneciendo á un señor, sino como una institucion de utilidad pública, que todos tienen derecho de registrar.

La idea de posesion comuna no ha sido elaborada, de deduccion en deduccion por un pensador de gabinete. Es el pensamiento que se desarrolla en los cerebros de las masas obreras. Y cuando la revolucion que nos reserva el fin de este siglo habrá llevado el desorden al campo de los explotadores, vereis que la gran masa popular pedirá la Expropiacion y proclamará su derecho á la fábrica, á la manufactura, á la locomotora y al vapor.

Tanto el sentimiento de inviolabilidad del interior, del *en su* hogar, se ha amplificado durante la segunda mitad de nuestro siglo, tanto el sentimiento del *derecho colectivo* á todo lo que sirve á la producción de las riquezas se ha amplificado en las masas. Es un hecho; y cualquiera que quiera vivir, como nosotros, de la vida popular y seguir su desenvolvimiento, convendrá que esta afirmacion no es mas que un fiel resumen de las aspiraciones populares.

Si, la tendencia del fin del siglo XIX es al Comunismo; no al Comunismo de convento ó de cuartel predicado en otro tiempo, sino al Comunismo libre, que pone á la disposicion de todos, los productos cosechados ó fabricados en comun, dejando á cada uno la libertad de consumirlos como le guste, en su hogar.

Es la solución mas accesible á las masas populares, la solución que el pueblo reclama en las horas solemnes. En el año 1848, la formula: «De cada uno segun sus facultades á cada uno segun sus necesidades» ésta fué la que mas ingresó al corazón de las masas. Si ellas aclaman la República, el sufragio universal, es porque esperan encontrar el Comunismo al fin de la etapa. Y en 1871, cuando en Paris sitiado, el pueblo quiso hacer un supremo esfuerzo para resistir al invasor ¿que reclamaba? ¡El racionamiento!

El amontonamiento de todos los viveres y la distribución segun las necesidades de cada uno. La toma al monton de lo que hay en abundancia, el racionamiento de los articulos que pueden escasear; es la solución popular. Ella se practica cada dia en las campañas. En tanto que haya prados suficientes,—¿cual es la Comuna que piensa en limitar el uso? —Cuando la leña chica y las castañas están en abundancia,—¿cual es la Comuna que rehusa á los comunistas de llevar lo que necesitan?

Y cuando la leña gruesa empieza á faltar ¿que es lo que el campesino introduce? ¡Es el racionamiento!

Quando los articulos abundan, se toman del monton; y cuando la produccion es reactiva se raciona segun las ne-



— 9 —

cesidades, dando la preferencia á los niños y á los ancianos á los débiles en una palabra.

Y, lo todo,—consumido no en la *marmita* (olla) social, pero en su hogar, según los gustos individuales, en compañía de su familia y de sus amigos. Esto es el ideal de las masas del cual nos hemos hecho eco

Pero, no basta decir «¡Comunismo, Expropiación!» Aun es preciso saber á quien incumbiría la gerencia del patrimonio comun, y es sobre esta cuestion que las escuelas socialistas se encuentran sobre todo divididas; unas queriendo el Comunismo autoritario, y nosotros declarándonos francamente por el comunismo anárquico.

Para estudiar las dos escuelas, volvamos aun otra vez á nuestro punto de partida,—la Revolucion del siglo pasado.

Al derribar la dignidad real, la Revolucion proclamó la soberania del pueblo. Pero por una inconsecuencia, todo natural de esta época, ella proclamó, no la soberania en permanencia, sino la soberania intermitente, ejerciéndose á ciertos intervalos solamente, para la nominacion de diputados que son reputados como representantes del pueblo. En el fondo, la Revolucion ha espiado sus instituciones sobre el gobierno representativo de Inglaterra.

Se ahogó la Revolucion en sangre, y no obstante, el gobierno representativo ha sido el santo y seña en Europa. Toda Europa, excepto la Rusia, lo ha ensayado bajo todas las formas posibles, desde el gobierno censatario hasta el gobierno directo de las pequeñas repúblicas de Helvecia.

¡Pero cosa estraña! á medida que no sa proximabamos al gobierno representativo ideal, nombrado por el sufragio universal completamente libre, le descubriamos los vicios esenciales. Comprobabamos que este modo de gobierno peca por la base.

¿No es absurdo en efecto el tomar del seno de la poblacion, un cierto número de hombres y confiarles el cuidado de *todos* los asuntos públicos? diciendoles: «Tened cuidado, ocupaos vosotros de este trabajo. A vosotros os to-

— 10 —

cas hacer leyes sobre todas las materias, Armamentos y perros rabiosos; observatorios y chimeneas; instruccion y limpieza de las calles. Haced como os parezca, puesto que sois los elegidos que el pueblo ha encontrado aptos para hacerlo todo.»

Yo no sé, ciudadanos, pero me parece què si se viniera à ofrecer á un hombre serio un semejante cargo, debiera usar aproximadamente este lenguaje: «Ciudadanos, vosotros me confiáis un trabajo que me es imposible cumplir. No conozco la mayor parte de las cuestiones sobre las cuales tendré que tratar. O bien tendré que obrar á ciegas, de lo que no ganareis nada, ó bien me dirigiré á vosotros y provocareis reuniones, en las cuales os pondreis de acuerdo sobre la cuestion, y entonces mi nombramiento seria inútil. Si os habeis hecho una opinion y la habeis formulado si os quereis entender con otros ciudadanos que tambien se hayan hecho una opinion sobre este asunto, entonces podreis simplemente entrar en comunicacion de ideas con nuestros vecinos y mandar un delegado que podrá ponerse de acuerdo con otros delegados sobre esta cuestion especial; pero os reservareis ciertamente vuestra decision definitiva. No le confiareis el cuidado de hacer os leyes. Es asi que obran ya los sábios, los industriales que cada vez que tienen que entenderse sobre cuestiones de interés general.»

Pero esto seria la negacion del regimen representativo, del gobierno y del Estado. Y sin embargo es la idea que germina en todas partes, desde que se han visto con toda su desnudez los escandalosos vicios del gobierno representativo.

Nuestro siglo ha ido todavia mas léjos. El na puesto en discusion los derechos del Estado y de la sociedad, en relacion al individuo. Se ha preguntado hasta cual punto la ingerencia del Estado es necesaria en las mil y mil funciones de una sociedad.

En efecto ¿tenemos necesidad de un gobierno para instruir nuestros hijos? Que el trabajador tenga solamente el



## — 11 —

ocio de instruirse, —y vereis que por todas partes surgirá por la libre iniciativa de los parientes, personas amantes de la pedagogia, millares de sociedades de instrucción, de escuelas de todo género, rivalizando entre ellas para la superioridad de la enseñanza. Si no estubiesemos aplastados por los impuestos y explotados por nuestros patrones como estamos ¿no podríamos hacerlo infinitamente mejor nosotros mismos? Los grandes centros tomarian la iniciativa del progreso y predicarian con el ejemplo; y el progreso realizado como ninguno de vosotros dudais—seria incomparablemente superior á lo que conseguimos obtener de nuestros ministerios.

¿El Estado es necesario para defender un territorio? Si bandidos armados, vienen atacar un pueblo libre, este pueblo armado, con buenas herramientas ¿no es la fuerza mas segura para oponerse á los agresores extranjeros? Las armadas permanentes son siempre vencidas por los invasores —y la historia está presente para decirlo si se consigue rechazarlos, es siempre por un sublevamiento popular.

El gobierno exelente máquina para proteger el monopolio ¿ha sabido protejernos contra algunos individuos que entre nosotros estan inclinados en hacer mal?. Creando la miseria ¿no aumenta el número de los crímenes en lugar de disminuirlos? ¿cuando las cárceles en las cuales vienen á sepultarse poblaciones enteras de hombres y niños para salir infinitamente peor que el día en que han entrado? ¿No mantiene el Estado criaderos de vicios con el sudor del pueblo?

Obligandonos á descargarlos sobre otros del cuidado de nuestros asuntos ¿no está creando el vicio el mas terrible de las sociedades —la indiferencia en materia pública?

Y de otra parte, si analizamos todos los grandes progresos de nuestro siglo, —nuestro tráfico internacional, nuestros descubrimientos industriales, naestras vias de comunicaciones, —¿es al Estado ó á la iniciativa privada á quien debemos?

Hé aquí la red de vias férreas que cruzan toda la Euro-



pa. En Madrid, por ejemplo, tomáis un boleto directo para Petersburgo. Viajais sobre vias que han sido construidas por millones de trabajadores puestos en movimiento por numerosas compañías; locomotoras españolas, francesas, alemanas, rusas, vendrán á engancharse á vuestro wagon. Viajais sin perder en ninguna parte veinte minutos, y los doscientos francos que habeis pagado en Madrid se repartirán equitativamente hasta un centavo, entre las compañías que han contribuido á vuestro viaje.

Pues bien; esta línea de Madrid á Petersburgo ha sido construida por pequeños trozos aislados que han sido reunidos poco á poco. Los trenes directos son el resultado de una inteligencia entre veinte compañías diferentes. Yo sé que ha habido choques al principio, que unas compañías empujadas por un egoismo mal comprendido no querian entenderse con las otras. Pero os pregunto; ¿que es preferible sufrir algunos choques, ó bien esperar á que un Bismark, un Napoleon ó un Tchinghiz Khan haya conquistado la Europa, trazado las líneas al compas y ordenado la marcha de los trenes? Todavía viajaríamos en diligencias.

La red de nuestras vias férreas es la obra del espíritu humano procediendo de lo simple á lo compuesto, por los esfuerzos espontáneos de los interesados! y así mismo se han hecho todas las grandes empresas de nuestro siglo. Pagamos, es verdad, demasiado caro los gerentes de estas empresas; razon excelente para suprimir sus rentas; pero no para confiar la gerencia de esas vias férreas de la Europa á un gobierno Europeo.

¡Cuantos millones de ejemplos se podrian citar en apoyo de esta misma idea! Tomad todas las grandes empresas el Canal de Suez, la navegacion transatlántica, el telégrafo que une á las dos Américas. Tomad en fin esta organizacion del comercio que hace que al levantaros esteis seguros de encontrar el pan en la panaderia, si hay dinero para pagarlo, lo que no sucede siempre, la carne en la carniceria

## — 13 —

y todo lo necesario en los almacenes. ¿Es esto obra del Estado? Ciertamente, hoy pagamos abominablemente caro los intermediarios. Pues bien; es una razon de mas para suprimirlos; pero no creer que sea preciso confiar al gobierno el cuidado de proveer á nuestro alimento y á nuestro vestido.

Pero ¡qué digo! Si seguimos de cerca el desenvolvimiento del ingenio humano á nuestra época ¿no quedamos sorprendidos sobre todo para satisfacer la variedad infinita de las necesidades de uno por la multiplicidad de sociedades que se crean hombre de nuestro siglo: sociedades para el divertimento y el descanso; las unas, muy pequeñitas para propagar el idioma universal, tal ó cual método de estenografía, las otras, grandiosas, como la que se ha creado recientemente para la defensa de las costas de Inglaterra, para evitar los tribunales y así sucesivamente. Sise quisiera catalogar las millones de sociedades que existen en Europa se necesitarian muchos volúmenes y se veria que no hay una sola rama de la actividad humana que no sea visada por ellas. El Estado mismo apela á las sociedades en su atribucion mas importante—la guerra. El ha dicho: «Nos encargamos de destrozár, pero somos incapaces de pensar en nuestras víctimas; haced una sociedad de la Cruz Roja para levantarlas sobre los campos de batalla y cuidarlas!»

Pues bien, ciudadanas y ciudadanos, que otros preconizen el cuartel industrial y el convento del comunismo autoritario, nosotros declaramos que la *tendencia* de las sociedades está en una direccion opuesta. Vemos millones y millones de grupos constituyéndose libremente para satisfacer todas las necesidades variadas de los seres humanos; grupos formados, los unos por barrio, por calle, por casa; los otros dándose la mano á traves de las murallas de las ciudades, las fronteras, los oceanos. Todos compuestos de seres humanos que se buscan libremente y despues de hecho su trabajo de productores se asocian, sea para consumir, sea para pro-

ducir objetos de lujo, sea para hacer caminar la ciencia en una dirección nueva,

Es la tendencia del siglo XIX, y la seguimos; no pedimos mas que desarrollarla libremente, sin trabas por parte de los gobiernos.

¡Libertad al individuo! «Cojed guijarros, decia Fourier, metedlos en una caja y sacudidlos; se arreglaran por si mismos en un mosaico que jamás se podria conseguir hacer si fuera preciso confiar á algunos el cuidado de disponerlos armónicamente.

### III

Ahora ciudadanas y ciudadanos, dejadme pasar á la tercera parte de mi tema,—la mas importante bajo el punto de vista del porvenir.

No hay que dudar; las religiones se van. El siglo XIX les ha dado el golpe de gracia. Pero las religiones, todas las religiones tienen una doble composición. Ellas contienen en primer lugar una cosmogonia primitiva, una explicación grosera de la naturaleza; y contienen en segundo lugar un expuesto de la moral popular, nacida y desarrollada en el seno de la masa del pueblo.

Deshechando de nosotros las religiones, relegando en los archivos á título de curiosidad histórica sus cosmogonias ¿vamos también á relegar en los museos los principios de moral que ellas contienen?

Esto se ha hecho, y hemos visto toda una generación declarar que no creyendo mas en las religiones, se burlaba también de la moral y proclamaba altamente el «Cada uno para si» del egoísmo burguez.

Pero una sociedad, humana ó animal, no puede existir sin que se elabore en su seno ciertas reglas y ciertos hábitos de moral. La religion puede pasar, la moral queda.



## — 15 —

Si llegásemos á considerar que cada uno hace muy bien en mentir, en engañar á sus vecinos, en despojarlos si puede (esto es la moral de la burguesía en sus relaciones económicas), llegaríamos á no poder vivir juntos. Me prometéis vuestra amistad,—pero talvez, es para mejor robarme. Me aseguráis que pazeis tal cosa,—y es para mejor engañarme. Os prometéis transmitir una carta, y me la robáis como un simple director de cárcel!

En estas condiciones la sociedad se vuelve imposible, y todo el mundo lo siente tan bien que la negación de la religiones no impide de ningún modo á la moral pública el mantenerse desarrollarse y colocarse en un punto mas y mas elevado.

Este hecho es tan patente que los filosofos buscan á explicarlo con los principios de utilitarismo; y recientemente Spenser buscaba basar esta moralidad que existe entre nosotros sobre causas fisiológicas y las necesidades de conservación de la raza. En cuanto á nosotros, para mejor decir lo que pensamos de esto, permitidme explicarlo con un ejemplo:

He aquí un niño que se ahoga, y cuatro hombres sobre la rivera que lo ven debatirse en la oleada. Uno de ellos no se mueve—es un partidario del «Cada uno para sí» de la burguesía comerciante, es un bruto,—¡pues, no hablemos mas de él!

Otro hace esta reflexión: «Si yo salvo al niño un buen relato será hecho á quien de derecho en el cielo y el Creador me recompensará doblando mis rebaños y mis siervos, y se echa al agua.—¿Será este un hombre moral? ¡Evidentemente que no! Ese no es mas que un buen calculador,

Un tercero—el utilitario—hace esta reflexión (ó de lo contrario los filósofos utilitarios lo hacen raciocinar así): «Los goces pueden ser clasificados en dos categorías, los goces inferiores y los goces superiores. Salvar á alguien, es

un goce superior infinitamente mas intenso y mas durable que todos los otros;—pues ¡salvemos al niño!» Admitiendo que jamás hombre alguno haya razonado así? no seria este hombre un terrible egoista; y á mas ¿estaríamos seguros de que en un momento dado su cerebro de sofista no hiciese inclinar su voluntad del lado de los goces inferiores, es decir en la indiferencia?

He aquí en fin el cuarto. ¡Desde su infancia él ha crecido sintiéndose unido á toda la humanidad. Desde la infancia siempre ha pensado que los hombres son solidarios. Se ha acostumbrado á sufrir cuando otros sufren á su lado y á sentirse dichoso cuando todos son dichosos. Desde que ha sentido el grito de dolor de la madre, ha saltado al agua sin reflexionar, por instinto, para salvar el niño! Y cuando la madre le agradece, él le responde: «Pero porque, señora; yo soy muy dichoso al verla dichosa! He obrado á lo natural; no podría hacerlo de otro modo!»

Vuestras miradas me lo dicen, ciudadanos, este es el hombre verdaderamente moral, y los otros no son mas que egoistas al lado de él.

Pues bien ciudadanos, toda la moral anarquista está en esto. Es la moral del pueblo que siempre va recta sin desviarse. Moral sin obligacion ni sancion, moral por hábito, creamos circunstancias en las cuales el hombre no sea obligado á mentir, á engañar, á explotar los otros; y el nivel moral de la humanidad, por la fuerza misma de las cosas se elevará á una altura desconocida hasta el presente.

Ciertamente, no es enseñando un catecismo de moral como se moraliza á los hombres. No son los tribunales y las cárceles que disminuyen el vicio; al contrario, lo siembran con profusion en la sociedad.

El único medio de moralizar á los hombres, es de colocarse en una situacion que contribuye á desarrollar sus hábitos sociables y atenuar aquellos que no lo son. Hé aquí el único de moralizar á los hombres. Moral pasada al estado de espontaneidad,—He aquí la verdadera moral, la

— 17 —

única que queda siempre mientras que las religiones y los sistemas de filosofía pasan.

Ahora, ciudadanas y ciudadanos, combinad estos tres elementos y tendréis la Anarquía y su lugar en la evolución socialista.

Emancipación del productor del yugo capitalista. Producción en común y consumación libre de todos los productos del trabajo común. Emancipación del yugo gubernamental. Libre desenvolvimiento de los individuos en los grupos y de los grupos en las federaciones. Organización libre de lo simple á lo compuesto, según las necesidades y las tendencias mútuas.

Emancipación de la moral religiosa. Moral libre, *sin obligación ni sanción*, desarrollándose de la vida misma de las sociedades y pasando al estado de costumbre.

Esto no es un sueño de un pensador de gabinete. Es una deducción que resulta del análisis de las tendencias de las sociedades modernas. El comunismo anárquico, es la síntesis de las dos tendencias fundamentales de nuestras sociedades: tendencia hacia la igualdad económica, tendencia hacia la libertad política.

Mientras que el comunismo se presentaba bajo su forma autoritaria, que implica necesariamente un gobierno armado de un poder más grande que el que tiene hoy, puesto que implica el poder económico á más del poder político, el comunismo no encontraba eco. Pudo apasionar un momento al trabajador de antes de 1848 dispuesto á sufrir cualquier gobierno todo poderoso con tal que lo hiciera salir de la terrible situación que atravesaba. Pero dejaba frío á los verdaderos amigos de la libertad. Hoy día la educación en materia política ha progresado tanto que el gobierno representativo, ya sea limitado á la comuna ó extendido á toda la nación, no apasiona más a los obreros de las ciudades.

El comunismo anárquico mantiene esta conquista, la más preciosa de todas,—la libertad del individuo; la extiende más



y le da una base sólida,—la libertad económica, sin la cual la libertad política es ilusoria. El no pide al individuo, después de haber nombrado al dios maestro del universo, el dios Cesar y el dios Parlamento, otro más terrible que los precedentes,—el dios comunidad, de abdicar sobre su altar su independencia, su voluntad, sus gustos y de hacer el voto de akestismo que hacia en tiempos pasados delante del crucificado. Al contrario el comunismo dice al individuo: «¡No puede haber sociedad libre, mientras no lo sea el individuo! No pretendas modificar la sociedad imponiéndole una autoridad para nivelarlo todo. Sino, serás vencido en tu empresa como el Papa y el Cesar. Pero modifica la sociedad de modo que tus semejantes no esten forzados á ser tus enemigos. Anula las condiciones que permiten á algunos de apoderarse del fruto de la labor de otros. Y en lugar de querer edificar la sociedad de arriba para abajo del centro á la periferia, déjala desenvolverse libremente de lo simple á lo compuesto, por la libre union de los grupos libres.

«Esa marcha reprimida hoy día, es la verdadera marcha de la sociedad. No quieras trabarla, no vuelvas la espalda al progreso marcha con el!—Entonces el sentimiento de sociabilidad comun á los seres humanos, lo mismo que á todos los animales que viven en sociedad, podrán desarrollarse libremente cuando nuestros semejantes cesen de ser nuestros enemigos, llegaremos en un estado de cosas en que cada uno podrá dar libre vuelo á sus propenciones, y así mismo á sus pasiones, sin otro constreñimiento que el amor y el respeto de aquellos que le rodean.»

Este es nuestro ideal, Es el ideal escondido en el corazón de todos los pueblos.

Sabemos que no llegaremos á este ideal sin fuertes sacudidas. El fin de este siglo nos prepara una formidable revolucion: Tanto si estalla en Francia ó Alemania, en España ó en Rusia, ella será Europea. Se extenderá con la rapidez que la de nuestros primogénitos, los héroes de 1848; abrazará Europa.

## — 19 —

Esas revolución no se hará á nombre de un simple cambio de gobierno. Ella tendrá un carácter social. Habrá principios de expropiación; los explotadores serán expulsados. Que se quiera ó no,—esto se hará independientemente, de la voluntad de los individuos, y si se toca á la propiedad privada se llegará forzosamente al comunismo; que se impondrá. Pero el comunismo no puede ser ni autoritario, ni parlamentario. Será anárquico, ó de lo contrario no será. La masa popular no quiere fiarse mas de ningún salvador: ella buscará organizarse á sí misma,

No porque nos imaginemos los hombres mejores de lo que son, hablamos de comunismo y anarquía.

No hacemos cargo de lo que son y concluimos diciendo: «No les confíais el cuidado de gobernarnos. Tal ministro abyecto sería talvez un excelente hombre si no se le hubiera dado el poder.

El único medio de conseguir la armonía de los intereses es la sociedad sin explotadores, sin gobernantes.»

Siendo el comunismo anárquico el resultado inevitable de las *tendencias* actuales debemos encaminarnos hacia este ideal y no concretarnos solo á decir: «Si; la anarquía es un excelente ideal» volviéndole enseguida la espalda.

Y si la próxima revolución no consiguiese realizar del todo ese ideal,—todo lo que será hecho en la dirección de dicho ideal quedará; todo lo que será hecho en un sentido contrario será condenado á desaparecer un día ú otro.

Por regla general—una revolución popular suele ser vencida, pero ella es la que da la señal del siglo de evolución que le sucede. Francia espiró bajo el talon de los aliados en 1815 y es la Francia que impulsó á la Europa la abolición de la servidumbre (feudal), el régimen representativo. El sufragio universal que ha venido á ser la señal del siglo.

La Comuna de París espiró en 1871 bajo las ametralladoras, y es la comuna libre que hoy se señala en Francia. Y si el comunismo anárquico fuera vencido en la próxima revolución, despues de haberse afirmado á la luz, no sola-



## — 20 —

mente quedará abolida la propiedad privada; no solamente el trabajador habrá conquistado su verdadero puesto en la sociedad; no solamente la aristocracia hacendista e industrial habrá recibido un golpe mortal sino que será el comunismo anárquico el que llegará á ser el apunte de la evolución del siglo XX.

El comunismo anárquico resume lo que la humanidad ha elaborado de bello y duradero: el sentimiento de justicia, el de la libertad, la solidaridad hecha una necesidad para el hombre. El, garante la libertad de evolución del individuo en la sociedad.

El triunfará.

## “LA EXPROPIACION”

### Grupo de Propaganda comunista anárquica

#### *Suscripciones recaudadas — Publicación núm. 5*

De Campana grupo los «Desheredados». Un ajustado italiano 1 p. Un Olivo 1, un capitán de fragata 1, un demonio 1, sobrante en un café 1'05, un patriota 0.50, un sombrerero 0.40, tío Leiteras 0.50, echamelo en la olla 0.50 un loco 0.70, un correligionario 0.50, un indeciso 0.50, Loadstone 0.30, un yemol 0.50, Pasqualini 0.20, F. Celé 0.25, A. Demartino 0.50, P. V. 0.50 Antonio 0.50, N. N. 0.30, P. 0.30, Pasquale B. 0.25, G. C. 0.50, viva la Expropiación 20.00, Francisco Barano 0.50, José Boerez 0.20, cualquier 0.15, un barbero 0.50, un anarquista 0.25, cualquiera 0.25, general caña 0.50, Balla 0.20, no más fronteras 0.50, Bracellecer Carlos 0.20, Falco 0.15, Pedro Buscada 0.20, Misturin 0.50, Misturin Dupla 0.50, El errante 0.20, sobrante en un café 0.75, expropiación 1.00, una expropiación 0.80, «El Iris» 1.00, Cataclismo 0.50, un ranchero 0.50, un dinamitero 0.50, uno que no le gusta la bebida 0.50, Pedro Santí 0.50, un español Much 0.20, n'importe quoi 0.50, un gorro inglés 0.40, de la reunión del 9 de Junio 14.62, un estudiante 2.00, de una parte de la reunión del 9 de Junio 3.25, A. Massi 0.40, nada 1.00, sobrante en un café 0.50, un sobrante 0.40, un venois 1.00, un indio 1.00, Dr. en papas 0.30 un rengó 0.50, el de la tapa, 0.15, R. M. 0.60, La Verdad 0.50, un asturiano 0.25, un madrileño 0.25, el de las piletas 0.50, siempre el mismo 0.30, J. O. 0.20, un indio, 1.00, Heráclito 0.50, Amar 1.20, folletos 0.85, Santiago de Chile 17.50, un amigo de Lamela y Zerezucla 0.20, grupo los secetas 4.40, sobrante del café 0.35, un peon albañil 0.20, J. C. 0.40, A. Mas i 0.40, un ambiente de la burguesía 0.25, uno que desea las ocho horas de trabajo para enterrar burgueses 0.15, un patriota 0.50, Leonardo 1.00, un expletado 1.00, J. Pasini 0.50, un anarquista redimido 1.00, un estúpido 0.40, un amigo del pueblo 0.50, P. del P. 0.40, B. G. 5.00, Nemo 0.20, J. Creaghe 40.00, nada 0.10, adelante por la anarquía 0.25, un padre de familia 0.50, Carmen de Sance 0.40, uno que no quiere al Padre Eterno 0.40, Espartaco 0.20, un pobre 0.10, una joven anarquista 5.00, D. E. 1.00, Finistero 2.00, M. Martínez 0.30, el Canario 0.20, Adelante por la anar-



quia 0.35, D. P. 0.30, un enemigo dei Preti 0.20, muerte al capital 0.20, un amigo de la libertad 0.20, Tio Leiteras 0.50, un catedrático 0.5, poca plata 0.30, Peralta 0.30, echame lo en la olla 0.30, un calabrés 0.20, un loco 0.50, un miserable 0.5), Trabal dabas 0.50, Agostino B. 0.20, los misticadores del Rosario 4.60, don Rufino y su amigo 1.00, el amigo de don Rufino 0.50, un hermano de Juan el Francés, 0.50, un pintor 0.50, uno que le gusta la idea 0.50, ni gobierno ni religion ni familia 0.50, Conejero 0.50, los sin pan 1.30, un oprimido 0.25, Caserio 1.00, adelante por la anarquia 0.50, un convencido 0.20, José Barreira 0.10, del grupo Mercado Espinetto 4.25 la dinamita es barata 1.00, un cualquiera 0.50, Delaye 0.50, Un dependiente 0.50, un obrero 0.50 un misticar de las ideas 0.50, no mas macanas en la V... 0.50, n'importe quoi 0.20, id 0.20, brugiare y gesuita moderno y antiguo 0.50, un burgués gallego 2.00, sobrante del Café Milan 1.30 n. L. 0.50 dos amigos 1.00, Garibaldi 1.00 corresponsal 0.20, nuevo propagandista 1.00, venga pronto 0.25, N. P. 0.50, S. B. 1.50, L. A. 1.00, F. P. 0.50, un aragones 1.00, del grupo las acratas 5.00, cualquiera lecura 0.25, un basco que le gusta la idea 0.25, amigo de Ravachol 0.20, quiero la revolucion social 0.10, voy á curtir cuero de fraile 0.20, quiero curtir cuero de burgues 0.20, me gusta 0.10, amor 0.1, Bello 0.20, Alma 0.10, E. vero 0.20 Ednaudo Correa 0.50, un anarquista ejemplar 0.20, Finisterre 0.60, un descuento de cigarrillo 0.40, de la reunion del 20 de Julio 12.24, F. Botessi 1.00, Pedro Salvini 0.30, Francisco Bassano 0.50, un nov 1.10, cualquiera cosa 0.70, M. Martinez 0.30, sobrante café 0.60, un yenois 1.00, adelante por la anarquia 0.25, C. M. 0.20, S. D. 0.20, E. P. 0.10, P. B. 0.20, Francois 2.00, un atorrate de vieux chiffons 0.20, un amigo de Caserio 0.50, Zgoda 0.25, el eco de Caserio 0.25, en la reunion de las adormideras socialista 1.50, puñal de Caserio 0.10 cualquier cosa 0.10, un obtense 0.25, Finisterre 0.50.

|                            |           |
|----------------------------|-----------|
| Total general              | \$ 229 61 |
| Tiraje de 5.000 ejemplares | 13' 00    |
| Gastos de correo           | 13.44     |
| Deficit anterior           | 178 57    |
| Deficit de este folleto    | 92.40     |

## FOLLETOS

- Declaraciones de Etievant.
- A mi hermano el campesino.
- Como nos Diezman.
- Ravachol
- Aparecerá próximamente la 5ª edición del folleto *Entre el campesino y tambien saldrá de próximo por el grupo La Lucha, El Proceso de un gran Obrero, tambien tenemos La conquista del Pan.*

Hacemos notar á los compañeros que la propaganda de este grupo depende de la ayuda pecuniaria y la actividad de todos los que simpatizan con sus publicaciones.

Siendo nosotros Anarquistas Comunistas y por consiguiente contrarios á todo sistema de venta, aunque ésta sea para la propaada, ponemos nuestras publicaciones á disposicion de todos los trabajadores, y contamos con la cooperacion de:

*cada uno segun sus fuerzas*

Asi los que sienten la necesidad de hacer propaganda, pueden pedir los ejemplares que quieran que nosotros les mandaremos tambien *segun nuestras fuerzas.*

*Los iniciadores*



# Indice de los folletos

---

- I Evolucion y Revolución. — por Sr. Mella.
  - II La Política Parlamentaria. — E. Malatesta.
  - III En tiempo de elecciones. — E. Malatesta.
  - IV A las hijas del pueblo. —
  - V A las muchachas que estudian. —
  - VI La Religión y la Cuestión Social. — J. M. M. M.
  - VII A las proletarias. — D. Gustavo.
  - VIII ¿Por qué como Anarquista? y Discurso de E. Henry. —
  - IX Declaraciones de J. O'Herron. —
  - X Como nos organizamos. — Vicente March.
  - XI Parachol. —
  - XII La Anarquía en la evolución social. — D. K.
  - XIII "El Estado." — Sr. Lorenzo.
  - XIV Del Sueño a la Vida. — D. Lorenzo.
  - XV Evolucion y Revolución. — E. Beecher.
-



- Un episodio de amor -  
en la  
Colonia Socialista PECILIA  
Entre el 7 y el 8 -

---



## **0. The Southern Star (La Estrella del Sur)**

Edición facsimilar

### **1. Contorno**

Edición facsimilar de la revista dirigida por David e Ismael Viñas  
Prólogo de Ismael Viñas

### **2. Masas y balas**

Liborio Justo  
Prólogo de Daniel Campione

### **3. Metafísica de la pampa**

Carlos Astrada  
Compilación y estudio preliminar de Guillermo David

### **4. Plan de operaciones**

Mariano Moreno  
Prólogo de Esteban de Gori. Estudios críticos de Norberto Piñero y Paul Groussac. Investigación bibliográfica de Mario Tesler

### **5. Calfucurá. La conquista de las pampas**

Álvaro Yunque  
Prólogos de Guillermo David y Mario Tesler

### **6. Officium parvum gothicum. Libro de horas de Guillaume de Montblieu**

Francisco Corti

### **7. La Asociación Vorwärts y la lucha democrática en la Argentina**

Alfredo Bauer  
Introducción de Emilio J. Corbière. Epílogo de Daniel Campione

### **8. Archivo americano y espíritu de la prensa del mundo.**

#### **Primera serie 1843-1847**

Pedro de Angelis  
Compilación, estudio preliminar y notas de Paula Ruggeri

### **9. El movimiento feminista. Primeros trazos del feminismo en Argentina**

Elvira López  
Prólogo de Verónica Gago

### **10. El payador**

Leopoldo Lugones  
Estudios preliminares de Horacio González, Noé Jitrik,  
María Pia López, Oscar Terán y Javier Trímboli



**11. Envido. Revista de política y ciencias sociales**

Edición facsimilar

Prólogo de Horacio González

**12. Literal**

Edición facsimilar

Prólogos de Juan Mendoza y Ariel Idez

**13. Escrituras. Filosofía**

Oscar del Barco

**14. Los Libros**

Edición facsimilar

Prólogo de Patricia Somoza y Elena Vinelli

**15. Tiempos Modernos. Argentina entre Populismo y Militarismo**

David Viñas y César Fernández Moreno (coords.)

**16. Sainete provincial titulado *El detall de la acción de Maipú (1818)***

Estudio preliminar, edición crítica y notas de José Luis Moure

**17. Proa (1924-1926)**

Edición facsimilar

Estudio preliminar e índices de Rose Corral y Anthony Stanton

**18. La Moda. Gacetín semanal de música, de poesía, de literatura, de costumbres**

Edición facsimilar

Estudio preliminar de Alberto Perrone

**19. Sacate la careta**

Alberto Ure

Edición a cargo de María Moreno. Prólogo de Cristina Banegas

**20. Dimensión. Revista de cultura y crítica**

Edición facsimilar

Palabras previas de Rodolfo Legname, Horacio González, Alberto Tasso y Mario Santucho

**21. Trapalanda. Un colectivo porteño**

Edición facsimilar

Prólogo de Christian Ferrer

## **22. Papeles de Buenos Aires**

Edición facsimilar

Prólogo de Aníbal Jarkowski

## **23. El Recopilador. Museo Americano**

Antología

Edición, compilación y estudio preliminar de Hernán Pas

## **24. Sarmiento y Unamuno**

Dardo Cúneo

Prólogo de Emiliano Ruiz Díaz

## **25. Crónica y diario de Buenos Aires. 1806-1807**

Alberto Mario Salas

## **26. Peronismo y Socialismo / Peronismo y Liberación**

Edición facsimilar

Coompilación de Roberto Baschetti

## **27. Fichas de investigación económica y social**

Edición facsimilar

Textos preliminares de Horacio González y de Santiago Allende, Federico Boido y Daniel Kohen

## **28. Pasado y Presente**

Edición facsimilar

Textos preliminares de Horacio González y Diego Sztulwark

## **29. La Rosa Blindada**

Edición facsimilar

Textos preliminares de Horacio González y Darío de Benedetti

## **30. Poesía Buenos Aires**

Edición facsimilar

Prólogo de Rodolfo Alonso

## **31. Arturo**

Edición facsimilar

Estudio preliminar de Liana Wenner

## **32. Arte Madí**

Edición facsimilar

Estudio preliminar de Liana Wenner

### **33. Letra y Línea**

Edición facsimilar

Estudio preliminar de Liana Wenner

### **34. Tecné**

Edición facsimilar

Prólogo de Juan Molina y Vedia

### **35. El Grillo de Papel**

Edición facsimilar

Prólogo de Elisa Calabrese. Entrevista a Abelardo Castillo

### **36. El Escarabajo de Oro**

Edición facsimilar

Prólogo de Elisa Calabrese. Entrevista a Abelardo Castillo

### **37. El Ornitorrinco**

Edición facsimilar

Prólogo de Elisa Calabrese. Entrevista a Abelardo Castillo

### **38. Cristianismo y Revolución**

Edición facsimilar

Textos preliminares de Horacio González y Ezequiel Gatto

### **39. Aproximación a una lectura de Roger Caillois**

Introducción y selección a cargo de Hebe Carmen Pelosi

### **40. El lagrimal trifurca**

Edición facsimilar

Textos preliminares de Elvio E. Gandolfo y Osvaldo Aguirre

### **41. Sin rumbo (Na ve'nad)**

Simja Sneh

Textos preliminares de Horacio González y Ernesto Sabato

### **42. Folletos anarquistas en Buenos Aires**

Edición facsimilar

Prólogos de Christian Ferrer y Martín Albornoz



Este libro se terminó de imprimir en  
Al Sur Producciones Gráficas S.R.L.,  
Wenceslao Villafañe 468,  
Buenos Aires, Argentina,  
en agosto de 2015

La colección *Reediciones y Antologías* está animada por una mirada que vuelve sobre los textos pasados. Una visita curiosa y cauta que intenta traer al presente un conjunto de escritos capaces de interpelarnos en nuestra existencia común. Trazos sutiles que convocan a despertar la sensibilidad crítica de un lector, desprevenido u ocasional, que encontrará en estos volúmenes buenas razones para repensar nuestra incierta experiencia contemporánea.

Un capítulo primordial de la literatura del país permanecería inexplorado si no se abordaran los primeros textos anarquistas. Desde fines del 1800, entre los rescoldos aún humeantes de la Comuna de París, se habría paso una vasta experimentación colectiva, con fuerte énfasis en la afirmación individual, que abarcaba grupos, consignas, formas de lucha, teorías políticas, y una amplia ensayística no exenta de ironía y de una prosa refinada y consecuente. Se abordaban temáticas hoy frecuentes en el menú de la corrección política —aunque sin las vetas problematizantes de aquel anarquismo— en torno a la igualdad de género, la solidaridad y la reciprocidad. Un horizonte libertario planteado como epopeya y práctica cotidiana, y un sindicalismo con fuertes impulsos emancipatorios que resistía la tentación economicista. La denuncia de la sociedad burguesa era santo y seña de esta literatura que, a su vez, producía sus propias formas expresivas. Reunimos aquí los folletos de los grupos La Expropiación y La Question Sociale, activos promotores de la propaganda anarquista de aquellos años, que llamaba a la insubordinación frente a los poderes, al tiempo que bosquejaba la sociedad que se pretendía consumir como desafío e instinto cotidiano.

